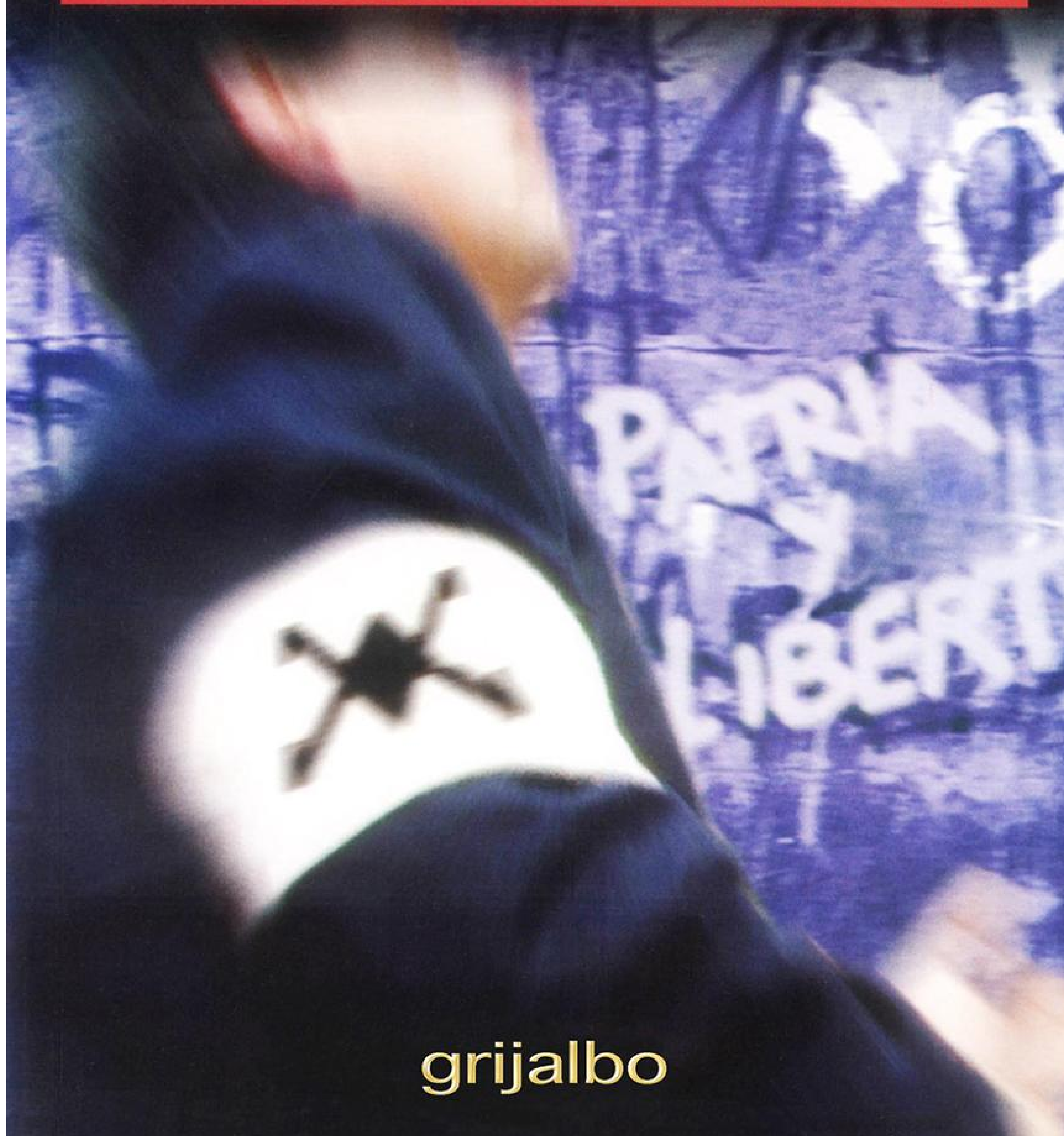
HOJAS NUEVAS

Manuel Fuentes W.

MEMORIAS SECRETAS DE PATRIA Y LIBERTAD

Y ALGUNAS CONFESIONES SOBRE LA GUERRA FRÍA EN CHILE



grijalbo

Por dos y media décadas Patria y Libertad ha permanecido como símbolo del extremismo de derecha en el país. Su ideario nacionalista fue fundamento para estigmatizarlo como grupo de extrema derecha. Esto le ha valido, hasta ahora, ocupar al menos unas líneas de nuestra historia reciente. Las peores, después del nazismo criollo. Cargadas de prejuicios y anatemas.

Pero ¿qué hubo tras este movimiento político? ¿Quiénes eran? ¿Cuántos eran? Para muchos, sólo un grupo de exaltados. Para otros, hombres y mujeres que se arriesgaron por evitar la instauración de un sistema comunista en el país. Para los más, un símbolo de algo extremo, desconocido y ya olvidado.

Disuelto el 13 de septiembre de 1973, los integrantes de Patria y Libertad no volvieron a articularse. Algunos ya han fallecido. Otros todavía transitan por el centro de Santiago. Los más, inmersos en la cotidianidad de sus tareas que en un momento, hace un cuarto de siglo, abandonaron, sólo han mirado pasar la historia.

A través de un relato que recoge las vivencias del autor y revitaliza un texto prohibido hace 26 años por la Junta Militar de Gobierno, este libro no pretende ser otra cosa que el testimonio de un mito. El mismo que, por alguna misteriosa coincidencia, tiene por símbolo el ícono más antiguo de la etnia mapuche.

Manuel Fuentes Wendling

MEMORIAS SECRETAS DE PATRIA Y LIBERTAD

Y ALGUNAS CONFESIONES SOBRE LA GUERRA FRÍA EN CHILE

Manuel Fuentes Wendling

MEMORIAS SECRETAS DE PATRIA Y LIBERTAD

Y ALGUNAS CONFESIONES SOBRE LA GUERRA FRÍA EN CHILE

grijalbo
grupo grijalbo-mondadori

MEMORIAS SECRETAS DE PATRIA Y LIBERTAD

Grupo Grijalbo-Mondadori.
Almirante Barroso 27, Santiago de Chile.
Teléfono: 6962689.

Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual N° 110.548
ISBN N° 956-258-094-6

Primera edición: septiembre de 1999.
Segunda edición noviembre de 1999

Diseño de portada: Ricardo Badtke
Diagramación y composición: Gloria Barrios
Corrección de textos: Oscar R. Aedo

Impreso por Publicaciones Almendral
Impreso en Chile /Printed in Chile.

A la memoria de los compatriotas

Héctor Castillo Fuentealba
Mario Aguilar Rogel
Miguel Sessa Brignardelo

Murieron por un mejor futuro para Chile

Prólogo

Presentar la historia de Patria y Libertad, un grupo convertido en el ícono de la ultraderecha criolla contemporánea, al que se le agregan los calificativos de "fascista", "nazi", "violentista" y "terrorista", no me resulta difícil. Pertenecí a esta organización e hice mío su discurso. No me arrepiento ni de lo uno ni de lo otro.

Patria y Libertad ha resultado un fenómeno particular. Aunque yace en la gran tumba de la política chilena —repleta de vestigios—, su fantasma continúa paseándose campante por todo el país. Y en algunos momentos adquiere tal corporeidad que casi llega a superar la presencia de grupos que, con mucho esfuerzo, buscan estar vigentes a pesar de sus jurásicos planteamientos ideológico-programáticos.

Al comenzar los años '70, este conglomerado, no tengo duda alguna, fue un instrumento de provocación política al servicio de propósitos específicos y surgió en el escenario local luego de una década, la de los '60, plagada de acontecimientos que comprometieron a todos los actores nacionales.

Transcurrido un cuarto de siglo, carente de existencia legal o formal, quienes jamás perdonarán su existencia en los años '70 han satanizado la sombra de Patria y Libertad, contribuyendo, de manera perseverante y sistemática, a

que su imagen distorsionada negativamente se conserve así en la memoria colectiva de los chilenos.

Cuando a fines de 1973 terminé de escribir las primeras "Memorias Secretas de Patria y Libertad", no me animaba otro propósito que dar a conocer el testimonio vívido de la experiencia política de esta organización que, quiérase o no, ocupó un espacio en los tensos días del gobierno marxista de Salvador Allende. Sin embargo, un suceso inesperado truncó toda posibilidad de conocimiento público: el libro fue prohibido por el régimen militar. Como es obvio pensarlo, no hubo explicación alguna. Tampoco, por entonces, me lo pude explicar yo.

Ese primer escrito se circunscribió a los sucesos políticos en aquellos períodos en que Patria y Libertad tuvo existencia formal como Movimiento Cívico y luego Frente Nacionalista. Pero, independiente de la historia narrada, el perfil de sus personajes y una cadena de circunstancias, agregué "algunas confesiones personales". Esto no era más que el relato de algunos hechos, en los que tuve algún protagonismo, anteriores al período 70-73. También, la forma de destacar dos aspectos para mí importantes: que la confrontación política en Chile había comenzado mucho antes de asumir el gobierno marxista de Allende; y que esa confrontación se insertaba en un contexto mundial al que fuimos todos arrastrados.

Pude publicar el "libro prohibido" años más tarde. No lo hice. Pensé que era necesario el reposo suficiente como para, si alguna vez llegara a circular, presentara, con los necesarios cambios, una visión decantada de la historia de este Movimiento. Es lo que creo ocurrió.

Surge ahora, de las cenizas del anterior libro, una historia más fresca, dinámica, menos heroica y hasta divertida. En algunos pasajes, dramáticamente realista. Pero, por sobre todo, más humana. Es probable que a muchos no agrade, defraude a otros e indigne a algunos.

Honradamente me da lo mismo. No emprendí este trabajo para buscar amigos, sino con el propósito de contribuir con aquellos que, alguna vez en el nuevo milenio, escribirán la historia objetiva de las últimas décadas del siglo XX.

Dejo, en todo caso, expresa constancia, por si alguien no resistiese la humana tentación de comparar este nuevo escrito con su antecedente histórico —del que circularon mano a mano un centenar de copias—, que el anterior libro, en un alto porcentaje, ya es letra muerta. Fue, en 1973, mi visión, sin antecedentes, de los hechos.

Finalmente, quiero expresar mi agradecimiento a la periodista María Alejandra Cassino Marcel, amiga y colaboradora. Su realismo y honestidad para representarme que el "libro prohibido" debía ser reescrito; su posterior tenacidad para que yo emprendiera esa tarea; el aporte invaluable de sus investigaciones; y, finalmente, sus oportunas ideas, críticas, objeciones, revisiones, correcciones y atenta preocupación hasta el ingreso a prensas, la convirtieron en el apoyo humano y respaldo profesional sin los cuales este nuevo texto, honradamente, no sería una realidad.

M.F.W.

Santiago, Primavera de 1999.

CAPÍTULO I

...Y eso sería todo

En un acto solitario e introvertido como los que le eran propios en su quehacer personal y político, Pablo Rodríguez Grez disolvió Patria y Libertad el 13 de septiembre de 1973. Así, a sola firma. Sin grandes alardes. Sin anestesia para sus seguidores, que se quedaron boquiabiertos y con un signo de interrogación dibujado en sus rostros. De la noticia me enteré en Buenos Aires donde junto al también dirigente John Schaeffer esperaba regresar a Chile luego de nuestro exilio en Ecuador.

Fue el final del "movimieto", graciosamente así llamábamos con Roberto Thieme al grupo de poco más de mil 200 jóvenes y viejos nacionalistas que, como temible impronta, estampaban la agresiva "araña" que les identificaba en cuanta superficie aguantara el gigante sello de espuma plástica ideado por este último.

Le decíamos "movimieto" porque, instintivamente, sentíamos con Roberto que a Patria y Libertad le faltaba algo para obtener esa esquiva letra "n". Con veinticinco años más, y la constatación de hechos que antes sólo podían ser conjeturas, hoy creo entender lo que, por entonces, nos llevaba a la ironía: en el fondo ambos, de una u otra forma y cada uno desde su muy particular punto de vista, nos sabíamos actores de una parodia.

La izquierda en cambio no titubeó en sobredimen-

sionarnos, queriendo representar de esa forma, quizás, el papel de David, que siempre resulta más provechoso para la imagen pública. Eso lo sabían desde que abrazaron las ideas revolucionarias líderes como Luis Corvalán o Volodia Teitelboim y muchachas como la Gladys Marín o la Julieta Campuzano. El "gurú" del movimiento comunista mundial, Vladimir Ilich Ulianov, conocido también por su histórica "chapa" de "Lenin", fue un experto en aquello de la psicopolítica y la lucha ideológica contra el adversario. Obviamente sus discípulos chilenos no podían desteñir.

Pablo disuelve el Movimiento cuando los caciques —que, a veces pienso, éramos tantos como los indios—, no teníamos capacidad de reunión. A dos días del golpe militar, en Santiago como en el resto del país, la situación estaba bajo el más estricto control de las Fuerzas Armadas, con toque de queda y ese tan particular ambiente adornado por una fuerte presencia de color verde oliva que no se asociaba, precisamente, con el inicio de la primavera ni con el ambiente fiestero motivado, como es tradición en el país, en la conmemoración de nuestra Independencia nacional.

Para entonces esperaba viajar en una línea aérea comercial desde Argentina a Chile. Un retorno menos heroico, pero harto más seguro. En esa época jugábamos a ser jovencitos de la película. Según planes fraguados en Quinto, Ecuador, y antes de renunciar al asilo que nos brindó ese país y en desconocimiento de la vecindad del golpe militar, primero Pablo ingresaría al territorio nacional por el sur, tal y como lo hizo, empujado y luego ayudado por Eduardo Díaz Herrera, un historiado ex militante de la Democracia Cristiana con quien nos habíamos conocido en tiempos del presidente Eduardo Frei Montalva. En una segunda fase, entraría John Schaeffer, para establecer nexos con la estructura clandestina de los

que todavía quedaban en la lucha contra Allende. Paralelamente, yo me instalaría en la frontera con una central de información y propaganda.

Era más seguro, sobre todo para mí, lanzar proclamas desde la zona limítrofe que de algún lugar de Chile. Por eso nunca dejé de valorar el coraje de Pablo al cruzar la frontera, aunque lo haya hecho en un helicóptero de la Fuerza Aérea y bajo la protección de la base de Temuco.

Como buen revolucionario de la causa democrática —¿por qué siempre los revolucionarios tienen que ser izquierdistas, me pregunto?—, yo seguía en Buenos Aires. ¡Con una facha de "clandesta"! Peinado hacia la izquierda, me dejé bigotes y al caminar lo hacía medio cojeando. Al hablar usaba un tonito imitación del particular acento bonaerense. Para terminar el cuadro comencé a usar grandes anteojos obscuros. Creo que estaba lejos de desorientar a potenciales o imaginarios seguidores. Llamaba más la atención con tan ridícula caracterización que con un normal comportamiento. Y eso que no le hice caso al loco de Eduardo Díaz, que sugirió me tiñera el pelo en el salón de un delicado estilista de la calle Corrientes. "¡Cómo se te ocurre! —le dije. —¡Imagínate si nos detienen! Seríamos el hazmerreír de todo el mundo". En una "operación" anterior, en la que los suaves y finos integrantes de la Policía Política de Investigaciones, conocidos en la época como los "guatones de la PP", andaban tras mis pasos en Chile, Díaz había propuesto que me disfrazara de mujer para evadir los controles policiales entre Santiago y Concepción. Cuando me puse una peluca rubia obtenida no se dónde, en medio de un ataque de risa descarté la idea. Me imaginé en la portada de los diarios izquierdistas bajo el título: "¡El colmo del fascismo! Sus dirigentes son travesti y maricones". Con el amor que me tenía —y me tiene— la izquierda,

no me cabía duda alguna que el incidente podía ser explotado en esos y peores términos.

En la capital argentina, las informaciones sobre la situación chilena eran contradictorias. Por una parte había terminado el diálogo del gobierno con la Democracia Cristiana y, por otra, no se advertía reacción alguna en las Fuerzas Armadas y Carabineros. Internacionalmente la DC emitía una señal clara —con la actitud de su directiva encabezada por el senador Patricio Aylwin— mostrando a los militares como única salida a la crisis que vivía el país. Esto nos alegraba mucho. "¡Puchas que costó que les cayera la teja!", reflexionaba por entonces. Porque nunca reconocieron el discurso directo de Patria y Libertad que decía: "La solución a la crisis del país son las Fuerzas Armadas que deben actuar en una acción coordinada e institucional". Algunos gremios y la derecha opositora a Allende, aglutinada en el Partido Nacional, decían lo mismo. ¿Pura casualidad? ¿O esa era "nuestra" parte del libreto?

En medio de la confusión informativa que sobre Chile había en la capital argentina, conversé con una viejo amigo, José Frigerio, secretario general de "La Nación", y con los hermanos Gaínza Castro, propietarios de "La Prensa", y me ofrecí como asistente orientador del caudal informativo proveniente de Santiago. Fue uno de los Gaínza quien, para mi asombro, me informó del golpe de Estado y su respectiva fecha: 14 de septiembre.

¿Cómo se podía saber en Buenos Aires de la decisión militar? Simple. Días antes del golpe pasó por esa ciudad, rumbo a Estados Unidos, Fernando Léniz Cerda, entonces presidente ejecutivo de la empresa "El Mercurio". Era portador de la buena nueva: las Fuerzas Armadas actuarían el 14 de septiembre. La verdad es que siempre me he preguntado, con el debido respeto que me merece tan distinguido empresario, de si en ese momento

de la historia nacional arribó al aeropuerto de Ezeiza como una extraña mezcla de pregonero y último hombre de la resistencia, o simplemente iba "apretando cachete". Tenía más cara de esto último. Porque llegó a Argentina el 9 de septiembre con la seguridad de que el golpe se produciría cinco días después. Lo que él no sabía era de su anticipación. O bien sabía del 11 y habló del 14 para evitar exactitudes que luego podrían malinterpretarse a partir de enojosas especulaciones respecto a por qué estaba en conocimiento de un secreto tan bien guardado, como se ha dicho por sus protagonistas uniformados. O, a lo mejor, era el 14 y el vicealmirante José Toribio Merino lo adelantó, o le "recomendaron" que lo adelantara.

La mañana del 11 de septiembre junto a Gloria Riquelme, mi esposa —que había viajado de Santiago a Buenos Aires una semana antes con algunos textos de mi biblioteca y cédulas de identidad en blanco—, nos enteramos a través de una radioemisora que las Fuerzas Armadas y Carabineros, en una acción institucional unitaria, habían depuesto a Allende terminando con su gobierno. Nos miramos con cierta sorpresa. Ella ignoraba que yo sabía que tal acción estaba prevista para el 14. Le dije entonces "¡Calma! No vaya a ser otro 29 de junio", haciendo directa referencia al "tanquetazo", frustrado alzamiento de una unidad militar ocurrido menos de dos meses antes, causa y razón de mi asilo en Ecuador y preludio del golpe de Estado de esa mañana.

John obtuvo pasaje para volver a Chile antes del 18 de septiembre. Yo lo seguí, junto a mi esposa, tres días después.

Transcurrido un mes de mi llegada y luego de superar judicialmente la demanda que por sedición había interpuesto el Ejército en contra de los dirigentes de Patria y Libertad que buscamos el asilo, antes de la primera mitad de octubre, el Movimiento tuvo su última reunión

ampliada. En ella debíamos aceptar o rechazar la disolución decidida por Pablo Rodríguez, acto que justificó señalándolo como la respuesta "nacionalista" al llamado de la Junta Militar que pedía el cese de toda actividad política para alcanzar la armonía nacional.

Por mayoría se respaldó el anticipado paso de Pablo, aunque dejando la puerta abierta para una "reflexión" a mediano plazo. Era la anestesia para la operación de terminar definitivamente con una criatura política carente de destino en el futuro nacional. Voté a favor de la disolución. Tenía conciencia de que Patria y Libertad era un instrumento cuya función estaba cumplida. Y aunque el pesar se apoderó de los poco más de treinta "compatriotas", como nos autodenominábamos, reunidos en una casa del sector oriente de Santiago, la esperanza de un reencuentro, que nunca ocurrió, sirvió de bálsamo para un momento en que nos sentíamos un poco héroes.

En todo caso la frustración era palpable en parte de los dirigentes y militantes, porque si bien se había ganado la lucha contra el gobierno marxista que presidía Allende, a algunos los inundaba una sensación de derrota. ¿En función de qué habíamos luchado hasta exponer el pellejo propio y la seguridad de nuestras familias? Al menos yo lo había hecho por principios, por rechazo a una doctrina totalitaria como lo es el marxismo, por amor a la libertad que aprendí a respetar y a conocer en todo su significado haciendo míos los símbolos y gestos fraternales de la masonería, en cuyo "jardín infantil" me inicié en Curicó siendo un adolescente. ¿Y los demás?

Mientras reflexionaba por qué nunca adquiriría consistencia histórica el discurso nacionalista de Patria y Libertad en el gobierno que se iniciaba, con sorpresa veía cómo algunos dirigentes se despedían melancólicamente del sayo de ministro —Pablo, en su intimidad, anhelaba la cartera de Interior y Benjamín Matte la de Agricultura—

o diplomático con el que, adelantadamente, se habían investido. Más de uno, creo, debió divagar frente al espejo del baño —con máquina de afeitar en mano y dilucidando hacia qué lado peinaba mejor— sobre las nuevas políticas económicas o agrícolas que se deberían aplicar en función de lo que alguna vez dijo o no dijo José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange española, que era, o parecía ser, para Pablo lo que Marx para la Gladys Marín.

Durante dos años algunos se habían pasado la película de lo que "haríamos en nuestro gobierno". Sin embargo, al igual que los finales de las teleseries, muchas veces alterados por los designios del rating, la trama tuvo para nosotros un desenlace diferente al que se dibujara. Claro está, más o menos feliz, dependiendo del lado desde el que se miren las cosas.

Para mí la historia era diferente. Consideré siempre que el libreto nacionalista era malo. Muy malo. Intragable para cualquier persona. No resistía mucho análisis. Un día se lo espeté cara a cara a Pablo Rodríguez. No me saludó en casi dos meses. Le molestaba hasta la furia que le mostraran los hechos en su real dimensión. Su intolerancia podría justificarse, quizás, en el conocimiento anticipado del ineluctable destino del Movimiento. Así, mientras él bien podía estar al tanto de eso por su posición de máximo liderato, yo sólo lo intuía. Él siguió siendo abogado. Yo seguí siendo periodista. Y en esta condición, acicateado por las interrogantes y dudas, continué buscando el verdadero origen de Patria y Libertad y su significado en una etapa de la historia del país que resulta difícil de olvidar pero indispensable conocer desde todos sus ángulos.

Desechando la oportunidad de ponerme a la fila de los comunicadores sociales que, merecida o inmerecidamente, buscaban su premio por haber actuado contra

Allende y la Unidad Popular, el mismo día en que los dirigentes aprobamos la disolución del Movimiento decidí escribir su historia. Me seducía la idea de contar lo que creía entonces habíamos sido. Pablo, cuyo principal objetivo luego de terminar con Patria y Libertad era descansar en Europa, me escuchó y apoyó la iniciativa, al punto de presentarme a su madre, Raquel Grez viuda de Rodríguez. Esta no solamente habló sobre su hijo, al que amaba y admiraba entrañablemente, sino también me abrió un archivo de recortes, confeccionado con cariño y esmero, y donde se consignaban todos los actos públicos de éste.

¿Pensó Pablo que realmente escribiría la historia de Patria y Libertad y que lo haría antes que él regresara de Europa? Creo que subestimó el proyecto.

A otros mi iniciativa histórico-literaria les parecía una locura. Algunos, incluso, arguyeron la "inconveniencia" de escribir un texto de tal naturaleza. Esto último ya me olía mal. Pero seguí adelante. La cosecha de opiniones me sirvió como un buen sondeo. Lentamente afloraba la personalidad que cada compatriota había relegado durante la lucha política.

Lo que nunca imaginé fue que los militares consideraran en sus estudios de academia a la astrología y, algunos, incluso se hubiesen graduado en la especialidad de videntes. Porque de otra forma no me explico cómo prohibieron mi libro cuando aún no comenzaba el Capítulo XV de los dieciocho que terminaron conformando la primera versión de "Memorias secretas de Patria y Libertad". La inteligencia castrense nunca deja de sorprenderme. Porque ¡oh, fortuna que no tuve! Justo cuando la decisión draconiana de censurarme cayó sobre mí, los dioses del Olimpo uniformados decidieron favorecer a seis destacados periodistas: Emilio Filippi, Hernán Millas, Abraham Santibáñez, Luis Álvarez Baltierra, Francisco

o diplomático con el que, adelantadamente, se habían investido. Más de uno, creo, debió divagar frente al espejo del baño —con máquina de afeitar en mano y dilucidando hacia qué lado peinaba mejor— sobre las nuevas políticas económicas o agrícolas que se deberían aplicar en función de lo que alguna vez dijo o no dijo José Antonio Primo de Rivera, el fundador de la Falange española, que era, o parecía ser, para Pablo lo que Marx para la Gladys Marín.

Durante dos años algunos se habían pasado la película de lo que "haríamos en nuestro gobierno". Sin embargo, al igual que los finales de las teleseries, muchas veces alterados por los designios del rating, la trama tuvo para nosotros un desenlace diferente al que se dibujara. Claro está, más o menos feliz, dependiendo del lado desde el que se miren las cosas.

Para mí la historia era diferente. Consideré siempre que el libreto nacionalista era malo. Muy malo. Intragable para cualquier persona. No resistía mucho análisis. Un día se lo espeté cara a cara a Pablo Rodríguez. No me saludó en casi dos meses. Le molestaba hasta la furia que le mostraran los hechos en su real dimensión. Su intolerancia podría justificarse, quizás, en el conocimiento anticipado del ineluctable destino del Movimiento. Así, mientras él bien podía estar al tanto de eso por su posición de máximo liderato, yo sólo lo intuía. Él siguió siendo abogado. Yo seguí siendo periodista. Y en esta condición, acicateado por las interrogantes y dudas, continué buscando el verdadero origen de Patria y Libertad y su significado en una etapa de la historia del país que resulta difícil de olvidar pero indispensable conocer desde todos sus ángulos.

Desechando la oportunidad de ponerme a la fila de los comunicadores sociales que, merecida o inmerecidamente, buscaban su premio por haber actuado contra

Allende y la Unidad Popular, el mismo día en que los dirigentes aprobamos la disolución del Movimiento decidí escribir su historia. Me seducía la idea de contar lo que creía entonces habíamos sido. Pablo, cuyo principal objetivo luego de terminar con Patria y Libertad era descansar en Europa, me escuchó y apoyó la iniciativa, al punto de presentarme a su madre, Raquel Grez viuda de Rodríguez. Esta no solamente habló sobre su hijo, al que amaba y admiraba entrañablemente, sino también me abrió un archivo de recortes, confeccionado con cariño y esmero, y donde se consignaban todos los actos públicos de éste.

¿Pensó Pablo que realmente escribiría la historia de Patria y Libertad y que lo haría antes que él regresara de Europa? Creo que subestimó el proyecto.

A otros mi iniciativa histórico-literaria les parecía una locura. Algunos, incluso, arguyeron la "inconveniencia" de escribir un texto de tal naturaleza. Esto último ya me olía mal. Pero seguí adelante. La cosecha de opiniones me sirvió como un buen sondeo. Lentamente afloraba la personalidad que cada compatriota había relegado durante la lucha política.

Lo que nunca imaginé fue que los militares consideraran en sus estudios de academia a la astrología y, algunos, incluso se hubiesen graduado en la especialidad de videntes. Porque de otra forma no me explico cómo prohibieron mi libro cuando aún no comenzaba el Capítulo XV de los dieciocho que terminaron conformando la primera versión de "Memorias secretas de Patria y Libertad". La inteligencia castrense nunca deja de sorprenderme. Porque ¡oh, fortuna que no tuve! Justo cuando la decisión draconiana de censurarme cayó sobre mí, los dioses del Olimpo uniformados decidieron favorecer a seis destacados periodistas: Emilio Filippi, Hernán Millas, Abraham Santibáñez, Luis Álvarez Baltierra, Francisco

Castillo y Alejandro Magnet. Ediciones completas de los seis mostrando el desastre que para el país significó el gobierno de Allende fueron compradas por el Ministerio de Relaciones Exteriores, para su difusión en el mundo. En un esfuerzo patriótico, que no regalaron a las autoridades militares, los dos primeros, apoyados en estupendos testimonios fotográficos, exhibieron lo que sufrió Chile en mil días de socialismo allendista. Otro tanto hicieron los tres siguientes, con un amplio reportaje-relato. Y el último, aprovechando una situación inesperadamente favorable a los escritores de su talento, con inaudita habilidad le agregó a cada capítulo de una novela ya terminada, una historia política paralela vinculada a la contingencia previa al golpe de Estado.

Me sentí como Koruga, el protagonista de "La hora 25", novela del rumano C. Vigil Gheorghiu situada durante la Segunda Guerra Mundial. No encajaba en ningún lado y cuando lo hacía llegaba tarde o estaba tras las líneas enemigas. Sobre todo cuando con el afán de dar a conocer la historia de Patria y Libertad, ya definitivamente prohibida, edité mi escrito en forma clandestina a 40 dólares, equivalentes, la copia. Ardió Troya.

Pero ¿quién realmente estaba prohibiendo mi libro y por qué?

acudir a Alejandro Magno. Escribimos ejemplos de los sus resultados el desastre que para el país significó el gobierno de Allende fueron comprobados por el Ministerio de Relaciones Exteriores, para su difusión en el mundo. En un volumen posterior, que se [illegible] a las [illegible] desde militares [illegible] altos [illegible], [illegible] dos testimonios fotográficos, [illegible] lo que sufrió Chile en mil días de socialismo marxista. Otra serie ilustran los hechos significativos con un amplio reportaje gráfico. Y el tiempo [illegible] una situación inesperadamente favorable a los escritores de [illegible], con [illegible] [illegible] a [illegible] en una historia [illegible], una historia política [illegible] a la [illegible] el [illegible] de [illegible].

Mientras estas líneas, el [illegible] de "La hora 25" [illegible] Virgil Gheorghiu [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible].

Pero ¿quién realmente [illegible] mi libro y por qué?

Capítulo II

La prohibición

Disuelto el Movimiento, sin actividad remunerada alguna y sólo con el saldo de los 5 mil dólares que, obsequiosamente y como "aporte a la causa", me entregó en Quito el arquitecto chileno Jorge Fuenzalida Cibié, para sufragar el regreso a Chile de Pablo Rodríguez, John Schaeffer y el mío, los caminos que ante mi vida se presentaban no eran muchos: buscar trabajo en algún medio de comunicación o empresa privada o en alguna instancia de gobierno, o bien materializar la idea atesorada desde que fue derrocado el gobierno de Allende: escribir la historia de Patria y Libertad. Podía ser un texto interesante, un elemento auxiliar para los historiadores a quienes correspondería analizar en el futuro qué nos sucedió como país y por qué llegamos a una crisis como la de 1973.

Era la primera quincena de octubre. Hablé con Pablo y Roberto Thieme sobre la idea del libro. También con otros exmilitantes. Todos me brindaron su apoyo moral, aunque advirtiéndome que sería difícil ayudarme económicamente. A mí el Movimiento me entregaba un subsidio, ayuda, sueldo, salario, o como quiera llamársele, que me alcanzaba a duras penas para las necesidades básicas de mi familia. Más de alguna vez se lo representé a Rodríguez, solicitando se me otorgara alguna cantidad adicional. Su solidaria respuesta fue siempre un

"¡ordena mejor tus gastos!". La verdad es que no solamente había hecho eso sino que lograba maravillas con los escasos escudos que me entregaban mes a mes, y no con la regularidad de un sueldo. En diciembre de 1972, angustiado por la falta de recursos, vendí el auto BMW que tenía. Pero no se piense, erróneamente, en un carro de lujo. Sólo era uno de esos vehículos híbridos, fabricación italo-alemana, para dos personas. Se les bautizó en el país como "huevos" por su forma casi esférica. Se abría por delante, articulándose su dirección, en tanto una pequeña palanca, situada al lado izquierdo, permitía conectar los cambios de esta verdadera motocicleta con chasís y marcha atrás.

Desde mi regreso al país en esa equivocada calidad de "héroe" que se asume luego de una batalla política que se supone ganada, nadie tuvo la delicadeza de preguntarme cómo me las arreglaría para vivir. Ahí me di cuenta, por primera vez, que estaba absolutamente botado y que en tanto los demás dirigentes regresaban a sus vidas cotidianas y se aplicaban a la reanudación de sus negocios y actividades profesionales, evidentemente interrumpidas por el accidente histórico-político de la Unidad Popular, en mi calidad de periodista marcado, entre otros, con los estigmas de "extremistas", "fascista" y "ultraderechista" no representaba, precisamente, el mejor perfil profesional para aspirar a algún medio de comunicación.

No quería parte del botín de guerra que otros se llevaron. Menos una sinecura nacional o internacional. No me interesaba. Simplemente anhelaba reanudar mi vida laboral en términos normales. Pero advertía con una muy disimulada angustia, lo reconozco, que no me sería fácil reencontrarme con mi profesión. Luego de la muerte y entierro del Movimiento ya no disponía del estipendio asignado por mi "full time" a la política, y mi orgullo —y si en la vida no se tiene ¿para qué se tiene dignidad?—

me inhibía a "pedir trabajo", pensando, quizás erróneamente, que a quienes han luchado por la tan amada Patria, por lo menos en los tiempos modernos "les ofrecen" un trabajo digno y no bienes, como se recompensaba en el pasado.

Pensé, entonces, que mientras la situación en el país alcanzare algún nivel de normalidad y yo aclarase cómo reanudaría mi existencia junto a mi familia, la mejor oportunidad la representaba escribir la historia del Movimiento respecto del cual se había tejido toda una maraña de situaciones siniestras. Al apoyo moral que recibí a tan encomiable como nueva aventura —me dije para mí mismo—, se sumó un simple análisis: el perfil de Patria y Libertad a pesar de su disolución —que muchos interpretaron como una estrategia para volver a surgir algunos meses después—, era muy alto. Tan alto que muchos amigos y conocidos, e incluso desconocidos, hacían amplios y hasta exagerados despliegues de obsecuencia y pleitesía pensando, incorrectamente, por cierto, que la posición de todos los que encabezamos e integramos el grupo nacionalista éramos los más cercanos al régimen militar que se alzaba, precisamente, enarbolando unas banderas que olían a nacionalismo.

La presunción de nuestra influencia entre los militares obedecía a una lógica lineal de Perogrullo, se consideraba que habiendo sido un grupo nacionalista, que luchó por tales principios y siempre dijo y proclamó a voz en cuello y en todos los tonos que la única solución a la crisis política, social y económica del país, eran las Fuerzas Armadas, no podía caber duda que triunfantes éstas, nosotros, como vanguardia contra el gobierno de Allende, no podíamos sino que ocupar un sitial de honor en el régimen militar. ¡Sonaba hermoso! Pero quienes pensaron así olvidaron que las vanguardias, sean legítimas o meros instrumentos, terminan "quemadas", "sucias", y a

la hora de los triunfos su lugar lo ocupan aquellos "limpios", o más claro, aquellos que hicieron un trabajo de segundo plano, soterrado u oblicuo, y que, al final, resultan ser los manipuladores de las reales situaciones históricas y, por supuesto, sus primeros beneficiados.

Descontando el pasaje Quito-Montevideo, algunos mínimos gastos efectuados en Buenos Aires y otros que debí realizar luego de mi regreso a Chile, me quedaban como mil 200 dólares, de los mil 600 que me correspondieron de la donación del arquitecto Fuenzalida, cuando decidí escribir el libro. Segun mis cálculos con dicho monto sobreviviría hasta antes de la Navidad. El lanzamiento de lo que se llamaría "Memorias Secretas de Patria y Libertad. Y algunas confesiones personales" tenía que hacerse la primera semana de diciembre. Alberto Lahosa, un entrañable amigo, que por entonces era el gerente de producción de la Sociedad Periodística de Chile, talleres donde se imprimía el diario demócratacristiano "La Prensa", me advirtió de la necesidad de obtener una autorización gubernamental para imprimir.

Los militares desde el inicio de su régimen impusieron una absoluta y total censura a los medios de comunicación y a los libros. Se requería de expresa autorización para editar e imprimir textos. En la sede de la Junta de Gobierno, el entonces Edificio Gabriela Mistral, que luego pasó a denominarse Diego Portales, una oficina a cargo de uniformados, tenía la tarea de "revisar" los textos que quisiesen publicarse. Nadie conocía, como siempre ha ocurrido históricamente en estas instancias, con qué criterios se aplicaba censura, si es que existía alguno.

Pero ¿De qué podía preocuparme yo si era del mismo lado de los que estaban censurando? En todo caso, como una forma de avanzar y también de observar reacciones —no fuera a ocurrir que le pareciera antipático mi libro a algún funcionario revisor, civil o militar, o, al momento

de leerlo, estuviera con el genio cruzado, y estampara la fatídica palabra "censurado"—, lo primero que hice fue diseñar las tapas del libro y presentar una muestra a la correspondiente oficina. Una semana después tenía en mis manos las hojas con firma y sello del censor: Capitán Juan Carlos Herrera Villana. Esto despejaba las dudas de una eventual prohibición y daba seguridades al impresor para hacer los linotipos a medida de que le iba entregando capítulos. Con tal programa, y una vez obtenida la autorización, sería cosa de días lograr la edición total.

El 22 de octubre de 1973 me senté a la máquina de escribir y comencé a redactar la historia de Patria y Libertad. Dedicando dieciséis horas diarias pensaba terminar la tarea en un mes. A inicios de noviembre, a eso de las 7 de la tarde, se presentó en mi casa Víctor Fuenzalida. Había sido miembro del Movimiento y, la verdad, lo había perdido de vista. Si bien su visita no me sorprendió, por tratarse de alguien que había luchado conmigo bajo una misma bandera, sí me dejó atónito el mensaje del que era portador.

—Manuel—, me dijo con voz calma y algo dramática, mientras se sentaba en un sillón del living de mi casa, —tengo la misión de informarte que tu libro va a ser prohibido.

Me desconcerté. Un torrente de ideas se agolpó en mi mente mientras buscaba la mejor forma de sacar la voz.

—¿Por qué?—, fue lo único que atiné a preguntar, con una calma tras la cual se ocultaba una creciente angustia y una mezcla de contenida rebeldía, todo lo que daba como resultado el deseo de sacar a patadas a mi distinguido visitante. Y no era para menos. Se me estaba prohibiendo un texto antes de que terminara de escribirlo.

—Exactamente no lo sé. Pero creo que por ahora podría resultar inconveniente—, dijo mi interlocutor, mientras dilatando las vocales daba énfasis a la última palabra.

A pesar de que el ambiente era tenso, el mensajero mantenía su compostura y me era imposible desentrañar algo de sus sentimientos a partir de algún gesto de su rostro que, marcado por las cicatrices de un antiguo accidente, le servían de útil careta para cumplir la misión que se le encomendara. Sin entender frente a quién estaba ahora, me atreví a formular la pregunta del millón de dólares:

—¿Puedo saber quién envía el mensaje?—

—¡No! Solamente te puedo decir que se trata de amigos de alto nivel que quieren evitar que pierdas tu tiempo, gastes dinero y sufras una frustración—, respondió con exactitud, claridad y sin titubeos.

Fue cuando, recobrándome del golpe emocional que la noticia me había producido, reaccioné con más firmeza. Al menos tenía los elementos básicos de información: el enviado era un exmilitante del Movimiento; me anunciaba anticipadamente que el libro sería prohibido; y, se negaba a informarme quién o quiénes me enviaban la advertencia.

—Sabes—, le dije con aplomo y seguridad—, me tiene sin cuidado el anuncio de prohibición. Dile a tus mandantes que voy a seguir escribiendo mi libro, les guste o no. Y si lo censuran, alguna vez les pesará en la conciencia.

Acto seguido, y haciendo gala de la mayor descortesía que pude tener en ese momento, invité a Fuenzalida a salir de mi casa.

Con el ánimo por los suelos volví al living y me desplomé en un sillón tratando de descubrir de dónde venía el golpe bajo. ¿Por qué no se quería que contara la historia de Patria y Libertad? ¿Quién o quiénes no querían que se contara? ¿Cómo se podía prohibir un texto que se desconocía? ¿O era sólo un intento para amendrentarme e inhibirme a terminar lo que me había propuesto?

Como me faltaban tres capítulos para finalizar los dieciocho que tendría el libro, opté por continuar escribiéndolos, sin considerar la advertencia y confiando en que, una vez conocido el contenido por la Oficina de Censura, las cosas cambiarían.

El 21 de noviembre terminé de escribir. Ese mismo día, y tal como lo había hecho con los anteriores, llevé a la imprenta el último capítulo. Dos días después tenía en mis manos las pruebas de páginas que debidamente compaginadas a mano llevé a la Oficina de Censura donde fueron recibidas sin que se me entregara comprobante alguno. Era una forma de evitar la constatación de que tal instancia político-administrativa existía. Y yo, ni nadie, estaba en condiciones de exigir nada. El capitán Herrera, el mismo oficial del Ejército, que recibió las portadas de mi "obra" me indicó que no antes de diez días podría tener una respuesta.

Esperé pacientemente y al comenzar diciembre me presente para saber del destino de mi escrito. La respuesta fue que aún faltaba el "informe". Para hacer el cuento corto, a mitad de ese mes un oficial, esta vez, de la Armada, me comunicó que el libro no podía circular y ante mi insistencia para conocer el porqué solamente obtuve un cortante "¡Aquí no se dan explicaciones!".

Me quedé helado. Se había cumplido a cabalidad la advertencia de Fuenzalida. Ya no mi orgullo sino que mi autoestima se fue al fondo del precipicio. Este "héroe" de la resistencia al marxismo había sido censurado y su escrito prohibido por la Junta de Gobierno. Paradójicamente me había convertido en el primer autor censurado por el régimen militar —según tuve conocimiento muy posteriormente—, un extraño honor que nunca me sirvió para nada. De paso había quedado sin un centavo y con una magnífica deuda con la imprenta, situación que se advertía más negra aún si se considera que carecía de un

trabajo profesional. Era diciembre —mal mes para buscar "pega"—, y se venía encima la Navidad. La sensación de estar podrido, que todo ser humano tiene alguna vez en su vida, embargó mi ya aporreado espíritu. El "bajoneo" fue total. Absoluto.

Mientras esperaba el ascensor, no recuerdo si en el cuarto o quinto piso del edificio de la Junta de Gobierno, pensé en una muy personal adaptación de la criolla doctrina del "tira pa´rriba" mezclada con filosofía sufí, que alguna vez aprendí en los años 60 siendo un "lolo": "Las cosas están bien cuando están bien y están mal cuando están mal. Nunca trates de revertir lo que esta bien para que esté mejor porque, lo más probable, es que la "embarres" y se ponga mal. Tampoco trates de empeorar las cosas cuando están mal ni apliques aquella lógica tan patética de "¡Por último se va todo a la mierda¡" porque de seguro se irá y quedarás más mal. Por tanto, si las cosas están bien, déjalas bien. Si mal, déjalas mal. Porque lo que esta mal tiende a ponerse bien y lo que está bien a estar mal...".

No había retirado mi cédula de identidad desde la custodiada entrada al edificio Diego Portales, por calle Lastarria, cuando ya tenía ideado el paso a seguir: hacer una edición clandestina del libro en fotocopias. Era una forma de salvar mi dignidad de periodista, escritor y ex dirigente político. Y, tan importante y trascendente como lo anterior, se convertía en un mecanismo para obtener algunos viles escudos para mi desnutrida economía doméstica. Porque si bien podía haberme sentido como un salvador de la Patria, lo cierto es que ni la familia Ibáñez, propietaria del Almac de mi barrio en Tomas Moro con Colón, como ningún supermercado, tienda, negocio, almacén o humilde "boliche", se dignaba reconocer tal título, permitiéndose todos la falta de delicadeza de cobrarme.

Con una capacidad artesanal de la cual natura me proveyó, la colaboración de una querida amiga y el indirecto apoyo de la IBM —este aviso es gratis—, el 19 de diciembre circulaban 120 ejemplares fotocopiados a partir de las pruebas de imprenta del libro. Estaban numerados a mano. Precio de cada ejemplar: 40 dólares equivalentes en moneda nacional. Era la novedad del año. Tenía el sabor de esas piezas únicas que buscan los coleccionistas. El 001 se lo regalé a mi esposa y se conserva en mi biblioteca. El 002 se lo envié al entonces presidente de la Corte Suprema, Enrique Urrutia Manzano y hasta el 015 a otros dignatarios y diplomáticos, que con la cortesía que caracteriza a las personas cuando se les hace llegar una papa caliente, no emitieron ni un quejido como respuesta de recepción. Los restantes se vendieron de a poco. Con pasmosa lentitud. No se quién tiene el 120, aunque me asiste la certeza que ningún uniformado tuvo el honor de recibirlo, al menos de mi parte. Pero eso no quiere decir que no lo tuviesen bajo control.

Los "apoyos morales", que a veces los siento como los "triunfos" con los que tratamos de encubrir las verdaderas derrotas de nuestros deportes nacionales, no fueron un torrente que desbordaran mis expectativas. Provinieron de algunos ex miembros de Patria y Libertad, de amigos y parientes como mi mamá y mi única hermana. El resto se corrió. Simplemente se deslizaron por la tangente. Muchos, sabiendo del caso, no se dieron por enterados de la censura que pesaba en mi contra. Tampoco lo compraron. Incluso no fueron pocos los que habiéndome alentado a escribirlo y luego a fotocopiarlo, a la hora de comprarlo simplemente miraron para otro lado. Y ni hablar de los "nacionalistas" civiles del gobierno, esos de segunda línea en la lucha contra Allende que se "apernaron" desde el primer momento en el régimen militar. Ni siquiera se dignaron recibirme en sus oficinas de "palacio". Poderosas razones tenían para hacerlo.

Un oportuno consejo del abogado Jorge Rogers Sotomayor, el "último falangista", como el se autoproclamaba, y quien junto a Eduardo Frei Montalva, Bernardo Leighton y otros fundara la Falange Nacional en la década de los años 30, la misma que dio origen en 1957 al Partido Demócrata Cristiano, evitó que presentara una demanda en los tribunales de justicia contra la Junta de Gobierno.

—¡No! ¡Por ningún motivo lo haga!— me dijo. Sería un desastre. Ningún juez está hoy, a tres meses del golpe militar, en condiciones de aceptar una demanda contra quienes ostentan el poder total. Desgraciadamente los errores de un gobierno los repara casi siempre el gobierno que le sigue. Y éste, según mi parecer, tiene para muchos años. Mi consejo es callar y aceptar o transformarse en un héroe que se inmola en función de sí mismo y por quien nadie va a dar un centavo de atención. Acepte, mi amigo, la pérdida y reanude su vida. Tiene una familia que atender.

Le hice caso.

Dejo de manifiesto, sin embargo, que nunca he descartado la posibilidad de demandar a "quien resulte responsable" por el daño que en esa oportunidad, y en otra posterior, me hiciera el gobierno militar a mi escuálido patrimonio. ¿O acaso mis derechos humanos valen "hongo"?

La Navidad del 73 fue alegre. Sin dinero, pero alegre. El saldo del año, mirado con el optimismo que me caracteriza, era muy bueno: no habíamos perdido nuestra casa, teníamos salud y mi esposa estaba embarazada. Quizás una cuenta muy gruesa pero alentadora. Para mí todo eso era infinitamente superior en calidad y contenido a la prohibición del libro y la falta de un trabajo.

Aunque con lentitud, la venta de los 105 ejemplares que quedaron luego de las "promociones", dio para

enfrentar los gastos domésticos de finales de diciembre. Y me preparé para unas vacaciones donde todo se suspende. Incluso la caballerosidad. El jardín trasero de mi casa, en la calle Jarama, en Las Condes, me proporcionó el descanso que requería.

No había pasado la primera quincena de ese caluroso enero de 1974, cuando una mañana, a eso de las 11.00, llegó hasta mi casa una persona preguntando si vivía allí. Era más bien alto, de contextura gruesa y de mediana edad. Se identificó como abogado de la Secretaría General de Gobierno. Por entonces ejercía la titularidad de ese nuevo ministerio el coronel de Ejército Pedro Ewing.

—Señor Fuentes—, dijo con manifiesta amabilidad luego de identificarme positivamente con él e invitarlo a pasar a mi casa. —Vengo a hablar acerca de un libro que usted, si no me equivoco, publicó a pesar de estar prohibido.

Luego se extendió en explicaciones en torno a que no había nada en mi contra; que él cumplía con visitarme porque se le había entregado mi "caso" respecto del cual debía informar pronta y directamente al coronel Ewing; que me conocía por la lucha contra Allende; que valoraba el papel de los "nacionalistas" en esa pelea; y que solamente se trataba de un primer encuentro donde su propósito era obtener alguna información.

—¿Qué es lo que desea saber específicamente? pregunté mientras lo miraba fijamente tratando de entender lo que estaba ocurriendo en ese momento.

—Cuántos son los ejemplares que editó, cómo los editó, quién le ayudó a editarlos, cuántos están en su poder, quiénes tienen los demás ejemplares y si usted tendría la amabilidad de entregarnos los que actualmente posee.

Fue una respuesta instantánea, concreta, sin titubeos, como quien repite un libreto largamente estudiado. Confieso

que contuve mis deseos de mandarlo a la cresta en ese mismo momento. Respiré hondo y señalé:

—Con el mayor respeto que usted me merece, no le responderé de inmediato. Primero lo voy a conversar con mi abogado. Y hoy, o en los siguientes días, me contactaré telefónicamente con usted. Así es que le agradezco su visita—.

Acto seguido me levanté y lo invité a marcharse.

Luego de reflexionar el paso que daría llamé a Jorge Patricio Villalobos, un abogado que había pertenecido a Patria y Libertad y con quien he cultivado siempre un grado de sincera amistad a distancia. Le narré la visita y le comenté mi decisión de no entregar nada, absolutamente nada, ni un dato, ni menos los ejemplares que tenía, pidiéndole de paso asumiera mi representación "por si acaso" ocurriese algún percance. Apoyó mi decisión y asumió mi representación. Me advirtió, sin embargo, que Ewing me podía hacer pasar, por lo menos, un mal rato, agregando que, si era necesario, serviría de puente con su colega de la Secretaría General de Gobierno. Me comprometí a llamarlo para informarle de cuanto ocurriese.

Para no dilatar las cosas, sobre la marcha me comuniqué con mi matinal visitante.

—Quiero que le haga saber al señor Ewing — dije tras el auricular en tono sereno, pesado y firme—, que no le voy a entregar ni un libro ni la lista de quienes lo tienen. Y desde este momento cualquier situación respecto de este tema en particular, u otros, le ruego hable directamente con mi abogado, el señor Jorge Patricio Villalobos Bolt.

Sin dar margen a un tan innecesario como indeseado diálogo, agregué un lacónico "Muchas gracias" y corté la comunicación. Respiré profundo y me dije a mí mismo: "¡Aquí se me arma la grande con los milicos!". Anímicamente me preparé para una situación extrema que

estaba dispuesto a enfrentar. Gloria, mi mujer, partidaria ferviente de las Fuerzas Armadas y del golpe, además de no entender la actitud militar se irritó de sobremanera por el trato que se me estaba dando.

A media tarde llamé a Villalobos. Su voz a través del auricular denotaba nerviosismo al atenderme con un apresurado "¡Qué bueno que me llamaste!" que me impidió sintetizarle lo dicho por mí a su colega del gobierno aquella mañana.

—Manuel —me dijo—, me acaban de llamar. No le pareció para nada bien tu respuesta a la Secretaría General de Gobierno. Incluso me dijo el abogado que te visitó hoy en la mañana que Ewing había exclamado iracundo que si no entregabas los libros y la lista de quienes lo tenían estaba dispuesto a enviarte a la Isla Dawson junto a los presos políticos. Yo me limité e reiterarle lo mismo que tú le habías expresado.

¡A Dawson me quería enviar Ewing! Un islote gélido e inhóspito situado al sur de Punta Arenas y que siempre había estado bajo el control de la Armada Nacional. Allí habían ido a parar con su humanidad los principales líderes de la izquierda. Y nada menos que allí me quería mandar el "señor Ministro". ¡A mí! un "precursor" del régimen militar. A mí, que mientras los "señores militares" le miraban los ojos a los políticos para lograr los ascensos en el Senado, ya me confrontaba en la sociedad chilena contra la izquierda advirtiendo sobre lo que ocurriría con un gobierno marxista; a mí, que había entregado mis mejores esfuerzos por los principios de libertad y democracia. A mí, un aparecido con uniforme me amenazaba con enviarme a la Siberia chilena.

—Sabes, Jorge Patricio —le acoté—, esto llega a un límite intolerable. Si te volviese a llamar ese imbécil de la Secretaría General de Gobierno, repítele nuevamente que no le entrego ni la lista ni los libros y que si quiere

el señor Ewing me manda a Dawson o a donde quiera. Pero que asuma las consecuencias políticas nacionales e internacionales de sus actos, ahora o a futuro. Porque si así tratan a los que se supone son los partidarios ¿qué puede pensar el mundo de cómo están tratando a los opositores?

Mi amigo no pudo cumplir este segundo cometido. Días después me informó que no había obtenido ninguna reacción. Simplemente el otro abogado no llamó. Todo había ocurrido rápido. En los días siguientes no se advirtió nada especial. Excepto la llegada de una atenta postal que decía:

"Londres, 16 de enero de 1974.

Querido Manuel:

Creo que esta tarjeta, que reproduce la primera edición de las obras de Shakespeare, es la más adecuada para hacerte llegar mis recuerdos. 'Tu' obra, según he sabido, fue prohibida. No desesperes que siempre los 'inmortales' hemos sido incomprendidos. Después de tus días se te hará justicia.

Te abraza

P. Rodríguez".

Me emocioné casi hasta las lágrimas. ¡Pablo! ¡Pablo Rodríguez Grez! ¡Nada menos que el Jefe! se había acordado, por allá lejos, de este humilde servidor de la causa democrática. Y, además, "sabía" que mi libro estaba prohibido. "¡Qué bueno! exclamé para mis adentros. ¡Con esto la pelea la tengo ganada! Cuando regrese Pablo ¡De seguro se la juega por mí y por el libro!

Pero mi apreciación no era exacta. Lo que no quise entender fue una clara frase: "Después de tus días se te hará justicia". Ahí estaba la clave. El libro no tendría en

Pablo a un defensor. La verdad es que a su regreso no me dio ni la hora. Olímpicamente, como ya ocurriera con otros, evadió el tema. Para siempre.

Ya empezaba febrero cuando una mañana, a eso de las 7, fuertes golpes en la puerta de mi casa nos sobresaltaron. Mi esposa se levantó y fue hasta la entrada principal. Por las ventanas se perfilaba un extraño panorama que luego me describió: frente al jardín había estacionado un automóvil negro y cuatro individuos, tres más bien jóvenes, vestidos con cierto cuidado, y uno de más edad, con gruesos bigotes y ropa desgreñada. Observaban con atención la casa en actitud de espera. Sin abrir, Gloria preguntó qué deseaban.

—¡Somos de Investigaciones!— exclamó una voz ronca y tan enérgica como inculta que preguntó a continuación: —¿Es la casa del señor Manuel Fuentes?

—Sí—, replicó ella mientras pensaba que algo fuera de programa y que no era bueno, estaba comenzando a suceder.

—¿Podríamos conversar con él?— dijo el hombre ronco, cuya voz ya comenzaba a denotar signos de autoritarismo.

—Le voy a avisar porque está durmiendo—, replicó Gloria en tanto regresaba a nuestro dormitorio y con señas me indicaba que me levantara, advirtiéndome en voz baja: "¡Son de Investigaciones!".

No tenía claro qué ocurría, aunque mi intuición, agudizada por el intensivo ejercicio de la "sobrevivencia" profesional y política, ya me había puesto en alerta. No descartaba que se tratase de algo relacionado con el libro. Sin perder la calma y repitiendo una frase clásica que en Estado de Sitio, como se encontraba el país, resultaba casi risible, dije en tono enérgico sin abrir la puerta:

—Soy Manuel Fuentes ¿Tienen alguna orden de allanamiento?

—¡No! Solamente queremos conversar con usted acerca de un libro que escribió.

—Un momento—, respondí, mientras trataba de ganar tiempo. Rápidamente fui hasta la biblioteca y cerré con seguro su puerta. Regresé a la entrada principal de la casa y abrí:

—Considérense mis invitados —señale cuando comenzaban a ingresar al living. Olían a Policía Política. Los ademanes grotescos del obeso que dirigía el grupo lo delataba como de la "escuela antigua", en tanto que en los otros tres se advertía un estilo algo más suave, refinado, quizás, de policías egresados de Academia

—¿En qué puedo serles útil?, pregunté casi con un tono burlesco, mientras me ajustaba el cinturón de la bata de levantar.

Dos de los más jóvenes policías se habían sentado. El tercero permanecía de pie ante el ventanal que daba a la calle y el Inspector se mantenía entre el living y la entrada como olfateando el ambiente, recorriendo con los ojos cuanto había en la sala. Se volvió hacia mí y exhibiendo un documento me dijo:

—Hemos recibido una orden de la Guarnición Militar de Santiago para incautar todos los ejemplares de un libro que usted escribió. Así es que por favor ayúdenos. Nosotros solamente cumplimos órdenes. Si tiene algunos aquí en su casa le agradeceremos los entregue y también nos diga quiénes tienen los demás.

Previendo en diciembre que en un arranque de histeria alguien en el gobierno ordenara la incautación del libro, saqué los ejemplares de mi casa. Quedaron a buen resguardo en las oficinas de un amigo del que difícilmente se podía sospechar conexión conmigo, junto al listado de quienes ya lo habían recibido como obsequio o por adquisición.

—Si usted quiere saber si hay libros en esta casa, tendrá que averiguarlo echando abajo la puerta de la biblioteca.

En tal caso usted también tendrá que asumir la responsabilidad de un allanamiento con destrucción de mis bienes y sin poseer una orden judicial.

No titubié un instante en mis dichos que fueron complementados con un tono de voz bastante insolente y muy acorde con las circunstancias. El gordo me miró con rostro alterado. Se le remecía la papada. Sus ojos reflejaban el deseo reprimido de imponer su disciplina policial a un individuo que, en bata de levantarse y zapatillas, osaba enfrentarlo a las siete diez de la mañana.

—¿Y me puede entregar la lista?— interrogó con más suavidad.

Ahí advertí que al menos esa primera vuelta la había ganado.

—¡No!— contesté lacónicamente.

—Entonces va a tener que acompañarnos— dijo, en forma despectiva y como advirtiendo que esa era la consecuencia de mi altanería.

—¿Me está deteniendo sin orden judicial?, pregunté nervioso al observar que las cosas se tornaban algo más complicadas que una simple visita matinal.

—No—, dijo en tono calmado el gordo, mientras con las manos tomadas dificultosamente por detrás ingresaba a la sala y continuaba observando cada rincón. —Lo que ocurre es que debe hacer una declaración en el Cuartel de General Mackenna— agregó volviéndose hacia mí.

—¿Usted me está invitando al Cuartel General? —pregunté.

—Sí; por favor entiéndalo así. No hay nada en su contra de parte nuestra. Sólo queremos darle una respuesta a la Guarnición de Santiago, que, por lo demás, nos tiene harto aburrida con misiones que no son de nuestra competencia —señaló quejándose el obeso policía mientras se sentaba en un sillón.

—Esta bien. Pero tendrán que esperar a que tome mi

baño matinal y desayune—, agregué con una calma que trataba de ocultar esa sensación de pánico que estaba sintiendo. Aunque sabía que mis dichos constituían una pequeña provocación, no causó en los inesperados visitantes reacción alguna. Cuarenta minutos después viajaba con destino al Cuartel Central de Investigaciones en el negro auto sin patente. Uno de los jóvenes policías conducía. A su lado el gordo, a quien durante el trayecto lo identificaron como Inspector. Atrás dos policías a cada lado. Una seis cuadras antes de llegar a nuestro destino, en las vecindades de la Estación Mapocho, un jeep del Ejército nos cortó el paso y en menos de un minuto estábamos rodeados por seis soldados portando fusiles automáticos y un teniente exigiendo bajarnos con las manos en alto. La falta de placa patente indujo a sospecha a la patrulla militar que, finalmente, terminó escoltándonos.

Antes de salir de casa le había indicado a Gloria, mi esposa, que informara de inmediato a Jorge Patricio Villalobos de mi situación. Este se contactó con Investigaciones y allí le informaron que solamente estaba declarando y que no había orden de detención en mi contra. Para todos los efectos realizaba un "trámite administrativo" destinado a cumplir con la petición hecha por el Ejército.

Entré al edificio de Investigaciones casi a las 10 de la mañana. Salí a las 3 de la tarde. O alguien se olvidó que estaba esperando en una oficina o trataron de molestarme. Lo cierto es que al cabo de cuatro horas recién pude declarar. Para agilizar el trámite al que se me estaba sometiendo le dije al detective asignado que le escribiría la declaración y se la firmaría. En el breve texto señalé que efectivamente era autor del libro que se había ordenado incautar, que lo había editado bajo el principio de "edición de circulación reservada", y que no entregaría

ni los libros que aún mantenía en mi poder guardados en "algún punto del territorio nacional" ni la nómina de quienes ya lo habían adquirido. Rubriqué el escrito, el policía me dijo que ya no era necesaria mi presencia y me fui para mi casa. En bus, por supuesto.

A mediados de febrero las cosas parecieron mejorar. Carlos Ashton, un ex oficial de la Armada y a quien conocía desde los días en que fue gerente de Radio Agricultura durante el gobierno de Allende, me pidió le visitara en sus oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores. Después del golpe de Estado había asumido la responsabilidad de encabezar la Dirección de Comunicaciones Exteriores de dicha cartera. Una gestión ante él y en mi favor de Jorge Patricio Villalobos y de Eduardo Díaz Herrera había fructificado. Ambos me acompañaron. Con gentileza mi invitante me señaló que estaba al tanto de la situación ocurrida con mi libro y que quería ayudarme.

—Te puedo ofrecer en este momento la Agregaturía de Prensa de la embajada en Japón, o en Beirut, donde está un muy amigo tuyo, el general Alfredo Canales con quien ya conversé y aceptaría gustoso recibirte.

—Me emocionas, Carlos— le dije—, pero acepta que yo no luché contra la izquierda desde los años 60 y luego tres años contra el gobierno de Allende para obtener una agregaturía de prensa. ¡No! Muchas gracias. Creo que la izquierda está viva y hay que seguir luchando aquí. De lo contrario algún día nos pasarán la factura. De eso no tengo la menor duda—.

La respuesta me salió del alma. Era absolutamente sincera. De un idealismo para muchos absurdo. Pero era y es mi forma de pensar. Otros fueron más prácticos.

—Entonces— acotó Ashton— ven a trabajar conmigo. Necesito que alguien se haga cargo de la información diaria a los agregados de prensa. Y eso es para mañana.

Acepté la oferta. No era mucho dinero, pero ante mi cesantía significaba la salvación.

Con ciertos niveles de mi vida más reestablecidos y una seminormalidad personal, el tema del libro proscrito parecía haber quedado atrás. No había nada que hacer y nadie estaba dispuesto a abogar por mí ante los militares. Por eso preferí olvidar el hecho. Mas un nuevo episodio se encargó de hacerlo vigente.

Una mañana de marzo al salir caminando desde mi casa para dirigirme al Ministerio de Relaciones Exteriores, un vehículo me esperaba en la calle Guadarrama, en el sector donde vivía. Me puse en alerta. Avanzó con cierta rapidez y manteniéndose en marcha se me acercó. Desde el interior se escuchó una voz femenina que dijo con acento extranjero.

—Buenos días, señor Fuentes. Perdone la forma de presentarme. Soy funcionaria diplomática y me interesa conversar con usted.

En la ventana trasera derecha del vehículo era perceptible la figura de una graciosa morena de pelo largo. Seguí avanzando en dirección a la avenida Colón en tanto el auto lentamente lo hacía a mi lado. No se advertía nadie en la calle y mi posición me impedía ver si el vehículo tenía placa patente diplomática. Por otra parte, mi esposa no sabía que estaba siendo abordado. La situación comenzó a inquietarme así es que opté por decir:

—Sí; me parece muy extraño el contacto. ¿Por qué no me da el número de un teléfono y yo le llamo? ¿Qué le parece?

—Está bien — respondió la morena—. Aquí está.— Y extendiéndome su muy cuidada mano me entregó un papel en el que había un número escrito a máquina.

El vehículo tomó aceleración y con rapidez llegó a Colón para luego bajar en dirección a Tomás Moro. Su placa patente estaba cubierta de barro o pintura. Así era

imposible identificarla. Me puse nervioso. Uní el hecho a mi condición de funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores. Por eso inmediatamente de llegar a mi oficina en el ala sur-este del Palacio de la Moneda le narré lo sucedido a Ashton. Me sugirió que me cuidara y que si necesitaba ayuda o protección, le avisara oportunamente. Recomendó que la llamada telefónica a la mujer la hiciese desde el Ministerio porque de esa forma quedaría el registro de la grabación. Así lo hice, pero sin resultados. El número no existía, según lo confirmó la Compañía de Teléfonos en sus registros.

Ese mismo día, a última hora de la tarde, al salir por la puerta sur del Palacio de la Moneda, me abordó un exfuncionario del gobierno de Eduardo Frei Montalva a quien había conocido en el Ministerio del Interior cuando ocupaba esa cartera Edmundo Pérez Zujovic. Le saludé con cordialidad y caminamos juntos. Luego de algunos mutuos "cómo has estado" y "qué estás haciendo", me preguntó si aceptaría conversar con una persona que tenía interés en hablar conmigo. No puse inconvenientes. Una cuadra más allá enfrentaba, nuevamente, a la morena del automóvil. Hecha la presentación, nuestro común amigo se excusó y nos dejó solos.

—Una vez más le ruego me disculpe, señor Fuentes—, expresó mientras caminábamos por calle Moneda en dirección hacia Ahumada. Y agregó: —Representó los intereses de la embajada de ..... Mi gobierno está informado de la situación de su libro y de cómo lo han tratado. Si usted hace la denuncia, ante prensa extranjera interesada en su caso, que su libro ha sido prohibido, le ofrecemos asilo político junto a su familia y ayuda económica. Piénselo y nos responde cuando lo contactemos de nuevo.

—Le respondo de inmediato— dije nervioso pero con absoluta convicción —¡No! No haré denuncia alguna. Eso afectaría al que considero "mi gobierno". En todo caso

agradezco el gesto si es que en él hay algo de humanitario y solidario.

—Está bien. Es su decisión. Confío en lo discreto que será respecto de este contacto—, replicó con cierto desgano la mujer antes de despedirse.

CAPÍTULO III

El Movimiento Cívico

El 4 de septiembre de 1970 fue viernes. En la madrugada del 5 se conocieron los cómputos finales que daban por ganador a Salvador Allende con una mayoría relativa de sólo el 36,2 por ciento de los votos; le seguía Jorge Alessandri, candidato de la derecha conservadora y liberal ahora sintetizada en el Partido Nacional, con un 34,9 por ciento; y al final estaba el democratacristiano Radomiro Tomic, con un 27,8 por ciento. El Partido Comunista, anticipándose a los hechos y ante la posibilidad de obstáculos en la ratificación de su candidato en el Parlamento, había advertido a la Democracia Cristiana que no podía desconocer el triunfo popular.

En las calles la izquierda manifestó su júbilo en actitud amenazante. Tiempo después los comunistas reconocieron que tales expresiones fueron "una acción de masas destinada a defender, a como diere lugar, el triunfo del pueblo".

Aquella soleada mañana del 5 llegué pasadas las 9 al centro de Santiago. Todo parecía normal. Se advertía sólo una gran cantidad de restos de carteles y propaganda de Allende y la Unidad Popular dejados por la inmensa muchedumbre que en la noche y madrugada cruzaron las calles celebrando la victoria. Pocos automóviles, escasa locomoción colectiva y uno que otro vehículo policial

irrumpían la principal área comercial capitalina. Algunos transeúntes y suplementeros que voceaban diarios completaban el cuadro matinal. En los quioscos, la prensa daba cuenta de los resultados.

La noche anterior, cuando recién comenzaban los cómputos y era evidente una reñida lucha entre Allende y Alessandri, en un programa de televisión el joven, y para la mayoría de los chilenos desconocido abogado Pablo Rodríguez Grez, llevó algo de esperanzas a ese tercio de chilenos que había sufragado por Alessandri y advertía que la izquierda estaba a un paso de llegar hasta el Palacio de la Moneda.

El Canal 13 organizó la noche del 4 un foro político para esperar el recuento de votos. El comando de la candidatura de Alessandri designó como sus panelistas a los abogados Jorge Ovalle Quiroz, militante y dirigente de la Democracia Radical, un brazo minoritario derechista del ya izquierdizado Partido Radical; y a Pablo Rodríguez Grez, un independiente con ideas agnósticas que alguna vez en la elección de 1964 había aparecido apoyando a Eduardo Frei Montalva.

Con más años de "circo" profesional y político, poseedor de una oratoria mediocre, pero con sólidos conocimientos y argumentación en materias de Derecho Constitucional, el comando de Alessandri había entregado la responsabilidad de defender los principios en que se sustentaba la candidatura derechista —tarea no muy fácil— a Ovalle Quiroz. Pero, por alguna razón que nunca se conoció, este último brilló... pero por su ausencia. Simplemente el "chancho" Ovalle, como cariñosamente lo apodaban sus correligionarios, se corrió, de manera oportuna, por la tangente.

Fue así como esa noche en las pantallas de los televisores se observó una desigual contienda: tres portavoces de la Unidad Popular contra uno del alessandrismo. Los

democratacristianos —¡era que no!— le sacaron el brazo a la jeringa y se retiraron a poco de iniciarse el programa y luego de leer una patética declaración de Radomiro Tomic, en la cual, implícitamente, reconocía su derrota en tercer lugar. Luego, Juan Hamilton, Luis Maira y Luis Badilla dejaron calladamente los estudios de la estación.

El dominio de sí y la limpieza política con que Pablo Rodríguez planteó sus argumentos, sumados a la claridad de sus ideas, contrastaron notablemente, durante el desarrollo del foro, con la beligerancia del socialista Erick Schnake, la grosería del mapucista Alberto Jerez y la demagogia del comunista Jorge Insunza.

Pablo, y siempre se le ha reconocido, constituyó esa noche un verdadero sedante para todos aquellos hombres y mujeres modestos y de clase media, trabajadores, empleados y profesionales, que votaron por Alessandri honestamente convencidos que era el hombre que Chile necesitaba en ese momento. Mucha de esa gente lloró la madrugada del 5, no porque viera amenazados sus intereses sino porque intuía que vendrían días dramáticos. Tenía miedo. Pero en la legítima derecha había pavor. Numerosas familias adineradas tenían pasajes ya comprados para viajar a Mendoza, Buenos Aires, Montevideo o Río de Janeiro y Sao Paulo. Otros, para diversas ciudades de los Estados Unidos.

Hijo de Manuel Rodríguez, ministro de Educación del presidente Gabriel González Videla, para Pablo, que había egresado de la Universidad de Chile con las más altas distinciones titulándose de abogado en 1962, hasta ese mes de septiembre su vida se desarrollaba entre la actividad profesional, el desempeño académico como profesor de Introducción al Derecho y participando en el grupo de abogados que apoyaba a Alessandri. Siendo estudiante había pertenecido al Grupo Universitario Radical del que fue expulsado luego de "oponerse a una

directiva que consideraba ilegítima", como lo consigna una entrevista de la época. Presidía el mencionado grupo el joven Ricardo Lagos Escobar. Como el paso del tiempo suele provocar cambios en las personas, más de treinta años después afirmaría que Lagos podría ser un buen Presidente de la República.

Fue a instancias de Roberto Zúñiga, propietario de los "Juegos Diana" de Santiago, que Pablo conoció al candidato presidencial de la derecha. "Don Roberto", como le decíamos con afecto sus amigos, era un hombre más bien callado y de regular estatura. Siempre tenía una palabra de estímulo a flor de labios, un consejo oportuno que entregar y una mano rápida para sacar dinero de su bolsillo y cambiar cheques a fecha a los periodistas capitalinos que ya lo había convertido en su propio Banco. Pocos comunicadores sociales —porque también había conocida gente de radio y televisión—, no llegaron algún viernes en la noche a pedir el socorro del atento empresario cuya oficina, junto a un centenar de juegos electrónicos, se situaba en el amplio subterráneo de un edificio de la segunda cuadra de lo que pasó a ser con el tiempo el Paseo Ahumada. A su muerte, y en reconocimiento a tan comedida actitud, el Círculo de Periodistas de Santiago designó con su nombre una amplia sala de su edificio de la calle Amunategui.

Pablo tenía una impresión positiva de Jorge Alessandri, y como me lo repitiera en el futuro en más de una ocasión, consideraba que su gobierno (1958-1964) pudo ser muy bueno sin la intromisión de la politiquería, principal obstáculo en la realización de reformas que le habrían evitado a Chile muchos conflictos y tribulaciones.

Como abogado de Zúñiga, Pablo mantenía con éste una cordial, amplia y respetuosa amistad. Veinte años menor que su cliente, le prodigaba cariño y admiración por su esfuerzo para, sin perder su bonhomía, convertirse

en un hombre de acomodada situación. Don Roberto, a su vez, era amigo de uno de los "consejeros de seguridad", como él se presentaba o, mejor dicho, guardaespaldas, de Jorge Alessandri. A través de tal conexión llegó, a fines de 1969, el primero hasta el ex Mandatario y candidato, y luego de dos horas de conversación con éste y sus más inmediatos colaboradores aceptó integrarse al comando de la campaña electoral.

El mismo Pablo me dijo, cuando escribía la primera versión de estas memorias en noviembre de 1973, que después de esa extensa entrevista, mantuvo su impresión del anciano candidato, confirmando la opinión histórica que de él se había formado. De quienes le rodeaban sólo se limitó a decir que era un conjunto de "viejos acartonados".

La Constitución Política vigente entonces establecía que si ninguno de los postulantes a la Presidencia obtenía mayoría absoluta —el 50 por ciento, más un voto—, correspondía al Congreso Pleno decidir entre las dos primeras mayorías relativas. Como ninguno de los tres candidatos había alcanzado esa codiciada mayoría absoluta, la derecha buscó el salvamento de emergencia.

Así, no sin esfuerzo, se logró convencer al anciano candidato Jorge Alessandri para que emitiera una declaración pública. En ella manifestó que si era elegido por el Parlamento renunciaría para dar paso a una nueva elección en la cual se dirimiría la disyuntiva de democracia o marxismo. La maniobra apuntaba derechamente a inducir en la Democracia Cristiana y sus parlamentarios una actitud favorable al postulante derechista que tenía la segunda mayoría relativa.

El desesperado recurso político de la derecha buscaba reparar dos grandes errores: no aceptar la propuesta de una reforma constitucional por medio de la cual, antes de las elecciones, se incorporaba a la Carta Fundamental el

mecanismo de la segunda vuelta; y, permitir que el testarudo candidato, en una inoportuna locuacidad, contrastante con su habitual y vehemente silencio, hiciese pública una carta-respuesta enviada cuarenta días antes de la elección al senador Julio Durán en la que le señalaba que sólo aceptaría ser Presidente de la República si obtenía la primera mayoría en las urnas

Alessandri pretendía con su anuncio generar una corriente de opinión pública destinada a presionar a los parlamentarios de la derecha, los democratacristianos y los radicales no proclives al marxismo, para que votaran por él en desmedro de Allende.

Pero ¿quién o quiénes conducirían a esa corriente de opinión pública si en las colectividades no marxistas el desconcierto cundía? En el derechista Partido Nacional había una verdadera bolsa de gatos, consecuencia directa de la discusión respecto a la actitud que debían tener sus parlamentarios en el Congreso Pleno. Después se conocería que Sergio Onofre Jarpa sostuvo en la Comisión Política de esa colectividad, la tesis de votar a favor de Allende, posición que se perdió por el estrecho margen de 8 a 9.

En la Democracia Cristiana el ambiente también era espeso. El anticipado reconocimiento del "triunfo" de Allende hecho en la madrugada del 5 de septiembre por el presidente de esa colectividad, Benjamín Prado, seguido por el de los dirigentes juveniles y a continuación por el del propio Tomic, constituían inexplicables actitudes de compromiso de la Democracia Cristiana con la izquierda marxista. Pero la decisión definitiva de qué hacer en el Congreso, que debía reunirse el 24 de octubre, dependía de la instancia superior de dicha colectividad: la Junta Nacional. En sus 525 delegados, o en la mayoría de ellos, estaba el destino del país. A su mandato obedecerían los diputados y senadores.

En medio de la veloz sucesión de hechos que provocó la estrecha victoria de Allende, el 10 de septiembre Pablo Rodríguez anunció la creación del "Movimiento Cívico Nacional Patria y Libertad". Su propósito declarado era promover la elección de Alessandri en el Congreso, quien renunciaría, como lo había señalado, para promover un nuevo proceso eleccionario donde la ciudadanía debería dirimir entre democracia o marxismo.

Según la versión que me entregó Pablo en 1973, él convocó a otros abogados, como Carlos Cruz-Coke, Edgardo Gundián, Miguel Angel del Mauro, Jorge Patricio Villalobos y Eugenia García, para analizar la conveniencia de crear un movimiento independiente de partidos políticos que sirviera de elemento aglutinador de una opinión pública contraria a Allende que carecía de conducción.

En su primera declaración pública, suscrita solamente por Pablo en calidad de presidente, Patria y Libertad señaló: "Las fuerzas políticas democráticas tienen el deber moral de dar a la nación una oportunidad definitoria para que sea Chile entero y no una minoría prepotente, la que determine el destino institucional que nos aguarda".

La vehemencia desafiante del extenso texto, así como su limitado propósito, logró su efecto y un importante aunque indeterminado número de adherentes se acercó a las oficinas de Pablo, en el 7° piso de Huérfanos 1117. Nunca nadie pudo saber cuánta gente llegó hasta allí. Lo cierto sí es que junto al nuevo líder que nacía estaban su amigo Roberto Zúñiga, Eduardo Díaz Herrera, los hermanos Oscar y Jorge Erlansen, el periodista Celso Ferrada y ex dirigentes sindicales como Luciano Morgado y Héctor Durán y el presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, Sergio Gutiérrez.

Así, Pablo, en una decisión muy meditada, seguramente, y analizando los pros y los contras, se lanzó a la

arena política. En un momento en que la situación del país era grave. Lo hizo con valentía, compromiso y, personalmente pienso, con honestidad. Se convirtió, de esta forma, en uno de los actores de una trama compleja.

En paralelo la situación ardía por todos lados. Los días se arrastraban pesadamente. Una cadena de hechos, circunstancias y decisiones se manejaban tan nerviosa como secretamente en los más altos niveles del poder político y económico del país. También en el extranjero.

Al interior del Partido Demócrata Cristiano la situación era confusa. Un sector bien definido encabezado por Juan de Dios Carmona y Edmundo Pérez Zujovic, ambos ex ministros del presidente Frei Montalva, era partidario de manejar con delicadeza la situación e incluso manifestaban la idea de no dar el paso a Allende en el Congreso Nacional. La iniciativa era compartida por el Primer Mandatario y una mayoría de sus ministros, especialmente el de Hacienda, el "Benjamín" del gabinete, Andrés Zaldívar Larraín.

Por su parte, otro sector, conducido por la Directiva Nacional, que presidía Benjamín Prado, el derrotado candidato Radomiro Tomic y su jefe de campaña, Enrique Krauss Rusque, daban por hecho el apoyo a Allende y con celeridad redactaban una propuesta que pasaría a llamarse "Estatuto de Garantías Constitucionales", conjunto de exigencias que si Allende y la Unidad Popular las aceptaba serían la base para el acuerdo de votar en el Parlamento por la primera mayoría relativa.

El 22 de septiembre, Prado informó públicamente que el Consejo Nacional de su partido —instancia intermedia entre la Directiva y la Junta Nacional— donde primaba una mayoría proallendista, ya tenía redactado el Estatuto y que al día siguiente sería presentado a Salvador Allende. Ocurrió como estaba previsto y se inició el diálogo democratacristiano-marxista

La noche del día siguiente, cuando ya habían partido las conversaciones anunciadas, las transmisiones de las radioemisoras y canales de televisión del país fueron abruptamente interrumpidas. Por cadena nacional se dirigió al país el ministro de Hacienda, Andrés Zaldívar Larraín. Con rostro sombrío y tono grave —lo recuerdo perfectamente— inició sus palabras, dejando expresamente establecido que por instrucciones del presidente Frei y con la aprobación unánime de todo el gabinete ministerial daría a conocer al país un informe elaborado por el Comité Económico.

Durante más de una hora, Zaldívar dibujó el sombrío retrato de la situación nacional. "Hasta el 3 de septiembre —dijo—, la economía chilena se desenvolvía en plena normalidad y las informaciones disponibles señalaban que los ritmos de crecimiento eran satisfactorios. Con posterioridad a esa fecha el proceso económico se ha visto alterado, poniendo en serio peligro los resultados esperados y anulando los efectos positivos de las políticas económicas que el gobierno ha venido aplicando armónicamente durante los últimos años".

Bajo la visión del Comité Económico del gobierno, que presidía Zaldívar, la situación era un desastre. Informar al país era un deber del gobierno, pero indudablemente contribuía a que la situación se agravara aún más. Decir lo que estaba sucediendo era, a la vez, decir lo que había que hacer.

La radiografía mostrada al país por Zaldívar se resumía en los siguientes puntos:

—Retiro masivo de dinero en el sistema de Ahorros y Préstamos.

—Se estaban imprimiendo billetes en el extranjero para respaldar al sistema monetario.

—Se estaba evitando la fuga de capitales.

—Había caído la adquisición de bienes durables.

—Las industrias habían suspendido las ventas a plazo.
—Los compromisos vencidos no se estaban pagando.
—Estaban suspendidos los planes de expansión de las empresas.
—Habían disminuido las demandas de prestación de servicios.
—Estaban paralizados los ingresos de capital al país.
—No había pago de impuesto.

Y finalmente, en ese tan particular como melodramático tono que ya el país le conoce a Zaldívar, éste dijo: "Lo que acontezca en los próximos días será decisivo para conocer la magnitud del problema económico que se deberá enfrentar en el futuro próximo, pues el origen de estos hechos es más profundo y sus consecuencias no son por ahora previsibles".

Zaldívar, y tras él Frei, se la estaba jugando a fondo para torpedear las conversaciones de sus camaradas democratacristianos con la Unidad Popular. Su discurso era la señal clara y precisa para advertir al país de la crisis.

Y fue el abogado, Jorge Rogers Sotomayor, colaborador permanente del semanario PEC, el que bajo el pseudónimo de "Reporter Erre" lanzó en exclusividad el 2 de octubre una verdadera bomba en medio del ya tenso escenario político nacional al revelar el pacto secreto suscrito horas antes de las elecciones del mes anterior entre el comando de Tomic y el de Allende y en cuyo punto N° 3 se señalaba que "si Alessandri llegaba segundo, el candidato que ocupara el tercer puesto reconocería dentro de las 24 horas al ganador, por el solo hecho de tener éste un mínimo de cinco mil votos de ventaja sobre Alessandri". El astuto jefe de la campaña democratacristiana que selló tan peculiar compromiso era Enrique Krauss Rusque. El mismo que ahora negociaba "garantías".

Pero Rogers se limitó a hacer sólo la denuncia pública. El descubridor del pacto había sido Edmundo Pérez Zujovic, empresario y ex ministro del Interior del presidente Eduardo Frei Montalva, que postulaba la tesis de votar a favor de Alessandri en el Congreso. Pérez Zujovic se la pasó a Rogers como quien entrega un misil, el único en tan corta guerra política, para ser usado en el momento preciso. Y así ocurrió, aunque el resultado final fue el de un "cuete".

De paso, y en perfecta orquestación con Zaldívar y con la imperiosa necesidad de crear pánico, pero desde una perspectiva externa al gobierno, privada, académica, el economista y profesor universitario Pablo Baraona, mostró su personal gracia. De pura casualidad ese mismo 2 de octubre en las páginas centrales del semanario donde Rogers había hecho su denuncia, cuya venta era obvio que se agotaría, escribió un extenso análisis de la crisis nacional y la mala onda en que andaba todo, para sentenciar finalmente: "Quienes piensan que lo pactado en estos momentos por diferentes grupos políticos se mantendrá, y que ello, en todo caso, depende del crédito que cada cual pueda dar a las promesas del otro, están, a nuestro juicio muy equivocados. La actual crisis económica y sus manifestaciones posteriores reemplazarán cualquier circunstancia política que ahora pueda ser determinante. Preocupa fuertemente que, entre los grupos que están negociando garantías, no se capte este hecho ni se le pondere debidamente".

Desde cualquier ángulo que se observen los acontecimientos ya descritos, resulta obvio que había un libreto, una trama y actores, con papeles muy definidos asumidos de manera ejemplar. Pablo Rodríguez, sin tacha política alguna, con la fuerza del joven y nuevo líder, una oratoria convincente y el carisma que Dios le dio, era el activista de masas, el encargado de convertir en fuerza

política organizada el descontento, la desconfianza y la ira que, a partir de las señales del gobierno y de los sectores privados, se estaba sembrando en el país. Patria y Libertad era el instrumento encargado de recibir a quienes quisieran expresar su rechazo a un futuro régimen marxista, convirtiéndose, a la vez, en la plataforma para decir lo que ni la derecha ni el gobierno podían decir sin perder esa compostura hipócrita que tiene siempre lo "oficial", hasta en las más graves crisis.

Dos masivas reuniones en Santiago, efectuadas una en el popular teatro Nacional del barrio Independencia, y la segunda en el Estadio Chile; otra en Valparaíso y una tercera en la Pontificia Universidad Católica de Chile, constituyeron muestras de que había respuesta a los llamados de Patria y Libertad.

La izquierda estaba alerta. Advertía, no sin preocupación, que si se descuidaba le arrebatarían el poder de las manos.

El mes clave, a no dudarlo, era octubre. La Junta Nacional de la Democracia Cristiana estaba citada para los días 3 y 4. Esta debía aprobar o rechazar la cuenta política de la Directiva, aprobar o rechazar los anticipados pasos dados en las conversaciones con la Unidad Popular; y, decidir por quién debían votar los diputados y senadores en el Congreso Nacional, si por Allende o por Alessandri.

Una denominada "marcha del silencio", organizada por Patria y Libertad al iniciarse octubre terminó a palos y cadenazos. Partió desde el monumento a Manuel Rodríguez, en la avenida Bustamante con Plaza Italia en dirección al centro de Santiago. Cuando la multitud, integrada principalmente por mujeres de todos los estratos sociales portando banderas nacionales, se desplazaban ordenadamente, grupos de izquierda, entre los que se mezclaban miembros del MIR, comunistas y socialistas,

provocaron a las manifestantes con insultos e incluso llegando al extremo de lanzarles botellas que, supuestamente, contenían ácido. Los hechos se agravaron en las calles céntricas debiendo actuar la policía.

Se inauguraba la temporada primavera-verano de violencia callejera y Patria y Libertad quedaría a partir de esa fecha etiquetado para siempre como grupo violento. O sea, para entender bien las cosas, al menos de ese día: las señoras desfilantes eran las extremistas y los extremistas santos palomos que, seguramente, agrupados esperando movilización, fueron provocados.

Independientemente de que Patria y Libertad de ese octubre fuese sólo un movimiento cívico instrumentalizado para un propósito concreto como era evitar que Allende fuese proclamado por el Congreso, lo cierto es que a partir de esa fecha el estigma de "extremista" no se lo quitó ni se lo quitará nadie. Ahí nació lo que pasó a convertirse con el tiempo en el icono de la ultraderecha extremista y violenta del país.

Creo que esa marcha es el punto y momento exacto a partir del cual se logra el fenómeno social previsto para Patria y Libertad: desencadenar la violencia callejera como elemento de presión pública, coadyuvante al propósito político de más alto nivel que, para ese particular y preciso momento, era evitar, por la vía constitucional, la asunción de Allende al poder. Pero también preparar y predisponer a la gente, para un escenario con situaciones realmente graves que podrían darse o no.

Por tanto, sin trauma ni dolor, al menos para mí, y desde la perspectiva que dan los hechos un cuarto de siglo después, hay que aceptar que Patria y Libertad fue creado como un instrumento de provocación política. Ese era su sino. Y yo ayudaría, en el futuro, a que se cumpliera.

Pablo se desplaza rápido con su gente. Los días corren veloces. El plazo se acorta. Hay que cumplir a cabalidad

el objetivo. Temuco, Chillán, Rancagua, Curicó, Los Ángeles y Victoria, Osorno y Antofagasta, además de otras ciudades de importancia, reciben al nuevo líder de la resistencia a la izquierda marxista. Esta, que ya ve en el joven abogado un elemento peligroso, acentúa los ataques en su contra, llegando al extremo de deshonrar a su padre e involucrar a su esposa, amenazándolo veladamente de muerte.

Reunida en calidad extraordinaria, en la Junta Nacional de la Democracia Cristiana se confrontan dos sectores: los pro Allende y aquellos que, sin estar manifiestamente en contra, condicionaban el respaldo al líder socialista al desarrollo del Estatuto de Garantías Constitucionales. Encabezaban el primer lote Radomiro Tomic, Rafael Moreno, Bernardo Leighton, Benjamín Prado, Luis Maira, Bosco Parra, Santiago Pereira y Luis Badilla. El segundo, Patricio Aylwin Azócar, Juan de Dios Carmona —que en un momento presentó su propia posición y luego la retiró—, Tomás Pablo, Jorge Santibáñez y Jaime Castillo Velasco.

Aylwin quiso dilatar las cosas hasta el 20. Justificó su posición señalando que así se conocería el resultado de las gestiones con la Unidad Popular y entonces se podría resolver sobre la conducta de los parlamentarios en el Congreso Pleno.

Tomic y Prado eran más claros y directos y decían que había que expresar la voluntad de apoyar en el Congreso Pleno la candidatura del senador Salvador Allende sobre la base de acordar el Estatuto de Garantías Constitucionales.

Aylwin quería ganar tiempo. ¿Por qué? La interrogante histórica queda planteada. Por ahora. Tomic y Prado pedían un cheque en blanco de inmediato para girarlo en favor del candidato socialista. La victoria fue de estos últimos por 271 contra 191.

Pero no todo estaba perdido. Existía aún una segunda oportunidad política: quebrar la disciplina de los parlamentarios democratacristianos e inducirlos a votar por Alessandri el día 24.

Capítulo IV

Operaciones Especiales

Mientras Pablo Rodríguez, a quien no conocía personalmente por entonces, se desplazaba durante octubre de ese año 1970 por el país activando a las masas y dando fuerza a Patria y Libertad, cinco días después de terminada la Junta Nacional Extraordinaria de la Democracia Cristiana donde se acordó apoyar a Allende, se me propuso la urgente creación de un diario. Disponía, nada más y nada menos, que de 48 horas para salir con él a la calle. Era una propuesta insólita. También un desafío.

—Sé que la tarea no es fácil. Pero existe la seguridad de que tú la puedes realizar— me dijo Juraj Domic, un descendiente de yugoslavos nacido en Punta Arenas, a quien conocía hacía tres años

Con Juraj habíamos construido una particular historia que se vinculaba directamente con los hechos que se estaban desencadenando en el país inmediatamente de la victoria electoral de Allende. Ambos habíamos llevado a cabo en planos paralelos y más tarde conjuntamente, un doble papel público y secreto. Por eso su propuesta de hacer un diario con tanta urgencia, no me cabía duda alguna, se insertaba en el contexto de acciones antiizquierdistas desarrolladas en el tan particular escenario que por esos días vivíamos.

Mesurado en sus palabras, reservado respecto a su

vida privada, Domic ostentaba la especialidad de "sovietólogo". Desde que nos conocimos hasta abril de 1970 nos veíamos de manera distanciada. Comentábamos la actualidad y, particularmente, los logros de los comunistas tanto al interior del Partido Radical cuanto en la Democracia Cristiana. Nuestro común pronóstico, ya en 1968, era una inevitable victoria marxista en 1970. Un hecho particular, que no fue una mera casualidad, nos había permitido a Juraj y a mí establecer un punto común de trabajo.

En medio de la ingrata sorpresa para la izquierda, el semanario PEC, no precisamente por virtudes mágicas de su Director y propietario, había reaparecido en los quioscos del país el 6 de enero de 1970, seis meses después de naufragar abruptamente sin explicación alguna. Rezumaba alessandrismo por todos lados.

Con ese orgullo que le era característico, Chamudes, su Director, escribió para la ocasión: "Aquí estamos de nuevo. Otra vez en la batalla... No dimos por escuchados los insultos, que siempre se juzgaron cobardes cuando son lanzados al caído, de aquellos que quisieron festinar nuestro hundimiento, ni quisimos reparar en el silencio de aquellos que tenían la obligación de defendernos... Ahora nos levantamos apoyados por todos aquellos que quieren escuchar nuestra palabra y que anhelan para el país la restauración de la decencia y la mantención de su democracia".

En su interior dos páginas daban cuenta del Movimiento Alessandrista. Se incluía un muy conspicuo Secretariado Nacional integrado por Enrique Ortúzar E., Julio Philippi Y., y Eduardo Boetsch G.H. Se agregaban sus consejeros: Pierre Lehmann Ch., Rafael Valdivieso A., Hugo Gálvez G., Luciano Morgado B., Luis Heredia M., Enrique Sazié F., Jaime del Valle A., Clara Williams de Iunge, Manuel Castro M., Jaime Guzmán E., y Gisela Silva E.

En el Departamento Juventud, sus directores eran: Jaime Guzmán E., Raimundo Opazo Y., Manuel Casanueva, Fernando Agüero Garcés, Juan Hurtado V., Jaime Silva Mac Iver, Miguel Leighton P., Roberto Fuenzalida G., Martín Walsen Cornejo, Magdalena Toledo Beltrán, Enrique Rodríguez Villalobos, Carlos Hernández Hernández, Luis Hernán Acevedo, Oscar Jorquera Chandía, Héctor Leal, Julia Ramírez Flores, Alejandra Muñoz González y otros.

Un selecto grupo de profesionales integraban el correspondiente Departamento: Miguel Schweitzer, Sergio Miquel Steeger, Carlos Alberto Cruz-Coke, José Espíldora Couso, Abraham Pérez, Ruy Barbosa Popolizio, Jorge Délano F., Federico Willoughby MacDonald, Pablo Langlois Délano, Jorge Langefeldt, Patricio Silva Clarés, entre otros.

Tres meses después del reaparecimiento del semanario PEC, una tarde de mediados de abril, Chamudes me hizo ubicar para invitarme a su oficina. Cuando concurrí, sin muchos rodeos me pidió un análisis y proyecciones del proceso electoral ya en marcha, y un pronóstico de lo que podría suceder el 4 de septiembre. Particularmente le interesaba que abordara la situación del Partido Radical.

—Dispone de dos semanas para entregarme el trabajo. ¡Se publicará completo en una edición especial!—, dijo con su tono áspero y luego de una extensa perorata en la que, como pocas veces lo hacía, escuchó con atención algunos anticipos de mi pensamiento sobre el desarrollo de los acontecimientos políticos.

Antes de la fecha prefijada de común acuerdo le entregué a Chamudes cuarenta páginas de texto. Se acomodó en el sillón donde habitualmente revisaba material periodístico, encendió un cigarrillo, tomó el trabajo en sus manos y no alcanzó a leer el título cuando mirándome fijo a los ojos exclamó, mientras se sacaba los anteojos:

—¡Dígame la conclusión Fuentes!

—¡Gana Allende!—, respondí lacónicamente desde el sillón donde me había sentado a esperar algún comentario.

—¡Usted está loco! ¡Eso es imposible! ¡Eso es imposible!— gritó enfurecido mientras abría y movía las manos para reafirmar sus dichos, se levantaba del sillón y comenzaba a pasearse de uno a otro lado de la oficina, en un ritual que ya conocíamos todos los que habíamos estado junto a él.

—Esa es mi conclusión, Don Marcos. Si le gusta bueno. De lo contrario me llevo mi trabajo—, dije expresando molestia.

—¡Es que no puedo entender Fuentes que usted me diga algo así y se quede tan tranquilo! Jorge Rogers, un hombre con más conocimientos que usted, con más experiencia electoral que usted, me ha dicho que gana Alessandri. También Jaime Egaña Barahona, el jefe electoral de Alessandri, me ha mostrado pruebas del inmenso apoyo que tiene Don Jorge en todo el país. Suman más de un millón las adhesiones... ¡Y usted me viene a decir que gana Allende!

Me mantuve impávido mirándolo.

—Le publico su trabajo, pero bajo ninguna circunstancia se insinúa en él la posibilidad de que Allende gane—, sentenció con firmeza.

—No. En esas condiciones prefiero llevármelo— repliqué a la propuesta.

—Entonces, ¡Lléveselo!—, manifestó con firmeza mientras avanzaba hacia la puerta de la oficina, la abría y me invitaba a retirarme.

El incidente con Marcos interrumpió nuestra relación profesional, bastante salpicada con hechos parecidos. En 1973, días después del golpe militar, y mientras yo esperaba en Buenos Aires para regresar a Chile lo fui a visitar

a su departamento en esa capital. Allí había permanecido luego de que se le recomendara dejar Chile para evitarle alguna "molestia" provocada por la izquierda. Con humildad, poco acostumbrada en él, reconoció haberse equivocado. Un año después lo diría públicamente en un extenso artículo del diario "La Segunda", motivado en el lanzamiento de un libro de mi autoría.

No bien había terminado mis relaciones con Chamudes cuando reapareció Juraj Domic. ¿Era una simple casualidad que mientras el primero me dejaba de lado el segundo hacía su ingreso en mi personal escena? El tema de fondo en la conversación que ambos sostuvimos a iniciativa de él, fue la mala conducción en la propaganda de Alessandri y la necesidad de combatir más directamente la candidatura de Allende.

—¿Qué crees que se podría hacer? —me preguntó, con su semitartamudeo, mientras conminábamos por una pequeña plazoleta de Ñuñoa donde habíamos concordado en juntarnos.

—A esta altura de la campaña —ya era inicios de mayo—, no creo que sea mucho lo que se pueda hacer para evitar el triunfo de Allende. Habría que ir directamente al choque propagandístico en la calle. Pero dudo de la efectividad.

Juraj escuchó con atención el resto de los planteamientos y los compartió sin agregar nada. Luego de una hora nos separamos. Él quedó de comunicarse conmigo.

Una semana después estábamos nuevamente reunidos en la misma plazoleta.

—¿Podrías hacer una breve exposición de tus ideas a un amigo interesado en el tema?—, me preguntó luego de inquirirme acerca de si seguía pensando igual que una semana antes.

—Por supuesto que sí —, respondí.

Al día siguiente estábamos en la oficina del abogado Carlos Urenda Zegers, en la calle Teatinos. Era "el hombre

de las platas", como lo llamaríamos después. En menos de media hora le había explicado el plan alternativo de contrapropaganda. Lo aceptó de inmediato y lo único que pidió fue confeccionar un presupuesto con término de actividades entre el 20 y el 22 de agosto. El dinero para costear la operación se nos entregaría a Juraj y a mí en efectivo, en tres cuotas con distancia de diez días entre una y otra, y en la oficina de transacciones internacionales de un banco, ubicada en calle Bandera, entre Huérfanos y Agustinas.

A la salida, Domic, que se responsabilizó de volver donde Urenda para entregarle el presupuesto, me pidió que, como yo había sido el autor de la iniciativa, diseñara el plan y estimara los costos, considerando otras tres personas para completar el equipo humano y el arriendo de un departamento para reuniones.

Una de las particularidades de Juraj era su absoluta pereza para escribir. Lo cual se contradecía con su profusa producción de artículos publicados en "El Mercurio". Más de una vez le pregunté cómo lo hacía. Su respuesta de siempre: "Escribo de noche".

Setenta y dos horas después entregué a Juraj el plan. En los dos siguientes días teníamos la aprobación y en una semana recibimos la primera remesa de dinero del total de tres que, incluidas remuneraciones que nos indicó el mismo Urenda nos las asignáramos, en valores de hoy alcanzaría a unos 200 mil dólares. ¡En una maleta tuvimos que trasladar tres veces los escudos, la moneda de entonces, a nuestro "Cuartel General"! Este era un departamento amoblado, de tres ambientes — pintado y decorado color rosa— y que, sin importar su tan delicado estilo, se ajustaba a nuestra necesidad de constituirnos en "comité creativo". Su propietaria era una esforzada pequeña empresaria dedicada a la fabricación y venta de juegos de cobertores plásticos para salas de baño que,

por encargo, mandaba confeccionar a modestas pobladoras. Cuando se lo rentamos y le pagamos al contado los cuatro meses que lo utilizaríamos, nos miró algo extrañada. La calmó el identificarme como periodista de Radio Balmaceda.

Si fueron los "patrocinantes" de la operación los que impusieron a otros integrantes o fue iniciativa del propio Juraj, no lo sé, lo cierto es que además de nosotros dos, se integraron al equipo tres jóvenes publicistas para mí desconocidos: René Gateño Hasson; Gastón Sarmiento Torres, hijo del Gerente General de la empresa Siam Di Tella; y Juan Carlos Poblete Ilharreborde.

El plan que propuse, y se llevó a efecto en su totalidad, era simple y, para dolor de cabeza de la izquierda marxista, se cumplió a cabalidad, aunque como esfuerzo resultó inútil si se considera que, finalmente, Allende terminó siendo Presidente:

1.- Rayados murales en las principales avenidas y calles de Santiago y de las ciudades importantes del país. Se escribieron más de 500 mil frases tales como "Allende es comunismo-comunismo es hambre" o "Allende es comunismo-comunismo es odio". La historia demostró que no nos equivocamos ni un milímetro en las afirmaciones.

2.- Fue contratada una imprenta pequeña que trabajó exclusivamente para nuestro grupo durante los cuatro meses. Allí se imprimieron 20 millones de volantes, entre otros, con palabras cruzadas, lo que obligaba a recogerlos y llevarlos a la oficina, o a la casa, para saber de qué se trataba; o bien, se mostraba la fotografía de Allende, pero ésta había sido confeccionada con un texto que solamente era visible con lente de aumento. Una parte importante fue esparcida en la zona central del país en aviones civiles especialmente contratados y con una certeza y puntería en pueblos y ciudades superior al 90%.

3.- Una serie de 100 mil calendarios de pared fueron editados con el texto "Virgen del Carmen Patrona de Chile sálvanos del comunismo". Se distribuyeron preferentemente en poblaciones modestas y zonas rurales.

Doy mis más sinceras disculpas a la Iglesia Católica y, particularmente, al sacerdote Joaquín Alliende, por entonces encargado del Santuario de Maipú y quien, con absoluta razón, protestó de manera airada en esos días por el uso indebido de la venerada imagen. Reconozco que ésta y las demás ideas fueron mías y asumo, en plenitud la responsabilidad pública por ellas. Aclaro, eso sí, que el uso de la Virgen no fue más que la actualización de un viejo calendario que cuando niño vi en el campo. En él se mostraba la imagen sacra y bajo ella el nada sacro texto de: "Aliviol. Alivia el dolor".

4.- Edición de 100 mil impresos simulando tarjetas de racionamiento de alimentos. Un año después las nuestras no servían, porque eran de contrapropaganda, pero sí las verdaderas de las Juntas de Abastecimientos y Precios, las JAP, que con tanto "cariño" deben recordar algunas madres y abuelas de los sectores populares donde se restringió hasta el papel confort.

De dónde Juraj Domic logró gente para realizar el trabajo de terreno, es un secreto que se llevó a la tumba. En un esquema de compartimentación real es de mal gusto hacer preguntas como esa. Pero el sistema de distribución funcionó. También los controles de las tareas encomendadas y la reserva o secreto del proyecto.

Cuando estábamos en plena tarea de contrapropaganda fue asaltada la agencia de publicidad "Andalién", empresa montada particularmente para llevar a cabo una multimillonaria campaña global de avisos en diarios, revistas, radios, y propaganda de calle, contra Allende y la izquierda marxista.

Con Juraj habíamos advertido que esa agencia podía

ser blanco de un asalto con connotaciones políticas, no descartando el uso de la violencia contra las personas que allí trabajaban, como sucedió. Eso nos llevó a extremar las medidas de seguridad en el plan que estábamos desarrollando.

En el atentado a "Andalién" , sus hechores se llevaron toda la documentación que pudieron encontrar, incluido un maletín de su Gerente , el publicista Salvador Fernández Zegers. Todo el material recolectado por la vía de ese delito fue a dar a la Comisión Especial que en la Cámara de Diputados, a petición de los diputados democratacristianos Bernardo Leighton, Luis Maira y otros, se constituyó para investigar la propaganda contra Allende.

Por el descuido de Fernández pagaron justos por pecadores. Así, la prensa pro-allendista difundió los nombres de las empresas relacionadas con la agencia: Anaconda, la poderosa minera norteamericana extractora de cobre en el país; la Imprenta Amenábar, la Sociedad Agrícola San Fernando, Inversiones Tierra Amarilla, aseguradora La Chilena Consolidada, la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, la industria FENSA, y la Editorial Lord Cochrane, entre otras.

También se difundió la nómina de personas vinculadas a la que se conoció como la agencia de la "campaña del terror": Carlos Paul Lamas, abogado y copropietario del diario "El Sur", de Concepción; Julio Pistelli Basterrica, gerente de "El Mercurio" de Valparaíso; Arnoldo Poupin; Raúl Espinosa Wellmann, ingeniero y ejecutivo de la Copec; Gonzalo Eguiguren Hodgson, empresario; Hernán Errázuriz Talavera, abogado de la Sociedad de Fomento Fabril; Guillermo Elton, empresario e integrante de la Cámara de Comercio; Jaime Egaña Barahona, empresario y ex embajador de Alessandri en Paraguay; Edmundo Eluchans Malherbe, abogado, empresario y ex parlamentario y Manuel Echeverría; Luis Goyenechea Zegarra,

dibujante, caricaturista y Premio Nacional de Periodismo, conocido por su seudónimo de "Lugoze"; Alberto Reyes Mozó, periodista y columnista con el seudónimo de "Bigote", en el semanario PEC; Germán Gamonal Rosales, periodista y comentarista radial; el ingeniero Humberto Tassara; Carlos Madrid y Alfredo Reuza.

También aparecía en los documentos de Fernández, la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica, a la que se le había entregado dinero y un misterioso "Charly", del cual se consignaba un aporte para la agencia bastante importante.

El periodista y abogado comunista Eduardo Labarca identificaría en 1971 en su libro "Chile al Rojo" a los autores del asalto a "Andalién":

"...fue cuidadosamente preparado como operación comando. Tomaron parte veinte jóvenes comunistas que se distribuyeron en sitios estratégicos predeterminados: veredas, puerta central del edificio, escaleras y ascensores, los cuales debían quedar paralizados durante la operación. Los cinco jóvenes que penetraron en las oficinas pusieron manos arriba a las siete personas que estaban allí —dos secretarias, dos mozos, dos empleados y el gerente Salvador Fernández—, arrancaron los cuatro teléfonos y recogieron velozmente toda la documentación que hallaron a mano".

Sin los contratiempos que afectaron a "Andalién", el término de "nuestra" operación fue preparado para el jueves 20 de agosto, o sea, en el plazo señalado por Urenda. Como yo había involucrado mi identidad en el arriendo del departamento, en la mañana del 21 lo entregué a su dueña. Finalmente, a eso de las 20.00 horas, del mismo día, fui hasta el domicilio privado del abogado Urenda, ubicado en un edificio frente al Parque Forestal. Ordenadamente llevaba las cuentas —boletas y facturas— de cómo habíamos gastado el dinero. Me recibió con

amabilidad casi paternal. Pero cuando supo el propósito de mi visita, estuvo a punto de morir del corazón:

—¡Pero cómo se le ocurre traerme esos papeles aquí! —dijo con visible enojo en tanto me tomaba de un brazo y comenzaba a llevarme hacia la puerta de salida. —¡Váyase y queme todo eso! —, repetía sin cesar.

No tuve alternativa. Me retiré y quemé los papeles. Con mi imprudencia había roto un código de seguridad. A Urenda no lo vería nunca más. Y conforme lo habíamos acordado con Juraj, ambos nos distanciaríamos por largo tiempo a no mediar alguna emergencia.

Así estaban las cosas cuando el domingo 23, sólo dos días después de separarnos, todo el país se informó a través de las páginas de "El Mercurio" del denominado "Archivo Kunakov", una historia sobre el espionaje soviético en Chile. Autor del relato: Juraj Domic Koscevic.

En nuestra estrecha relación entre abril y ese mes de agosto Juraj jamás mencionó que estaba en un trabajo de la magnitud del exhibido en el importante matutino.

—¿Qué sentido puede tener sacar un diario a esta altura de los acontecimientos?— le pregunté con bastante desgano, mientras caminábamos en la plazoleta de nuestras juntas, que años después descubrí había sido elegida porque su casa estaba en la vecindad.

—Honradamente no lo sé— me respondió mirando hacia el suelo a la vez que advertía con sorpresa, que nos provocó mutuas risas, cómo uno de sus zapatos estaba roto en el costado.— Pero hay que hacerlo—, insistió, enfatizando en la necesidad de convertir la propuesta en realidad.

—Pero eso tiene un costo alto. Porque ninguna imprenta con prensas rotativas va a cobrar, en los días que corren, un precio de mercado—, repliqué.

—No importa el costo. Hay que hacerlo— señaló Juraj con firmeza y en un verdadero arrebato de palabras fluidas.

—Independiente del costo de impresión —dije, advirtiendo que igualmente la intención era salir adelante con el diario— mis condiciones son las siguientes: quiero que esté anticipadamente en mi poder, antes de editarse el primer número, el dinero para sueldo de periodistas y colaboradores y pago de agencia de noticias; y, que se pague a la imprenta día a día la edición del diario, llevando desde la partida un día pagado anticipadamente.

—Muy bien— respondió Juraj mientras inhalaba su descongestionante nasal.— No creo que haya problemas. Tú mientras tanto prepara los costos y fijas el día de partida y yo te llamó telefónicamente.

Nos despedimos y en la tarde ya tenía a mi disposición las rotativas de "El Diario Ilustrado", un pequeño equipo de periodistas y los servicios de la agencia de noticias United Press International.

¿Por qué había puesto condiciones tan perentorias? Porque los mismos "inspiradores" de acciones contra la izquierda y Allende habían dejado, en más de una oportunidad, colgado de la brocha al periodista Rafael Otero Echeverría, un fuerte polemista y duro crítico del candidato triunfante. Otero había creado, no con su dinero por cierto, la empresa SEPA, Servicios Periodísticos Asociados, y en la lucha anticomunista comprometió su escaso patrimonio esperando los subsidios que la mayoría de las veces llegaron, pero tarde o con recortes. Eso, sumado al particular desorden que le caracterizaba, lo dejó endeudado con medio mundo, particularmente con periodistas.

Tres días después de la primera conversación con Domic, el 14 de octubre, y conforme se cumplieron mis exigencias, apareció en los quioscos de Santiago "Pueblo Libre". Su objetivo principal: contribuir de manera directa a influir en los parlamentarios democratacristianos y de la derecha —porque los había renuentes a hacerlo— para que votaran por Alessandri en el Congreso Pleno

que se reuniría el día 24, ratificando de esa forma, como lo permitía la Constitución Política, a la segunda mayoría relativa y no a Allende. Había que jugársela urgente en esa línea. Era la orden. Y la oportunidad final de contener a la izquierda.

Tamaño tabloide, a un solo color y utilizando grandes titulares y fotos en primera página, "Pueblo Libre" salió a la calle en medio de la emergencia política nacional. Lo hizo, quizás, con el mismo atolondramiento con que se lanza un bote salvavidas al mar cuando el barco se hunde. Tras la iniciativa aparecieron dando su respaldo —no públicamente, por supuesto, pero sin grandes inhibiciones—, los diputados de la Democracia Cristiana Emilio Lorenzini Gratwohl, que prestó su propio estudio de abogado en la calle Teatinos 251, y Jorge Santibáñez, jefe del Departamento de Pobladores de esa colectividad. De Director responsable convinimos en que apareciera —porque nunca ejerció para tal— el también democratacristiano y periodista de viejos tiempos, y a quien le colgaban historias vinculadas al nacionalsocialismo, Renán Valdés. Como asesor fue asignado por alguien —que no fui yo— el periodista del diario "Las Ultimas Noticias", Luis Berenguela. Domic era el regular portador del dinero utilizado. Yo, el que administraba ese dinero, coordinaba la parte periodística y decidía la línea editorial.

Como consecuencia de lo que más tarde Domic me reconoció había sido un asalto simulado para el que se prestó Valdés y un cómplice cuya identidad desconozco —y que le propinó varias bofetadas a nuestro Director—, aproveché de expresar editorialmente, en el tercer día de circulación, parte de nuestros ocultos objetivos: "Está claro que muchos hombres calificados como derechistas por el marxismo-leninismo criollo, están haciendo mucho por Chile y por el mantenimiento de su democracia y su libertad política. Son hombres que aun a riesgo de perder

su situación personal, ganada honradamente, están entregando su aporte a esta lucha libertaria. Para nosotros ellos no son derechistas. Son hombres que piensan con sentido común. Son hombres tras los cuales está la mayor parte de los chilenos que no desean una dictadura marxista-leninista, que no quieren una opresión de derecha ni una opresión de izquierda, que anhelan la continuación de cambios sociales, impuestos por el natural avance del mundo, pero con respeto y libertad".

En los días siguientes publicamos la lista completa de los integrantes de la Junta Nacional de la Democracia Cristiana que habían participado en la reunión de inicios de mes y donde se adoptó la decisión de continuar las conversaciones con Allende. Era una manera de dejar en evidencia que si bien ellos eran responsable de un episodio importante en la historia de Chile, de los diputados y senadores dependía el destino final de lo que ocurriría. La orden era presionarlos al máximo en el plano público.

Pero, quizás con mayores antecedentes de lo que realmente se jugaba en el trasfondo o segmento invisible de la política nacional, el 19 de ese mes de octubre Jorge Alessandri en una declaración pública llamó a no votar por él en el Congreso y a respaldar a Allende. Nos quedamos mudos. ¿Y ahora qué pasaría? nos preguntamos. La desorientación entre muchos chilenos de clase media ganó terreno y tomó cuerpo el miedo al futuro que esperaba al país.

Con la salida de madre de Alessandri se frustraba todo el esfuerzo encaminado a imponer la idea de una segunda elección. ¿Qué sabía el ex Presidente que lo llevó a adoptar la decisión de desdecirse de lo afirmado el mes anterior?

Los hechos se precipitaron.

El 20 el Consejo Nacional del Partido Democrata Cristiano instruyó a sus diputados y senadores para que votasen por Allende en el Congreso Pleno.

El 21 el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, en una declaración denunció la existencia de un complot para impedir la asunción de Allende.

En la mañana del 22 se produjo el repudiable atentado contra el Comandante en Jefe del Ejército, René Schneider. Ingresó pasadas las 8 de la mañana grave por heridas de bala al Hospital Militar en el auto institucional conducido por su chofer.

El viernes 23 dejó de publicarse "El Diario Ilustrado", que había sido fundado el 31 de marzo de 1902.

El sábado 24 Salvador Allende fue proclamado Presidente de la República por el Congreso Nacional reunido en sesión plenaria.

El mismo día 24 fue detenido sin justificación alguna Pablo Rodríguez.

—¡Se "jo jo jodió" todo! — exclamó Domic la tarde de ese sábado luego de que escuchamos por radio la lectura del resultado de la votación en el Congreso. —Ahora sí que la situación se pondrá complicada—, agregó apesadumbrado, mientras recogía algunos papeles de la desordenada oficina donde funcionaba el diario y acordábamos juntarnos al día siguiente para empezar a preparar el término de tan efímera empresa periodística.

El domingo 25 se anunció al país el fallecimiento de Schneider.

Ya en libertad, el 27 Pablo reconoció el término del proceso electoral y la victoria de Allende. Anunció, además, la disolución del Movimiento Cívico Nacional Patria y Libertad, y la posibilidad de crearse a poco tiempo un nuevo partido sobre bases nacionalistas.

El 28 de ese octubre desde las mismas prensas —¡qué paradoja!— donde se imprimía el conservador y derechista "El Diario Ilustrado", nació "La Prensa". Uno de los principales accionistas de la Sociedad Periodística del Sur, Sopesur, que controlaba el paquete mayoritario de

acciones del periódico, el ex diplomático y abogado, Alberto Sepúlveda Contreras, vendió su parte a la Democracia Cristiana.

Como el sino de "Pueblo Libre" era morir al nacer el gobierno de Allende, así sucedió días antes.

El 4 de noviembre Allende juró como Presidente de la República. Terminaba así un episodio de la historia nacional y otro de nuestra propia, particular y criolla guerra fría.

Capítulo V

Nace el Frente Nacionalista

Al principiar marzo de 1971 todos los chilenos nos aprestábamos para las elecciones a realizarse al mes siguiente. La insistente propaganda de los candidatos de la izquierda marxista y la de los que no lo eran atiborraba las radios. La prensa mostraba avisos de unos y otros. El ambiente político denotaba tensión y expectación frente a esta primera consulta popular casi inmediatamente después de los comicios presidenciales.

El año se había iniciado con una campaña de la izquierda contra el Poder Judicial, y más específicamente contra la Corte Suprema, por un fallo emitido por este tribunal en virtud del cual se rechazaba la petición de desafuero del senador Raúl Morales Adriazola, de la Democracia Radical, el ala minoritaria y derechista del Partido Radical, que había apoyado a Alessandri en septiembre.

Cuatro meses antes el parlamentario fue sindicado como infractor a la Ley de Seguridad Interior del Estado en un proceso que se instruía en forma paralela a la investigación del asesinato del general René Schneider. El Fiscal Militar, Fernando Lyon, luego de estudiar las declaraciones de un implicado en dicho asesinato donde se mencionó al senador, decidió pedir el desafuero de éste por estimar que existían suficientes antecedentes para someterlo a proceso.

La Corte de Apelaciones acogió la solicitud de Lyon por diecisiete votos a favor y uno en contra, el del Ministro Hernán Cereceda. Morales recurrió de queja y posteriormente de apelación a la Corte Suprema, la cual, contra todos los vaticinios de los círculos políticos, dictaminó a favor del senador por once votos contra dos, considerando que no había suficientes antecedentes para procesarlo y que los cargos hechos por el Fiscal eran vagos y poco fundamentados.

De esa manera el más alto tribunal de justicia de Chile respaldaba el único voto de la Corte de Apelaciones, el de Cereceda, que estimó no cabía el desafuero, y daba la razón a la defensa de Morales a cargo del abogado Pablo Rodríguez.

Desde el propio Allende hasta el último dirigente de la Unidad Popular emitieron juicios condenatorios y calificativos soeces contra la Corte Suprema. Fue la primera manifestación de una campaña de desprestigio, que más tarde se ampliaría a todo el Poder Judicial, el cual, pese a los agravios de que fue blanco de parte de la izquierda en general, mantuvo siempre su imparcialidad e independencia tradicionales.

Por su parte, Pablo Rodríguez, que se encontraba al margen de la actividad política desde fines de octubre cuando dio por disuelto el Movimiento Cívico Patria y Libertad, ocupó casi automáticamente la atención del gobierno, del ramillete de partidos marxistas en que se apoyaba y de la "objetiva" prensa que le hacía de comparsa. Las mismas invectivas, los mismos insultos y denuestos —de los que son verdaderos maestros los marxistas y sus plumarios— usados meses antes fueron lanzados nuevamente contra este abogado que había tratado de impulsar una alternativa constitucional destinada a evitarle a Chile el gobierno que todos comenzábamos a sufrir.

Los así denominados "sectores democráticos", o sea la derecha, aglutinados en el Partido Nacional —síntesis de liberales y conservadores reunidos después del desastre de 1964 cuando se vieron obligados a apoyar a Eduardo Frei para atajar a Allende—, y la Democracia Cristiana, al cabo de un descansado y relajado verano, recién en marzo y en medio de rencillas subterráneas y divisionismos, iniciaron las tareas elementales destinadas a conquistar votos para la elección municipal que debía realizarse en abril. Naturalmente que esa actitud, políticamente irresponsable si se le miraba desde la perspectiva del momento histórico que vivía el país —según ellos mismos lo habían sostenido por la presencia de un marxista en el gobierno—, contrastaba con la de los partidos de la alianza oficialista, en particular los comunistas, que en enero y febrero habían llevado a cabo un intenso, organizado y arduo trabajo proselitista en beneficio de sus candidatos.

Era obvio que a la luz del esfuerzo de uno y otro bando los resultados electorales podían preverse en directa relación al empeño puesto en conquistarse a la ciudadanía: un sustancial aumento de la votación izquierdista. Esto movió a impulsar una cruzada de unidad democrática antes del 4 de abril y a la formación de un movimiento que se hizo público el 10 de marzo con el nombre de Frente Nacionalista Patria y Libertad. Encabezaba la novel entidad el abogado Pablo Rodríguez Grez. Lo acompañaban en el Consejo Político de Patria y Libertad, el ingeniero Eduardo Boetsch García-Huidobro; Gisela Silva Encina, Jaime Guzmán Errázuriz y el periodista Federico Willoughby MacDonald, todos provenientes del comando de Jorge Alessandri. A ellos se sumarían luego dos empresarios mueblistas: Roberto Thieme y Roberto Allende Urrutia.

Thieme, que más tarde asumiría roles protagónicos,

fue el inventor de un sello gigante para estampar en las paredes el negro símbolo de Patria y Libertad. Con tal sistema, en poco meses las paredes de Santiago y las de las principales ciudades del país exhibieron la impronta del Movimiento. A él se uniría en las siguientes semanas su hermanastro, Ernesto Miller, que posteriormente se convertiría en dirigente juvenil.

La naciente organización surgió con objetivos diferentes al Movimiento que le había antecedido. Esta nueva versión de Patria y Libertad declaraba pretender —¿realmente ese era su propósito?— convertirse en una alternativa política, paralela a los partidos democráticos tradicionales, basada en una concepción nacionalista y donde tuviesen cabida los amplios sectores de la ciudadanía que no reconocían militancia en colectividad alguna. ¿Por qué conservaba las palabras Patria y Libertad? Porque los conceptos valóricos que ambas involucraban se suponía como evidentemente amenazados por el régimen de Allende desde el inicio de su gestión.

Por símbolo, el Movimiento adoptó una figura agresiva. La explicación oficial de ella era muy clara: se trataba de tres eslabones de cadena, dos de los cuales, los laterales, estaban rotos. El único que conservaba su integridad era el del centro. Y en tanto éste representaba la unidad nacional, el de la izquierda se debía interpretar como el rompimiento de las cadenas tiránicas del marxismo y el de la derecha el rompimiento con un sistema político como el nuestro, que por estar agotado había permitido el triunfo del marxismo.

La estilización de los eslabones llevó a convertirlos en tres rombos —muy parecidos al logotipo del Metro de Santiago— con la diferencia que la figura central se mantuvo llena en tanto en los laterales se conservaron sólo las líneas. Parecía una araña vista desde arriba. Y fue así como se le conoció: la "araña" de Patria y Libertad.

Con su color negro al centro y sus cuatro patas, destacaba donde se le pintara o dibujara. Para su asociación con la swástica del nazismo no hubo que esperar mucho. Los comunistas, hábiles en el manejo de la comunicación, montaron una ofensiva destinada a barrenar, desde sus comienzos, la imagen de este grupo nacionalista que se alzaba —o aparecían dimensionándolo— como su peor enemigo. Comenzó, entonces, a tejerse la leyenda negra de este movimiento al que se le calificó de "nazi", "ultraderechista", "fascista" o "proimperialista", epítetos que, a fuerza de insistir en ellos, para muchos hombres y mujeres humildes, y para otros tantos ni tan humildes y más educados, pero tontos de capirote, se transformaron en verdades. No son pocos también los que por un justificado interés mantuvieron la satanización de quienes encontramos en este grupo una trinchera para ofrecer resistencia con toda energía a la Unidad Popular.

El símbolo, que se convertiría en algo despreciable para las izquierdas, encontró aliados rápidamente en la juventud y en sectores adultos no comprometidos con los partidos tradicionales.

Pero ¿de dónde surgió tan particular símbolo? Nadie asumió, que yo sepa , la paternidad de él. En las reiteradas oportunidades que le pregunté a Pablo Rodríguez sobre el particular, respondió con evasivas. Él, en todo caso, no fue autor del mono, porque si bien sabe declamar la obra de diversos poetas y conoce la letra de boleros mexicanos, sobre todo los que interpretaba Pedro Vargas, para el dibujo y el canto carece de toda destreza. Quizás por eso ama la pintura y desde que se dedicó a ganar dinero, años después de su aventura política, la colecciona en niveles de verdadera inversión.

Veinte años después me encontraría con la "araña" y el significado ancestral de la misma, ignorado por Pablo y demás "padres" de Patria y Libertad.

Nuestra querida "araña", meses después de fundado el Movimiento, estaría dibujada en prácticamente todo el territorio nacional con pintura, lápiz de cera, tiza, o rayada con cualquier objeto en cuanta superficie estuviese dispuesta para tal propósito. Era un abierto desafío al gobierno, a la izquierda, a los comunistas. Les afectaba, desestabilizaba, los ponía coléricos. Manos anónimas contribuyeron a difundirla.

Tengo el convencimiento que la misma imagen terrible con que la izquierda estigmatizó a Patria y Libertad terminó por convencer a sus propios partidarios de que realmente éramos terribles. Y que estábamos en todas partes. Surgió, entonces, el miedo.

Una anécdota refleja con claridad lo anterior.

En las primeras horas de una mañana de mediados de 1972 en la protegida y fortificada residencia presidencial de Tomás Moro donde vivía Allende —hoy allí funciona una entidad de beneficencia—, un integrante del Grupo de Amigos Personales, GAP — el grupo de seguridad no oficial del Mandatario, integrado por militantes de la extrema izquierda con entrenamiento militar en Cuba— descubrió con sorpresa en uno de los muros interiores, y a escasos metros del dormitorio del Jefe de Estado, la araña de Patria y Libertad. Durante el desayuno se informó del hecho a Allende, el que al escuchar tan insólita narración palideció y acto seguido, dando un golpe de puño en la mesa, ordenó que nadie saliera de la residencia, que de inmediato se iniciara una investigación política de todos los que habían permanecido en la mansión en los últimos cinco días y prohibió hablar del asunto so pena de aplicar un ejemplar castigo a quien lo hiciera.

—¡Para qué mierdas los tengo aquí!— espetó a sus custodios esa mañana luego de enterarse de la "broma" de que había sido objeto, como trató de explicar livianamente el hecho uno de ellos en un vano intento por aminorar la situación.

Para Allende nunca se esclareció lo ocurrido y por largos meses temió que una noche, como se lo confidenciara en una ocasión a su colaborador y amigo Augusto Olivares, la misma mano que dibujó aquel símbolo lo matara.

Olivares habló del tema a la hora de los bajativos de una muy suculenta como regada cena con periodistas y en la que participó Juan Gana, por entonces partidario del gobierno en su condición de simpatizante del Partido Radical.

Con Juan nos unía una gran amistad que nació a partir de una relación netamente profesional durante el inicio del gobierno de Frei Montalva y cuando como reporteros cubríamos las informaciones que surgían de La Moneda, amistad que se mantuvo siempre, a pesar de las contingencias políticas que me separaron de otros. Ambos, junto a un tercer colega, amigo y compadre, Jaime Valdés, teníamos una verdadera "sociedad" informativa, cubriéndonos las espaldas mutuamente para no quedar marginados de las noticias. El propio Frei, su Secretario General de Gobierno, Raúl Troncoso, el ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés Subercaseaux, el Asesor de Comunicaciones de la Presidencia, Claudio Orrego Vicuña, entre otros, reconocían nuestra particular "institucionalidad" informativa. Nos convertimos así en los mejores informados de cuanto ocurría en Palacio, privilegio que nos brindaron particularmente los ya mencionados por el tratamiento objetivo que dábamos a nuestro trabajo y el respeto a los antecedentes "off the record" que recibíamos casi a diario para nuestra propia orientación.

Fue el propio Juan quien me contó la historia, semanas después de haberla escuchado de labios de Olivares, durante una visita que hice al Palacio Presidencial, donde tenía acceso como integrante de la Asociación de Periodistas de Moneda.

Sólo años después, creo que en 1978, tuve conocimiento que el autor del dibujo había sido un suboficial de carabineros integrante de la guardia policial asignada a la residencia de Tomas Moro. No fui autorizado por él a revelar su nombre. Ya retirado de las filas de su institución, trabaja en el área de seguridad de una empresa privada.

En medio de banderas nacionales entremezcladas con aquellas que llevaban el símbolo del nuevo nacionalismo, en una reunión pública, que tuvo el carácter de constitutiva, efectuada el 1 de abril de ese año 1971, en un Estadio Nataniel repleto de personas, Patria y Libertad inició sus actividades a escala nacional. Los dos discursos de fondo estuvieron a cargo de Pablo Rodríguez y Jaime Guzmán Errázuriz, el joven abogado independiente que antes había destacado por su artículos en el semanario PEC, y como integrante del Comando de Jorge Alessandri y que ahora se hacía cargo de la Juventud del naciente grupo.

El ambiente adquirió visos sombríos para la oposición cuando días después, en la elección municipal efectuada el 4 las fuerzas políticas de la izquierda aglutinadas en la Unidad Popular, que le había dado la victoria a Allende siete meses antes con tan sólo el 36,2 por ciento del electorado, obtuvieron el 49,2 por ciento de la votación nacional, confirmándose la tesis de que si no existía unión entre los sectores antimarxistas, lenta pero progresivamente éstos ganarían terreno hasta hacerse fuertes.

Por los nombres que inicialmente acompañaron a Pablo Rodríguez, resultaba evidente que Patria y Libertad en esta nueva versión se sustentaría en los ya huérfanos sectores independientes que se quedaron con un palmo de narices cuando su líder, el ex Mandatario Jorge Alessandri se desdijo y llamó a votar por Allende en el Congreso. Con la "clientela" política alessandrista se tenía por lo menos, una base de sustentación real en todo el país.

Las dos principales tareas que en el comienzo se plantearon Pablo y su Consejo Político fueron ganar rápida presencia pública y preparar personas con algún grado de adoctrinamiento en las ideas nacionalistas. Así, mientras Pablo en el mismo edificio de la calle Huérfanos, donde mantenía su oficina de abogado, daba charlas, principalmente a jóvenes y mujeres, los dos Robertos, Thieme y Allende, se dedicaban a pintar los muros de la capital.

Cuando tomé la decisión de escribir este libro, conversé con Roberto Thieme. Siempre nos ha unido una sincera amistad a la distancia. A pesar de nuestras diferencias de actividad y niveles de relación social que marchan en caminos muy paralelos, ha sido franco y abierto conmigo. Al comentarle la iniciativa me ofreció su ayuda, materializándola días después con un volumen de apuntes que me resultaron inmensamente útiles para reconstruir el desarrollo inicial de Patria y Libertad y recordar pasajes que pude omitir por olvido.

Con Thieme y Allende Urrutia nació el Frente de Propaganda, el mismo que tuvo como su centro de operaciones un departamento ubicado en calle Miguel Claro de propiedad de la madre del primero. Sólo después y en la medida que creció el número de integrantes del Movimiento se pasó a la estructura que conservó hasta el final: el Frente de Hombres, el Frente de Mujeres, el Frente Juvenil y el Frente Invisible. A estos cuatro se agregaría más tarde el Frente de Operaciones. En tanto los tres primeros eran abiertos y se unían a ellos quienes correspondieran a dichos grupo, el cuarto lo integraban personas que, por su posición social, económica, profesional o funcionaria, no podían participar en actividades políticas o, particularmente, en una organización sobre la que ya recaía el remoquete de "extremista". El quinto Frente se generaría a futuro a partir de una necesidad elemental: la autodefensa.

Es, quizás, en la primera misión que Pablo le encargó a los dos Robertos donde está la clave del verdadero significado y propósitos del Movimiento. Al respecto en los apuntes que Thieme me entregó se señala textualmente: "Al día siguiente fui a pedirle a Pablo Rodríguez que me asignara la tarea de pintar toda la ciudad, con unos 20 militantes a mi cargo. Accedió inmediatamente y me dio las consignas que se pintarían: además de la insignia y nombre del Movimiento, las frases 'Fuerzas Armadas = Patria' y 'Fuerzas Armadas = Libertad".

A Roberto Thieme los símbolos que representaba Patria y Libertad le tocaron profundamente. Diseñador mueblista de muy alto nivel, a fines del año anterior, 1970, había vendido la parte de la empresa que le correspondía en la sociedad con Manuel Gutiérrez Lea Plaza y Julio Phillipi Izquierdo. Cuando en junio se le ofreció la Secretaría General y aceptó, también debió dejar la gerencia en la fábrica de muebles de Jorge Undurraga. Un mes antes en esa posición le había correspondido atender a la secretaria privada de Salvador Allende, Miria Contreras, más conocida como "La Payita".

—Ella visitó en mayo de 1971 la fábrica de Undurraga solicitando muebles para las oficinas de la Presidencia de la República en la Moneda—, confirma Roberto durante una extensa conversación que ambos sostuvimos en mi oficina cuando comenzaba a escribir este libro y a la cual accedió con su gentileza habitual para ayudarme en la tarea de recomponer la historia del Movimiento.

—Yo mismo confeccioné los planos de distribución del área que se estaba remodelando—, agrega Roberto mientras apaga su teléfono celular para evitar interrupciones.— Visité La Moneda frecuentemente. En algunas ocasiones conversé con Allende sobre los detalles de los muebles para su oficina personal y el anexo de descanso. De pasó conocí al entonces ministro del Interior José

Tohá, a Jorge Arrate, Arsenio Poupin y otros líderes de la izquierda.

Thieme y Allende se habían conocido en 1967 cuando el primero se desempeñaba como gerente general de Muebles Undurraga y el segundo ejercía la Presidencia del Senado. La empresa de Roberto se había ganado la propuesta para amoblar una parte del Congreso Nacional.

—Recuerdo— dice Thieme—, un sofá tapizado en cuero y una credenza tallada en encina. Eran los muebles más caros que habíamos fabricado. Los pidió especialmente Allende para su despacho. Contrastaba esa actitud con el ascetismo del presidente Alessandri y la sobriedad del presidente Frei, a quienes también la empresa les había alhajado parte de sus casas y oficinas.

La llegada de Roberto a Patria y Libertad le insufló a este Movimiento dinamismo, orden y disciplina, características cultivadas por todo ejecutivo y empresario acostumbrado a conducir una organización y ejercer mando. Hicieron la pareja ideal con Pablo, cuyo individualismo atentaba contra la necesaria participación que se le debe otorgar en una estructura a otros individuos que también tienen opiniones e ideas. El fuerte carácter de ambos y la decisión de cumplir a como diera lugar su propósito de llegar con las ideas nacionalistas a todo el país, hizo crecer el ámbito de acción del grupo que ya en julio disponía de sedes en Valparaíso y Concepción.

Pilotando su propio avión, un Beechcraft Bonanza, Thieme trasladó a Pablo a diversos punto de la zona central y sur y se mantuvo en contacto directo con quienes en provincias se atrevían a integrar este conjunto de "extremistas" y "neofascistas". Así el Movimiento continúo ampliándose de manera sostenida.

Fue el asesinato de Edmundo Pérez Zujovic, la mañana del 8 de junio, lo que precipitó mi decisión de comprometerme más en la lucha política contra el gobierno

de Allende, una lucha, a esa altura de los días, solitaria y de francotirador, carente de apoyo y solamente mantenida por el convencimiento profundo de que estábamos cayendo en la peor crisis de la historia republicana del país.

Con Pérez Zujovic mantuve lo que bien podría definirse como una amistad política. Le conocí cuando fue designado Ministro del Interior por el presidente Eduardo Frei. Siempre lo consideré un hombre recto. Sus cualidades de demócrata, sus características de bondad y su serenidad para el análisis de los grandes problemas nacionales, lo convertían en un personaje peculiar. Fue lo que lo transformó también en blanco dilecto de la izquierda marxista. Esta, desde el mismo instante en que asumió sus responsabilidades gubernamentales, montó una gigantesca campaña en su contra.

Días antes de ser ultimado a balazos por un comando izquierdista denominado Vanguardia Organizada del Pueblo, VOP, uno de cuyos integrantes, Arturo Rivera Calderón, había sido indultado como "joven idealista" por Allende en diciembre de 1970, hablé con él en sus oficinas de calle Bandera. Veía con angustia los pasos dados por el gobierno de Allende y estaba decidido a reanudar sus afanes políticos para contribuir desde su partido, el Demócrata Cristiano, a poner atajo a una situación que se agudizaba a diario. No alcanzó a hacerlo. El argumento de las balas lo silenció para siempre.

Pero ¿qué se podía hacer? Luego de la muerte de Edmundo Pérez me reintegré a las filas de la Democracia Radical, de cuya rama juvenil había sido su fundador junto a Enrique Schilling Rojas y bajo el alero de Julio Durán Neumann, pero de la que me retiré a poco andar cuando advertí en muchos de sus integrantes que su único propósito era obtener algunas canonjías en el que pensaban sería el futuro gobierno de Alessandri.

En el intertanto, conocí a Pablo Rodríguez. Un amigo, Sergio Naranjo, me lo presentó por expresa petición mía. El motivo era simple. Patria y Libertad editó ese mes, además del Manifiesto antes referido, un documento que llevaba por título "El mito marxista", síntesis casi perfecta de una serie de inepcias acerca del marxismo-leninismo. Ambos sostuvimos dos reuniones, en las cuales, además de expresarle las razones por las que creía que dicho documento no cumplía su cometido, charlamos animadamente respeto de lo que podría ocurrir en el país en lo que quedaba de ese año. Pablo tenía la profunda convicción que al finalizar 1971 la situación haría crisis. Los principales promotores de ella serían los sectores más exaltados del gobierno. Por otra parte, consideraba a los partidos de la oposición sin posibilidad alguna de detener a los marxistas, puesto que mientras los primeros actuaban ajustándose a la legalidad vigente, los segundos sencillamente se la saltaban sin tapujos. Discrepé de las dos opiniones. Con una, por la presencia comunista en el gobierno, que evitaría todo escenario que pudiese poner en riesgo el proceso revolucionario; y con la otra porque creía que las colectividades opositoras, siempre y cuando actuaran unitariamente, estaban en condiciones de frenar, por medio del Parlamento y la movilización de la ciudadanía, los excesos de Allende.

Si bien Pablo se equivocó en su apronte de la crisis, yo lo hice en el de los partidos.

En un tercer encuentro con Pablo conocí a Roberto Thieme. Ya ocupaba el cargo de Secretario General de Patria y Libertad. Ambos me invitaron a dejar la Democracia Radical y a adherirme a su grupo, argumentando que los partidos políticos no marxistas ya no tenían posibilidades de detener el proceso revolucionario a que estaba dando margen Allende. Rechacé la propuesta pensando realmente que aún era posible una lucha ideológica.

Con Emilio Edwards Gandarillas trabajamos intensamente en la reestructuración de la juventud de la Democracia Radical. Pero fue un fracaso. No logramos reunir a más de unos 20 muchachos y muchachas encabezados por un simpático gordo que, paradójicamente, se llamaba Juan Delgado Delgado. Un día de septiembre no regresé más a la sede partidaria donde ya penaban las ánimas.

El mes de julio estuvo marcado para mí por el traspaso de Radio Balmaceda hecho por Jorge Yarur Banna al Partido Demócrata Cristiano. La concesión de frecuencia, que corresponde otorgarla al gobierno, había vencido en 1969, pero ésta le había sido negada al empresario y banquero por el entonces ministro del Interior, Patricio Rojas. Ahora, en la emergencia, y ante la eventualidad de perder la emisora, Yarur la entregaba a los democratacristianos. El gobierno no podía objetar la acción porque Allende se había comprometido en el "Estatuto de Garantías Constitucionales" suscrito con el PDC después de su elección, a permitir que los partidos fuesen propietarios de medios de comunicación .

Paralelamente Patria y Libertad, junto con denunciar en septiembre un plan subversivo de la extrema izquierda que, según Roberto Thieme, le fue informado secretamente al Movimiento por fuentes de la Inteligencia Militar, inauguraba su sede de calle Irene Morales casi esquina de Avenida Bernardo O'Higgins. Allí tanto Pablo como Jaime Guzmán comenzaron a impartir doctrina a estudiantes de la Universidad Católica que lideraba el segundo. Un discurso, mezcla de ideas del fundador de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, con un nacionalismo criollo harto trasnochado pero revivido a punta de parches, y una ideario gremialista que preconizaba un independentismo político casi aséptico, tenía la capacidad de cautivar al joven auditorio, más por la vehemencia, convencimiento y empeño puesto por ambos

oradores que por la calidad conceptual de un híbrido con sabor a agua de corchos.

Voluntariamente al margen de la actividad de partidos y grupos políticos organizados; distanciado del grupo de periodistas que giraban en torno a la derecha y a los medios de comunicación de dicha tendencia, donde era perceptible que existía una "pauta" temática contra el gobierno; segregado por la Democracia Cristiana dada mi estigmatización de "ultrista"; y dejado de lado por quienes años antes (me) usaron mis servicios profesionales, asumí mi propia, particular y decidida batalla contra un Gobierno que creía nos llevaría a una situación caótica.

Por esos días de septiembre, cuando ya era perceptible el inicio de la primavera, diversos signos mostraban que las mujeres, en general, y las dueñas de casa, en particular, intuían la calamidad a que estábamos expuestos todos los chilenos. Paulatinamente se iba apoderando de ellas un sentimiento de rebeldía contra los conductores y principales responsables del gobierno. La simple observación de este fenómeno, palpable en mi propio hogar a partir de situaciones domésticas, fue el mejor aliciente para reencauzar mi actividad político-profesional inmediata.

Mi tiempo lo compartía originalmente entre la actividad en la Democracia Radical y Radio Balmaceda. En esta última, gracias al apoyo constante que siempre me dio Jorge Yarur, realizaba tareas periodísticas en los turnos extremos de la mañana y la noche. Ello hacía posible que dispusiese prácticamente de todo el día para la actividad política. Pero al abandonar definitivamente la colectividad que ayudé a fundar busqué otro norte.

Convencido total y completamente que serían las mujeres las primeras en dar la voz de alarma de los peligros que amenazaban a Chile, propuse a los nuevos ejecutivos de la Radio Balmaceda, ya en manos de la

Democracia Cristiana, encabezados por Belisario Velasco, José de Gregorio y Waldo Mora Longa, la idea de un programa que bauticé como "Cinco minutos de actualidad para usted, señora". Un largo nombre —aparentemente antirradial pero políticamente explicable— para un escaso tiempo, el mínimo al que yo podía aspirar. Su finalidad básica sería hablarles de política contingente a las mujeres de clase media y sectores populares, que constituían el público hacia el que estaba enfocada la emisora, muy especialmente a las dueñas de casa. La propuesta decía que se le entregarían, en forma simple, elementos de juicio sobre la angustiosa realidad del país. No había intención político partidista y, por el contrario, se pretendía fomentar la participación en las colectividades no marxistas o movimientos que estuviesen dispuestos a luchar contra el gobierno.

—La radio no está interesada en este tipo de programas— me dijo con su acostumbrada amabilidad, José de Gregorio, quien hacía las veces de gerente de la emisora.

Preparado para una respuesta de ese tipo, reaccioné de inmediato.

—¿Y se me negaría el mismo espacio si yo pago por él?—, dije manteniendo la calma, mientras observaba a De Gregorio cómo buscaba rápidamente una contestación que fuese coherente con la actitud pública de su partido de defender la libertad de expresión y prensa.

—Tengo que consultarlo. No puedo responderle de inmediato—, fue la salida fácil que encontró. —Pero debe indicarme cuánto tiempo es el que quiere arrendar y en qué horario.

—Son , como señala la propuesta, solamente 5 minutos y en el horario de las 12.30 a las 12.35 horas, de lunes a viernes, —indiqué.

Dos días después el mismo De Gregorio me informó que se accedía a mi petición del arriendo de espacio y

que su valor era de 5 mil escudos mensuales. Acepté de inmediato las condiciones y pedí que se me descontara el dinero de mi sueldo a fin de mes. La cifra no era alta, pero con ella comprometía una parte de mis ingresos profesionales.

En la búsqueda de financiamiento hablé con Diego Portales Frías, el tesorero de la ya desfalleciente Democracia Radical. No titubeó ni un minuto para decirme que contara con financiamiento para los diez primeros días de programa.

La hipótesis que manejé entonces fue simple: si en diez días de programación no lograba conquistar a las dueñas de casa que creía era un segmento cautivo de la emisora en el horario sugerido, entonces no continuaría con los comentarios.

Optimizando tan reducido espacio me lancé en esta nueva aventura político-comunicacional que, en su primera etapa, culminó, como la había programado, a los diez días. Avisé a De Gregorio que no continuaría. Pagué con el dinero que me facilitó Portales y no di explicación alguna. No tenía por qué hacerlo. Cuando al día siguiente no se transmitió el comentario, todos los teléfonos de la emisora se activaron. Mujeres de diversos sectores preguntaron qué había sucedido, si se me había silenciado por alguna razón o estaba censurado. En respuesta a las afectuosas y cálidas llamada de apoyo dije que carecía de auspiciador y la emisora no se interesaba en el programa. Era la verdad.

Dos días después de haberse cerrado tan fugaz programa de comentarios, llegó hasta la emisora un grupo de señoras que pidieron hablar conmigo. La delegación la encabezaba Helga García. Se mostraron alarmadas por la falta de respaldo de la Democracia Cristiana al programa —parte importante de ellas eran simpatizantes y militantes de esa colectividad— y se propusieron ayudarme.

El 14 de octubre de 1971 reapareció el mini programa. Se constituyó en el primer espacio de la historia de la radiotelefonía nacional financiado por sus auditoras. Un día antes, Helga García había llegado con sus amigas a la emisora. Hablaron con De Gregorio y en un bolso de género, conteniendo monedas y billetes de baja denominación, le pagaron por adelantado el primer mes de mi audición. Habían recolectado el dinero con un esfuerzo que siempre cuando lo recuerdo me conmueve profundamente.

En esas mujeres, muchas de ellas simples y modestas dueñas de casa, costureras, manicuristas, peinadoras e incluso empleadas de casas del sector más pudiente de Santiago, se reflejaba el sentimiento de otras miles y miles que a diario enfrentaban la difícil tarea doméstica de dar de comer a sus familias, en un país donde ya comenzaba a escasear todo, absolutamente todo.

Ese inmenso respaldo femenino me ratificó la creencia de que las mujeres se estaban constituyendo en una fuerza política en sí mismas. Su diaria queja doméstica al interior de los hogares, era más efectiva que cualquier campaña destinada a hacer conciencia de que el país era conducido a una situación extrema.

En forma natural comenzó a crearse en torno al programa una red de información casi increíble. Al comienzo, desde diversos puntos de Santiago, auditoras anónimas me ponían al tanto de hechos domésticos, como la ausencia de algunos productos en los anaqueles de los diversos comercios o supermercados; la falta de carne, detergentes o de alimentos en conserva, o incidentes narrados por sus esposos y sucedidos en las empresas intervenidas por el Estado donde éstos trabajaban. Pero, a poco andar, el grado de antecedentes llegó a otro nivel: comencé a recibir noticias de hechos vinculados a la política del momento y a sus actores, particularmente

algunos ministros, parlamentarios y líderes de la izquierda, como Carlos Altamirano, Luis Corvalán o José Tohá.

Una natural desconfianza en los datos proporcionados por tan entusiastas como desconocidas informantes me inhibió, originalmente, a usarlos en mis comentarios. Pero, cuando fui constatando que lo escuchado telefónicamente días después se ajustaba a los hechos casi con exactitud, opté por idear una estructura que me permitiese tener una vínculo directo con las auditoras, convertidas en verdadera malla captadora de noticias.

En una reunión convocada en su propia casa, le planteé a Helga García la idea de crear una organización a partir del programa radial. Nació así el que pasó a llamarse Frente Nacional de Dueñas de Casa, FRENDUC.

CAPÍTULO VI

El Manifiesto y otras yerbas

A Patria y Libertad había que darle un contenido. Un libreto coherente y articulado. No bastaban los discursos para adoptar o asumir el compromiso con las ideas nacionalistas con las cuales Pablo Rodríguez aparecía comulgando y que Jaime Guzmán trataba de digerir de la misma forma como un niño acepta una medicina de mal sabor.

En noviembre de 1971 vio la luz el denominado "Manifiesto Nacionalista". El folleto de 32 páginas se convirtió en algo así como el catecismo por el que se guiarían los miembros de Patria y Libertad. Esta primera edición entró en circulación justo cuando Roberto Thieme asumía como Secretario General, la segunda jerarquía del Movimiento, un acto voluntarista motivado en el deseo expreso de contribuir a la lucha contra el gobierno de su ex cliente, Salvador Allende. Como lo dije antes, el documento era intragable. Pero no había nada mejor.

Obviamente las ideas eran de Pablo, con algunos préstamos solicitados al español Primo de Rivera. Fue escrito con la velocidad de quien debe entregar ante los tribunales una apelación al término del plazo legal. Trataba de ser el primer intento serio destinado a condensar las bases programáticas e ideológicas del Movimiento, ideas que por esos intensos días aparecían inorgánicamente

desparramadas en declaraciones públicas, alocuciones y documentos menores.

Para los dirigentes de Patria y Libertad era imperioso entregar un documento injundioso que borrara la imagen de grupo de choque que ya tenía la organización por obra y gracia de una izquierda que se pasaba toda clase de películas gratuitamente, pensando, quizás, en un monstruo político de proporciones inimaginadas. La autosugestión hecha realidad.

Los ideales nacionalistas no constituían novedad en el país. Su mejor exponente había sido en el pasado Jorge Prat Echaurren, quien intentó infructuosamente aglutinar a sectores independientes. Cuando el éxito parecía coronar una vida de sacrificios, lo sorprendió la muerte.

El nuevo discurso no distaba mucho del histórico, afirmándose que Patria y Libertad tomaba las banderas del nacionalismo cuando la democracia liberal, sustentada en los partidos políticos, hacía crisis.

Apuntando claramente la artillería ideológica contra la izquierda marxista Pablo decía: "El nacionalismo es una respuesta chilena a los problemas chilenos. Es una ideología política cuya inspiración es nuestra propia realidad y que, por consiguiente, rechaza toda injerencia de ideas foráneas o de sectas internacionales".

Pero a esa altura de los acontecimientos el griterío político ya era de tal magnitud que el mensaje no alcanzó a tocar ni un pelo de nuestra sociedad. Las dos colectividades opositoras, el Partido Nacional y la Democracia Cristiana se mantuvieron en silencio, roto sólo para lanzar algún improperio a los muchachos de Patria y Libertad.

Los cuatro platos del menú ideológico, que bajo su firma ofrecía Pablo eran: un Estado integrador, un gobierno autoritario, una empresa integrada y una democracia funcional. En este último punto se limitaba el poder

de los partidos políticos a su militancia, dándose plena participación a los gremios y asociaciones.

Aunque sin chistar acepté el discurso —y lo repetí incansablemente en radio, alocuciones, charlas, conversaciones y artículos— al ingresar meses después a este particular grupo, nunca olvidé una fuerte polémica sostenida con Pablo durante una almuerzo cuando le pedí que "aterrizáramos" en aspectos más concretos el tema de la representación política a partir de los gremios. En el Manifiesto el máximo dirigente del nacionalismo afirmaba que "La democracia corporativa es la única democracia real, toda otra concepción es un espejismo engañoso y falso". Tales afirmaciones me parecían demasiado cercanas al fascismo, con el que no comulgaba. Su reacción, como en muchas otras ocasiones, fue destemplada:

—Lo que pasa —me dijo en un tono autoritario y amenazador— es que tú sigues teniendo la visión distorsionada de un militante de partido político y no la de un nacionalista.

Con ese argumento tan de fondo no había mucho que discutir.

Sin embargo, ese era un detalle. Aclararlo o no con Pablo casi era perder el tiempo. Cuando le daba por algo era terco como asno. Además, ninguna aclaración —de tan elevado nivel ideológico— nos haría menos fascistas a los ojos de la izquierda.

Lo que en el texto resultaba absolutamente claro y sin ambages de ningún tipo era el propósito final y último de Patria y Libertad. Quienes integramos este grupo político lo teníamos muy presente:

"Nuestro Movimiento —decía Pablo Rodríguez—, no es un grupo armado ni sedicioso, pero si llegado el momento son los marxistas quienes rompen la legalidad y desbordan las estructuras institucionales, como consecuencia de su fracaso electoral, nos pondremos de inmediato al

servicio de las fuerzas organizadoras que frenen la escalada revolucionaria".

"Es incuestionable —agregaba a continuación—, que las milicias marxistas no están en condiciones de imponerse por la fuerza, al menos por ahora. Es también incuestionable que las FF.AA. no serán cómplices del comunismo en esta aventura totalitaria y que reaccionarán frente al caos, el desgobierno y la acción revolucionaria de sectores afiebrados y minoritarios. Es imposible que las Fuerzas Armadas y de Orden permanezcan al margen en tal evento. Esta imposibilidad surge de la correlación de fuerzas en Chile, de las experiencias históricas ya vividas y del análisis dialéctico de los propios marxistas".

Finalmente afirmaba:

"En este evento y ante un pronunciamiento que evite la escala revolucionaria del marxismo, institucionalmente desbordado, nuestro Movimiento debe constituirse en respaldo cívico para un futuro Gobierno Militar Nacionalista... La Unidad Popular está definitivamente encerrada en un callejón sin salida. O se mantiene en los moldes institucionales y fracasa como Gobierno revolucionario o sobrepasa esos moldes y abre camino a un Gobierno Militar Nacionalista".

No podía caber duda alguna hacia dónde dirigía sus pasos Patria y Libertad. Pero era noviembre de 1971 y tales advertencias sonaban estridentes y extremistas. ¿De dónde podía concluir este grupo de inexpertos que se podía llegar a un gobierno militar?

Por esos días, jóvenes de camisa azul, jeans y que en un impecable brazalete blanco exhibían la negra "araña" del Movimiento, aprendían con ahínco el silabario nacionalista y el himno y marcha. Logré salvar las partituras originales luego de un gentil allanamiento policial a la sede central de Rafael Cañas. Ellas son el claro testimonio

de esos días no exentos, para los ingenuos muchachos de entonces —hoy adultos casados, empleados, técnicos y profesionales— de un romanticismo político que tuvo su sabor a historia.

Tanto las inspiradas como encendidas letras del himno y marcha —autoría de Pablo Rodríguez— como la marcialidad de ambas musicalizaciones —obra de la profesora y compositora Karin von Oepen—, levantaban un espíritu y mística que, hasta ese momento, sólo era peculiaridad de la izquierda. Así, en tanto el primero se iniciaba diciendo "Adelante los nacionalistas la Patria nos llama a combatir, opongamos a la traición marxista la fuerza insurgente de un pueblo viril", el segundo comenzaba: "Porque la Patria no se vende y la libertad no se transa marcharemos sin miedo a la muerte con fe de soldados llevando esperanzas".

Nuevos elementos, que más tarde pasaron a ocupar cargos de dirigentes, adhirieron al Movimiento antes de terminar 1971. Entre estos estuvo el ingeniero comercial John Schaeffer; el ejecutivo del Banco Central Juan Eduardo Hurtado Larraín; Sergio Caballero; Alicia Díaz del Río; y el empresario Saturnino López.

En paralelo el Frente Nacional de Dueñas de Casa, generado a partir de mi programa creado en Radio Balmaceda, era una realidad que se extendía por todo Santiago. Unas mil auditoras estaban enroladas por el grupo femenino a cuya cabeza se encontraba Helga García y con las que me reunía diariamente en diversos barrios. A cada sector se le entregó como identificación el nombre de una flor y un letra y número seriado. Esto me permitía saber de qué sector me estaban llamando, a qué actividad pertenecía y quien era la persona que llamaba dándome información. La instrucción general, impartida boca a boca, era comunicarse desde teléfonos públicos.

A mitad de octubre prendió la iniciativa, propuesta simultáneamente por varias amas de casa, de hacer una marcha femenina para protestar por la ya cada vez más evidente falta de enseres domésticos y alimentos, por el maltrato a sus maridos en las empresas que estaban cayendo bajo el control estatal y por la excesiva politización en las escuelas y colegios.

Luego de una consulta destinada a establecer el ánimo y decisión de las integrantes del FRENDUC para una acto público inédito en el país, dimos el primer paso. Se acordó no hablar del tema en el programa radial, pero sí comentarlo al interior en los partidos políticos y otras agrupaciones opositoras con el propósito de buscar respaldo y crear ambiente en la realización de lo que se perfilaba como una marcha inmediatamente después de la visita de Fidel Castro.

No había terminado octubre cuando la organización Femenina SOL, que agrupaba principalmente a mujeres del área oriente de Santiago, nos envió el mensaje de postergar la manifestación del FRENDUC en función de una marcha mayor que sería convocada en los días siguientes. Aunque no fue fácil convencer a quienes se consideraban madres de la iniciativa, se optó por la unidad en torno al propósito común de protestar. Debo dejar de manifiesto, en todo caso, que la iniciativa de la marcha fue de "mis" mujeres.

Fidel Castro llegó a Chile el 10 de noviembre cuando en la mayoría de los chilenos aún no existía el grado de conciencia de adonde iría a parar el país. Era la ocasión para desplegar una propaganda anticomunista basada en una conocida realidad cubana. Patria y Libertad no la desaprovechó.

Terminada la extensa visita de Castro, el 1 de diciembre el "poder femenino" salió a la calle en lo que históricamente pasó a denominarse "La marcha de las cacerolas".

El espíritu de Guacolda, Inés de Suárez o Javiera Carrera estuvo presente en la oportunidad. Miles de mujeres comenzaron a desplazarse a eso de las seis y media de la tarde desde Plaza Italia en dirección al centro. Si se observan las fotos de la época, puede constatarse que encabezaban la gigantesca manifestación mujeres portando grandes letras en que se leía FRENDUC. Fueron la vanguardia femenina. Eran mis mujeres, con pancartas que hicimos en mi casa con mi esposa.

A las siete de la tarde todo era normal. Autorizada por el gobierno, la marcha se desarrollaba en perfecto orden. Minutos más tarde, sin embargo, quedó el desastre. Parapetados en el cerro Santa Lucía, elementos que se identificaron como comunistas y socialistas, atacaron a las mujeres con piedras y ácido y las golpearon con cadenas y garrotes.

Patria y Libertad, que con el disgusto de algunos sectores derechistas participó con sus mujeres en esa marcha, salió en defensa de las agredidas. Aunque la protección resultó menos efectiva que lo que demandaban las circunstancias, evitó la consumación de hechos aún más graves. Igualmente hubo cerca de un centenar de mujeres heridas y casi doscientos detenidos.

Daniel Vergara Bustos, a la sazón subsecretario del Interior, un disciplinado militante comunista, intentó vanamente de hacer aparecer a las mujeres marchantes como agresoras y a los agresores como víctimas de las primeras. El embuste, sin embargo, por lo burdo, no convenció a nadie.

Al menos tres mujeres, cuya identidad perdí en el tiempo, quedaron con grados de invalidez permanente, a consecuencia de las lesiones recibidas. Pero aunque sus nombres no aparecerán en este libro, ellas representan a las miles y miles de amas de casa que no olvidarán ni ese día ni los sufrimientos que junto a sus familias debieron

soportar más adelante ante la carencia de los mínimos recursos de alimentación solamente posibles de adquirir en un mercado negro comparable al de una nación en guerra.

El protagonismo alcanzado por Patria y Libertad en esa marcha reportó sus beneficios y nuevas personas, jóvenes y adultos, se acercaron hasta su sede para solicitar se les inscribiera como simpatizantes. Pero también llevó a su Consejo Político a una reflexión sobre el desarrollo de los acontecimientos en el futuro: era indispensable prepararse para la autodefensa. El acuerdo, al que se opuso Jaime Guzmán Errázuriz, fue, entonces, adiestrar a la juventud en artes marciales. Esto incluía el conocimiento y uso del "nunchaco", un recurso oriental "importado" como idea desde Vietnam por la izquierda marxista. Se trata de dos palos unidos por un cordel o una cadena. Uno de ellos se mantiene fijo en la mano, en tanto el segundo tiene un margen de 360 grados de movimiento. Puede llegar a ser un arma mortal al golpear el cráneo. O cuando se usa para estrangulación.

Según la mayoría del Consejo Político no se podía estar exponiendo en las manifestaciones públicas a los jóvenes ni adultos a las agresiones de la izquierda. Guzmán preconizaba que el Movimiento debía permanecer absolutamente ajeno a las expresiones de violencia que se manifestaban en el país. Pero eso equivalía a aceptar la agresión, cuando esta ocurriese, con el agravante de que el gobierno jamás, como sucedió, reconocería que eran sus grupos extremos los que buscaban la confrontación, por una parte, en tanto que por otra trataban de amedrentar a la ciudadanía con sus marchas por calles y avenidas en una abierta actitud de provocación.

Pero también hay una decisión secreta. Roberto Thieme, que había recorrido en su avión durante diciembre el norte del país junto a José María Reyes, un empresario en

antigüedades, y el sindicalista Luciano Morgado, fundando grupos de Patria y Libertad en Arica, Iquique, Antofagasta, Calama, Tocopilla y Vallenar, de pronto desvió en diciembre uno de sus vuelos a Mendoza para analizar el mercado de las armas que allí se podían adquirir, particularmente unos pequeños revólveres calibre 22 corto o más conocidos como "matagatos" y subametralladoras del mismo calibre. ¿La calidad? De regular a mala. ¿El valor? Sacar a mil.

Roberto con John Schaeffer en vuelos clandestinos trajeron algunas armas al país que se repartieron para la defensa de los hogares de militantes y adherentes. No constituían un "arsenal" para el Movimiento. De nuestro verdadero arsenal del Movimiento hablaré en otro capítulo.

Al finalizar 1971 se incorporó al movimiento y al Consejo Político Eduardo Díaz Herrera. Hijo de un médico militar, que posteriormente llegaría a general, Eduardo fue presentado como cientista político graduado en la Universidad de Georgetown. Venía llegando de los Estados Unidos y luego de su ingreso se hizo cargo de la jefatura provincial de Temuco. Después de Santiago, y gracias al trabajo de Eduardo, en esa ciudad fue donde Patria y Libertad tuvo el desarrollo político más importante del país, incluidas comunidades mapuches.

En las lides políticas Díaz no era un aparecido. A comienzos de 1969 había sido expulsado del Partido Demócrata Cristiano por propiciar la que denominó "vía democratacristiana para la revolución", un intento lanzado al interior de la Juventud de esa colectividad para detener la ya evidente izquierdización de algunos sectores de la misma. En su defensa salió el entonces senador electo Juan de Dios Carmona que también fue censurado por el Tribunal de Disciplina.

Eduardo, que no se reincorporaría más a la Democracia Cristiana, había trabajado con el embajador en los

Estados Unidos y luego candidato presidencial, Radomiro Tomic Romero. Luego, regresó al país cuando Tomic terminó su gestión en 1968, y a instancias de Edmundo Pérez Zujovic, trabajó junto a éste cuando fue Ministro del Interior de Frei Montalva, ocupando un cargo en Temuco.

Diez días después de la marcha de las mujeres, Radio Balmaceda, donde trabajaba y hacía mi comentario, fue clausurada y la Policía Política recibió instrucciones para que me detuviera. Era viernes, un mal día para ser aprehendido, sobre todo si ocurría después de las 6 de la tarde. Porque implicaba estar encarcelado hasta al menos la tarde del lunes siguiente en las "cómodas" dependencias de Investigaciones y "agasajado" por algunos de los simpáticos y corteses "guatones de la PP", agentes o no, la mayoría de los cuales —en el área política— pertenecían o al Partido Comunista o al Partido Socialista, o simpatizaban o se hacían los que simpatizaban por un comprensible sentido de la subsistencia laboral con esas colectividades en cuyas manos estaba la Dirección General. Puesto a disposición del tribunal correspondiente, podía llegar a ese punto 72 horas después de la detención no precisamente en las mejores condiciones anímicas ni personales.

Un joven ex suboficial de la Fuerza Aérea, Gustavo Etchepare, que ofrecía un particular servicio a Radio Balmaceda, me alertó oportunamente por teléfono ese viernes de las aviesas intenciones de la policía en mi contra y de la orden de clausura de la emisora que se había impartido desde la Oficina de Información y Radiodifusión de la Presidencia de la República, que dirigía el militante comunista René Largo Farías desde el Palacio de la Moneda.

Gustavo, con quien nos relacionamos por algún tiempo, era técnico en radio y electrónica y trabajaba con su padre, poseedor de una pequeña fábrica de calefones en

calle San Francisco. Al fondo de la industria en un cuartucho estrecho y repleto de piezas y partes de equipos de radio, radiotransmisión, cajas, fierros, trozos de antenas, que se apilaban inclinándose amenazadoramente sobre los visitantes en una verdadero desafío al principio del equilibrio, estaba su "laboratorio".

Comprando desechos de avión, equipos de transmisión de bandas cortas y largas y a partir de diseños propios, este verdadero "Girosintornillos" nacional lograba la maravilla de grabar diariamente con excelente calidad, gracias a filtros inventados por él, las transmisiones que en las bandas de frecuencia internacional y en idioma español hacían, entre otras, radios como la BBC de Londres; The Voice of America, de los Estados Unidos; y, Radio Nacional de España. Su servicio consistía en entregar a los departamento de prensa de algunas emisoras santiaguinas los registros en cintas magnetofónicas. Este material se utilizaba en los noticiarios como apoyo sonoro a la actualidad internacional de la que se hablaba cotidianamente.

Pero si bien a Gustavo esa actividad de captador de transmisiones internacionales le reportaba algún dinero, su afición y conocimientos iban más allá que eso. Algo me hizo entrever durante una conversación a comienzos de 1970. Luego lo confirmé personalmente al conocer su taller. Allí, con rudimentarios elementos, que incluían desde un antiguo secador de pelo y una ya inútil tostadora de pan, viejas cajas de teléfonos y miles de circuitos alámbricos, sumados a bobinas que el mismo construía, luces obtenidas de guirnaldas eléctricas para árbol navideño más una antena parabólica de aluminio y una docena de otros tubos, había logrado hacer funcionar una verdadera central de intervención de comunicaciones.

Ese artificio estrambótico que se estremecía, emitía pitos, señales agudas y encendía luces de diversos colores,

al observarlo por primera vez me provocó un incontenible como irrespetuoso ataque de risa, aceptado cortésmente por mi anfitrión. Cuando me relajé y mis carcajadas cesaron percibí que estaba ante algo bastante más serio.

—Y ésta "cosa" ¿Qué es? ¿Qué hace?—, dije conteniendo todavía la risa, mientras Gustavo me miraba con una mueca de complaciente paciencia.

—Te voy a hacer una demostración para que entiendas—, señaló mientras apretaba un botón en una caja de plástico que en el pasado debió ser parte de un juguete. Se activó de inmediato un mecanismo y el zumbido agudo de un pequeño motor inundó el silencio de la atestada habitación que, a esa hora, cuando ya caía la obscuridad, generó un especial ambiente para provocar mi atención y estimular mi imaginación. Un titilante y multicolor panel de luces se encendió mientras algunos relojes indicadores se activaban y en una pequeña pantalla verde era perceptible una línea blanca punteada ondulante que mostraba alguna medición. Un tubo de aluminio que se alzaba hasta el techo comenzó a girar.

—Espera un momento... ya está. ¿Qué escuchas? —me pregunto.

Puse atención. Una voces entrecortadas, con acento argentino, salían desde un parlante colgado en la pared. En pocos segundos las voces se clarificaron.

—Creo que es la grabación del audio de alguna película policial argentina transmitida por televisión—, dije

—¿Eso te parece?

—Sí; creo que eso es—, afirmé con seguridad.

—¡No! — exclamó con presteza—, es la comunicación radiofónica que en este momento realiza una patrulla de la Policía de Buenos Aires con su cuartel central. Están ahora en Corrientes con el Paseo Florida y se deben dirigir a hacia al Congreso porque hay disturbios...

Me quedé mudo. Trataba de entender cómo ese conjunto de chatarra lograba lo que yo estaba escuchando. Pero también dimensionaba simultáneamente los alcances que podían darse a ese rudimentario pero eficiente equipo, por supuesto no disponible en el mercado nacional ni menos al alcance de cualquier persona.

Era la entretención de Gustavo: interferir todas las señales radiales, cualquiera fuese su frecuencia. Esto significaba que en el ámbito de su reservado conocimiento estaba todo lo que podían decir los bomberos, la Cruz Roja, los servicios de ambulancias, los radiotaxis, las Fuerzas Armadas, Investigaciones, líneas aéreas y los radioteléfonos de todas las reparticiones públicas, incluidos ministerios y hasta la Presidencia de la República, y ...todo lo que cruzara el éter y fuese captable por su artificio electrónico.

Fue él quien me avisó e hizo posible que escapase oportunamente ese viernes a mi propia "casa de seguridad", que no era otra que el hogar de Marianela Ventura Méndez, una querida colega. Ella, su madre y hermanas me prodigaron, en difíciles momentos de persecución, un afecto, cariño y protección que comprometerá siempre mi amistad y agradecimiento.

La clausura de la emisora, consecuencia de un comentario mío esa mañana en el que denunciaba la infiltración comunista en las Fuerzas Armadas, fue recibida por Belisario Velasco como patada en partes delicadas. No fue de su agrado, precisamente.

El anuncio de la querella en mi contra por Ley de Seguridad Interior del Estado lo hizo públicamente el Secretario General de Gobierno, Jaime Suárez, el mismo que aparece bailando en el norte con Fidel Castro durante la visita que éste hizo un mes antes al país, en una fotografía que hizo época

Mi denuncia se basaba en antecedentes obtenidos de

una fuente en Santiago del servicio inglés de inteligencia exterior. Se refería al trabajo político que, principalmente, el Partido Comunista estaba realizando en las filas del Ejército. Esto, además, guardaba estrecha relación con literatura que repartía a sus militantes esa colectividad, entre las que se encontraba un manual publicado en español por la Agencia de Prensa Novosti, de Moscú. En él se daban claras pautas de cómo penetrar en las filas de los uniformados.

Tres meses después el diario "El Mercurio" ratificó los antecedentes que había adelantado en mi audición, al revelar documentos incautados a un individuo de nombre Patricio Cueto Román, militante activo de la Juventud Comunista.

Fui sobreseído en la Corte de Apelaciones por considerarse que los dichos no contenían pasajes abusivos que configuraran los delitos penados por la Ley de Seguridad Interior del Estado y el Código de Justicia Militar.

La solidaridad que recibí ante mi solitaria querella fue cero. Ni del Colegio profesional al que siempre he pertenecido y que tanto se esmera por proteger a sus asociados cuando éstos son, o simpatizan, de las tendencias políticas predominantes en sus directivas, ni de los periodistas de "mi lado". Menos de los ejecutivos democratacristianos de Radio Balmaceda. "Es tu problema, en tu programa radial que tú arriendas y de cuyas opiniones no nos responsabilizamos". Así de claro fue Belisario Velasco para el rayado de la cancha cuando estaba ante la posibilidad de ir a dar con mis huesos a la cárcel.

Tuve que buscarme mi propio abogado. Llegué donde Alejandro Serani Burgos, por indicación de Diego Portales Frías. Serani había sido Serenísimo Gran Maestro de la Gran Logia de Chile en la década de los años '50. Era la mejor defensa. Y así lo hizo. Cobró 5 mil escudos de la época. Era su derecho. Creí que no cobraría. Yo no

tenía el dinero. Le pedí algunos días para cancelarle, en la esperanza de encontrar alguna solución. Para peor la Navidad de ese 1971 estaba cerca. No sería fácil reunirlo.

—No se preocupe, don Manuel —me dijo Helga García, la presidenta del FRENDUC.— Nosotros juntaremos el dinero.

Y lo hicieron. Varios cientos de amas de casa, auditoras del programa, vendieron Pan de Pascua y con las pequeñas ganancias de cada unidad alcanzaron la cifra requerida. En los primeros días de enero de 1972 se le pagaron los honorarios al abogado Serani.

Pero, si bien me anoté un triunfo en los tribunales al ser sobreseído por falta de méritos en la querella motivada por mi comentario radial, fui derrotado el 19 de enero de 1972 cuando desapareció definitivamente del aire el programa que se me arrendaba en Radio Balmaceda. Las presiones ejercidas por Belisario Velasco Baraona, que actuaba como Delegado del Partido Demócrata Cristiano ante la emisora, no pudieron ser resistidas por José De Gregorio Aroca ni Waldo Mora Longa.

Velasco había buscado por todos los medios el cierre de mi programa. Mi discurso no le era grato a sus oídos, más dispuestos a escuchar —al menos por entonces— el de los sectores izquierdistas. Amigo de Fidel Castro, cuando la visita de éste en octubre del 1971, me pidió abiertamente que no lo atacara por sus relaciones con los funcionarios de la embajada cubana, a los cuales, incluso, había tenido la fineza de ayudarles a buscar casas para que se instalaran luego de la reanudación de relaciones entre Chile y la isla caribeña.

Las simpatías de Belisario hacia el régimen comunista, o hacia la figura carismática de Castro, parecieran haber surgido durante su permanencia en La Habana como representante de la Empresa de Comercio Agrícola, una entidad estatal. Funcionario de carrera en tal organismo,

al que ingresó en 1953, Velasco pertenecía a la Juventud Demócrata Cristiana cuando el triunfo de Eduardo Frei Montalva en 1964. En mérito a su destacada participación en la denominada "Marcha de la Patria Joven", un encuentro masivo en Santiago de juventud proveniente de todo el país que respaldaba la candidatura democratacristiana —y donde perdió uno de sus ojos cuando fue golpeado por una moneda—, le fue conferido el reconocimiento luego de asumir Frei, nombrándosele gerente de ese organismo. Sus continuos viajes a Cuba en su calidad de agente comercial le permitieron gozar de la hospitalidad del líder revolucionario, la que fue retribuida al viajar éste a Chile en términos de silenciar a quienes podían atacarlo, actitud que en términos oficiales adoptó la Democracia Cristiana, presidida entonces por Renán Fuentealba.

Desde el incidente de mi despido nunca más vi a Belisario. Sin embargo, en 1998 siendo aún Subsecretario del Interior, hube de recurrir por un grave problema donde él. Me recibió de inmediato en sus oficinas del Palacio de la Moneda y, en el marco de sus posibilidades, con gentileza y delicadeza me brindó ayuda y respaldo mostrando una dimensión y estatura humanas de la que ya había escuchado, pero que en mi caso, por el no olvidado episodio de la radio, no alcanzaba a valorar.

—El Directorio de la radio —me informó algo apesadumbrado José De Gregorio en su oficina—, acordó no continuar arrendándole el espacio para su programa. —Lo siento mucho. Por ahora solamente puede seguir como periodista en el Departamento de Prensa—, agregó.

Sin decir más que un bien educado "Muchas gracias", me retiré de la oficina algo desconcertado. Quedaba en medio de "mi" batalla política sin trinchera. Y "por ahora" podía seguir oficiando en un área donde la opinión era orientada a partir de una "pauta" democratacristiana. De

nada sirvieron los reclamos de las auditoras y financistas del programa que apelaron ante De Gregorio. Simplemente operó la guillotina política y me decapitó. Después de todo no era más que un "simple francotirador sin otro respaldo que un conjunto de viejas chicas y empleadas domésticas que no representan nada", como lo comentó sin tapujos el propio Velasco, según versión que me dio en la época Waldo Mora Longa.

En el diario "Tribuna", propiedad del Partido Nacional, y a instancias de las auditoras del cerrado programa radial, se informó de la artera acción de la Democracia Cristiana en mi contra, señalándose que se me había impuesto una censura política "por no tener pelos en la lengua para decir las cosas claras ni siquiera en las negras horas que está viviendo el país". Tan cierto resultó esto último, que tres meses después, por la misma causa, y cuando había sido aceptado como colaborador de ese matutino luego de terminarse el "por ahora" de la radio, fui despedido a expresa petición del presidente de la colectividad derechista, Sergio Onofre Jarpa Reyes.

Una mañana, a mediados de febrero de 1972, llegó hasta mí un joven alto, delgado y carilargo. Se identifico como Juan Eduardo Hurtado Larraín. Venía por petición de Pablo Rodríguez. Muy parcamente me dijo que su mandante tenía interés en conversar conmigo, para lo cual me invitaba a una reunión en calle Rafael Cañas N° 214. En esa fecha ya escribía en el diario antes mencionado.

Desconociendo el propósito del encuentro, concurrí a la cita y conversé con Pablo. Este ya sabía del cierre de mi programa, situación que lo motivó a ofrecerme un espacio de cinco minutos para comentarios en Radio Agricultura, sin costo y con absoluta libertad para plantear mis opiniones, las que no necesariamente debían ajustarse al pensamiento de Patria y Libertad.

Hasta esa fecha ninguna emisora de Santiago, incluida la Agricultura, había admitido arrendarme espacio. En Cooperativa, por ejemplo, Julio Gutiérrez, su Director, a quien conocía hacía varios años, me manifestó que no existían obstáculos para recibirme pero que, necesariamente, debía consultarlo con Carlos Figueroa Serrano. Este había ocupado las carteras de Agricultura, Tierras y Colonización y Economía en el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Ahora presidía el Directorio de esa radio. Días después Gutiérrez me informó que el propio Figueroa me avisaría. Todavía espero su oportuna comunicación. La emisora también estaba bajo el control político de la Democracia Cristiana.

Capítulo VII

La división

Con entusiasmo y muchos bríos partió 1972 para Patria y Libertad. A la sede de Irene Morales con Avenida Bernardo O'Higgins se sumó la de calle Rafael Cañas, en Providencia, y en tanto durante enero y febrero Ernesto Miller como Jefe de la Juventud sumaba más personas en Valdivia y en Valparaíso y sus comunas, Pablo Rodríguez y Roberto Thieme visitaban el Norte Chico y ciudades entre Santiago y Chillán. Todos concentrados en su propio trabajo de activistas y muy al margen del ajetreo político que ocupaba al gobierno, sus partidos y la oposición con motivo de la elección extraordinaria de un senador en las provincias de O'Higgins y Colchagua y de un diputado en Linares.

Tres meses antes y como una forma de alejarme de la manifiesta tentación de atacar en mi comentario radial a su amigo Fidel Castro durante su visita a Chile, en octubre, Belisario Velasco me dio la orden, en buen tono y como pidiendo ayuda, de hacer una evaluación en terreno y una proyección de lo que podía suceder en la elección extraordinaria del senador. En mi condición de empleado de la radio Balmaceda no tenía otra opción que obedecer. La negativa significaba dar margen a mi despido. Y no era lo que buscaba. Resultado: tajantemente anticipé que sería elegido Rafael Moreno. Y así ocurrió.

Por supuesto que el hecho le valió un punto a su favor a Velasco al interior de la Democracia Cristiana y por mi parte la prolongación de mi trabajo por algún tiempo. No mucho, en todo caso. De paso valga agregar que en Linares fue elegido el derechista Sergio Diez.

Dos hechos me marcaron a fuego en ese mes de enero, por razones tan diferentes como la naturaleza de los mismos.

Aunque trascendió varios días después de acontecer, el primero de los incidentes ocurrió el 12 de ese mes de enero cuando fueron detenidos por personal de Carabineros de Angostura y entregados a la Prefectura de Investigaciones de Rancagua, el abogado Juan Luis Ossa Bulnes, Presidente de la Juventud del Partido Nacional y Vicepresidente de esa misma colectividad, el dirigente universitario Pablo Moraga Donoso y el militante Ricardo Sepúlveda. Motivo: supuestamente el automóvil en que viajaban era robado.

Una vez en el cuartel de la policía civil Ossa Bulnes y sus acompañantes fueron sometidos a todo tipo de vejaciones. Sobre el particular narró en la oportunidad:

"...procedieron a aflojar parte de mis ropas y a colocarme un polo encima del oído izquierdo —sobre el cráneo— y otro en la ingle; luego, fui amordazado fuertemente, con un paño que se me insertó entre los dientes. Durante los aproximadamente cuarenta minutos siguientes, recibí no menos de 20 aplicaciones de electricidad, algunas muy breves, otras de una duración que podría estimar en medio minuto cada una, o más".

Y sigue el relato:

"Las preguntas tenían una marcada intención política. Se intentó, entre otras cosas, que yo afirmara estar implicado en la formación de grupos armados y en actividades sediciosas y terroristas; que yo vinculara a mi Partido con el Movimiento Patria y Libertad y Pablo Rodríguez;

que admitiera mi supuesta participación en el atentado al monumento a Ernesto Guevara y en el reciente baleo del chofer del Intendente de Llanquihue, etc.".

El tipo de procedimientos, como el "científico" interrogatorio hecho a Ossa Bulnes, no era desconocido para la opinión pública. De hecho en julio de 1970 un grupo de abogados partidarios de la candidatura de Salvador Allende denunció a la Corte Suprema las torturas de que habían sido objeto militantes izquierdistas durante el gobierno de Eduardo Frei Montalva. Entre los firmantes de la presentación se encontraba Ricardo Lagos Escobar, a la sazón Secretario General de la Universidad de Chile.

Me sobrecogieron particularmente las circunstancias vividas por Juan Luis Ossa por tratarse de un dirigente político conocido que podía encontrar apoyo y solidaridad entre sus correligionarios de partido. Pero ¿qué podía suceder en el caso de quienes carecíamos de tal respaldo? Era evidente que con la detención y torturas a este abogado se estaba enviando una clara advertencia a la clase política y a todos quienes se cruzasen en el camino del gobierno y de la izquierda.

En los siguientes días habría más sobreconsumo de electricidad en la cuenta de Investigaciones.

El segundo hecho ocurrió el 18 de enero, dos días después de que la oposición democratacristiana y derechista infligiera una contundente derrota al gobierno en las elecciones extraordinarias. Un próspero empresario, Andronico Luksic Abaroa, en ceremonia oficial, publicitada ampliamente por la prensa de izquierda, apareció vendiendo al Estado, representado en la ocasión por el ministro de Economía, Pedro Vuskovic, un paquete de acciones por valor de 29 millones de escudos. Por esa "módica" suma, se entregaban al control estatal empresas como Madeco, Cristalerías Chile, Refractarios Lota Green, Carozzi, Compañía Refinadora de Azúcar de Viña

y Astilleros Las Habas. Antes Luksic ya había vendido al Estado 16 millones de acciones de la Compañía Minera Chañaral y Tal-Tal S.A.

Si esas empresas eran o no fundamentales para acrecentar el poder omnipotente del Estado y, por ende, de un gobierno que perfilaba una economía socialista, no me resultaba claro. Pero el cuestionamiento de ese hecho nacía —en la realidad de entonces— a partir de dos situaciones. La primera se vinculaba con valores y principios. Es decir si yo como hombre de clase media estaba defendiendo al país de la socialización de todo el sistema económico, ¿por qué los directamente perjudicados con dicho esquema —porque no sólo Luksic actuó así— negociaban de esa forma con sus verdugos? ¿Qué papel estúpido estábamos cumpliendo los que, como yo, luchábamos contra la izquierda gobernante con riesgo de nuestra integridad física y la comodidad de nuestras familias? Finalmente ¿qué defendía yo en el país si el señor Luksic y otros como él vendían sus bienes al Estado y luego se iban del país sin importarles un carajo lo que ocurriese? La segunda se vinculaba con el contraste que presentaba la actitud de Luksic respecto a la de otros empresarios, como Jorge Yarur Banna. Este pudo vender las acciones del Banco de Crédito e Inversiones y también irse al extranjero a vivir cómodamente con su hijo y esposa. Pero no lo hizo. Resistió una odiosa intervención y esperó en Chile. Años más tarde, el mismo día en que terminó de recuperar esa institución con el pago de una deuda al Banco Central, le sobrevino un fulminante ataque cardíaco. O, como Agustín Edwards Eatsman, que mantuvo la integridad de sus diarios y bajo la histórica perspectiva que le imprimieron sus antepasados a la empresa "El Mercurio", tuvo el criterio para dirigirla con la destreza, seguridad y temple del piloto que está ante un frente de mal tiempo, informando al país de los hechos

que sucedían bajo el convencimiento de que, por sobre la circunstancialidad de la política contingente, hay valores y principios universales y permanentes en el tiempo a los que Chile, desde su nacimiento como República, adhirió.

Muchos otros empresarios al igual que Yarur y Edwards no vendieron al Estado sus empresas y aunque tales compañías pudieron posteriormente ser controladas por intervención o estatización, sus propietarios ofrecieron resistencia. Otros, como al parecer era el plan, siguieron el ejemplo de Luksic. "Si él vende ¿por qué yo no?" era el raciocinio colectivo que se esperaba.

En tanto la tensión aumentaba en el país y se agudizaba en lo doméstico la falta de productos emergiendo el mercado negro para todo cuanto pudiese comercializarse, en Santiago comenzó a circular el primer número de la revista "Patria y Libertad", bajo la dirección de Marcelo Maturana Miranda. Su portada llevaba el sello inconfundible del propósito del movimiento. Tras el título "Chile no será marxista", como fondo se mostraban fotografías tramadas de tropas del Ejército desfilando, entremezcladas con escenas de la marcha de las mujeres en el pasado mes de diciembre.

Conforme se había acordado en el último Consejo Político de diciembre, al comenzar marzo Roberto impartió instrucciones a Ernesto Miller, jefe de la Juventud, para iniciar los cursos de defensa personal. Estos debían incluir el uso de nunchaco. Fue cuando les afloró en plenitud el "potijuntismo" —término del que me hago literariamente responsable— a los gremialistas de Jaime Guzmán. Expresaron que ellos no estaban para ser tipos violentos y por esa razón no se involucrarían en algo así. Ernesto, que por su genética germana carecía de suavidades afrancesadas, simplemente les dijo: "El que quiera aprender a defenderse para que no lo golpeen en la calle, va a los cursos de karate. El resto se puede ir a la cresta...".

La primera fisura entre nacionalistas y gremialistas estaba abierta. Eran harina de costales diferentes.

Para fines de marzo la Democracia Cristiana y el Partido Nacional preparaban una nueva marcha de protesta en apoyo a las mujeres de los trabajadores de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, la "Papelera". Estas querían dejar de manifiesto su rechazo a las presiones gubernamentales encaminadas a apoderarse de esa industria de la cual dependían todos los diarios y publicaciones nacionales.

Por esos días el publicista Jaime Celedón me llamó a sus oficinas para proponerme un trabajo.

—Se trata —me dijo— de hacer ambiente en los medios de comunicación de provincias en favor de la no expropiación de la "Papelera". Debe ser algo sutil, no una campaña publicitaria. La campaña vendrá después. En la radio te darán el permiso correspondiente. Ya el tema está hablado con Pepe De Gregorio.

Lo que quería Celedón —y que yo acepté y por lo que me pagó bastante bien—, era que conversara con los periodistas en el nivel de directores, subdirectores, jefes de información y de crónica, de radios y diarios de la zona central y sur, y les transmitiera el mensaje de defender en editoriales y/o comentarios la Papelera bajo el concepto de la libertad de expresión y haciendo presente el riesgo que se corría si se la expropiaba. A cambio de esto, los medios de comunicación que colaboraran recibirían avisaje de una campaña publicitaria que sobre el particular ejecutaría la agencia de Celedón. Además era posible que se dispusiera de dinero para pagar artículos sobre el tema. Tiempo para cumplir el trabajo que se me encomendaba: diez días.

Con buenos recursos económicos en el bolsillo partí en Rancagua y terminé en Puerto Montt. Cumplí cabalmente con la misión. Como no era yo el encargado de

evaluar los resultados, debo asumir que lo hice bien. Por lo menos es lo que comentó Celedón tiempo después.

La duda que siempre he tenido es si se enviaron los avisos a los medios de comunicación enlistados por mí y si se pagaron los artículos que se sugería escribieran las personas contactadas. El periodista Héctor Olave Vallejos, por entonces subdirector del diario "El Sur" de Concepción, fue uno de ellos y cada vez que me encontré posteriormente con él me preguntó: ¿Y cuándo me vas a pagar lo de la "Papelera?". La verdad es que yo no tenía a cargo esos dineros. Así es que el "Tito" Olave, como le conocemos en la profesión, debería pasarle la cuenta a Celedón.

El gobierno, evaluando el hecho de que una nueva expresión femenina, quizás mayor que la de diciembre, contribuiría a potenciar la imagen de la oposición no dio el permiso requerido para la marcha en favor de la Papelera, programada para el día 24 de marzo, aduciendo a través de su ministro del Interior, Hernán del Canto, que podían ponerse en riesgo la seguridad y el orden público.

En una manifiesta acción destinada a distraer la opinión pública el gobierno buscó comprometer a Patria y Libertad e interpuso una querella en su contra basándose en la Ley de Seguridad Interior del Estado. En virtud de la demanda y por instrucciones del ministro de la Corte de Apelaciones, Rubén Galecio Gómez, designado para instruir el proceso, las sedes del Movimiento fueron allanadas con inusitada violencia. Se trataba de buscar las pruebas de la posesión de armas. Pero ¿Era una mera sospecha del gobierno o un plan distractivo?

Esa madrugada volaron plumas. Roberto Thieme, su hermanastro Ernesto Miller y otros diez militantes fueron detenidos por la Policía Política en los instantes en que abandonaba la sede de Irene Morales. Pablo Rodríguez, que ocupaba para los fines políticos un departamento en

Avenida Américo Vespucio, fue alertado oportunamente y alcanzó a huir en automóvil antes del allanamiento que se practicó a dicho inmueble. Al día siguiente al pretender entregarse a la Justicia fue detenido cuando no había cruzado el umbral de la puerta del edificio de los Tribunales de Justicia. Ya su oficina había sido ilegalmente registrada y a Thieme se le había incautado su avión.

En tanto a los demás militantes aprehendidos se les liberó luego de la comprobación de sus respectivos domicilio, sólo al cabo de cinco días de incomunicación a Pablo y Roberto, se les concedió la libertad bajo fianza. El 17 de abril fueron sobreseídos por la unanimidad de los miembros de la Cuarta Sala de la Corte de Apelaciones, integrada por los ministros José Cánovas, José Iturrieta y Eduardo Bravo.

La verdad es que Patria y Libertad, como organización, no poseía armas. Las que podían existir a esa fecha estaban en poder de personas adherentes o simpatizantes y eran de su propiedad. Podría decirse que era un "arsenal disperso". Pero la paranoia que generaba el Movimiento a nivel de gobierno llegó al punto de llevar a Del Canto, el ministro del Interior, a señalar que lo que buscaba la organización era matar a Allende, rescatar de la cárcel al general en retiro Roberto Viaux Marambio —involucrado en el asesinato del general René Schneider en octubre de 1970—, y asaltar La Moneda.

La acción político-policial del gobierno contra Patria y Libertad tuvo un efecto triple: provocó más afluencia de simpatizantes; generó inquietud en quienes ya estaban incorporados, por la vulnerabilidad ante el ataque de la izquierda en su condición de gobierno; y a muchos jóvenes, que se sentían ciertamente atraídos por la imagen de grupo paramilitar, los frustró la constatación de que no sólo no se impartía instrucción militar alguna, sino que tampoco se disponía de armamento.

Lo más significativo fue, sin embargo, el agudizamiento de las diferencias entre Roberto Thieme y Jaime Guzmán. En abril se llegó a una relación entre ambos absolutamente gélida. El tema que los separaba era el mismo: la preparación de los militantes en la autodefensa. Pablo trató de adoptar una posición intermedia de conciliación. Aceptaba el entrenamiento de los jóvenes en defensa personal pero no en el uso de armas. Pero unos y otros sabían que no era ese el punto de la discordia, sino el fuerte y personalista liderato ejercido por Rodríguez que chocaba abruptamente con la también fuerte personalidad de Guzmán.

El 15 de abril y luego de una negociación en que tuvo activa participación Waldo Mora, me vi obligado a renunciar a Radio Balmaceda. Mi persona resultaba no grata para algunos democratacristianos, particularmente por el hecho de aparecer escribiendo en la revista de Patria y Libertad. Una semana después y aceptando la invitación que me hiciera Pablo Rodríguez inicié comentarios políticos matinales en radio Agricultura. Era el primer paso de un acercamiento definitivo al Movimiento.

Fue uno de esos comentarios el que precipitó mi despido del diario "Tribuna". Tuve la poco sana ocurrencia de criticar a seis diputados del derechista Partido Nacional. Estos andaban de parranda en el sur y no concurrieron a la Cámara donde se perdió el proyecto de financiamiento a las radioemisoras. La iniciativa beneficiaba particularmente a la oposición.

Con la eficiencia de dueño de fundo, el presidente del citado partido, Sergio Onofre Jarpa Reyes, le ordenó a su capataz en el diario, el conocido periodista Raúl González Alfaro, apodado cariñosamente por sus colegas como "El maraco González", sobrenombre originado en el uso de las rítmicas maracas cuando alguna vez fue cantante en locales nocturnos de la calle San Diego, que me echara.

Como a éste le faltara el valor para decirme la razón política que había tras el despido —a pesar de tener sobre su escritorio la transcripción de mi comentario—, adujo incumplimiento en instrucciones para cubrir las informaciones de la Conferencia de la UNCTAD que se realizaba en Santiago. Lo que olvidaba el distinguido colega era que yo había cumplido con el trámite de acreditaciones; que él había impartido instrucciones, a través del Jefe de Crónica del periódico, Alberto Callis Kruger, de no informar de la reunión internacional; y que, finalmente, había escrito sobre el tema extensamente y Callis tenía las notas guardadas.

Cuando informé a Gonzalo Eguiguren Hogdson, Gerente del diario y dirigente del Partido Nacional, de la medida en mi contra, reaccionó airado, al igual como lo hizo Callis. Y a pesar de que ambos, considerando que se cometía una injusticia, me ofrecieron interceder en mi favor, rechacé la gestión para evitarles un mal momento con Jarpa que, en materia de autoritarismo, es al revés del cuento del Padre Gatica: predica y practica.

El asilo contra la opresión democratacristiana y derechista me lo ofreció sin compromisos Patria y Libertad, fijándoseme una prudente remuneración mensual por mi dedicación a tiempo completo a las tareas políticas. Pero, en los hechos, conscientemente asumí en plenitud, en el mismo momento en que me incorporé al Movimiento, no sólo un compromiso profesional, que tenía mucho de desafío, sino que también hice mío el discurso que se entregaba a la ciudadanía no ajeno, por cierto, a mi propio planteamiento de que sólo era posible el fin del gobierno marxista por vía de un golpe de Estado.

Entre las primeras tareas que cumplimos junto a Roberto Thieme, estuvo la de revisar la edición del libro "Entre la democracia y la tiranía", una ampliación del ideario nacionalista que predicaba Pablo Rodríguez, y

cuya edición financió Gonzalo Larraín, —tío de Juan Eduardo Hurtado Larraín que desde diciembre oficiaba de Jefe de Finanzas— y hacer una evaluación del semanario del movimiento, particularmente porque Maturana, su director, motivado por razones personales y profesionales, había anunciado que dejaba el cargo.

El libro de Pablo era una buena crónica de los acontecimientos ocurridos desde la elección presidencial del año 1970 hasta el momento de su edición. Además contenía algunas referencias históricas sobre el desarrollo político del país y el accionar de los partidos y una reiteración, algo más ampliada, de los principios nacionalistas que él sustentaba y que ya había descrito en el "Manifiesto Nacionalista".

De este nuevo texto —lanzado en junio de 1972— se hizo una versión para la "platea" y otra para la "galería". La primera, que pretendía recolectar dinero entre la "cuiquería" que simpatizaba con Patria y Libertad, fue una edición numerada y, por ende limitada, y se presentó elegantemente en un fino empaste con tapas de cuero legítimo, en tono verde petróleo y rojo viejo, que elegimos personalmente con Roberto en el negocio de uno de sus proveedores de materiales para muebles. El título estaba impreso en letras oro. La segunda, algo más "rasqueli", comparada con la primera, en su portada exhibía la fotografía —captada por Thieme—, del hermoso vitral que sobre el tema de la Justicia existe en el Palacio de los Tribunales, a lo que se sumaba en su interior una fotografía, a toda página, del autor con firma impresa al pie, y que refrendaba no sólo la tremenda autoestima, rayana en el narcisismo, de Rodríguez, sino su reafirmación del caudillismo que le estaba imponiendo al Movimiento y que inflamaba todo tipo de glándulas a Jaime Guzmán. El libro se vendió como pan amasado caliente a orilla de camino para la costa en fin de semana largo.

Al concluir una reunión del Consejo Político en los primeros días de mayo, Pablo anunció que viajaría a los Estados Unidos por dos semanas. Roberto Thieme asumió la Jefatura Nacional. Como el adiestramiento en defensa personal continuaba siendo punto de desavenencia, este último continuó tratando de convencer de su utilidad a los seguidores "gremialistas" de Guzmán, algunos de los cuales ya habían dado su aprobación.

Pero la larvada crisis entre el sector nacionalista y el gremialista se agudizó cuando Roberto durante una reunión señaló en términos muy duros que el país estaba siendo llevado a una dictadura comunista y que ante ello no había que tener muchas consideraciones con el gobierno, dejando entrever su adhesión al principio que señala que el fin justifica los medios.

Por la encendida arenga Eduardo Boetsch recriminó a Thieme pidiéndole que se retractara de tales conceptos De paso le advirtió que de no hacerlo renunciaría no solamente a su condición de miembro del Consejo Político sino que al Movimiento. Roberto no accedió y, por el contrario, luego de consultar a otros dirigentes, se convenció no solamente de que era necesario prepararse en el área de la defensa personal sino que también en el entrenamiento paramilitar.

Fue Gisela Silva la portadora de la renuncia de Boetsch y de Jaime Guzmán. Los tres integrantes del Consejo dejarían el Movimiento para siempre. Pero continuarían en contacto directo con Pablo. Años después, Boetsch me comentaría que la idea inicial era hacer de Patria y Libertad el equivalente a la CUT del Partido Nacional. ¿Y pensaban convertir acaso a Pablo Rodríguez en un nuevo Clotario Blest? Realmente era para reírse.

En este trance se encontraba Roberto cuando me pidió le asesorara políticamente. Yo había asumido la dirección del semanario del movimiento. La nueva Comisión Política,

como pasó a llamarse el Consejo, quedó integrada además de Pablo Rodríguez, por Thieme, como Secretario General; Juan Eduardo Hurtado, en calidad de Jefe de Finanzas; yo, como Director de la revista; y como consejeros Jorge Sibisa, un alto ejecutivo de la minería estatal que había sido exonerado por el gobierno de Allende; Iván Arteaga Lezaeta, médico del Hospital Militar y cuñado de Juan Eduardo Hurtado; el ingeniero civil Sergio Caballero Carvallo; el ingeniero Saturnino López Villalobos, presidente de la Asociación de Fabricantes del Papel; y Jorge Rencoret, un ingeniero comercial, ejecutivo en una empresa internacional. A estos se sumarían posteriormente Orlando Sáenz Rojas, presidente de la Sociedad de Fomento Fabril; Benjamín Matte Larraín, presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura; el historiador Enrique Campos Menéndez; y el escritor y periodista Álvaro Puga Cappa, por entonces Director de Radio Agricultura.

Comenzaba una nueva etapa del Movimiento justo cuando en el país se hacía evidente la confrontación de sectores irreconciliables y trascendía en los medios políticos opositores el denominado "Plan Mayo". Si existió, o no, carezco de evidencias para hacer una afirmación en uno u otro sentido, pero en ese momento nos preocupó y constituyó el centro de atención por varios días de la ahora denominada Comisión Política.

Según antecedentes que no sé realmente de dónde llegaron al Movimiento, pero que creo los hizo trascender el Ejército, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria y una fracción del Partido Socialista —seguramente el liderado por el senador Carlos Altamirano— movilizarían en ese mes todos sus campamentos de pobladores de la periferia de Santiago hacia los sectores residenciales del sector oriente, en una provocación que abiertamente buscaba el enfrentamiento con los opositores al gobierno.

Aunque se desconocía la fecha, todo hacía prever que ella podría estar en la vecindad, anterior o posterior, al 21, día en que Allende entregaría su segundo Mensaje ante el Congreso Nacional.

De acuerdo a los antecedentes disponibles —obtenidos de oídas, por supuesto—, el mencionado plan pretendía dar muerte a algunos dirigentes políticos de oposición para crear con ello caos en la capital y principales ciudades del país. Ante esto —era el supuesto planteamiento—, la oposición reaccionaría con su también supuesto aparato paramilitar —en el que nosotros aparecíamos como el eje— iniciándose una cadena de enfrentamientos populares. Estallada la violencia, el Gobierno, que se mantendría como observador, impondría severas medidas contra los partidos y grupos contrarios a él, culpándolos de cuanto hubiese ocurrido y denunciando el desbaratamiento de un plan cuya finalidad sería atentar contra el régimen legalmente constituido. Ante ese estado nacional de las cosas, Allende solicitaría a las Fuerzas Armadas su respaldo para restablecer la paz en el país y disolver el Congreso Nacional, colocando, además, a los partidos no marxistas fuera de la ley. El fin último perseguido sería el establecimiento de una forma encubierta de totalitarismo de sello socialista como el de las naciones europeas bajo la égida de la Unión Soviética.

La película que nos pasábamos era, como puede advertirse, en colores y tridimensional. Por eso, en reuniones sucesivas de la Comisión Política, constituida en sesión permanente, y efectuadas en medio de severas medidas de seguridad inspiradas en el sabio concepto oriental de "por si las moscas", se analizó en profundidad el plan en cuestión. La conclusión unánime y muy concreta fue prepararse ante la posible puesta en práctica de la acción supuestamente planificada por el extremismo mirista y socialista. Se ordenó, entonces, la inmediata

fabricación de bombas incendiarias del tipo Molotov y un recuento de las armas que cada militante y/o simpatizante disponía para uso doméstico. Todas las prevenciones apuntaban a tres objetivos: autodefensa familiar, autodefensa de los dirigentes del Movimiento y defensa de las sedes. Esto porque, según los antecedentes disponibles, el blanco principal de las hordas extremistas serían las residencias del sector oriente de la capital donde vivían parte importante de los militantes, simpatizantes y dirigentes. Sólo un pequeño grupo correspondía al área de San Miguel y comunas aledañas y se trataba, particularmente, de jóvenes.

Un domingo en la mañana se comunicó con uno de los dirigentes, que no fui yo, el abogado Rolando Molina, dirigente del Club Deportivo Universidad de Chile. Nos pedía una reunión urgente con un representante del Partido Demócrata Cristiano. Roberto Thieme, Hurtado y yo concurrimos a la cita. El contacto era nada menos que Enrique Krauss Rusque, ex ministro de Frei Montalva y miembro del Consejo Nacional de su colectividad. Poseía algunos detalles menores del supuesto "Plan Mayo" y su propósito primordial. Después de un análisis coincidente de los efectos que podría provocar en todos los niveles una situación caótica, Krauss sin rodeos preguntó si nosotros estábamos en condiciones de repeler al MIR y prestar protección a dirigentes democratacristianos. La respuesta, bastante arrogante para quienes no cejarían nunca de acusarnos como fascistas y terroristas, fue también sin circunloquios: "Podemos defendernos nosotros. Pero no damos servicios a terceros". No olvido el gesto de incredulidad que se reflejó, con un marcado arrugamiento de piel, en el ya mofletudo rostro de nuestro interlocutor. Ahí mismo terminó la reunión.

Pero nos quedamos con los crespos hechos. No pasó nada. Absolutamente nada. Ni en ese mes ni en los siguientes.

Así, toda nuestra incipiente preparación de autodefensa —fabricación de algunas bombas Molotov, desempolvamiento de viejas armas de antepasados y revisión de alguno que otro revolver de origen argentino o brasileño, pasados a la mala por la cordillera—, sumada a la tensión provocada por este cuento del lobo, si bien no sirvió para enfrentar a las huestes marxistas que gozaban de buena salud y quietud —al menos por esos días—, permitió mostrar una realidad del tamaño del Everest: no teníamos ni organización estructurada para una evento de emergencia, ni armas, ni entrenamiento, ni el mínimo asomo de una política de autodefensa. Simplemente el marketing político hecho por todos —sí, todos— los partidos, nos había dado una dimensión que se convertía en una realidad hasta para los democratacristianos cuando un imaginario peligro colectivo podía afectar al país.

Sea porque el plan no existía, o falló la capacidad de convocatoria de sus organizadores o se suspendió, postergó o abortó por su inoportunidad, lo cierto es que la vida del país siguió avanzando en medio de las vicisitudes propias de una confrontación político-ideológica en marcha.

Fue en esos días , que bautice como los de "Pedrito y el lobo", cuando recibí un interceptor de comunicaciones. Estaba nuevo, de paquete. Nunca supe quién tuvo la amabilidad de hacerlo llegar al Movimiento. Por supuesto que para operarlo me lo "enchufaron" a mí. Parecía un equipo de radiorrecepción común, con bandas AM/FM. Lo llevé a casa, instalé la antena —un extraño conjunto de tubos de aluminio— y comencé a monitorear en la noche. Funcionó de maravillas. Todos los radioteléfonos y equipos de radiotransmisión de bandas ciudadanas podían ser escuchados. Pero, lo más importante es que la residencia presidencial de avenida Tomás Moro, situada a sólo ocho cuadras de mi hogar caía en mis "redes".

Durante quince días en una grabadora común anexada al equipo y que se activaba cuando se advertían voces en las frecuencias —hasta un número de diez—, marcadas preferencialmente, pude imponerme, por ejemplo, de algunos de los movimientos del Grupo de Amigos Personales de Allende, más conocido como GAP, esquema de protección integrado preferentemente por miembros del MIR entrenados en Cuba; de desplazamientos de la Policía Política de Investigaciones; de las conversaciones de la Seguridad de Allende entre Tomás Moro y la residencia de El Cañaveral, situada en el camino a Farellones y de lo que ocurría en el Edificio Gabriela Mistral, que sirvió de sede a la reunión mundial de la UNCTAD —más tarde rebautizado con el nombre de Diego Portales—, donde, seguramente, por instrucciones oficiales, en casi todas las dependencias se instalaron micrófonos que llegaban a una central de origen checoslovaco situada en un Cuartel que no logré identificar, pero que no era muy difícil imaginar donde estaba. Según se lo narrara por radioteléfono el encargado del sistema a su novia, la capacidad activa del equipo alcanzaba a 2 mil terminales que podían captar de manera simultánea el 10 por ciento de las conversaciones y grabarlas en una cinta magnetofónica de gran tamaño.

Por esos días el invierno ya se había hecho presente con toda su crudeza. Un domingo por la tarde y cuando continuaba lloviendo copiosamente, las radioemisoras y la televisión comenzaron a dar cuenta de la magnitud que alcanzaban las inundaciones en los sectores más modestos de Santiago. A eso de las cinco de la tarde el interceptor se activó en la frecuencia del sistema radiotelefónico presidencial de la residencia de Tomás Moro.

—Tomás Moro. Diga —, señaló una voz gruesa y poco educada.

—Habla Suárez, compañero. ¿Está ahí el compañero Presidente?—, dijo Jaime Suárez Bastidas, el ministro Secretario General de Gobierno.

—¡No, compañero Ministro. Se encuentra desde ayer en "El Cañaveral"—, respondió el funcionario en Tomás Moro.

—¡Comuníqueme de inmediato con él!—, exclamó algo irritado Suárez.

—No se puede, compañero. El compañero Presidente nos tiene prohibido molestarlo. Además no hay teléfono arriba. Sólo tenemos la radio—, contestó el funcionario manteniendo la calma.

—¡Qué me importa a mí que tenga prohibición de llamarlo. Se trata de una emergencia, así es que le ordeno que se comunique con él!—, vociferó el Ministro.

—Muy bien compañero Suárez. Intentaré comunicarme con "El Cañaveral". Le aviso cuando tenga alguna novedad. ¿Usted está en su oficina?

—¡No! Estoy en mi auto. Llámeme aquí.

Un chirrido intermitente advirtió que la comunicación había terminado. Por el tono de voz, no había duda que Suárez estaba alterado y molesto.

Unos dos minutos después el interceptor de comunicaciones se activó cuando a través de un equipo de radio que servía de enlace entre Tomás Moro y El Cañaveral se abrió un diálogo.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!... ¿Está ahí Chamorro?

—Un momento compañero...

—¡Hola! ¡Hola! Aquí Chamorro al habla.

—¿Chamorro?

—¡Sí, hombre, sí! ¿Quién habla?

—¡Quién va hablar ...tu compadre, "pos", pelotas...

—¡Aaah! Le tocó guardia allá abajo, compadre. Dígame en qué le puedo servir.

—¡Oye... Suárez... Jaime Suárez, quiere hablar con "El

Jefe". Parece que se armó un "despelote" con las inundaciones. Hay una "cachá" de viejas con el agua hasta el cogote.

—No te "hagai" ilusiones, viejito. Tira al "carechivo" por el desvío. "El Jefe" agarró fiesta anoche y está en lo mejor.

—¡Por la cresta! ¿Y qué hago ahora?

—Dile al barbeta de Suárez que se las arregle solo... O mejor dile que "El Jefe" está en reunión con dirigentes del partido y que ordena que él tome el control de la emergencia.

—¡Chis! ¡Bien buena! Y la "retá" me la llevo yo...

—...Y qué querís que le haga. Si el compañero acá le ha puesto firme al "pencazo" y más encima está cargado a la ternura.

—¿"Istá guena" la fiesta?

—¡Del uno! Estamos de inauguración de nuevas alfombras y unos cuadros "re" bonitos.

—Podían sacarle una alita y pagarnos mejor...

—¡Guarda con lo que "decís", "güeón! Te escuchan y te "vai cortinflai".

—Bueno, bueno, bueno, compadre. No lo molesto más. Tómese unos "pencazos" a mi salud. Yo me las arreglaré como pueda...

—¿Y "cómostan" las cosas por allá abajo?

—Ninguna novedá. Todo tranquilo.

—Okey. Chao, viejito.

Unos instantes después nuevamente se activó el interceptor con un llamado de Tomás Moro a un radioteléfono.

—¿Aló? ¡Aló?

—Sí; diga —, respondió una voz no identificada.

—El compañero Suárez, por favor.

—Quién lo llama...

—El jefe de seguridad y comunicaciones de Tomás Moro.

—Un momento. El compañero ministro no está aquí en el auto. Voy a buscarlo. Espere...

Minutos después se escuchó la voz de Suárez.

—Suárez al habla.

—Compañero. Le hablo de Tomás Moro. Usted había llamado...

—¡Qué pasó!

—Acabo de hablar con el compañero Allende. Dice que usted tome el control de la situación. Él no puede bajar, porque está en una reunión. Tampoco puede comunicarse con su radioteléfono, por razones de seguridad.

—¡Por la cresta! ¡Se está inundando todo Chile, yo estoy embarrado hasta las orejas, los médicos me están presionando y el "huevón" no puede bajar porque está en una reunión...

—Lo siento, compañero... Es lo que me dijo... Usted sabe cómo es...

—Bueno llame de nuevo a El Cañaveral y dígale a Salvador que me haré cargo de la situación. Dígale que lo más que me preocupa es que tenemos una huelga del Colegio Médico que hay que pararla como sea. Que haga lo posible por llamar al presidente del Colegio. Si hay respuesta, usted me llama de nuevo...

—¡Muy bien, compañero!

Finalizada la conversación, por segunda vez se activó la frecuencia radial de Tomás Moro a "El Cañaveral". Continuaba lloviendo torrencialmente en Santiago y la zona central sur del país. Las radioemisoras efectivamente ya estaban hablando de la confrontación Gobierno-Colegio Médico.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!.... ¡respondan, "pos" mierda! ¡Hola, Cañaveral! ¡Hola, Cañaveral!...

—¡Qué pasa! ¡Qué pasa!—, respondió una voz.

—¿Está Chamorro?

—¡Chis! ! ¿Vai a seguir, negro?

—¿Llámalo, rapidito, mira que la "güevá" es seria..

—¡Aquí, Chamorro! ¿Quién habla?

—Su compadre de nuevo...

—¡Putas que la revuelve usted, compadre! ¿Qué bicho le picó otra vez?

—Oiga, compadre, pare el "güeveo" mejor. La cosa de Suárez parece que es seria. Los médicos se quieren tirar en huelga y Suárez quiere que "El Jefe" hable con ellos...

—...Ya le dije que con "El Jefe" no hay caso. Ahora parece que se fue a acostar...

—....le apuesto a que se fue solo..

—...¡claro.!.. ¡solo se fue! El menos picado de la araña...

—Bueno. ¿Sabe? Si puede le dice lo que está pasando. Si no mañana nos vamos a ir de "penca".

—Esta bien. A lo que pueda le voy a informar. Chao, compadre.

—Chaíto...

Hasta las nueve de la noche el interceptor no se activó en Tomás Moro. Pero sí ocurrió con la frecuencia del radioteléfono de Jaime Suárez. A esa hora habló con un funcionario de la Oficina de Informaciones de la Presidencia para ordenarle que preparara una cadena nacional de radioemisoras y televisión. Una hora después el presidente del Colegio Médico anunció la suspensión de la huelga nacional en los centros hospitalarios del país, en consideración al estado de Calamidad Pública que había sido decretado por el gobierno como consecuencia de los daños ocasionados por las fuertes e intensas lluvias en los sectores más modestos de la población.

Al día siguiente, lunes, en mi comentario matinal en Radio Agricultura, que por razones de la dinámica de los acontecimientos políticos no podía grabar anticipadamente, narré, evitando abundar en detalles, las angustias del Ministro Secretario General de Gobierno, señalando que

mientras el pueblo, del que tanto hablaba Allende, sufría las inclemencias del invierno y era víctima de gripes y neumonías, él se solazaba con buen whisky —del que era fiel degustador— en mullidas alfombras y frente a las acogedoras chimeneas de que gozaba la casa de "El Cañaveral".

En prevención de que mis palabras de ese día pudiesen motivar al gobierno para interponer una querella en mi contra, guardé la cinta magnetofónica conteniendo los sabrosos diálogos, que también transcribí con toda fidelidad. Pero elementos de la Policía Política de Investigaciones en allanamientos realizados el 29 y 30 de junio de 1973 a mi hogar, luego de que los integrantes de la Jefatura Nacional de Patria y Libertad nos asiláramos, no solamente se llevaron esa sino que más de cien cintas, libros, té, café y pisco. De tan particular incautación solo recuperé —con acta de entrega que conservo en mi archivo documental— algunas grabaciones y libros. Pero no la de las intercepciones de radiotransmisión y radioteléfonos. Tampoco los abarrotes.

Hasta fines de mayo mantuve el aparato interceptor en mi casa. Luego lo devolví al Movimiento —que no sé a quién se lo asignaría—, ante la posibilidad, cada vez más cierta, de una acción policial en contra del liderato de Patria y Libertad, en el que ya me incluía a mucho honor. Además, la antena, por su estructura diferente a la utilizada para ver televisión, radiorrecepción o radiotransmisión, y más cercana a la forma de un catre de aluminio, comenzó a ser motivo de reiterados comentarios en broma de un vecindario integrado por profesionales bastante jóvenes, aunque no por ello menos "copuchentos" y algunos oficiales del Ejército que hacían el curso de Estado Mayor ,y de Carabineros, ocupantes transitorios de casas de propiedad de sus respectivas instituciones.

Los días 10 y 11 de junio la Comisión Política, ya presidida por Pablo Rodríguez, que había regresado de Estados Unidos, sostuvo reuniones continuadas. Se analizó particularmente la situación del momento y el avance que en diversos planos lograba el Gobierno en su afán de socializar o sovietizar al país. De esas deliberaciones salimos con el convencimiento más absoluto que los partidos políticos de la oposición ya no estaban en condiciones de entregar una solución que evitara los excesos gobiernistas. La única salida posible era un golpe de Estado. Así de claro y tajante, aunque adornado con el concepto de "intervención" de las Fuerzas Armadas, fue nuestro planteamiento.

Pablo, que paralelamente a la acción política que realizaba en el Movimiento continuaba impartiendo docencia en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile y atendía su oficina privada, era el responsable de la defensa del general en retiro Roberto Viaux Marambio, enjuiciado por su vinculación en el intento de secuestro con resultado de muerte del Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider, en octubre de 1970.

Viaux se había hecho conocido en el país por una acción de rebeldía y protesta llevada a cabo en octubre de 1969 siendo general de Brigada del Ejército y Comandante de la Guarnición de Antofagasta. Bajo el propósito de exigir al gobierno mejores sueldos para su institución —e indirectamente para todas las Fuerzas Armadas— luego de usar todos los conductos regulares y no ser escuchado por las máximas autoridades, se apoderó del regimiento Tacna, ubicado frente al Parque Cousiño, más tarde denominado O'Higgins, y solamente bajo condiciones de buscar una solución al tema de los emolumentos se entregó luego de 24 horas de estar acuartelados. Un año después se embarcó en el episodio que terminó de manera desafortunada con la vida de Schneider.

Durante la defensa judicial de Viaux —que luego de un ignominioso período de prisión culminó con una pena de extradición— Rodríguez tuvo acceso a tres actas secretas del Consejo de Generales del Ejército presididas por el general René Schneider. En los documentos se hacía reserva de aspectos vinculados a la Defensa Nacional, pero se extendía en las consideraciones políticas hechas en cada oportunidad por el Comandante en Jefe de la institución. La primera correspondía a la reunión del 13 de marzo de 1970, la segunda al 23 de julio de 1970 y la tercera al 7 de septiembre de 1970. Allí se encontraba en calidad de fiel legado para la historia lo dicho por el malogrado militar respecto al momento político que vivía el país en el año de las elecciones.

La Unidad Popular, y muy especialmente Allende, casi a diario aludían el pensamiento de Schneider elevado luego de su asesinato a la categoría de "Doctrina". La trágica y desgraciada muerte de aquel distinguido oficial fue explotada por todos los personeros de la alianza izquierdista.

La así denominada "Doctrina Schneider" de que hablaba Allende y los dirigentes marxistas se remitía exclusivamente a las expresiones vertidas por el general al diario "El Mercurio", en una entrevista que dicho matutino le efectuó en marzo de 1970 y en la que dijo que el Ejército "es garantía de una elección normal, de que asuma la Presidencia de la República quien sea elegido por el pueblo, en mayoría absoluta, o por el Congreso en caso de que ninguno de los candidatos obtenga más del cincuenta por ciento de los votos". Insistió, más adelante, señalando que "nuestra doctrina y misión es de respeto a la Constitución Política del Estado. De acuerdo con ella, el Congreso es dueño y soberano en el caso mencionado y es misión nuestra hacer que sea respetado en su decisión".

Esas palabras más otras expresiones verbales del general expuestas en una ceremonia en la cual se le condecoró a mediados de octubre del mismo año, antes de sufrir el atentado que le costó la vida, fueron mañosamente interpretadas.

Sin embargo, Schneider en el secreto de las reuniones con sus generales había expuesto clara y extensamente su pensamiento sobre el devenir nacional y las implicancias que éste podía alcanzar en el plano militar. Sintetizaba en sus palabras, registradas por escrito, reflexiones propias y orientaciones de un acabado estudio encargado por él a su cuerpo de asesores al asumir el mando en octubre de 1969, previendo, por el curso de los acontecimientos políticos, que de una u otra forma el Ejército tendría que tener un punto de vista institucional.

En el primer consejo, Schneider plantea si el "organismo armado" —un genérico que yo interpreto como las "Fuerzas Armadas" y no solamente el Ejército—, puede constituirse en "una alternativa de poder". Y luego de indicar que sería absurdo que imperando un régimen legal el "organismo armado" sea también alternativa de poder agrega: "Frente a una situación de absoluta anormalidad tendrá que analizarse el caso particular para resolver también un cambio en esta actitud legalista".

En el segundo consejo orienta sus planteamientos hacia una cuestión de fondo al poner en duda la unidad en las filas del Ejército: "Existe —dice— casi la seguridad y certeza de que la Institución va a tener que emplearse y entonces sería bochornoso que frente a un requerimiento no se obtuviese una respuesta ciento por ciento positiva de todos sus componentes; que hubiera dudas o una reacción débil o que se tuvieran disensiones en diferentes niveles dentro de las Unidades".

Habla luego del poder representado por las armas que se le ha entregado al Ejército y reitera en la oportunidad la

posición legalista de su institución, agregando: "...en consecuencia, al hacer uso de estas armas, de estos poderes, para también asignarse una opción para llegar a la conducción del país, implica simplemente un desconocimiento y, aun más, una traición al país...".

Pero a continuación afirma: "Es conveniente, sin embargo, dejar claramente expresado el hecho de que ésta posición y este pensamiento eminentemente legalista tiene como única limitación el hecho de que el Poder del Estado que se está sustentando y respaldando abandonara su propia posición legal; en este caso, naturalmente, las Fuerzas Armadas, que se deben a la nación, que es lo permanente, más que al Estado, que es lo temporal, quedan en libertad para resolver el problema, o frente a una situación absolutamente anormal y que lógicamente se sale de los marcos en que se ha planteado el régimen que sustenta la conducción del país".

Finalmente, en el tercer consejo, realizado el 7 de septiembre de 1970, tres días después de las elecciones presidenciales, el general Schneider dijo: "Hemos aceptado el veredicto de las urnas y reconocemos y apoyamos en estos momentos a dos postulantes a Presidente de la República y que son los que obtuvieron las dos primeras mayorías relativas: el señor Allende y el señor Alessandri. Legalmente le corresponde al Congreso Nacional decidir cuál de los dos será el futuro Presidente de Chile, y a quien elijan ahí, sea quien fuere, lo debemos apoyar y respaldar hasta las últimas consecuencias", agregando luego "que ante cualquier situación anormal, desde el punto de vista legal que se produzca, la Institución deberá actuar decididamente, ya que esa es nuestra obligación, incluso por la fuerza, sin términos medios de ninguna especie".

Entre los integrantes del Consejo, en el noveno lugar se situaba un general de Brigada que más tarde alcanzaría relevancia: Augusto Pinochet Ugarte.

En los planteamientos del general Schneider, Pablo, nosotros y el Movimiento, pasamos a sustentar decididamente la hipótesis del golpe de Estado militar, situación que, como era de esperarlo, provocó las iras de la Unidad Popular y de los políticos opositores que aún perseguían la utópica idea de evitar al país el riesgo de llegar a convertirse en una nación comunista a partir de una lucha de ideas o por vía de conversaciones, transacciones, pacto o lo que fuese.

Pero mientras nosotros poníamos el acento en la intervención militar, ese mismo mes de junio, el Partido Demócrata Cristiano, por vía de sus dirigentes Renán Fuentealba Moena, Felipe Amunátegui y Sergio Saavedra, buscaban un entendimiento, por debajo de la mesa, con Allende que tuvimos el agrado de torpedear. Públicamente denunciamos tales trajines y, a poco andar, habíamos armado un alboroto tan contundente que obligó a los involucrados a echar pie atrás.

El "diálogo" democristiano-marxista puso tirantes las relaciones con la derecha. Esto quedó de manifiesto en las elecciones de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, donde fracasó toda gestión tendiente a lograr un bloque de oposición, surgiendo tres candidaturas no marxistas: la de la DC, la del Partido Nacional y la del Frente de Acción Gremial.

Haciendo gala de nuestro inclaudicable discurso sobre la despolitización de los gremios, organismos laborales, centro de actividad, núcleos de estudiantes, centros de madres y todo cuanto estuviese contaminado por la política y los políticos, nos inclinamos en favor del Frente de Acción Gremial. Esto irritó el ya sensible cutis de Sergio Onofre Jarpa y su PN que, mal informado, creo yo, pensó que el Movimiento contribuiría con un llamado en favor de su partido.

Independiente de las razones de "despolitización"

esgrimidas de manera pública, había otro motivo harto más trascendente: no sabíamos en la realidad cuántos estudiantes de la Universidad de Chile —ni en otros centros académicos— podían considerarse como simpatizantes de Patria y Libertad. Es más, en nuestra militancia juvenil teníamos un pandemónium gigante. Fue cuando tomé conciencia de que si bien el Movimiento era una fuerza política, ésta carecía de una dimensión numérica. Tal razonamiento me llevaría más tarde a un fuerte choque con Pablo cuando con esa brillantez de que natura me dotó tuve la luminosa iniciativa de hacer un balance de lo que éramos, cuántos éramos, dónde estábamos y qué significación real teníamos.

El hecho de no saber qué representábamos en la Universidad de Chile implicaba, por tanto, que si apoyábamos al Partido Nacional, era posible dimensionarnos, o sea entregar la medida de nuestra fuerza estudiantil. Los nacionales sabían cuánto pesaban políticamente en términos de porcentajes de votación. Conocían su clientela. Nosotros no. Por tanto, si aumentaban sus sufragios —cosa difícil por la naturaleza izquierdizante que predominaba en la masa de alumnos— podía ser un mínimo que no podíamos atribuirnos necesariamente a nuestro apoyo, y si lo hacíamos mostraríamos lo débil que éramos. Si, por el contrario, disminuían los sufragios de la lista nacional, la situación era peor, porque evidenciaría que éramos la nada misma.

El malestar derechista tuvo su mejor exponente en una virulenta crítica a Patria y Libertad del abogado y columnista de "El Mercurio", Hermógenes Pérez de Arce. Las agarró a rebencazos contra nosotros a través de su comentario en Radio Agricultura, señalando que el mentado Frente de Acción Gremial era una creación de nosotros. En tono tendencioso nos hacía aparecer como divisionistas de la oposición, en circunstancias que había

sido su partido, el Nacional, el que no logró acuerdos con la Democracia Cristiana.

Para echarle más pelos a la sopa, el Frente de Acción Gremial, en el que no teníamos ni arte ni parte, las emprendió contra Hermógenes ocupando el espacio de su comentario —una movida autorizada por la emisora basada en el derecho a réplica que obliga a los medios de comunicación a ceder espacio radial en el mismo programa y a la misma hora—, situación que resultó asaz insoportable para éste lo que excitó sus habituales malas pulgas, estado que lo llevó, en una infantil pataleta de enfurruñamiento —no propia de sus investidura de consejero del Partido Nacional—, a renunciar a la emisora. Pero con elástico, porque a los tres días, y para felicidad del país, estaba de regreso.

Ante las gratuitas como agrias acusaciones de Pérez de Arce nos vimos obligados a entrar en una polémica que era legítima —uso del viejo derecho a la defensa—, pero que teníamos conciencia que lesionaba los santos intereses de la oposición.

Dimos respuesta a Hermógenes en nuestros programas de radio. Usamos términos incisivos pero animados de una intención amistosa, habida consideración de lo pesado de sangre del personaje referido.

Pero la derecha no lo interpreto en buena onda y entró a terciar esta vez Juan Luis Ossa, presidente de la Juventud del Partido Nacional. Como el dinero abundaba en esos días, éste no encontró mejor forma para avivar la cueca que poner inserciones de respaldo a Hermógenes en los diarios que se la aceptaron, expresándose en términos imprudentes, necios y presuntuosos contra Patria y Libertad. Otro tanto hizo el diario "Tribuna" de ese partido.

Y si alguien tiene alguna duda de lo que ocurrió en la Federación de Estudiantes, valga señalar que la izquierda mantuvo el control de la misma.

Cuando aún no concluía el embrollo con el Partido Nacional, un segundo hecho, del que tampoco fuimos responsables, ahondó nuestras ya agudas diferencias con la Democracia Cristiana.

Habitualmente los jóvenes de nuestro Movimiento salían a la calle los días sábados por la mañana a vender la revista y folletos que contenían las ideas del nacionalismo. Era una forma de recuperar el dinero invertido en esa propaganda y crear mística en los estudiantes. Muchachos y muchachas de entre 14 y 17 años, provenientes en especial de los sectores de clase media acomodada, vestidos con jeans, camisas azules —que luego se uniformaron en blancas— y portando banderas chilenas, se apostaban en las arterias de mayor tránsito en el sector del Barrio Alto, particularmente en esquinas de la avenida sur del río Mapocho, entre Plaza Italia y Los Leones, avenida Providencia y Apoquindo. A veces se situaban en puntos del centro de la capital.

Como las buenas ideas se copian, y ante la dura realidad para ellos de que Patria y Libertad se "había apoderado de las calles", el Partido Nacional , con la creación de sus juveniles brigadas Rolando Matus, y la Democracia Cristiana, también sacaron sus muchachos a predicar en las esquinas.

No hubo problemas hasta que los democratacristianos montaron el 8 de julio una provocación que terminó en gresca general en la avenida Providencia. Resultado: 11 muchachos del PDC terminaron heridos en la Posta Central, a cero. Al otro día la prensa izquierdomarxista y democristiana informaba "objetivamente" que los agresores eran nuestros "querubines" y los agredidos los que prepararon el montaje.

Uno de los principales instigadores democristianos fue el dirigente universitario Jaime Hales, quien exhibía una peculiar y exótica postura de izquierda, no se sabía bien

si por afán esnobista o por afinidad con su hermano Patricio, dirigente comunista de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Chile.

Mientras explicábamos al país que nuestro afán no era dividir a la oposición y que éramos unos buenos niños —cosa que no sé si nos creyó alguien —, Roberto Thieme se las emplumó en su avión para Buenos Aires, donde vendió un stock de muebles que le quedaba como reserva estratégica para hacer algo de dinero y autofinanciarse y, de paso, visitó amigos en Mendoza. Estos le invitaron el fin de semana a cazar guanacos al sur de Malargue, en las tierras de un ciudadano argentino-alemán. El episodio tendría una importante significación posterior.

Por esos días un particular personaje apareció en la escena interna de Patria y Libertad. De aspecto más bien tímido, figura menuda, hablar suave pero expresivo y unos 35 a 40 años de edad, vestía jeans y un grueso chaquetón cuando se presentó en la oficina que ocupaba en calle Rafael Cañas de Providencia, la sede principal. Dijo ser escritora. Antes de hablar conmigo, lo había hecho con Pablo y éste, con el que manteníamos una fría relación, consecuencia directa de un agrio debate ocurrido en el seno de la Comisión Política en torno al desarrollo de la política contingente y sus proyecciones, me pidió que la atendiera porque quería colaborar en nuestro semanario. Así se deslizó "Mariana" Callejas hasta el interior del Movimiento.

En ese primer encuentro dejó claramente establecido que había sido militante comunista, que había vivido en Israel al casarse con un ciudadano de ascendencia judía, que hasta 1970 vivió en Miami, donde participó en protestas contra la guerra de Vietnam, que era separada y que vivía con hijos de su primer matrimonio y estaba casada con un gringo que era mecánico; que tenía contactos con Enrique Campos Menéndez y en "El Mercurio"

con Hermógenes Pérez de Arce; y que conocía a dirigentes del Partido Nacional a los cuales frecuentaba habitualmente.

—¿Y en qué podría colaborarnos para la revista? —inquirí algo desorientado por tan especial especimen de mujer que declaraba su animadversión hacia el gobierno y los comunistas como quien podía referirse a una peste.

—Escribo cuentos y narraciones urbanas—, respondió.

—Pero eso no es de mucha utilidad en un semanario de "trinchera", como el nuestro—, expresé con el mayor grado de suavidad del que pude disponer para no zaherir a quien voluntariamente se presentaba como eventual colaboradora.

—Es que yo creo que habría que cambiarle un poco la fisonomía al semanario—, apuntó con un tonito de particular suavidad y una mueca de ironía en su rostro que nunca olvidé.

—Lo mejor sería que me trajese algún texto de su autoría y juntos analizamos si compatibiliza con la línea de la revista ¿Le parece bien?—, señalé a la visitante como forma de terminar lo que me parecía una conversación que se extendía innecesariamente.

Una semana después reapareció la Callejas. Traía dos o tres cuentos urbanos. Le publicaría sólo uno. Se titulaba "Relatos de mi Tierra". Lo firmó como Inés Callejas. Narraba muy brevemente cómo una agente político-policial encubierta luego de escuchar las quejas contra el gobierno de una mujer dueña de casa que hacía fila para comprar carne, era denunciada a una pareja de carabineros que se la llevaban detenida de inmediato. El texto publicado en la edición N° 22 de la revista, correspondiente a la tercera semana de septiembre de 1972, quedó como silente pero incuestionable prueba de su paso por mi oficina a la que regresaría, a petición mía, sólo dos o tres veces.

Cuando en esa segunda oportunidad le pregunté por su familia, me respondió que estaba muy bien y que su pareja la esperaba. "¿Dónde?", interrogué con algo de preocupación. "En una calle detrás de estas oficinas", contestó sonriendo Le advertí que eso podía ser peligroso para un extranjero, particularmente por la vigilancia de que podíamos ser objeto por parte del gobierno, como efectivamente después pudimos constatar.

—Usted me dijo que su pareja era mecánico, pero no me dijo de qué nacionalidad es—, apunté como una forma de obtener una información que desconocía.

—Es norteamericano. Se llama Michael Townley. Su padre fue gerente general de la Ford en Chile. Y además de ser mecánico sabe algo de electrónica y de química. También podría ayudar al Movimiento en "algunas cosas"—, agregó con un inocultable orgullo y poniendo énfasis en las dos últimas palabras.

—Me interesaría conocerlo— señalé con viva curiosidad. Ella asintió. Fue cuando presioné sutilmente para que fuese de inmediato. En el fondo tras mi petición había una mezcla de curiosidad y creciente inquietud.

Salimos de mi oficina y minutos después pude constatar que efectivamente el gringo, sentado al interior de un vehículo marca Austin modelo mini 1000, esperaba, no "detrás de las oficinas" sino que a menos de 50 metros de la puerta principal de nuestra sede política en la misma calle Rafael Cañas. Esa podía ser una imprudencia, aunque luego pensé que la sede era pública y podía llegar a ella cualquier persona, como solía ocurrir. Lo saludé y sobre la marcha le advertí que no era bueno que fuese hasta allí. Ya era de noche y sólo la luz del alumbrado público dejaba entrever a un individuo con barba, pelo rubio obscuro más bien largo, camisa escocesa con mangas dobladas. Se expresó con claridad aunque en un español "agringado".

—Le sugiero que en el futuro, si tuviésemos que conversar sobre algún tema de común interés, lo hagamos fuera de esta área que me parece poco apropiada—, dije mientras estrechaba su mano despidiéndome del extranjero y de Mariana.

Posteriormente los encuentros serían únicamente en la casa de tan particular pareja.

Como la derecha, al igual que la izquierda, no perdona, en septiembre Sergio Onofre Jarpa, con motivo de celebrarse la "Marcha de la mayoría", nos pasó la factura en Temuco, la plaza más fuerte de Patria y Libertad en provincias. Simplemente nos echó de la manifestación. Y en un ataque de histeria le arrebató el micrófono al radical disidente Eugenio Velasco, que se disponía a hablar, y en forma destemplada gritó a los jóvenes y adultos que con banderas chilenas y estandartes del Movimiento se habían hecho presente allí, calificándolos de intrusos y "agentes provocadores del Gobierno". Por dignidad los directamente aludidos dieron media vuelta y se fueron de la reunión, la misma que culminó con un encendido discurso de Velasco, un allendista arrepentido y quien, seguramente, rememorando ese pasado reciente, dijo que esa marcha no había sido convocada para "fascistas".

CAPÍTULO VIII

El paro de octubre

"En la segunda ocasión me aplicaron electricidad en los testículos y en los oídos. Esta vez usaron dos magnetos en razón de que uno no había sido suficiente para hacerme hablar. Cuando a uno le aplican electricidad, le ponen un cable en cada dedo chico del pie, otro en el pecho y uno más tras cada oreja. La sensación es realmente horrible. Uno cree que se va a morir. Pareciera que el cuerpo está a punto de reventar en mil pedazos. A lo único que se atina es a gritar y a contorsionarse. Los gritos se los ahogan a uno con un trapo de lana que le ponen en la boca. Con ello evitan que uno se muerda la lengua y queden signos visibles de la flagelación".

El crudo relato de Patricio Jarpa, un profesional del marketing y la publicidad y dirigente juvenil del Movimiento, otra víctima olvidada de la tortura y la bestialidad durante el gobierno de Allende, me lo hizo directamente a mí dos días después de salir en libertad y cuando aún le era difícil no caer en profundos estados de silencio y ausencia que irrumpían en un incontenible sollozo. El episodio marcó para el resto de su vida al "Pato", como le decíamos cariñosamente por su respetuosa afabilidad. En esa fecha tenía 26 años. Bajo de estatura, con algunos kilos de más en el cuerpo, colorín y pecoso, era querido por los muchachos y muchachas que veían en él al

dirigente que no solamente imponía su mando por la razón, sino que, además, hacía participe a todos de su positivo entusiasmo y humor.

Detenido sin orden de ninguna autoridad competente el 4 de octubre de 1972 por la noche, a Jarpa se le sometió por casi 18 horas a las más atroces torturas por agentes políticos del gobierno que oficiaban de detectives en Investigaciones. Usaron un vehículo de la Presidencia de la República para trasladarlo hasta el Cuartel ubicado en calle General Mackenna.

Al finalizar septiembre el Gobierno había denunciado la existencia de un nuevo plan que atentaba contra su estabilidad. Principales protagonistas de este nuevo cuento —ya frecuente y manifiesta expresión de la inseguridad de quienes estaban en el poder— era Patria y Libertad y otros grupos opositores.

Paralelamente, el juez del Noveno Juzgado del Crimen de Santiago había impartido una orden amplia de investigación a la policía civil para esclarecer la denuncia de un individuo llamado Jaime Quiroz, detenido en virtud de una demanda por falsificación de documento privado interpuesta por un particular. El mencionado Quiroz en una oportunidad se había ofrecido para vender el semanario del Movimiento. Jarpa, atendida la modesta condición social que presentaba el solicitante, accedió. Pero se le sorprendió posteriormente robando no sólo dinero sino que también especies. Jarpa lo conminó a que se fuese bajo la amenaza de denunciarlo a la policía.

Cuando Quiroz fue detenido por la denuncia del particular afectado en una falsificación documental, creyó que era Patria y Libertad quien lo demandaba y entonces urdió una truculenta historia: que había sido apremiado físicamente por conocer "secretos" del Movimiento. De esta coyuntura se valió el Ministerio del Interior para

ordenar la detención de Jarpa y tratar de obtener confesiones que nos comprometieran.

Llevado ante el Noveno Juzgado, Patricio Jarpa fue dejado en libertad incondicional.

En los análisis de agosto y septiembre, la Comisión Política, a la que se integraron el empresario Jorge Lyon y su esposa Blanca Echeverría, Orlando Sáenz, Benjamín Matte, Enrique Campos Menéndez y Álvaro Puga Cappa, consideró la posibilidad de que surgiera un fuerte movimiento gremial de repudio al gobierno. Teníamos información que se gestaba un paro, pero no sabíamos con certeza —o no se nos había informado— cuándo se iniciaría ni cómo se desencadenaría. Matte ni Sáenz, por sus posiciones de privilegio en la Sociedad Nacional de Agricultura y en la Sociedad de Fomento Fabril, respectivamente, no soltaron prenda sobre el tema.

Reconozco que no tuvimos injerencia alguna en el así denominado "Paro de octubre". Lo iniciaron los transportistas, encabezados por León Vilarín, y fue, en nuestra opinión, un simple tiro al aire ¿o un ejercicio anticipado para testear reacciones?

Veinticuatro horas después de iniciado el paro indefinido que involucraría a miles de transportistas en todo el país y luego de una marcha opositora en su respaldo, el Gobierno hizo detener a los cuatro máximos dirigentes de la Confederación Nacional de Dueños de Camiones. Ahí se armó la grande. El día 13 paralizaron la Confederación del Comercio Detallista, la Federación de Sindicatos de Choferes de Taxis, la Confederación de la Producción y el Comercio y la Confederación Nacional de la Pequeña Industria y Artesanado.

El Gobierno se asustó y decretó Zona en Estado de Emergencia a la provincia de Santiago, anunció que requisaría los camiones, intervendría las empresas y movilizaría al "pueblo".

Nuestros jóvenes y adultos trabajaron en favor del paro gremial en la medida de sus posibilidades y paralelamente a la acción de los gremios: Saturnino López, a cargo del Frente de Hombres; María Olivia Gazmuri, encabezando las mujeres; John Schaeffer, Ernesto Miller y María Eugenia Zañartu, con la juventud. Todos los dirigentes y parte de los militantes y simpatizantes entregaron su mayor esfuerzo de día y noche recolectando y trasladando alimentos, frazadas y medicinas a los puntos donde los transportistas concentraron sus vehículos, o bien manteniendo cordones de seguridad en torno a esos campamentos para dar la alerta ante cualquier atentado de la extrema izquierda que pudiese poner en peligro la integridad física de los huelguistas, los familiares que le acompañaban y nuestra propia gente.

Esa era la parte solidaria y buena. Pero había una que no era ni tan buena, ni tan mala. Quizás cuestionable en la distancia del tiempo, pero para nosotros justificada en su momento.

Algunos grupos de nuestros militantes, adultos y jóvenes, se dieron a la tarea de fabricar "miguelitos", un alambre acerado de cuatro afiladas puntas que tiene la particularidad, por su configuración, de caer siempre con una de esas puntas hacia arriba mientras las otras tres hacen las veces de trípode. Lanzadas en calles y caminos, no fallan en la tarea de desinflar neumáticos de cualquier tipo de vehículos. La tan artesanal como efectiva "tecnología" de sabotaje había sido copiada al MIR, al que la transferencia le había sido aportada, seguramente, por "colegas" cubanos o de alguna otra democracia socialista. Se asumía que el apelativo nacional era un reconocimiento al dirigente y fundador de ese grupo extremista Miguel Henríquez.

A lo anterior se sumaba una buen cantidad de bombas del tipo Molotov que no sabíamos de dónde provenían

pero que estaban apareciendo entre la juventud del Movimiento, hasta que alguien contó que en la casa del gringo Townley se fabricaban como quien hace pan.

Cuando a mitad de año había informado a Pablo Rodríguez de cómo era la singular pareja de Townley y su mujer, me pidió que me hiciera cargo "del bulto" si es que consideraba que podían ser de alguna utilidad. Le respondí que eran tan locos los dos, que en algún momento, así como iban las cosas en el país, podrían contribuir a nuestra causa.

Pero no era en bombas Molotov, en lo que pensaba podían ayudarnos.

El gringo vivía bastante bien. Una estupenda casa estilo inglés ubicada al final de Avenida Apoquindo, donde ya se insinúa la suave falda del cerro Calán, le servía de "taller" mecánico. La verdad es que las veces que fui hasta allá jamás lo vi arreglar nada, ni menos atender clientes. Con los hijos del primer matrimonio de Mariana se llevaba bien. Curiosamente compartían un esquema de vida que tenía una rara mezcla de grupo familiar norteamericano country con hippies adinerados.

Le consulté directamente en una ocasión al gringo de qué vivían. Me respondió de lo que él ganaban en mecánica y del dinero que le enviaba desde el extranjero el exmarido a Mariana.

Dependiente materno absoluto y total, el gringo, que tenía 10 años menos que su mujer, había encontrado en esta última a la "mamá" que le faltaba. La Mariana, mostraba la suavidad de un cordel de seda natural. Alguien en el Movimiento la definió como una mujer con "filo de navaja suiza". En su rostro, algo felino, se reflejaba la desconfianza y aunque más bien menuda de cuerpo, en sus actitudes trataba de mostrarse firme, imperativa, signos que advertían de su inseguridad y de la necesidad permanente de reafirmar con acciones su personalidad de aventurera empedernida.

Cuando tuve conocimiento de la fábrica de bombas que habían instalado en su casa, fui hasta allá. Casi me caí de espaldas cuando me mostraron varios cientos de botellas llenas con gasolina y un trapo taponeando cada una. Era llegar, sacar y llevar.

Les llamé la atención de manera severa. Estaban comprometiéndose en un juego peligroso. La Mariana se enojó, señalándome que ella sólo recibía órdenes de Pablo Rodríguez. No valía la pena discutir. Menos en medio de un escenario, que habría sido verdadero bocado para la policía y para el gobierno, y con una mujer absolutamente desquiciada por un fanatismo que bien nos podía llevar a todos a la cárcel y a la tumba política, como muchas veces pensé que era su "loable" propósito familiar.

Informado Pablo Rodríguez de la situación —todavía cuando el paro gremial continuaba—, pidió a Roberto Thieme que hablara con "ese par de locos e imbéciles", términos que usó para referirse a los Townley. Así, nuevamente hubo que reposicionar a la Callejas e indicarle que el vínculo con ellos, les gustara o no, seguía siendo yo. Los lazos se reestablecieron.

Un día de octubre cuando aún los gremios se enfrentaban al gobierno, el gringo llegó en su auto a mi casa. Me dijo que solamente venía a hacerme una demostración de su último "invento".

—No te enojes, Manuel, dame unos pocos minutos de tu tiempo—, me dijo con voz casi de niño. —Lo único que necesito es alguna terraza con baldosas o cemento.... O si quieres lo hacemos en la calle.

—¡No, no, no no, nooo!—, le dije, pensando automáticamente que el gringo se podía mandar un "condoro" del tamaño de la Catedral. —Mejor, hazme la prueba en el jardín trasero de la casa.

Allí había construido —no sin esfuerzo— una terraza redonda de piedra roja donde con mi esposa y mis hijos

compartíamos los fines de semana. Un conjunto de sillones y mesa de metal y la sombra que sobre ellos proyectaba en las tardes de verano un conjunto de abedules hacían un ambiente muy grato.

Michael movió los muebles y despejó la terraza. De una pequeña caja que portaba bajo su brazo extrajo una pequeña botella del tipo usado en penicilina inyectable. En su interior se advertía un líquido transparente y viscoso. La destapó removiendo un pequeño corcho redondo y me pidió que me retirara unos dos metros. Le agregó algo como virutas plateadas, tapó el envase y lo situó al medio de la terraza y se retiró hacia mi lado.

—Hay que esperar un minuto. Nada más que un minuto y lo verás—, dijo mientras miraba su reloj llevando la contabilidad del tiempo a la par que miraba el pequeño frasco.

De pronto se sintió un solo chirrido agudo y penetrante. Una luz rojiazulina delgada como la que escapa de la boquilla de un soplete de acetileno se dibujo hacia el cielo, mientras un hoyo como cráter, de unos 30 a 40 centímetros de diámetro, era perceptible en medio de mi hermosa terraza que se trizó hacia la periferia.

—¡Puutas!—, exclamó el gringo, mientras aguzaba la boca, estiraba el rostro, alzaba los hombros y se tomaba la frente. —Otra vez esta "güevada" se está adelantando.

Me quedé congelado. No atiné a decir nada. No entendía nada. ¿Qué mierdas había hecho el gringo? pensé, mientras sin moverme veía que se había hecho añicos el lugar preferido de mi descanso dominical.

La explicación no se dejó esperar.

No conforme con construir Molotov, Townley se había dedicado a inventar una potente mini bomba de tan alto poder calórico que, en los hechos, logró fundir la piedra roja de la terraza. Su propósito, me explicó, era sabotear los buses de la locomoción colectiva.

—Tú subes al micro, te sientas, sacas botellita del bolsillo, le pones el polvo, tapas y te bajas. Al minuto los elementos se activan y calor hace hoyo e incendia micro—, dijo en su hablar medio español. Instantes después y luego de hacer una mueca lanzó una risa histérica.

Realmente me quedé boquiabierto. "A este gringo se le pelaron los cables", pensé, mientras buscaba qué hacer ante un personaje de esa naturaleza.

—Es bastante peligrosa la mezcla. Imagínate que se te vuelca por descuido mientras la llevas en un bolsillo—, expresé para atenuar lo que, instintivamente, con horror imaginaba era un plan de sabotajes del gringo.

—Hasta ahora no ha pasado nada. Ha funcionado muy bien—, dijo Michael con la tranquilidad de quien se refiere a una situación rutinaria.

—¿Cóoomo? —, manifesté sobresaltado.

—Sí; ha funcionado bien. Ya experimentamos en los buses en el día y noche... Y todo bien... Todo bien. No te preocupes.

Para resumir el episodio, Townley ya le había entregado cargas de la mini bomba a muchachos de Patria y Libertad que la Callejas, junto a sus hijos, reunía en su casa en una tertulia donde por las noches al café se sumaban algunos cantos y piezas de guitarra. La hija de Mariana, de no más de 17 años, mantenía una relación sentimental con uno de los jóvenes del Movimiento y esa había sido la base del núcleo que se formó en torno a la familia. El único que no participaba era el hijo mayor —también del primer matrimonio— que manifiestamente se declaraba izquierdista.

Con una irresponsabilidad limitante en lo demencial, el gringo le había entregado las "botellitas" a algunos jóvenes. Nunca supe cuántas ni sé cuál fue el resultado. La fortuna quiso que nada le ocurriese a nadie.

En otro nivel harto más alejado de los desquiciados

proyectos de la familia Townley-Callejas, hubo durante el paro gremial algunas intenciones y trajines muy reservados que apuntaban a lograr un efecto mayor a partir de la acción de los transportistas. En el testimonio que Roberto Thieme me entregó cuando escribía este libro se anota un episodio, que conocí en su oportunidad en términos muy generales, ocurrido ese mes de octubre y que consigno a continuación textualmente:

"En esos días —dice Roberto—, recibí una invitación de un amigo que tenía un fundo cerca de Chillán, para un almuerzo muy importante. Me pidió que llevara también a otros tres invitados, entre los que estaba Federico Willoughby. Federico llegó a las 8.30 A.M. del día acordado al aeródromo de Tobalaba con las otras dos personas: el general de Ejército, Alfredo Canales y el dirigente universitario Francisco Prat Alemparte. Willoughby me pasó un documento de identidad con la foto del general, pero con otro nombre, explicándome que él viajaba de incógnito. El general Canales había sido llamado a retiro hacía poco por el presidente Allende, después de que fuera denunciado por el contraalmirante (Horacio) Justiniano, que lo involucró en unas conversaciones que habían tenido, diciendo que Canales había hablado contra el gobierno marxista. Despegamos de Tobalaba hacia el sur y aterrizamos en Chillán para reabastecernos de combustible. Debido a la Zona de Emergencia, se acercó al avión un suboficial de la Fuerza Aérea para chequear a los pasajeros. Al observar el documento falso que le presentó el general Canales, después de observarlo detenidamente, se lo devolvió, cuadrándose, sin decir una palabra. Posteriormente continuamos nuestro vuelo, aterrizando en la pista del fundo poco antes de la hora de almuerzo. También habían sido invitados otros dirigentes gremiales y políticos, quienes nos plantearon que trabajáramos en conjunto, solicitándole al general Canales que se pusiera

a la cabeza de una nueva organización que reuniera a los partidos políticos y movimientos democráticos y a los gremios, para llamar a una intervención de las Fuerzas Armadas. El general Canales no aceptó el ofrecimiento, explicándonos que no estaban dadas aún las condiciones para eso y que jamás él se presentaría para producir un quiebre en las instituciones militares, especialmente en el Ejército, donde el principio de verticalidad del mando es sagrado. Al atardecer regresamos a Santiago".

El "Macho" Canales , como le decían en el Ejército, había "tirado el traste para las moras", según me lo comentó a su regreso del sur el propio Roberto Thieme, bastante frustrado luego del intento de obtener una reacción positiva de su pasajero. "No se atrevió. Simplemente se le 'aconcharon' los orines", fueron los términos más comedidos que usó para referirse al militar ya en retiro.

Canales estaba fuera de su institución desde el 21 de septiembre, cuando el Comandante en Jefe de la misma, general Carlos Prats González, lo llamó a retiro. Al "Macho", que ocupaba el cargo de Director de Instrucción del Ejército y Presidente de la Federación Deportiva Militar, se le ocurrió abrir su "boquita" en Valparaíso durante un encuentro en el que también participaba su par de la Armada, el Contraalmirante Horacio Justiniano. Comentó, pensando en la reserva de una mesa de uniformados, que las Fuerzas Armadas tendrían que intervenir para normalizar la situación del país. Justiniano —que nadie sabía para qué lado "chuteaba"—, por escrito informó del comentario al Comandante en Jefe de la Armada, Vicealmirante Raúl Montero, y éste no encontró nada más oportuno que transmitirle copia del mismo al general Prats. Este, que ya se las traía con Canales por el protagonismo que comenzaba a alcanzar al interior de las filas de la institución, cruzó la Alameda Bernardo O'Higgins y fue con el cuento donde Allende. Según la versión de

entonces, este último sugirió no actuar contra Canales para evitar reacciones en el Ejército. Pero Prats insistió y Allende lo dejó en libertad de acción.

Semanas después Prats le daría el oxígeno político que le faltaba al gobierno cuando Allende para abortar el paro nacional, que ya andaba casi sin rumbo, designó en el gabinete ministerial a Prats, que asumió el Ministerio del Interior, acompañado por el contraalmirante Ismael Huerta en Obras Públicas y el general del Aire Claudio Sepúlveda, en Minería.

Como a miles de chilenos, nos quedó la sensación de que la "victoria" proclamada por los gremios, no era tal y que el triunfo era del gobierno.

Uno de los problemas que quedó de manifiesto, por lo menos para nosotros, durante el paro gremial fue el de las comunicaciones. El Gobierno había impuesto una cadena nacional de emisoras que impedía informar, alertar, hacer llamados o convocatorias o impartir instrucciones, entre otras acciones. Si bien podíamos conectarnos por teléfono, el mecanismo masivo era la radiotelefonía. Fue cuando pedí autorización a la Comisión Política para dar marcha al proyecto de una emisora clandestina. No hubo objeciones.

Pero, una lectura más a fondo de los hechos entregaba un nuevo escenario con, a nuestro juicio, peligrosas consecuencias para el país: la posibilidad de una guerra civil.

Al terminar el paro y designar a los nuevos ministros militares Allende no había adquirido compromiso alguno que comprometiera la línea socializante de su programa. Esto significaba que la presencia en el gabinete de las tres ramas de la Defensa Nacional aparecía respaldando políticamente la gestión gubernamental, lo que podía acarrear como consecuencia un quiebre institucional si, como señalaban los antecedentes de que disponíamos por filtraciones desde el área de la Inteligencia castrense,

sectores mayoritarios de los uniformados definitivamente se habían expresado contrarios al régimen y a su ideología preponderante, el marxismo.

Roberto Thieme fue claro para plantear de manera directa en la Comisión Política la idea de crear un fuerza militarizada. Esta, según la iniciativa, daría amplia cabida a todos aquellos militantes que presionaban para que se les entregara instrucción de combate. El contingente que se preparara serviría para sumarse al sector de las Fuerzas Armadas que, eventualmente, se alzara en contra del gobierno, como había ocurrido en España.

Pero la Comisión Política rechazó la propuesta de llevar a cabo lo que en la realidad era una política militar que involucraba una fuerza combativa. Pablo Rodríguez no creía en la posibilidad de un quiebre al interior de las Fuerzas Armadas, insistiendo en forma reiterativa que éstas actuarían unidas. Benjamín Matte se opuso por el riesgo ante la entrada en vigencia de la Ley de Control de Armas, que apuntaba contra los grupos armados como el MIR, un sector del Partido Socialista y un ramillete de otras organizaciones y suborganizaciones violentistas. "Crear un aparato organizacional militarizado particularmente para enfrentar una hipótesis de guerra civil nos puede llevar a todos a la cárcel por terroristas", argumentó.

De poco sirvió el apoyo que le otorgué a Roberto en su planteamiento que lo hacía mío no porque aceptara de buenas a primeras la hipótesis de guerra civil, sino por que tenía la convicción de que nuestra autodefensa era legítima ante el desborde de extremistas fuera del control del gobierno y sus partidos. Pero en la Comisión Política primaba por excelencia la actitud de jugar a los vaqueros sin subirse al caballo.

A pesar de todo, y luego de un prolongado debate, la resolución final intermedia de la Comisión Política fue trabajar en tres líneas de acción: la primera a cargo de

Pablo, era la pública, que se complementaba con mi acción propagandística y la de Hurtado, Matte, Lyon y los encargados de los frentes ; la segunda, cuyo objetivo sería obtener la mayor información posible sobre el estado interno de las Fuerzas Armadas, estaría a cargo de John Schaeffer con el apoyo de los dirigentes de otras ciudades; y, de la tercera, que apuntaba a la organización y preparación de un efectivo Frente de Operaciones a nivel nacional, se haría cargo Roberto con el apoyo de un equipo de universitarios a cuya cabeza puso a Miguel Sessa Brignardelo.

Pero Roberto, aprovechando la opción que se le daba de estructurar el Frente de Operaciones, pidió que, para cumplir su cometido a nivel nacional y en el grado de eficiencia que las circunstancias lo podrían exigir, se le permitiera renunciar a su cargo en la Secretaría General, proponiendo para su reemplazo a John Schaeffer. Así, argumentó, quedaría en libertad de acción para, llevar a cabo con la reserva debida la creación de una fuerza apropiada para la autodefensa. Se le aceptó. Íntimamente sabíamos todos que había riesgo y que el "alemán", con la tenacidad que le caracterizaba, a partir de ese momento saldría, a poco andar, con alguna sorpresa.

Mientras Thieme y John comenzaron a preparar mancomunadamente las tareas que se habían comprometido a realizar, dediqué tiempo al proyecto de la emisora clandestina.

Una tarde de octubre, cuando estaba en pleno desarrollo el paro gremial, llegó hasta las oficinas del Movimiento un señor que se presentó como empleado despedido de una industria intervenida. En ausencia de Patricio Pinto, que dirigía una parte del Frente de Hombres, lo recibí yo.

—Soy Rafael Undurraga, de profesión ingeniero electrónico. El interventor en Arica me echó de la empresa

junto con el dueño, Enzo Bolocco... Estoy cesante y quiero ayudarlos en lo que pueda—, dijo con tranquilidad y educados modales el visitante.

De contextura maciza, Undurraga vivía en la avenida Manquehue, casi al llegar a Colón, en la comuna de Las Condes. Como mi casa estaba algunas cuadras más arriba, convinimos en que lo visitaría durante la semana para conocer su taller, el mismo que ponía a nuestra disposición para arreglar intercomunicadores personales o equipos de radiotransmisión. Cuando lo hice quedé realmente sorprendido: con pulcritud increíble atesoraba toda clase de repuestos ya agotados en el comercio nacional por la falta de renovación de stock.

—Mantengámonos en contacto—, le dije cuando con gentileza me acompañó hasta la puerta del jardín. —Creo que en algún momento futuro sus conocimientos y experiencia podrían sernos de gran ayuda.

Tres semanas después y a petición mía Michael Townley, Gustavo Etchepare y Rafael Undurraga se reunieron en la casa de este último. La misión: armar una emisora clandestina. El equipo no podía ser mejor para cumplir el cometido. A las creativas fantasías del primero, se sumaba la inventiva y destrezas del segundo y los sólidos conocimientos y completo taller del tercero.

Con un improvisado libreto escrito por Mariana Callejas, la mujer de Townley, "Radio Liberación", la primera estación clandestina en onda larga o A.M. hizo su entrada en la historia de la radiotelefonía chilena una cálida noche de noviembre de 1972 justo cuando se reunía la Comisión Política en la casa de Saturnino López, ubicada en calle Presidente Riesco.

Al final del dial, en el extremo superior de la banda en A.M., justo al lado derecho de Radio Cronos —donde quedaba un mínimo espacio de la banda— una emisora que daba la hora minuto a minuto, surgió a las 10 de la

noche, precedida por una marcha militar, la suave voz de nuestra "Rosa de Tokyo", que no era otra que la Callejas.

—Esta es Radio Liberación. Esta es Radio Liberación—, repitió la voz femenina. —Esta es la voz de la democracia. Saludamos al pueblo de Chile y su lucha por la libertad y contra la opresión marxista. Esta es Radio Liberación en su primera salida al aire. Esta es Radio Liberación.

Todos los miembros de la Comisión Política se quedaron mudos. Me miraban con asombro. Fue Pablo quien exclamó un "¡Extraordinario"! y luego los demás se excedieron en alabanzas. El proyecto había resultado tal y como se propuso.

La "emisora" propiamente tal había sido construida utilizando parte de un equipo de radiotransmisión que el gringo Townley, según me contó, se robó de un yate en Quinteros; con piezas de un receptor a pilas de mi esposa, que obviamente jamás se le devolvieron; piezas y partes regaladas por Undurraga y aportes de algún tipo de chatarra entregada por Etchepare.

La hipótesis de Townley —que ante mi sorpresa se había revelado esta vez como un experto conocedor de electrónica— era simple: si el equipo de transmisión se instalaba en un vehículo Austin, como el de su propiedad, la carrocería, que era de fibra de vidrio, se convertía en una gran bobina que contribuiría a potenciar la emisión. Ese era el resumen —quizás no tan exacto—, de una explicación más técnica y amplia .

Conforme el plan propuesto, en la etapa siguiente era necesario perfeccionar la rudimentaria radioestación, ver la posibilidad de un mayor alcance, analizar la factibilidad de multiplicarlas en Santiago y provincias hasta lograr una cadena clandestina en todo el país, que permitiera mantener a la población informada ante una emergencia político-institucional con o sin participación de las Fuerzas Armadas.

Conversando en reiteradas oportunidades el tema con Undurraga, me aseguró que era posible hacer otras centrales portátiles y que los recursos necesarios se podían traer por personas que viajaran a Estados Unidos —pasajeros o pilotos— porque a su ingreso al país esas piezas electrónicas no llamaban la atención en Aduanas.

Una parte del Frente Invisible, que como se ha dicho antes eran personas simpatizantes del Movimiento que no podían aparecer vinculadas a nosotros— fue instruido para establecer una calendarización de profesionales o funcionarios que viajasen a los Estados Unidos. Igualmente se inició una exploración en líneas aéreas para saber de pilotos y aeromozas que simpatizaran con Patria y Libertad.

Aunque el alcance de Radio Liberación no era superior a un par de kilómetros a la redonda de donde se estacionara el vehículo, lo cierto es que ya había una emisora propia en el éter que era necesario perfeccionar con urgencia. Para eso se continuaron haciendo pruebas en diversos puntos de Santiago. La instrucción a los Townley era clara: mantener la boca cerrada y los ojos muy abiertos.

Pero no nos duró mucho el entusiasmo.

El deseo de figuración y protagonismo patológico de Mariana Callejas la llevó, sin autorización alguna, y rompiendo un compromiso claramente establecido, a enviar anónimamente a los diarios y radios nada menos que un comunicado de prensa anunciando que la emisora ya estaba en el aire y que transmitía en la noche en el horario de 9 a 10.

El hecho, como era de esperarse, no solamente agudizó las secreciones de adrenalina de la Callejas —que al parecer siempre le resultaba equivalente a una excitadora droga—, sino que puso en riesgo al gringo Townley; a todos nosotros, que aparecíamos directamente vinculados con ellos, y alertó al Ministerio del Interior que, a través

de la Oficina de Informaciones de la Presidencia de la República, dirigida por René Largo Farías, denunció el hecho generando un mayúsculo escándalo.

Seguramente para sentir el peligro a niveles de paroxismo, la Callejas indujo al gringo Townley a salir a la calle —sabiendo que podían ser detenidos—, y continuar las transmisiones que, por razones técnicas, no podían prolongarse por períodos intermitentes de más de cinco minutos, tiempo en el cual el equipo comenzaba a calentarse entrando en riesgo algunos delicados circuitos.

A Investigaciones se encargó la detección de la "radio pirata". No fue posible lograrlo. Porque carecían del recurso técnico y simplemente se limitaban a escucharla en los receptores de AM de los vehículos policiales—, y porque le tuvimos que parar los carros al gringo y su mujer, diciéndoles que apagaran el aparato.

Una vez más el malo de la película fui yo. Y una vez más la insolencia de la Callejas le salió hasta por los poros, imputándome que yo frenaba sus planes y proyectos que con tanta vehemencia y patriotismo había llevado a cabo. Por segunda vez debió intervenir Thieme para salvar la situación, produciéndose, a partir de ese momento un quiebre personal y de relación del Movimiento con ambos.

Pero a las pocas semanas reapareció el gringo en mi casa. No me sorprendió. Lo recibí con hosquedad. Pero no cambió su actitud de inmutable afabilidad.

—Quiero hablarte de un tema bien bueno y bien estudiado—, dijo, en la particular forma de hablar que revelaba su origen extranjero. —Ya hicimos algunas mediciones y tomamos los tiempos—, agregó, al tanto que se acomodaba con sus jeans medios sucios en mi sofá principal del living.

—Te ruego partas por el inicio porque no entiendo qué me estás diciendo.

Michael tenía la maldita costumbre de empezar sus planteamientos al revés. Partía por el final y luego daba una explicación.

—Yo creo que podíamos matar a Allende fácilmente—, expresó con una pasmosa serenidad. Sus ojos azules me miraron fijos. Mientras con el dedo índice de su mano derecha trataba de limpiarse indisimuladamente la uña del pulgar izquierdo. Era un tic característico del gringo cuando tramaba algo siniestro.

—¿Qué estás diciendo, por Dios? ¿Estás loco? ¿Perdiste algún tornillo? ¿La Mariana te trató mal?—, dije mientras me llevaba las manos a la frente y trataba de razonar en qué "forro" estaba metiéndome en esta ocasión.

—¡No te preocupes, Manuel!—

—¡Cómo no me voy a preocupar —señalé— si lo que estás diciendo es algo descabellado! ¡Te hemos repetido hasta el cansancio que dejes de hacer estupideces y sigues en lo mismo!

Me miró en silencio. Pestañó, se levantó y dijo que mejor hablara con Mariana porque ella sabía los fundamentos políticos del atentado.

Hablé con Pablo y le informé del delicado tema. "¡El gringo está loco, está loco de remate!" exclamó Pablo, agregando que en cualquier momento podía involucrarnos en algo grave, porque era obvio que ni él ni su mujer aceptan seguir instrucciones del Movimiento; tenían, al parecer, los recursos económicos para no depender de nadie y eso les daba el tiempo y la autonomía para tramar sus peligrosas chifladuras.

—Hay que pararlo. A como dé lugar hay que pararlo. Yo no quiero saber más de ambos. Ni quiero que me cuenten qué están haciendo. Y si siguen, diles que los vamos a denunciar. Aquí la situación es simple: por dos estúpidos no puede irse al despeñadero el Movimiento—, expresó Pablo.

Era evidente que Rodríguez no quería verse comprometido personalmente con los Townley ni que Patria y Libertad apareciera vinculado en ninguno de sus niveles con éstos, como estaba ocurriendo lenta pero progresivamente.

La Callejas, cuando visité su casa cumpliendo la misión acordada con Pablo —que me recomendó escuchar primero, para saber de qué se trataba, y hablar después—, se limitó a exponer que la muerte de Allende provocaría tal conmoción en el país que la izquierda reaccionaría violentamente obligando a actuar a las Fuerzas Armadas.

—Descabezado el Gobierno y la Unidad Popular, nadie podrá reemplazar a Allende, y el que lo haga nos llevará a una situación insostenible que hará que los militares den un golpe de Estado—, dijo Mariana con una maternal tranquilidad.

Habló a continuación Townley.

—Desde veinte días vigilamos salida en la mañana de Allende de casa de Tomás Moro. Hay un recorrido de seguridad que se repite y hacen alteración de frecuencias. El auto de Allende y escolta baja lunes, miércoles y viernes a La Moneda por Apoquindo. Martes y jueves va por Colón. Semana siguiente cambia tres días a Colon y dos a Apoquindo. Después se altera un día Colón y un día Apoquindo. Ya sabemos todas las combinaciones. Incluso en algunas oportunidades salen dos caravanas y en otras sale sin Allende.

El gringo, con ayuda no autorizada de jóvenes de Patria y Libertad, había hecho la inteligencia de terreno casi perfecta. Un mapa confeccionado a mano alzada mostraba los recorridos, el número de autos, la posición del vehículo presidencial y la escolta, los semáforos y puntos y horas de mayor congestión.

Era digno de maravillarse. Townley resultaba ser a esa altura de los acontecimientos un mecánico experto en

explosivos de gran potencia, conocedor de electrónica con niveles equivalentes al de un ingeniero en el rubro como Undurraga y planificador perfecto de planes terroristas.

El gringo siguió exponiendo con creciente entusiasmo su proyecto.

—Según vimos y según estadística, los martes cada tres semanas Allende baja por Colón. En la esquina de Colón con Magallanes, justo en el centro hay una tapa de alcantarillado. Ahí ponemos una carga de 50 o 60 kilos de dinamita y bumm—, expresó el norteamericano mientras alzaba los brazos y los iba separando y con las manos ahuecadas simulaba la onda expansiva de la explosión.

Mantuve la calma y el silencio. Con la vista miraba al gringo, a su mujer y el mapa.

—Una cuadra más arriba —prosiguió— un puesto de observación avisa que viene el grupo de autos. Como hemos calculado la velocidad crucero, sabemos en cuantos minutos llegan a Magallanes. Yo estaría instalado en casa de esquina suroriente, que pertenece a un militante de Patria y Libertad. Desde la muralla se ve todo bien. Cuando el auto de Allende disminuye velocidad en Magallanes yo activo dinamita. La cámara de alcantarillado hace que onda salga hacia arriba, expandiéndose diagonalmente. Eso permite que Allende y varios autos terminen totalmente destruidos, sin afectar casas ni otros vehículos.

Este último, al parecer, era el detalle "humanitario" del plan.

Sólo por curiosidad pregunté de dónde obtendrían tanta dinamita.

—Estas sentado en ella—, dijo riéndose Michael.

—¿Estás bromeando?—, pregunté, en tanto miraba a mi alrededor como buscando cajas o cajones que acusaran la presencia del explosivo.

Y no era broma. En vez de sillas Michael tenía junto a la mesa del comedor unos taburetes sobre los cuales

desgastados cojines, con forro de tela colores escoceses, permitían posar las asentaderas en cierta blandura aunque con la incomodidad de no tener respaldo. Lo dramático era que en su interior estaban ocultos dos o tres cajones de dinamita.

—Pero... ¿no hay posibilidad de que esto explote?, pregunté muy nervioso.

—No; es dinamita fresca. La madura, o exudada —que exhibe una especie de sal en el exterior— puede hacer explosión con tan sólo chasquear los dedos sobre ella—, acotó Townley con seguridad de conocedor del tema.

¿Cómo paraba la demencia de los Townley? me interrogué una y otra vez mientras el gringo seguía con su extensa explicación de cómo escapar del sector por Magallanes en dirección a Bilbao y ocultarse en una casa cercana.

—Los he escuchado con atención. El plan me parece una soberana estupidez y si ustedes hacen un solo movimiento más en torno a él, tengo claras instrucciones de Pablo de señalarles que los denunciaremos a la justicia. A partir de este momento elementos del Frente de Hombres se encargarán de seguirlos y vigilarlos. No queremos más locuras—, fueron mis sintéticas palabras.

La Callejas palideció. Townley se quedó como congelado. Me miraban atónitos. El sincrónico parpadeo de sus ojos casi se escuchaba en el gélido silencio. Pero fue ella la que lanzó como dardo una retahíla de imprecaciones contra mí y Roberto Thieme, señalando que se entrevistaría personalmente con Pablo para aclarar definitivamente si estábamos en la misma lucha antimarxista.

Me despedí con cierta dureza y me retiré de la casa. Culminó así un vínculo que solamente se reestablecería circunstancialmente en el futuro por una vez más.

Entre los planes que ya había desechado de Townley —lo cual provocaría las eternas iras de su mujer—, antes

que ambos decidieran estudiar el asesinato de Allende, había dos muy particulares: el primero consistía en inyectar un colorante en el agua potable a partir de un motocompresor que superase la presión con que sale el vital elemento de los grifos para incendio; el segundo, consistía en volar los núcleos de las antenas parabólicas de Televisión Nacional de Chile utilizando un rifle de alto poder con mira telescópica disparado desde el departamento de uno de los edificios de las Torres de Tajamar.

Roberto Thieme y John Schaeffer salieron en gira para el norte en la primera semana de diciembre. Pablo Rodríguez lo hizo por la zona central y sur en los días siguientes. Esta presencia en las provincias tenía como justificación abierta explicar la posición de Patria y Libertad en las elecciones parlamentarias de marzo siguiente, y como razón encubierta obtener información de los dirigentes locales acerca de la situación al interior de las Fuerzas Armadas, particularmente en el Ejército. En dicho contexto Pablo Rodríguez llegó a Chillán el 20 de diciembre.

Pero Roberto y John, además, estaban avanzados en el proyecto de una fuerza militarizada. Antes de finalizar noviembre ambos habían viajado en el avión del primero con ese propósito a Mendoza, convencidos de que era en territorio argentino donde debía hacerse el entrenamiento de quienes integraran dicha fuerza. Luego se dirigieron a Buenos Aires. En esa capital crearon con amigos, entre los que estaba Juan Schoenenbek, un chileno que trabajaba en la empresa Ferrostaal, un grupo de apoyo. Como vínculo permanente fueron designados el industrial Jorge Lyon Subercaseaux y su esposa Blanca Echeverría Mac Fadzen, ambos dirigentes del Movimiento y quienes mantenían negocios en esa ciudad.

Thieme y Schaeffer regresaron al país cuando comenzaba diciembre.

Desde comienzos de noviembre en la agenda nacional el tema de la "pacificación" adquiría relevancia. Desde las diversas trincheras políticas se entrecruzaban fuegos inculpándose y recriminándose mutuamente por provocar la violencia a que estaba siendo arrastrado el país. A mediados de diciembre el senador comunista Volodia Teitelboim —que lejos de la poesía se dedicaba a la prédica política de la que siempre fue un profesional destacado— había señalado que ésta provenía de la oposición, concepto en que más tarde basó su campaña para ser reelecto por Santiago.

El día 20 de ese mes de diciembre, los estudiantes de la sede Chillán de la Universidad de Chile realizaban elecciones en su federación. Durante todo el día el ambiente fue de calma y sólo en las últimas horas surgió la tensión al iniciarse los cómputos.

La Jefatura Nacional de Patria y Libertad, encabezada por Pablo Rodríguez y Roberto Thieme, llegó en la tarde de ese día a la sureña ciudad para concurrir a una reunión interna con los militantes y dirigentes locales. La sede, ubicada frente a la Plaza de Armas, a las nueve de la noche estaba repleta de personas esperando escuchar la palabra de sus dirigentes. Héctor Castillo Fuentealba, un joven y conocido técnico agrícola, destacado en la lucha gremial de la zona, asistía como un militante más.

A la misma hora, y por un estrecho margen de votos, los opositores ya daban por ganada la elección en la FECH local. La Democracia Cristiana Universitaria, segura del triunfo, decidió celebrar la victoria con una marcha y concentración pública en la Plaza de Armas. Eso irritó a la izquierda.

Terminaba de hablar en la sede de Patria y Libertad el dirigente chillanejo Hernán García y se aprestaba a hacerlo Pablo Rodríguez, cuando piedras, lanzadas desde

la calle, irrumpieron la reunión. Los vidrios saltaron hechos trizas. Rodríguez pidió mantener la calma y ordenó suspender la asamblea. Los incidentes en el exterior recrudecieron. Una nueva orden indicó a nuestros militantes evacuar la sede y dirigirse a sus hogares.

Era evidente que la izquierda local había preparado una provocación contra la Democracia Cristiana. Sus jóvenes fueron salvajemente golpeados y una vez consumada tal agresión y en antecedentes de que en la ciudad estaba Pablo, las emprendieron contra nuestra sede. La juventud del Movimiento contuvo el ataque por dos horas. La llegada de carabineros permitió el tiempo suficiente como para que el edificio fuese evacuado. Héctor Castillo se dirigía a su hogar cuando fue alcanzado por un disparo hecho, ante varios testigos, por Oscar Carpenter, un activista del Partido Socialista y ex integrante de los guardaespaldas de Allende, conocida como Guardia de Amigos Personales, GAP.

Castillo, cuyos restos reposan en Gorbea, se convirtió en nuestro primer mártir. El día 29, delegaciones de diversas partes del país, concurrieron a Chillán donde se le rindió un homenaje póstumo. Con la vehemencia que ponía en todos sus discursos Pablo Rodríguez dijo: "Algún día vamos a construir el sueño de Héctor Castillo: un Chile grande, libre y unido".

Carpenter se presentó voluntariamente a declarar el día 21. Como aún no había una investigación ni testimonios que lo inculparan, fue dejado en libertad. Cuando el Ministro en Visita designado en el caso ordenó la detención del ex guardaespaldas, a éste se lo había tragado la tierra. Según se dijo en la oportunidad, el 22 de octubre viajó a Buenos Aires. De allí con un pasaporte falso a España para terminar en la "tierra de la libertad": Cuba.

De manera imperceptible y luego de los actos públicos de homenaje a nuestro primer mártir, Thieme le entregó a fines de diciembre la Secretaría General del Movimiento a Schaeffer. Terminaba 1972.

Capítulo IX

Entre un simulacro y un homicidio

El 16 de enero por una cadena parcial de emisoras encabezada por Radio Agricultura y antecedida por los marciales sones del Himno de Patria y Libertad, Pablo Rodríguez Grez le habló al país por casi media hora y anunció que Patria y Libertad iniciaba una "ofensiva civil" contra el gobierno. Eran las palabras claves con que inauguramos el año 1973.

Con una oratoria reconocida como electrizante Pablo llamó a no integrarse a las Juntas de Abastecimientos y Precios, JAP, que en los barrios populares controlaban principalmente los alimentos; y a denunciar a los especuladores y a los que mantenían el mercado negro de productos. "Debemos —dijo— organizarnos para protegernos de la violencia de los que no creen en el derecho y la razón y que están dispuestos a arrastrarnos al enfrentamiento y la guerra civil, a cambio de imponer su voluntad totalitaria".

Y, a continuación, vino un particular anuncio:

"Para realizar esta labor, que constituye el ejercicio pleno del derecho de legítima defensa, hemos fundado la Escuadra Héctor Castillo Fuentealba... Reunirá ella a los mejores militantes de esta causa (nacionalista)... En suma, Patria y Libertad, que no es un grupo de choque ni una organización paramilitar, se colocará en la Ofensiva Civil

para restablecer los derechos amagados por la voracidad marxista y colaborar con quienes sean objeto de persecución, agresión o de injustas represalias por el crimen de querer seguir viviendo en libertad".

El texto completo lo publicamos en nuestro semanario y en "El Mercurio". Diez días después el Gobierno, haciendo uso de la Ley de Seguridad Interior del Estado interpuso una querella. Afectados: Pablo, como autor del discurso, y René Silva Espejo y yo como directores de las publicaciones donde se difundió la arenga.

¿Qué había realmente tras el llamado de Pablo a pasar a la "ofensiva civil". A mi juicio se conjugaban tres aspectos fundamentales: 1.- A la izquierda marxista se le podía ganar electoralmente, pero eso no constituía obstáculo para que ésta continuase avanzando hacia la implantación de un socialismo "a la cubana" en el país; 2.- Las presencia de las Fuerzas Armadas en el gobierno y el rechazo a éste que expresaban amplios sectores de las mismas —como nos constaba—, mostraba sino un quiebre al interior de sus filas, una división riesgosa; y, 3.- Adquiría cada vez más vigencia la posibilidad de una guerra civil, situación frente a la cual era menester encubrir, anticipadamente, los preparativos del proyecto militar y los pasos de Roberto Thieme, que ya disponía de autonomía, como había sido acordado por la Comisión Política, aunque se mantenía en actividad pública, incluyendo comentarios en radio.

En esos días el país se preparaba para las elecciones parlamentarias de marzo, una prueba política de consideración para los opositores y el gobierno. Patria y Libertad anunció que conforme lo permitía la legislación llamaría a votar por la lista de la Confederación Democrática, CODE, y no por candidatos en particular. La CODE era la oposición constituida por la Democracia Cristiana, el Partido Nacional, la Democracia Radical y

elementos del Partido de la Izquierda Radical, que habían abandonado la combinación oficialista.

Desde la fundación del Movimiento Pablo Rodríguez planteó que éste no participaría electoralmente en la lucha contra el gobierno de Allende, entre otras razones, porque en abril nuestro máximo líder ya tenía el íntimo convencimiento de que la solución final era un golpe de Estado, hipótesis que maquillábamos con una fuerte crítica a los partidos políticos los cuales, en la realidad, con su juego habían llevado al país a la crisis que estábamos viviendo.

Pero, también, apoyar a candidatos implicaba mostrar nuestra fuerza política. Y aquí se planteaba en el terreno práctico, una situación muy particular: Patria y Libertad se convirtió en un elemento catalizador de las expresiones contenidas de muchos chilenos militantes o simpatizantes de los partidos políticos opositores. El discurso de Pablo Rodríguez era claro, directo, al hueso. Sin rodeos decía lo que estaba pasando y con visión advertía lo que vendría. Además, había asumido el desprestigio y aceptado la calumnia como consubstanciales a la lucha política en general y contra la izquierda en particular. Y ni el riesgo de ir a la cárcel ni el peligro de ser blanco de un atentado a su vida, eran óbice para inhibir o detener su palabra. Esto era así y así lo transmitía el personaje a una audiencia nacional ya cansada del juego político "blandengue" de los partidos. En consecuencia, a las sedes del Movimiento concurría de manera constante un mar de personas de todos los niveles, aunque de preferencia de clase media-media y media alta, particularmente gente joven, convirtiéndose siempre nuestras concentraciones, habitualmente realizadas por razones de seguridad en lugares cerrados —teatros, estadios o cines—, en actos desbordantes.

Sin embargo, ese capital político, en los hechos, solamente lo "administraba" Patria y Libertad porque provenía de la "clientela" electoral de la derecha o de sectores que

votaban por la Democracia Cristiana o los radicales. Nosotros no teníamos militantes, sino que adherentes circunstanciales. No podíamos, por tanto, disponer de éstos ni menos darles una orden. A lo más estábamos en condiciones de sugerirles o insinuarles alguna tendencia o posición. Los así denominados "militantes", que eran reconocidos como tales en una estructura escrita a mano en un papel —porque disponíamos de un reglamento interno del que nos acordábamos de vez en cuando—, eran personas independientes comprometidas con el Movimiento. Valiosas personas, pero las menos.

Así se nos planteaba a nivel nacional y en la cancha de la política contingente lo que ya habíamos experimentado como prueba en la lucha política universitaria. Por eso la táctica fue apoyar de manera genérica a la CODE.

A pesar de nuestro discurso antipartidos, los políticos en época electoral estaban dispuestos a todo con tal de ganar preferencias. Eso pasó antes y seguirá pasando en el futuro. Por entonces, con lo "feos" que éramos, con lo "terroristas" que éramos, con el "desprestigio" que llevábamos como mochila sobre la espalda, igual algunos nos encontraron lindos, pacifistas y con un ángel irresistible. Fue cuando tornaron tiernamente sus ojitos hacia Patria y Libertad en busca de un respaldo, aunque fuese extraoficial, pero que se tradujiese en votos. Julio Durán Neumann, candidato a la reelección por las provincias de Bíobío, Malleco y Cautín, intentó por diversos caminos lograr nuestro apoyo a su postulación. Domingo, su hermano, fue el simpático enlace. La actitud, para nosotros, contrastaba con sus pasados esfuerzos y peticiones por escrito al Consejo de Radio Agricultura, junto con las de algunos personeros del Partido Nacional, como Pedro Ibáñez Ojeda, destinados a cortar los comentarios que manteníamos en dicha emisora, por estimarlos "lesivos" al interés de los "partidos democráticos".

Como ahora se trataba de sumar votos no importando de quién viniesen, la presunta fuerza política del "terrorista" Frente Nacionalista Patria y Libertad, también servía. Este tipo de actitudes hipócritas la verdad es que personalmente me indignaban, provocándome verdadero asco.

Una contundente negativa terminó de raíz las conversaciones.

En esas estábamos cuando una noticia remeció al Movimiento. El viernes 23 de febrero, a las cuatro de la tarde y cincuenta minutos, Roberto Thieme desapareció de la faz de la tierra sin dejar rastro ni huella ni cosa que se le pareciera. El avión que pilotaba, al parecer, se había incendiado precipitándose en algún lugar cercano a la desembocadura del río Itata. Era esta la última posición reportada por él a la torre de control de vuelos de Carriel Sur, el aeropuerto de Concepción.

Del accidente nos impusimos en Santiago a través del diputado del Partido Nacional Engelberto Frías quien telefónicamente nos informó a Juan Eduardo Hurtado y a mí. En principio no dimos crédito a la noticia, pero minutos después en el aeródromo de Tobalaba obteníamos confirmación total: Roberto, literalmente, se había hecho humo.

Tanto en Santiago como en el resto del país, las radioemisoras difundieron la noticia. Los integrantes y simpatizantes de Patria y Libertad sintieron de inmediato el impacto de la pérdida de uno de sus líderes. Roberto, a pesar de su dureza, muy propia de un carácter germano heredado —era la mano dura del Movimiento—, provocaba amplias simpatías, por su sentido humanista. Pero, además, encarnaba la disciplina, el orden, la rectitud y la pulcritud.

Cuando llegué a nuestra sede en la calle Rafael Cañas, ésta se hacía estrecha para contener a los militantes que concurrían a inquirir detalles. Pablo ya estaba en su

oficina. Junto a él se encontraban otros dirigentes, entre ellos Jorge Lyon, Blanca Echeverría, Marisol Navarro, Juan Eduardo Hurtado y Saturnino López. Todos reflejaban en su rostro aflicción.

Por el tono de la conversación ninguno se convencía de lo ocurrido, y en lo más íntimo cada cual abrigaba la secreta esperanza de que al día siguiente por lo menos se hallaran los restos del avión, ya que por lo antecedentes disponibles, la hipótesis de un atentado cobraba más fuerza, descartándose, de manera progresiva, la posibilidad de encontrar con vida a Roberto.

En un momento de nuestras colectivas cavilaciones, Roberto Allende Urrutia, amigo de años con Thieme y quien también había llegado a saber noticias del "muertito" me conminó a decirle con absoluta franqueza si estaba convencido del accidente. Le comenté que tenía mis dudas. Sonrió. No hicimos mayores comentarios. No era el momento para emitir juicios, particularmente si Pablo Rodríguez, se repetía una y otra vez "¡Me lo habría dicho! ¡Me lo habría dicho!".

Intercambiadas algunas ideas entre los reunidos y desconociéndose las circunstancias en que había ocurrido el hecho, Pablo decidió viajar esa misma noche en automóvil a Concepción, con quienes pudiesen acompañarlo. Su intención era ponerse al día siguiente a la cabeza de las tareas de búsqueda. John Schaeffer, que permanecía en Temuco, y Eduardo Díaz, Jefe Provincial de Cautín, harían otro tanto, según se había convenido telefónicamente.

La búsqueda del avión siniestrado, iniciada el mismo viernes luego de conocerse el accidente, se recomenzó el sábado a las ocho de la mañana. En Concepción ya estaba Pablo y dirigentes de Chillán y Temuco, principalmente. Recién allí se tuvo una visión más amplia de cómo se habían producidos los hechos.

Roberto salió la mañana del día anterior junto con John Schaeffer desde el aeródromo de Tobalaba en un avión del Club Aéreo piloteado por Manuel Balbontín. Hicieron la primera escala en Chillán, donde Roberto se bajó para sostener una reunión con los dirigentes del Movimiento en esa ciudad. El viaje prosiguió, sin contratiempos, hasta Temuco, donde se quedó John para participar en otro encuentro local. El piloto regreso de inmediato a Chillán y trasladó a Roberto a Concepción. Aterrizaron en Carriel Sur y el avión fue estacionado en uno de los hangares. Ambos cubrieron a pie la distancia de varios metros hasta el Casino. Los acompañaba el dirigente penquista de Patria y Libertad Sergio Santandreu, que los esperaba. Mientras Roberto y Sergio conversaban, Balbontín, que no había almorzado aprovechó para hacerlo. Fue cuando se le acercó Thieme y le pidió las llaves del avión para moverlo del lugar donde se encontraba estacionado argumentando que allí trabajaban varios mecánicos del MIR, los que fácilmente podían dañar la aeronave. Unos minutos después y ante la sorpresa de Balbontín el avión despegó. La natural inquietud y extrañeza del piloto fue rápidamente atenuada por Santandreu. Este le manifestó que el imprevisto vuelo tenía por propósito observar desde el aire la zona de Dichato, donde se sospechaba que elementos de la extrema izquierda desde hacía algún tiempo utilizaban esa zona de la costa para desembarcar armas. Balbontín se resignó a esperar. Pero a los quince minutos la Torre de Control de vuelos recibió un dramático llamado radial de Thieme:

—¡Estoy en emergencia! ¡Estoy en emergencia! Acabo de sentir una explosión a bordo y tengo un incendio declarado. ¡Repito! ¡Estoy en emergencia! Pido instrucciones— dijo Roberto con voz angustiada.

El funcionario de control de vuelos conminó a Roberto a mantener la calma y dar con exactitud su posición.

—Me encuentro sobrevolando la zona de Dichato frente a la desembocadura de un gran río. Voy en dirección al mar. Hay mucho humo en la cabina...

Fueron las últimas palabras de Roberto antes de interrumpirse la comunicación. De inmediato el funcionario del aeropuerto puso en alerta general a todos los aviones que pudiesen estar en la zona del accidente. Un helicóptero de la Fuerza Aérea despegó en la dirección apuntada por Thieme en la última comunicación. Todo fue en vano. Avión y piloto habían desaparecido.

En tanto, las radios y prensa partidaria del gobierno, no podían desaprovechar un episodio como éste y dando rienda suelta a su imaginación comenzaron, sincronizadamente, a repetir que Roberto había muerto por orden del Movimiento al incurrir en "alta traición". El socialista director del diario de gobierno "La Nación", Oscar Waiss, fue el primero en lanzar el infundio, quizás traicionado por su subconsciente totalitario.

Durante una reunión efectuada el domingo en Concepción, Pablo dijo a los militantes y dirigentes que restaba solamente esperar con fe. Un Fiscal de la Fuerza Aérea investigaba el accidente y la búsqueda, según normas internacionales, era menester que se prolongara por diez días. Cumplido este plazo el caso se cerraba y a los seis meses se debería declarar la muerte presunta.

Dando por hecho, públicamente, que Roberto estaba muerto, Pablo habló el lunes por radio. Ocupó el mismo programa que el primero usaba ese día de la semana en la mañana para comentar la actualidad nacional.

"A esta hora y en este espacio —dijo Pablo— debería estar conversando con ustedes Roberto Thieme, nuestro Secretario General Territorial. El destino, inexplicablemente en muchas de sus determinaciones, lo ha impedido. Es un soldado que ha caído cumpliendo su deber nacionalista, un soldado ejemplar de una causa nueva,

cuya nobleza se confunde con los valores más excelsos por los que puede vivir y aun morir un hombre".

A miles de auditores y auditoras que escuchaban las radios Agricultura y Minería, les saltaron las lágrimas por la emoción. Los teléfonos no cesaron de sonar llamando durante la mañana para adherir a Patria y Libertad en un momento de tanto dolor. Preguntaban, recuerdo, dónde mandar coronas de flores, o dónde era recomendable hacer alguna donación en memoria de nuestro dirigente. Fue impresionante.

Comenzaba la etapa de los homenajes.

Mi posición durante las conversaciones en el nivel de la Jefatura Nacional que encabezaba Pablo e integraban Schaeffer, Matte, Lyon Hurtado y yo, fue de que actuásemos con mesura respecto de lo ocurrido, evitando de esa forma precipitaciones o excesos que más tarde, si Roberto aparecía, pudiesen dejarnos en situación inconfortable ante la opinión pública.

Porque se daba la particular situación en el secreto de nuestras reuniones que nadie se atrevía a plantear derechamente si Roberto había puesto en práctica su plan de "echarse el pollo" o se había "descrestado" efectivamente en el mar como consecuencia de un frente de mal tiempo que se presentó en el litoral de Concepción el día viernes a la hora en que tuvo lugar el presunto accidente. La decisión fue reconocer el hecho como un accidente, probabilidad absolutamente válida, pero aceptando de manera anticipada que si así no fuese asumiríamos tal nuevo escenario conforme se dieran las cosas en su momento.

Nuestra revista del 1 de marzo abundó en recuerdos de Roberto. En su primera página, al pie del título principal, dijimos: "Esta portada estaba preparada antes del accidente sufrido por Roberto Thieme. En su homenaje hemos querido mantenerla, porque su sacrificio nos hará redoblar nuestra lucha por la libertad de Chile".

La búsqueda de los restos de la aeronave siniestrada y su piloto se suspendió el 6 de marzo y al domingo siguiente el Movimiento rindió su primer homenaje público al que fuera su Secretario General Territorial. Nos reunimos en el teatro Normandie. Dos discursos iniciales ensalzaron la figura del desaparecido y Pablo refrendó lo dicho en medio de una fogosa arenga en que analizó el momento político que vivía el país.

Pero quedaba más.

El viernes 16 más de 4 mil personas, según la información que despachó al exterior el periodista Roberto Mason, jefe de la agencia de noticias United Press International —Carabineros contabilizó 3 mil— desfilaron al atardecer por las calles de Santiago portando antorchas y en el más absoluto silencio hasta llegar a los pies del monumento a Manuel Rodríguez, en el Parque Bustamante. Unico orador fue Pablo. Su alocución recordó al amigo y compatriota ausente.

"Hemos marchado sobre Santiago —señaló Pablo, visiblemente emocionado aunque manteniendo el firme y claro tono de su voz—, para rendir tributo a uno de los nuestros. Él partió navegando, entre las nubes y las estrellas. Llevaba en sus pupilas la esperanza de volver victorioso y en su corazón latía el amor hacia la causa que abrazó. Una tarde de febrero surcaba el cielo de Chile en misión nacionalista, cuando el destino le quebró sus alas. Desde entonces Patria y Libertad es alegría y silencio, entusiasmo y recogimiento y dolor. Cayó como los poetas, mirando el mar, los ríos, los bosques, las llanuras. Hoy es nuevamente mar, río, bosque y llanura. Antes pasaba a nuestro lado, como un capitán valiente. Ahora su corazón se hizo bandera".

No hubo aplausos. No podía haberlos. Era un momento de recogimiento. En los rostros de la gente joven se advertía la humedad de legítimas lágrimas de dolor.

En los adultos era evidente el sollozo. El colectivo recuerdo de Roberto asociado sicológicamente con el dolor que vivía Chile provocaba ese torrente de emociones encontradas.

Luego del acto, Pablo, impactado por el efecto de sus palabras, me dijo que lo acompañara.

—Quiero irme caminando hasta la sede—, me dijo, luego de despedirse de otros dirigentes y personas que querían saludarlo, tocarlo, acercarse a él en ánimo de solidaridad. La calle Rafael Cañas, donde estaban las oficinas centrales del Movimiento, se ubica a menos de diez cuadras de la Plaza Italia. Fue hacia allá donde nos dirigimos a pie por la avenida Providencia.

—¿Qué opinas tú de todo esto?—, me dijo Pablo cuando luego de algunos minutos de silencioso caminar ya avanzábamos en dirección a nuestras oficinas.

—¿A qué te refieres?—, contrapregunté.

—Específicamente al accidente de Roberto—, replicó Pablo.

—No lo sé, realmente. Podría caber la posibilidad de que fuese una forma para desaparecer de escena—, dije con alguna seguridad, pero tratando, al mismo tiempo, de evadir el interrogatorio con cierto disimulo.

—¿Piensas que es así o sabes algo?—, señaló Pablo con tono algo mas duro e inquisitivo. Resultaba obvio que el Jefe quería que le contara lo que, si bien presentía era un ardid de Roberto, no me constaba para nada que constituyese parte de su plan.

—Mira, Pablo —agregué —, tú sabes tan bien como yo cuál era el plan que tenía Roberto. Y si esta es una parte, no tengo la menor idea.

—¡Pero algo sabes que yo no sé! —, agregó Pablo.

—¡No! No sé nada— dije, expresando algo de molestia por el interrogatorio que, además, me estaba probando un importante hecho: Pablo sabía tanto como yo.

Caminamos en silencio. Él con las manos atrás y el ceño fruncido, como era su costumbre. Interiormente yo tenía la absoluta convicción que Roberto gozaba de excelente salud. Días antes de su desaparición me había pedido material sobre lucha guerrillera urbana y rural del que habíamos hablado y que poseía en mi biblioteca. Todo era de origen comunista.

Y faltaba el detalle final: la misa. Pablo es agnóstico, yo librepensador, los demás dirigentes católicos. Se declaró libertad de acción para asistir. Yo no fui. El acto religioso se realizó en la capilla del entonces Hospital San Francisco de Borja. Allí se oró por el que fuera dirigente nacionalista.

En medio de estos sentidos como sinceros homenajes, no faltaron militantes que, con toda buena fe, recurrieron a la parasicología. Total, nada se perdía con probar. Y si en Holanda y otras naciones europeas, Gerard Croiset había hecho verdaderos milagros ubicando por medio de la percepción extrasensorial a personas perdidas, ¿por qué en Chile no podía darse crédito a nuestras criollas espiritistas?

Fue Helga Thieme, primahermana de Roberto, quien me embarcó en el cuento. Así, una noche fuimos a parar a una casa situada en la calle Chile-España de Ñuñoa. Nos esperaba una señora ya entrada en años. Había una o dos personas más.

—Está todo listo, Helga— dijo la gentil dama mientras nos indicaba con su mano que avanzáramos hacia una de las habitaciones de la casa. Había poca luz y era perceptible un penetrante olor a sándalo. Nos sentamos alrededor de una mesa redonda, cubierta con varios manteles que se percibían al tacto, y en cuyo centro se advertían los leves reflejos de luminosidad arrojados con timidez por el pabilo de una vela roja. Al cerrarse la puerta que conectaba al salón principal sólo veíamos nuestras sombras y perfiles

—Tómense de las manos para que hagamos fuerza mental. Así me ayudan—, dijo nuestra anfitriona que, inminentemente, actuaría de "médium". En ese momento me bajaron deseos de levantarme e irme. Arrancarme de ese escenario que me parecía inadecuadamente utilizado para ubicar a un amigo. Pero ya estaba en ese escenario .Solamente observé y mantuve silencio. Le tomé la mano a la Helga y a otra persona desconocida que ya estaba ahí. Ambas las tenían sudorosas.

—Robeeertoooo... Robeeertooo... ¿Estás ahí?— dijo con voz trémula la mujer que mantenía cerrado los ojos. De su boca salían guturales e ininteligibles palabras y su torso, incluido sus grandes pechos, se estremecía levemente mientras inclinaba su cabeza atrás y adelante y su largo cabello, tinturado algo pelirrojo, caía como cascadas en ambos sentidos.

A mí, como ocurre con algunas personas, en determinadas ocasiones me surgen irresistibles deseos de reír. Es mi natural escape a la tensión. En ese encuentro de espiritismo el fenómeno se hizo presente y cuando la mágica reunión estaba a punto de abortar por mis irreverentes reacciones, producto y consecuencia de la absoluta incredulidad por el procedimiento de búsqueda, la Helga me dio una patada por debajo de la mesa que me resituó en la realidad.

—El espíritu de Roberto ya está conmigo—, dijo la "médium"—. —Síiiii; ya está conmigo. Veo su avión. Síiii. Lo veeeooooo. Veo también a un hombre que pone algo en el avión. Es de nocheeee. Ese hombre es amigo de un senador... Síiii. Se llama.... se llamaaaaa. Veo el avión de nuevo. Hay mucho humo y fuego. Síiii. Es de día... es la tarde... Hay mucho humo y fuego... el avión se cae... se cae... choca con el mar.... se hunde... hay agua... mucha aguaaaa... Roberto está ahí... trata de salir y no puede... Esta muertooooo... Síiiii.

Todo quedó en silencio. Solamente el sonido de una bocina de automóvil quebró el instante. La mujer se mostraba sudorosa. Su cabeza caída hacia atrás dejaba entrever un cuello blanco y una facciones agradables. Se mantuvo así más de un minuto. Luego reaccionó y nos indicó que podíamos soltar nuestras manos.

—Es todo lo que puedo hacer—, dijo como excusándose. —Lo lamento. El amigo de ustedes está muerto. Lo lamento—, repitió levantándose de su sillón. La sesión había terminado. Nos despedimos y salimos de la casa.

—¿Crees tú que Roberto está en el fondo del mar?—, me preguntó la Helga, mientras conducía su automóvil en dirección hacia la avenida Tobalaba.

—¡No! Realmente creo que está vivo—, dije sin volver el rostro hacia ella. La Helga mantuvo silencio hasta dejarme en mi casa.

Pero el desaparecimiento de Thieme había pasado a un segundo plano por las elecciones parlamentarias que se realizaron el 4 de marzo de ese año 1973. Su resultado dejó al país en un punto muerto. Aunque la oposición democratacristiana-derechista obtuvo una clara mayoría respecto de los partidos de la izquierda marxista, no logró conquistar el instrumento jurídico —los dos tercios en el Senado—, que, quizás, le habría permitido sino detener, al menos frenar, el proceso socializante impulsado en el país por la Unidad Popular. Bajo las circunstancias que se daban ahora, Allende, pese a contar con un respaldo ciudadano minoritario —con fraude electoral incluido como se probó posteriormente—, podía continuar tranquilamente aplicando su proyecto de convertirnos en un nuevo, aunque lejano, satélite de la querida como comunista Unión Soviética.

El gobierno, dos años antes, luego de las elecciones de regidores de abril de 1971, pregonó la tesis del "empate social", sosteniendo que Chile estaba fraccionado en dos

bandos con porcentajes iguales de votantes. En estos nuevos comicios tal "empate" se quebró, surgiendo otra suerte de empate tanto o más grave: le llamamos "empate institucional", que a juicio nuestro el tradicionalismo político estaba muy lejos de superar.

En términos concretos, ni el Poder Ejecutivo, es decir el Gobierno de Allende, podía continuar por las vías legales la construcción de un proyecto de país basado en los postulados de la doctrina socialista marxista, por no contar con las mayorías en el Parlamento, ni la oposición, a partir del Congreso Nacional, o sea el Poder Legislativo, estaba en condiciones de frenar tal proceso socializante a través del acto extremo de destituir al Presidente de la República, único camino constitucional a su alcance para impedir que la Unidad Popular continuase burlando el control parlamentario —como lo había hecho— a través de los denominados "resquicios legales". Esto último no era más que la simple aplicación de viejas y olvidadas legislaciones que, al mantenerse vigentes, le permitían al gobierno un amplio margen de maniobra para sus propósitos político-económicos.

Así, creíamos firmemente, que el país se aprontaba a vivir días de tensión puesto que de alguna manera ese esquema de "empate institucional" debía quebrarse. El gobierno y la oposición entraban a una etapa ya no conflictiva, sino crítica.

La tarde del martes 20 de marzo parecía un día que transcurría con la normalidad de semisobresalto en que vivíamos la cotidianeidad de entonces. Hasta que Daniel Vergara, el comunista subsecretario del Interior, denunció en rueda de periodistas la muerte en Concepción del pintor de brocha gorda, Jorge Tomás Henríquez, de 35 años, y la sustracción de equipos técnicos destinados a interferir las transmisiones del Canal 5 de televisión, dependiente de Canal 13 de la Universidad Católica de Chile.

La estación penquista había iniciado sus transmisiones al comenzar ese mismo año. Con modestos equipos pero mucho idealismo, su personal comenzó en esa ciudad su propia lucha contra un socialismo de cuño marxista que ya provocaba verdadera inquietud al interior de la Iglesia Católica a pesar de la obsecuencia de su Cardenal, monseñor Raúl Silva Henríquez, para con los actos gubernamentales y la persona del presidente Allende.

Sin embargo, no bien las emisiones de Canal 5 comenzaron a ser captadas por los televidentes de la región —que solamente "se tragaban" hasta ese momento el Canal 7, convertido en poderoso instrumento de la propaganda oficialista—, el Gobierno comprendió de inmediato que la creciente influencia que podía alcanzar la nueva estación, como medio no comprometido con el ideario socialista marxista, haría mella en sus propósitos políticos en la zona. Allí la pobreza en torno a la actividad del carbón y la concentración estudiantil universitaria —donde fue acunado el MIR —, generaban un ambiente propicio para la prédica ideológica ultrista de la izquierda, que bien podía verse neutralizada por el mensaje cristiano de atención y alerta de lo que estaba ocurriendo y hacia donde se quería conducir al país. Porque, aunque esté de más decirlo, nadie podría asegurar que el propósito de la Dirección de Canal 13 de extender sus transmisiones a la segunda ciudad más importante del país era ganar espacio en el mercado comercial, particularmente en un momento donde ya lo único que estaba quedando para comerse eran las uñas.

El análisis de situación contingente de los avisados asesores de Daniel Vergara, llevó rápidamente a disponer secretas medidas para interferir la señal del Canal 5.

Dado que no era llegar e ir a la esquina y comprar un equipo de interferencias, técnicos en electrónica de la confianza de la Subsecretaría del Interior, lo construyeron.

Sin embargo, hay una versión que señala que el equipo fue enviado por Checoslovaquia, nación que ya había contribuido con un aporte valioso a la cultura nacional: la central y equipos para los micrófonos que fueron ocultados en todas las habitaciones del edificio Gabriela Mistral.

Instalado en las oficinas de la Dirección de Servicios Eléctricos de Concepción, el maldito aparato empezó a funcionar con una eficacia digna de mejor causa. De esa forma los que se engancharon con el Canal 5, que retransmitía las emisiones del 13, comenzaron a ver de pronto con regular y angustiosa intermitencia puras rayas en sus televisores. La cosa era que resultase insoportable mirar una programación entrecortada en sus imágenes y audio.

Inútiles fueron los esfuerzos de los ejecutivos de Canal 5 para evitar tales obstrucciones cuyo origen se desconocía, aunque las presunciones hacían pensar que eran provocadas por algún organismo del Estado. El gobierno —que insinuaba que los problemas se originaban en el propio canal—, había insistido en que la estación se encontraba al margen de la legislación vigente, aunque por estar involucrada la Iglesia Católica, no se atrevía a clausurarla o prohibirla por vía de la fuerza pública.

El tema del Canal 5, del que ya se hablaba en los medios de comunicación, fue también abordado en uno de mis comentarios en Radio Agricultura.

Una tarde, a comienzos de marzo y después de las elecciones de ese mes, apareció por los pasillos de la mencionada radioemisora el gringo Michael Townley, con el cual había mantenido una prudente distancia.

—Quiero pedirte que por favor me contactes con el cura Hasbún—, me dijo mientras salía de las oficinas de la radio. —Yo puedo neutralizar las interferencias que molestan al Canal 5. Pero necesito algo de ayuda—, agregó en su imperfecto español.

—Yo no tengo contacto alguno con Hasbún—, le contesté. —Pero podría intentarlo a través de Jaime Guzmán, con quien me encuentro a diario en la radio cuando ambos venimos a grabar nuestros comentarios. Llámame por teléfono mañana o pasado y puedo tenerte una respuesta.

En medio de nuestra preocupación por la suerte de Roberto Thieme, informé del asunto a Pablo Rodríguez. Este fue claro para señalarme que estaba cansado de los proyectos del gringo porque un buen día "nos va a meter en un forro gigantesco". Le sugerí que me permitiera estudiar la propuesta y evaluarla con el Frente de Operaciones. Aceptó.

Hechos los análisis, se estimó que en el plan de Townley prácticamente no había riesgos para Patria y Libertad, incluso en la hipótesis de que fuese descubierto. La razón era simple: el gringo actuaría por su cuenta y riesgo y con sus propios medios económicos. Le acompañarían Rafael Undurraga y Gustavo Etchepare. Estos pondrían los equipos, porque el gringo para algunas cosas sólo tenía imaginación. Ambos, por expresas instrucciones mías —después de todo fui yo quien los vinculó el año anterior—, mantenían distancia con el Movimiento, particularmente después del incidente con Radio Liberación donde la mujer de Townley se "arrancó con los tarros". Además, interferir una señal no reconocida por el Gobierno como propia, era tener la seguridad de que éste no podría acusar recibo por la acción. A todo ello se sumaba el propósito final de la propuesta del gringo que era sólo constatar de dónde provenía la interferencia a la estación penquista para que Hasbún —a quien se informaría directamente—, con su habitual vehemencia discursiva, denunciara el hecho en forma pública. Finalmente, descubierto que fuese el plan, a lo más vincularían al norteamericano con el Canal 13 y no con nosotros.

Por tanto, Townley viajaría a Concepción, ubicaría el interceptor, me informaría dónde estaba y él, autor de la gracia, se lo comunicaría por alguna vía a Hasbún.

Pero, ¿no era, acaso, mejor asegurarse e inutilizar el aparato emisor de las obstrucciones al canal penquista? Miguel Sessa Brignardelo, que planteó la idea desde la perspectiva del ya naciente Frente de Operaciones bajo su mando, concluyó que esa debía ser la segunda fase del plan, o la fase paralela del mismo. Pero Townley no debía estar al tanto. Con lo descriteriado que era podía dejar una embarrada más o menos. Sessa evaluó la situación y propuso el plan: un comando con grados de entrenamiento menor pero bajo su dirección, viajaría al sur paralelamente al gringo. Se estacionaría en Chillán bajo la protección de nuestras estructura en esa ciudad. Una vez que Townley regresara y me informara dónde estaban los equipos de intercepción, yo le daría la ubicación al grupo operacional. Este se trasladaría en la siguiente noche a Concepción y cumpliría su cometido. Era una misión limpia. Para mí sin otro propósito que defender la libertad de expresión, la misma que, con malas artes, estaba siendo coartada al canal 13 por el Gobierno. Bajo esos principios consideré que la propuesta del norteamericano se encuadraba en el llamado a la "ofensiva civil" hecho por el Movimiento al principiar el año.

Le entregué verbalmente un amplio informe a Pablo Rodríguez y John Schaeffer. No hubo objeción alguna. Solamente preguntas que recibieron satisfactoria respuesta.

El plan se puso en marcha cuando a la mañana siguiente en Radio Agricultura pedí a Jaime Guzmán que me vinculara con Raúl Hasbún, Director Ejecutivo de Canal 13. El tema, le señalé, era el de la interferencia al Canal 5. Guzmán, que por entonces era extremadamente cuidadoso de sus espaldas, dos días después se limitó a

decirme, cuando le recordé del asunto, que yo llamara directamente al sacerdote, al que le había mencionado el asunto, y me pusiera de acuerdo con él. Así lo hice. Pero, ¡oh! sorpresa. Guzmán no le había mencionado ni una sílaba al cura. Sin embargo, con la bonhomía que le caracteriza a éste, al mencionarle mi nombre y enterarse del tema aceptó recibirme. Concordamos en que lo visitaría el viernes 9 a las seis de la tarde en su oficina de la calle Lira. "A esa hora —me dijo— hay menos gente y podemos hablar con tranquilidad. Yo luego tengo un compromiso. Así es que le ruego ser puntual". Sobre la marcha puse en antecedentes del encuentro a Townley. Quedamos en que nos encontraríamos a la hora y día convenidos en la entrada de las oficinas ejecutivas de la estación televisiva.

Cuando el viernes llegué a la antigua casa de Canal 13 en la calle Lira y entré por su estrecha puerta, que conservaba una hermosa mampara, alguien que ofició ocasionalmente de portero me indicó dónde estaba el despacho del sacerdote Raúl Hasbún. Esperaba encontrar a mi ingreso al gringo, pero no estaba. "Si no viene —pensé— le explico a Hasbún el objetivo de la reunión y me largo".

Pero mi asombro fue mayúsculo cuando al llegar a la antesala, donde ya no había nadie, y advertirse mi presencia por el sonido de mis pasos en el piso de madera, apareció desde el interior de una de las dependencias el propio Hasbún.

—Ya habíamos comenzado a hablar—, dijo el sacerdote, invitándome a integrarme al encuentro en un sencilla pieza que con modestia ironizó como su "cuartel general". El gringo ya estaba instalado muy pierna arriba. Había llegado antes.

—Me explicaba Michael— continuó diciendo el sacerdote— que él puede ubicar dónde está la señal. La verdad es que nosotros creemos que se emite desde el

edificio de Servicios Eléctricos y Gas de Concepción y lo vamos a denunciar.

Yo simplemente me limité a escuchar. Townley tomó la palabra y explicó que sería bueno tener la certeza de que efectivamente la interferencia salía de una entidad gubernamental. Así podría avalarse mejor la denuncia. Pero, además, tener la ubicación del interceptor permitía también, en el caso de que el gobierno no quisiese reconocerlo, anular por medios electrónicos la señal que emitía. O sea neutralizar la interferencia. Hasbún escuchó con atención.

—Y en qué puedo ayudar yo— dijo el sacerdote.

—Lo único que necesitamos, padre, —señaló Townley— es que cuando estemos en Concepción, a una señal nuestra alguien corte las transmisiones del canal por 30 segundos cada 10 minutos durante una hora. De esta manera en esos 30 segundos la interferencia del Gobierno quedará sola en el aire y así podremos localizar su origen por medio de una triangulación electrónica.

A Hasbún no solamente le quedó clara la propuesta sino que también sus propósitos que, tal como le fueron presentados por Townley, en caso alguno implicaban un acto fuera de la ley y, por el contrario, constituía un esfuerzo técnico destinado a obtener pruebas de una acción ilegal del Gobierno.

El sacerdote no solamente dio su venia al plan sino que se comprometió a hablar al día siguiente con Carlos de la Sotta, un conocido locutor que por años había sido la voz institucional de la Radio Universidad Técnica del Estado, más tarde Universidad de Santiago de Chile. Era el Director de Canal 5.

En ese momento me pareció necesario aportar con algunos elementos, particularmente porque yo estaba al tanto de la operación en paralelo que se estaba gestando para, definitivamente, anular el aparato interceptor.

—Creo, padre —dije—, que a pesar que no hay riesgos de ninguna naturaleza en lo propuesto por Michael, es fundamental que sólo Carlos de la Sotta se entere en Concepción de lo que se va a hacer. Pero él no debe conocer quiénes lo están haciendo. Usted bien sabe cómo están las cosas en el país y un poco de seguridad es mejor que una confianza que resultaría peligrosa frente a un hecho al cual se le pueden dar diversas interpretaciones. De manera que les sugiero que el contacto en Concepción sea telefónico y sólo el indispensable para que se comience y se repita el ciclo de corte de trasmisiones. Al regresar Michael sería recomendable que le envíe una breve nota confirmando de dónde salen las señales que atentan contra las transmisiones.

Townley pensaba que si no era posible detectar el origen de la interferencia en un primer ciclo de seis cortes, había que dejar pasar una hora y repetirlo pero con intervalos de 5 minutos. Total si bien el canal estaba en el aire ya la gente estaba aburrida de las interferencias. Así es que los cortes no llamarían la atención de nadie.

Como clave para el contacto entre el equipo de Townley y De la Sotta, sugerí que se tuviese el ejemplar del día del diario "El Sur" de Concepción. Alguien del equipo del gringo —porque no podía ser él dado su notorio acento extranjero al hablar— debía llamar a De la Sotta identificándose como Miguel Torres, chapa que le inventé al gringo con sus iniciales y para que no se le olvidara. Al momento de atender la llamada a De la Sotta había que hacer mención al principal Editorial del periódico de ese día, destacando la importancia del primer y tercer párrafo, así se tratase de los marcianos o los OVNIS. Establecido el contacto se fijaría solo la "hora de la reunión", que era la hora del comienzo del ciclo de cortes.

Nos reímos un poco con la aparatosa clave. Pero se aceptó como lo único que se nos ocurría en el momento.

Townley viajaría el fin de semana para estar en Concepción el lunes 12. Llamaría a De la Sotta el lunes o martes en la mañana.

Nos despedimos del sacerdote y salimos. Caminamos con el gringo por Lira en dirección a la Avenida Bernardo O´Higgins.

—¿Tú cree, Manuel, que el Movimiento puede darme un poco de dinero?— me preguntó Townley con cierta timidez.

—No, Michael. ¡No disponemos de un centavo para esta operación! Es tu idea y desde un principio hablamos que yo solamente te haría el contacto con Hasbún—, respondí con firmeza.

—Sí, pero al movimiento le interesa que se haga—, dijo.

—¡Entiéndelo, por favor! Te lo voy a repetir sólo una vez. Es tu plan, tu proyecto. Hazlo como mejor puedas lograrlo. Cumple con lo que le dijiste al cura Hasbún. No metas en esto a la Mariana, porque vas a pelear con ella; o ella va a querer hacer las cosas a su manera y, finalmente, te "vay a meter en un forro" mayúsculo. Anda con Rafael y Gustavo, y vuelvan luego . Y si no pueden hacerlo, se regresan el mismo día. A mí me llamas telefónicamente sólo en caso de emergencia... ¡De emergencia, gringo! ¡No por cualquier "güevada", como suele ser tu costumbre! ¿Está claro? Y cuando regreses ve a mi casa y me informas, por favor, de qué sucedió y dónde está el equipo. Tú, como está acordado, le das el dato a Hasbún.

Me miró con cara de niño al que su papá lo ha retado.

—Está bien. Esta bien—, dijo cabizbajo. Nos despedimos en la Alameda. Yo seguí en dirección hacia el centro.

Al iniciarse la semana del 12 de marzo y basados en abundantes y concretos antecedentes se denunció al ministro del Interior y comandante en Jefe del Ejército, Carlos Prats González, que la Dirección de Servicios

Eléctricos y Gas era responsable de las interferencias al Canal 5 de Concepción. Horas después en el mismo Canal 13, durante un programa periodístico, el abogado Manuel Manson, asesor jurídico de Prats, reconoció abiertamente que el problema que afectaba al Canal 5 era provocado por una interferencia que, como medida oficial, dispuso que se efectuara el gobierno.

Entre el miércoles 14 y el jueves 15 el gringo Townley estúpidamente llamó a lo menos diez veces al teléfono directo de mi oficina en Patria y Libertad.

—¿Aló? ¿Aló? ¡Manuel!, Manuel, habla Miguel Torres de Concepción, tú sabes quién soy—, insistía Michael, en tanto yo trataba de hacerme el desentendido.

Con los antecedentes confirmados por el mismo gobierno, el equipo del Frente de Operaciones salió el viernes 16 con destino a Chillán. Sin saberlo, deben haberse cruzado en la carretera sur con Townley y su grupo que, ese mismo día regresaba, a Santiago, como me lo dejó dicho en un mensaje que telefónicamente entregó a la Secretaría de nuestras oficinas en la calle Rafael Cañas.

Hasta ahí todo iba bien. Ese fin de semana no supe nada de Townley, pero imaginé que ante los antecedentes entregados por el Ministerio del Interior él y su grupo pensaron que no cabía seguir en el plan de búsqueda de la interferencia y se regresarían a Santiago.

Respecto del grupo operacional, asumí que seguía adelante porque su propósito era anular el instrumental.

La noticia de la desgraciada muerte del pintor Henríquez anunciada la tarde del martes 20 de marzo por Daniel Vergara, el subsecretario del Interior, me golpeó fuerte. No solamente por el aspecto humano que ella implicaba, sino porque el occiso había sido encontrado al lado de las oficinas de Servicios Eléctricos y Gas, de donde, afirmaba el mismo funcionario, habían sido hurtados los equipos que interferían el Canal 5 de televisión.

Pablo Rodríguez me hizo llamar urgente a su oficina para inquirir detalles. Le dije que no sabía claramente lo que estaba pasando, pero que al tenor de los primeros antecedentes en algún embrollo grande estábamos metidos. Tampoco tenía ningún antecedente específico del Frente de Operaciones porque o estaban en camino o se habían estacionado en Chillán esperando que pasara la "tormenta". Quedamos en estado de alerta. El primero que tuviese conocimiento de algo debía avisar a los demás.

Esa misma noche alguien golpeó la puerta de mi casa como a esos de las diez. Era el gringo Townley. Se le veía angustiado. Lo hice pasar al living.

—Necesito hablar urgente contigo—, dijo con voz temblorosa, mientras se dejaba caer como desplomándose en uno de los sillones.

—Gracias por venir a visitarme en un momento tan oportuno—, contesté con cierto sarcasmo.

—No hagas tanta broma que las cosas están muy mal—, dijo el gringo en un tono inhabitualmente serio.

—Ya lo creo que sí. Pero ¿Qué ha sido de tu existencia?, pregunté.

—Llegamos el viernes y pensaba visitarte. Pero no había podido—, dijo Townley al momento en que se acomodaba y sentaba bien en el sillón—. Pero lo que quería decirte —añadió— es que nosotros no tenemos nada que ver con el pintor muerto. Aunque la Inés cree que nos van a implicar igual...

—¿Y qué tiene que opinar tu mujer en esto?—, salté diciendo, y ya pensando en una nueva intromisión de la fastidiosa mujer del norteamericano.

Y vino una larga confesión que me erizó los pelos.

Ninguna de las recomendaciones de mínima seguridad conversadas con Townley se habían tomado en consideración. Para empezar, el trío integrado por el gringo, Rafael Undurraga y Gustavo Etchepare devino en cuarteto

cuando se embarcó también la Mariana, como yo le decía, a diferencia de Michael que le llamaba Inés, uno de sus nombres verdaderos. Todos, con equipos técnicos incluidos, se fueron a Concepción en el Austin Mini del norteamericano. Conducía este último. Pero sin documentación. Había olvidado llevarla. En el control de Carabineros de Angostura y luego de inventar no sé qué historia para que no lo detuvieran, continuó al volante la Mariana. Pero, igualmente, les cursaron una citación judicial.

En Concepción se fueron al Hotel Bíobío, en pleno centro de la ciudad. Allí se registraron como pasajeros y el martes no encontraron nada mejor que llamar desde el hotel al Director de Canal 5, Carlos de la Sotta, y decirle abiertamente que eran los técnicos que venían de parte del cura Hasbún a ubicar la señal que interfería las de la estación. De la Sotta los invitó al Canal para conversar. Accediendo a tan gentil invitación se trasladaron hasta las oficinas y recorrieron sus instalaciones. Todo el personal constató la presencia de los cuatro particulares personajes.

Como ya era un hecho conocido en el Canal 5 que la señal estaba siendo emitida desde el edificio de Servicios Eléctricos y Gas, De la Sotta les señaló que si querían realizar "algo" técnico "por supuesto", él tenía la llave de una cerradura, o candado, de la puerta de una casa contigua que permitía el acceso al equipo que afectaba las señales. Era un bocado irresistible para la intrusa personalidad de la Callejas, que tomó de inmediato lo ofrecido.

En la tarde el espectáculo fue en la Plaza de Armas. Situados en el centro comenzaron a hacer mediciones con equipos premunidos de pantallas verdes que captaban oscilaciones que, yo supongo, provenían de algún tipo de señal. La forma de hacerlo, la presencia evidente de un gringo y las instrucciones de viva voz que se daban los

"técnicos", llamó la atención de los transeúntes y estudiantes que cruzaban el lugar hasta formarse un corro en su entorno.

Para terminar tan cuidadoso itinerario, en la noche del día siguiente, el miércoles, Michael y su mujer se fueron hasta el edificio de Servicios Eléctricos y Gas , que tenía un carabinero de guardia, y observaron el lugar. Townley dice que no ingresaron. La Callejas después contaría a terceros que sí lo hicieron. Le creí al gringo.

Simultáneamente, en el cabaret del hotel, uno de los dos acompañantes del matrimonio Townley "agarró fiesta" con una muchacha del local, la misma que originó un conato de gresca donde hubo hasta puñetes.

Cumplida de tan brillante forma la tarea en Concepción y dado que ya no había mucho que hacer, los "cuatro chiflados" regresaron tan campantes como se fueron.

En una perspectiva un tantico más seria, todo se traducía en una sola cosa: estábamos metidos hasta el cuello en una verdadera comedia de equivocaciones, consecuencia o de la estupidez humana o de un plan que buscaba implicar a Patria y Libertad en un acto deleznable.

El gringo había dejado huellas por todos lados y no cabía duda alguna que le "cargarían" el muerto a su muy estimada cuenta. Luego, implicar al cura Hasbún con Townley, a éste con la CIA, a la CIA conmigo y con Patria y Libertad, eran los elementos mas exquisitos de que podía disponer el gobierno y la izquierda para montar una conspiración destinada a dañar seriamente al Movimiento.

Me tomé la cabeza a dos manos y mantuve la calma.

—Tienes que irte rápidamente del país—, le dije a Michael. —Prepara tus cosas. Ya no hay nada que hacer. Por imbécil estás comprometido gravemente...

—¡Pero si yo no maté a ese hombre!—, exclamó conteniendo los gritos.

—Seguramente no lo hiciste—, dije pensando que era lo suficientemente loco él y su mujer como para hacer eso y mucho más. —Pero igual —agregué— te van a echar la culpa. Así es que busca forma de salir del país. Y muy rápido. La situación que se viene encima es grave, muy grave.

—Pero el Movimiento tiene que ayudarme...—, alcanzó a decir.

—Un momentito. Sólo un momento. Nosotros no fuimos los de la idea de ir a Concepción. Yo te presenté al cura Hasbún y punto. El resto es de tu propia iniciativa, incluidas las "cagadas" que te mandaste tú, tu mujer y los demás— dije en tono abrupto.

—Pero... Pero... me podrán ayudar a salir y ayudar a la Inés....—, señaló al borde del sollozo.

—No lo sé. No puedo comprometerme a nada. A ti cuando te insinúan algo lo das por hecho. Así es que mantente en contacto que yo informaré al Movimiento—, dije parándome del sillón donde estaba sentado e indicándole de manera manifiesta que la conversación había llegado a su fin.

Al día siguiente, muy temprano, ubiqué a Pablo Rodríguez —que por las mañanas generalmente atendía su estudio profesional—, y le dije que era necesario que habláramos. Lo hicimos después de almuerzo en la sede principal. Le conté la historia. Se mantuvo tranquilo.

—Nosotros, y hablo en plural, no estamos implicados directamente. "Tú" estas complicado con el gringo. Así es que tú vas a tener que cuidarte porque si alguien te menciona van a detenerte—, sentenció con claridad Pablo.

—¿Y qué hacemos con Townley? Porque si al gringo lo agarra Investigaciones podría hablar de la radio clandestina, las bombas Molotov y de cuanta cosa se le ocurra inventar—, manifesté en tono preocupado.

—Hay que decirle que se vaya. Le damos algo de dinero y le decimos que se vaya...

—Déjame entender bien, Pablo. "Le decimos", o "yo" le digo.

—Bueno; "tú" le dices que se vaya.

—Está bien. Yo le digo que se vaya ¿Y cuánto dinero le damos?

—No sé. Hay que ver eso con Juan Eduardo Hurtado—, concluyó Pablo.

En una casa de los Mariner de la Embajada de los Estados Unidos ubicada en Avenida Tobalaba, y que nunca supe por qué con tanta confianza usó Michael Townley para reunirnos, le entregué 300 dólares que Pablo me proporcionó.

—Es todo lo que te podemos dar como ayuda, Michael —le dije. —Pero por favor sale urgentemente del país.

El gringo quería a toda costa que Pablo escribiera algo así como una especie de presentación de él para la comunidad de cubanos en el exilio. Se había ofrecido como vínculo. La idea fue rechazada de plano. Era como entregarle una navaja a un mono. Después pidió que, por último, Rodríguez le dedicara su libro. Tampoco se le aceptó.

—No, Michael. No puedes llevar nada que te vincule a Patria y Libertad. Por tu bien y el nuestro, —dije de manera calmada.

—Pero es que yo he trabajado para el Movimiento y yo no me merezco esto. Entonces yo me voy a quedar y a enfrentar la justicia— insistió.

Fue difícil hacer entender al porfiado norteamericano que la izquierda lo estigmatizaría como agente de la CIA y lo pasaría pésimo él, su familia y todos nosotros. Finalmente accedió. ¿Cómo salió del país? No lo sé. A futuro se conocería la versión que dice que cruzó la frontera en el sur sobornando con botellas de pisco a los guardias fronterizos argentinos. Lo cierto es que visto en la perspectiva de los años, fueron los 300 dólares con mayor

poder de adquisición que se haya visto: le permitieron cruzar la cordillera de los Andes, llegar a Buenos Aires y luego viajar a Miami, incluyendo, entremedio, las comidas.

La misma tarde del miércoles 21 de marzo de ese año 1973, fui a grabar mi comentario a la Radio Agricultura como lo hacía para todos los jueves. En la emisora me cruce en el pasillo central, cuando salía de una de las salas de grabación, con Jaime Guzmán. Me saludo con cordialidad y con una frase-pregunta característica de él "¿Qué novedades hay?". Respondí con un "ninguna , que yo sepa", y ambos continuamos en nuestras direcciones.

Al anochecer de ese día tuve conocimiento de lo ocurrido con el pintor Henríquez en la versión del grupo del Frente de Operaciones. Sus integrantes luego de un estudio de terreno habían determinado introducirse el domingo 18 en la noche al edificio de Servicios Eléctricos y Gas por la casa contigua. Desconociendo que allí había moradores, al ingresar se encontraron con el infortunado pintor. Este dormía cuando se advirtió su presencia. Previendo la posibilidad de la existencia de un rondín o cuidador al que hubiese que neutralizar, el grupo portaba un dosis mínima de Pentotal, utilizado en medicina como anestésico. Le fue inyectado a Henríquez cuando estaba en sueño. Luego se le amordazó y amarró de pies y manos.

Los equipos interceptores de las transmisiones de Canal 5 fueron sacados y conforme se había planificado, trasladados en una lancha hasta el centro de la rada de Talcahuano donde, seguramente, reposan aún.

Según la versión policial, el cadáver de Henríquez fue encontrado recién el martes 20 por un familiar, a pesar de que a primera hora del lunes 19 se avisó a las autoridades que faltaban los instrumentos que permitían obstruir las emisiones televisivas.

Ese espacio de 24 horas entre un hecho y otro siempre me llevó a tener la duda de si fue un paro cardíaco, consecuencia del Pentotal, lo que mató a Henríquez o fueron otras razones más "golpeadoras". Porque a mí me señaló Sessa, posteriormente, que no había sido necesario maltratar al pintor, porque dormía. Se le aplicó el anestésico y se le amarró y amordazó.

¿Por qué los investigadores, advirtiendo el robo de equipos y el hecho de no haber daños en las puertas ni cerraduras del edificio de Servicios Eléctricos y Gas —como se reconoció públicamente—, no pensaron de inmediato que los ladrones habían utilizado la casa contigua?

¿Por qué se falsificó una fotografía de la víctima y en tanto, por ejemplo, el diario "La Nación" del día 24 de marzo de 1973, mostró en su primera página una gigantesca imagen de un hombre más bien corpulento maniatado atrás de pies y manos, en camiseta corta rebajada y calzoncillos y con una venda o cinta cubriéndole la frente y la boca, los diarios "Puro Chile" y otros exhibieron otra muy similar pero con una persona diferente, más delgado y sólo con cinta en la boca? La explicación que se dio, entonces, para bajarle el perfil al equívoco, fue que en uno de los casos se había tratado de una escenificación del caso protagonizada por un policía ¿Y con qué propósito si se supone que ya se disponía de las fotos de la víctima original?

¿Por qué la víctima mostraba signos de haber sido flagelada?

Iniciada la pesquisa, miembros de la Brigada de Homicidios detuvieron en Concepción a Carlos de la Sotta, en su calidad de Director de Canal 5, por la responsabilidad que le pudiese caber en los hechos. La marca de esa detención quedó para siempre en el conocido hombre de radio. Fue torturado con electricidad y golpeado por

miembros de la policía para tratar de obtener información de él.

La objetiva prensa marxista pretendió disminuir la información de la tortura a De la Sotta. Pero el informe médico legal hablaba por sí solo:" De la Sotta presenta una ligera esquimosis en el flanco y en el hemitórax derecho, así como algunas lesiones leves causadas u ocasionadas contra un objeto duro". Seguramente el locutor se golpeó, de puro masoquista que era, contra algún elemento metálico recubierto de caucho o goma, del tipo utilizado para los modernos interrogatorios, y que tienen la tan particular característica de no dejar huella visible ni siquiera para el más agudo y observador magistrado. O, simplemente, le dio por meter los dedos en los enchufes del Cuartel de Investigaciones penquista, sólo para aumentar el consumo de energía y dañar el escuálido presupuesto mensual de la institución.

Carlitos habló. No tenía razón para evitarlo. Y mencionó a Raúl Hasbún. Sobre la marcha éste fue citado y en menos que canta un gallo, nuestro querido cura estaba, bajo la más estricta reserva, declarando en Concepción. Y me mencionó a mí. Fue cuando se le pidió a Jaime Guzmán que por favor me avisara de dicha mención. Esta me implicaría y podía dar margen a ser citado por el tribunal. Jaime no lo hizo el miércoles cuando nos encontramos en la Radio Agricultura y por su culpa — que semanas después le hice presente en su cara— casi voy a dar con mis huesos a manos de los "cariñositos" de Investigaciones. A Guzmán le importaba sólo no involucrarse. Salvar su propio pellejo. El mío lo salvó el llamado de uno de los abogados de Canal 13 a Pablo Rodríguez. Este me mandó buscar con Eduardo Díaz Herrera, que estaba en Santiago, y se dispuso la noche del jueves 22 mi traslado a Concepción para comparecer voluntariamente ante el ministro sumariante, Eleodoro Ortiz.

—Hay que prevenir que te detengan. Porque no te quepa dudas que te tratarán de sacar información—, me advirtió Pablo en la puerta del jardín de su casa, por entonces un sencillo DFL 2 pareado ubicado en una villa de la comuna de Vitacura.

—Mira, Pablo— le respondí— a mí me muestran sólo un enchufe y canto la Marsellesa hasta en ruso. Tampoco te quepa la menor duda. De héroe tengo lo mismo que de marciano—, le respondí, mientras en medio de mi inocultable nerviosismo lanzamos algunas carcajadas.

Partimos con Eduardo Díaz en la madrugada del viernes 23. Fue la oportunidad en que éste insistió, sin lograr su propósito, en disfrazarme de mujer para evadir a la policía. Con peluca, vestidos y tacones altos habría sido un éxito para la prensa de izquierda en caso de una detención.

La misma tarde del viernes que llegamos a Concepción, nos pusimos en contacto con el abogado penquista Ramón Domínguez para que avisara al ministro Ortiz de mi presentación. Pero ese día no pude declarar y al anochecer ya se había dado orden de detención en mi contra. Salimos apurados en dirección a Chillán.

En la madrugada del sábado 24 fue allanado en Santiago el hogar de mi madre y hermana en el cual no residía desde que contraje matrimonio. En el Gabinete de Identificación se registraba solamente ese domicilio. Mi mamá pagó el pato, esa y otras veces, aceptando con estoicismo las "locuras", que hacía propias, de su retoño.

Solamente declaré ante el juez investigador el domingo 25 en la mañana. Este me otorgó la libertad incondicional por falta de méritos. Regresé de inmediato a almorzar a Chillán. Allí los dirigentes del Movimiento, encabezados por Hernán García, me habían prestado todo el fin de semana protección, seguridad y el calor fraternal que tanto se necesita en estos casos. Además de un muy buen alojamiento y una mejor comida.

Investigaciones había hecho saber al abogado Domínguez que quería "conversar" conmigo. Pero no sentía ningún atractivo por tan abnegados funcionarios, particularmente los polizontes penquistas entusiastamente pasados para la punta izquierdista. De puro previsor, al regresar a Santiago me mantuve fuera de la circulación por más de 20 días y bajo la "protección" de la familia Ventura Méndez, cuyo hogar en Ñuñoa se convirtió en la más grata "casa de seguridad" que revolucionario alguno haya tenido. Marianela, Petty y Mirtha, además de su madre, Dina, cuidaron de mí como si fuese uno de los suyos, comprometiendo mi agradecimiento de por vida.

La vinculación con los hechos ocurridos en Concepción dio pie para que se continuase, con mayor intensidad, la campaña contra Patria y Libertad, explotando hasta la exageración la desgraciada muerte de Henríquez.

Pero el Movimiento siguió imperturbable sus actividades. Así, los días 31 de marzo y 1° de abril se efectuó nuestra Primera Junta Nacional de Dirigentes la que se hizo coincidir con el segundo aniversario de la fundación del Frente Nacionalista. A puertas cerradas, en el encuentro se analizó y discutió la situación del país, llegándose al convencimiento de que la solución no era, precisamente, política ni tradicional.

Aunque para no echarle pelos a la sopa nacional se omitió decirlo en términos directos, continuábamos convencidos de que la única solución era un golpe de Estado, pero nos alarmaba la posibilidad de una guerra civil.

Mientras "reposaba" fuera del alcance de Investigaciones, edité la documentación interna del encuentro de dirigentes. Bajo el título "Somos la única alternativa", se compendiaron para uso interno cuatro documentos: la exposición de Pablo, una de John Schaeffer, el Voto Político, o declaración final, y algo que se denominó "Acuerdos administrativos relativos a la aplicación del

Reglamento Interno". Aquí, al final del libro de 88 páginas, estaba la médula, la esencia. Eran sólo dos puntos: "c) Recomendar que todos los Frentes Provinciales den estricto cumplimiento a lo previsto en el artículo 22, letra c) del Reglamento Interno, en orden a designar dos militantes que sirvan la función de enlace con la Secretaría General del movimiento; d) Solicitar a la Jefatura Nacional que se realice un plan de giras a través de Chile, a objeto de que las bases del país tomen contacto con los dirigentes nacionales y puedan a través de ellos resolver los problemas que se han creado por falta de contacto directo".

Nadie sospechó que en ese texto se podía encontrar el inicio de una etapa nueva de Patria y Libertad: el estado de preparación nacional del Movimiento para una guerra civil o un golpe de Estado.

Reglamento Interno". Hasta el final del libro I, 57 pági-
nas ocupaba la cuartilla, la censura. Extrañado me pareció
"el Reglamento" que todos los Centros Penitenciarios tienen
estricto cumplimiento y a guardar en el archivo [illegible]
es del Reglamento Interno [illegible] o dormitorios que
[illegible] que sirvan la función de [illegible] por la Secretaría
General del movimiento el Solicitar a la Dirección General
mal que se realice un plan de [illegible] a través de Cortes a
efecto de que las cosas [illegible] conocer [illegible]
diferentes [illegible] y [illegible] a través de ellos [illegible]
los problemas que [illegible] falta de [illegible]
[illegible]

[illegible] el
[illegible] el estado
de [illegible] una [illegible]
[illegible] a un grupo de [illegible].

Capítulo X

El "Proyecto Sierra Alfa"

Mientras preparaba mi comentario radial para el día siguiente, la tarde del miércoles 3 de mayo desde Mendoza llamaron telefónicamente pidiendo hablar con cualquier dirigente del Movimiento. Atendí yo. Era un periodista del diario "Los Andes" de la trasandina ciudad. Preguntó si efectivamente dos personas detenidas por la Policía Federal y que se movilizaban en un avión eran militantes nuestros. Respondí que carecía de antecedentes de lo que me estaba preguntando y le pedí que me volviera a llamar en unas dos horas más. No lo hizo.

Cuando informé a John Schaeffer, éste ya estaba en antecedentes desde antes de almuerzo y no me había dicho una palabra. Una fea e imperdonable actitud de compartimentar lo que en horas se haría público a nivel mundial. Ese era el grado de descoordinaciones que, pensaba, un día nos podían llevar a la tumba. A "Echazarreta", como apodaba a Schaeffer por su marcada afectación, lo había informado un periodista del diario "La Segunda" minutos después de recibir la noticia por el teletipo. Pero, el vespertino ya estaba en prensas y no alcanzó a publicarla.

—¿Sabes de quién se trata?—, me preguntó John.

—No; pero lo presumo—, le respondí.

—Se trata, efectivamente, de Roberto y Miguel Sessa. Lamentablemente son ellos.

Miguel estaba desde hacía cuatro semanas fuera de la circulación pública, no precisamente por prescripción médica, sino porque después del operativo en Concepción viajó, junto a otros dos miembros del Frente de Operaciones, a Argentina.

Ante los hechos no cabía otra actitud que esperar. La noticia en los medios periodísticos no cobraba un gran interés porque se desconocían los nombres de los protagonistas. Pero estábamos conscientes que el asunto reventaría con escándalo en las siguientes horas. Pablo Rodríguez, que también estaba informado antes, reaccionó fríamente.

Con nerviosismo esa noche escuchamos las radios partidarias del gobierno y al día siguiente con avidez leímos, a primera hora, la prensa. No se decía nada. Ni una sola palabra. Recién el viernes 5 surgieron los primeros detalles, vagos e imprecisos y sin que se mencionaran nombres. Cabía una remota posibilidad que no se filtrara en Mendoza la información.

Pero nos encontrábamos en plena evaluación política del nuevo escenario que deberíamos enfrentar cuando otra noticias nos golpeó tanto o más fuerte que la de Roberto. La primera información recibida fue que miembros del MIR, que durante la semana promovieron marchas en diversas ciudades del país exigiendo la creación de "brigadas populares", habían atacado a un grupo de jóvenes de Patria y Libertad en el centro. Había varios heridos a bala y dos muertos.

Los hechos se aclararon minutos después.

Una veintena de muchachos del Movimiento estaban realizado una manifestación relámpago en el entonces boulevard Huérfanos cuando de improviso un vehículo ingreso a esa área peatonal y desde su interior comenzaron

a disparar. Desde otros puntos también surgieron balazos, quedando nuestros muchachos atrapados entre dos fuegos. Se trataba, evidentemente, de una emboscada. Ernesto Miller, hermanastro de Roberto Thieme, y Jefe de la Juventud de Patria y Libertad, quedó sangrando en el suelo. Siete proyectiles impactaron al dirigente. Por las trayectorias de éstos se constató que seis fueron hechos cuando la víctima ya estaba caída. La intención manifiesta era rematarlo a como diere lugar.

Sólo su fortaleza física permitió a Ernesto sobrevivir, incluso con un proyectil que no fue posible extraerle.

En tanto, uno de los desfilantes, Mario Aguilar Rogel, Jefe Provincial de nuestra juventud, logró ubicar y perseguir a uno de los tiradores que había actuado en la emboscada apostado en la calle. Sin embargo, el extremista logró ingresar al Edificio Carlos V, en Huérfanos con Morandé y allí disparó a quemarropa contra Aguilar. Este murió por desangramiento en el mismo lugar. El asesino huyó. Y aunque el crimen quedó impune, años después se especularía que el autor gozaba de la protección gubernamental por estar implicado en otra acción similar en el sur del país. Habría sido la causa última por la que viajó "becado" a una nación bajo régimen comunista.

Por una particular coincidencia, a la misma hora en que los muchachos de Patria y Libertad eran emboscados, los teletipos anunciaban a todos los medios de comunicación que los detenidos en Mendoza eran Walter Roberto Thieme y Miguel Sessa, ambos militantes de Patria y Libertad.

Al día siguiente el país asistió a un peculiar espectáculo ofrecido por los diarios. Unos, los gobiernistas, destacaban con su habitual lenguaje cloacal, la detención en Mendoza de Roberto y Miguel, en tanto los otros, los opositores, resaltaron el grave atentado contra los jóvenes manifestantes.

El domingo sepultamos a Mario, nuestro segundo mártir, en el Cementerio General. Los funerales fueron realmente impresionantes. Diez cuadras sumó el cortejo que incluía gente de todas partes de Santiago y de diversos niveles sociales. Fue la más grande demostración de afecto ciudadano que recibió Patria y Libertad, aunque para otros, como Belisario Velasco y Juan de Dios Carmona, continuaba siendo un grupo de ultraderecha defensor de intereses creados.

Cuarenta y ocho horas más tarde y ante la imposibilidad de mantenernos más tiempo en silencio, optamos por emitir un comunicado referido al "resucitamiento" de nuestro querido Roberto. Claro que le pusimos una pequeña dosis de maquillaje para que no quedara tan en evidencia el engaño.

Dijimos con absoluta claridad que expresábamos sin reservas nuestra íntima satisfacción por saber que Roberto estaba vivo. Y a continuación venía la dosis de embuste: "La Jefatura Nacional del Movimiento y ninguno de sus organismos directivos tenían conocimiento alguno de esta circunstancia que corresponde a una decisión absolutamente personal de nuestro compatriota".

Y para reafirmar nuestra posición ante el respetable público nacional, se decía a continuación: "Pero nos adelantamos a reconocer que, conforme a la estructura del Movimiento, él tenía la autonomía necesaria para adoptar esta determinación, siempre y cuando su acción haya estado motivada por la defensa de los altos intereses de la Patria, amenazada hoy, más que nunca, por el peligro totalitario".

"Por esta razón —agregamos—, aún desconociendo los objetivos precisos que perseguía, solidarizamos con él y declaramos que se mantiene en nuestras filas con la misma jerarquía que tenía antes de su desaparecimiento".

De Miguel Sessa y los otros dos muchachos no dijimos ni una palabra. ¿La razón? Simple: era el Jefe del Frente de Operaciones y dos de sus lugartenientes estaban metidos en el asunto de Concepción.

El resurgimiento de Roberto en la escena política fue tema que, como era de suponerlo, dio para trapear el suelo con nuestro Movimiento. En la barricada de la oposición donde pudo haber alguna dosis de comprensión, una palabra solidaria, un gesto de amistad lo único que surgieron fueron opiniones críticas, palabras destempladas, viscerales.

Sergio Diez Urzúa, un viejo y pelado político conservador, derechista por ubicación y medio democratacristiano en el corazón, en el pasado mal diputado por Talca, senador gracias a una situación coyuntural y a la imagen ganada como polemista en televisión, me comentó a título personal una mañana al término de un programa que hacía diariamente en Radio Agricultura, en el bloque en que también hablábamos nosotros, que si de él dependiera a Roberto lo expulsaría del Movimiento. Molesto le respondí que ese era el método regular aplicado por los partidos como el suyo, donde la muestra más elocuente la constituía la actitud asumida contra el diputado Víctor Carmine Zúñiga, quien por decir que "los únicos comunistas buenos eran los comunistas muertos" lo expulsaron de las filas del Partido Nacional, aunque luego echaron marcha atrás y lo reintegraron.

Pero ¿cuáles eran los detalles de las andanzas de Roberto en Argentina?

Reposicionemos esta parte de la historia de Patria y Libertad a comienzos de noviembre de 1972 cuando el denominado "paro de octubre" ya había terminado.

Bajo nuestra perspectiva, ese paro sirvió para mostrar las debilidades del Movimiento. Concluida la movilización, el balance no fue positivo. El Frente de Operaciones,

que se suponía debía ser un grupo selecto de militantes con preparación y entrenamiento para cumplir un papel defensivo y, eventualmente ofensivo, sólo existía en el papel. Quedó en evidencia que carecíamos absolutamente de lo que todos nos atribuían: fuerza operacional. Fue dramático en algunos momentos. Con tal de que la paralización continuase para incitar a las Fuerzas Armadas a alguna acción, en más de una oportunidad Roberto Thieme, John Schaeffer y yo debímos ejecutar acciones "comando" tan delicadas como sembrar de "miguelitos" algunas calles del sector oriente de Santiago, reventar neumáticos de buses de la movilización colectiva, hacer explotar los balones de gas de 15 kilos de mi casa en la rotonda Pérez Zujovic a las 12 de la noche —mi esposa todavía se queja de ese "operativo" porque el Movimiento nunca los devolvió—, o planificar, sin siquiera intentarlo posteriormente, el incendio de la estatal Editorial Quimantú, que era la antigua empresa Zig Zag. Estaba situada detrás de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. No solamente a nosotros sino que a todo Chile nos tenían hasta mas arriba de la coronilla los miles y miles de libros sobre marxismo y revolución que mes a mes allí se editaban. Baste un solo dato: al momento del golpe militar se interrumpió el inicio de impresión de las obras completas de Vladimir I. Lenin en idioma español. La colección, originalmente editada por la Editorial Progreso de Moscú, por entonces encargada de todos los textos comunistas en español para América Latina, constaba de 51 tomos de un promedio de mil 200 páginas cada uno. El proyecto soviético-chileno era hacer una primera impresión de 10 mil juegos.

Un día después del término del paro, tuvimos que reconocer hidalgamente que si la izquierda hubiese sacado sus reales fuerzas a la calle a nosotros, junto con los gremialistas y transportistas, nos hacen añicos. La

situación vista así no era color de rosa. Pensábamos que tarde o temprano a todos los opositores se nos llevaría al terreno de las patadas. Y no teníamos cómo defendernos.

En ese entonces por el país transitaban libremente algunos invitados especiales, "becarios" del gobierno popular, que actuaban como instructores y expertos en guerrilla. Su nacionalidad era cubana, soviética, norcoreana o alemano oriental, preferencialmente. Esto era un indicio claro de que el marxismo comunista, mirista, mapucista y socialista estaba en proceso de preparación. Pero no se sabía ni dónde, ni cuándo, ni cómo actuarían.

Teníamos plena confianza en las Fuerzas Armadas y, como siempre lo expresamos públicamente, creíamos que sólo ellas podían dar un corte definitivo a la destrucción sistemática que el país estaba afrontando.

Y ante la pregunta de qué ocurriría si las Fuerzas Armadas se dividían en dos bandos irreconciliables y caíamos en el abismo de la guerra civil, la respuesta que tuvimos fue continuar nuestro trabajo político en los planos de la acción pública, la pesquisa de información sobre el estado de las Fuerzas Armadas y la preparación del Frente de Operaciones a nivel nacional

Setenta y dos horas antes de que llevara a cabo su simulado accidente, Roberto me llamó a su oficina en la sede de Rafael Cañas.

—Manuel —me dijo, mientras alisaba con su mano derecha el rubio cabello que le caía hacia el mismo lado de su sien, —necesito de tu ayuda. No me hagas preguntas. Sólo ayúdame.

En silencio me acomodé en el sillón de visitas y escuché.

—Necesito —continuó diciendo— una amplia, rápida y selectiva recopilación de los principales documentos, textos o libros en que se hable de la vida clandestina, la lucha guerrillera y la preparación para el enfrentamiento armado.

No hice preguntas, como era el acuerdo explícito. Me levanté. Ambos sonreímos y salí.

Nueve días antes de las elecciones, el viernes 23 de febrero de 1973 Thieme desapareció sin dejar más rastro que la última comunicación que sostuvo con la torre de control aéreo del aeropuerto Carriel Sur, de Concepción.

Cuando supe del hecho no tuve dudas de que estaba en marcha el plan de Roberto para comenzar a desarrollar no el Frente de Operaciones sino que un cuerpo militarizado, como el lo había planteado y se le había rechazado

Los preparativos para este fin último, Roberto los había iniciado cuando anunció que renunciaría a la Secretaría General del Movimiento y propuso a John Schaeffer como su sucesor. Este también era partidario de estructurar un grupo de milicianos. Aprovechando la aceptación por parte de la Comisión Política de su retiro a partir del 1 de enero de 1973 y la necesaria presentación en el país de John, como su sucesor, recorrió con éste parte de las ciudades donde estaba presente Patria y Libertad a bordo del avión que vendería más tarde para autofinanciarse. Durante esa gira ambos concluyeron en que el entrenamiento de una milicia no podía realizarse en Chile. El lugar elegido por Roberto era Malargüe, área de Argentina que conoció durante una cacería de guanacos.

Inspirado tal vez en la figura del Ejército Libertador de San Martín y O'Higgins, Roberto, a fines de noviembre, cruzó los Andes y contactó en Mendoza y Buenos Aires a algunos chilenos residentes contrarios al gobierno de Allende. Además, a su paso por la primera ciudad, aprovechó de sobrevolar el lugar seleccionado para el campamento de sus proyectadas milicias, un área propiedad del Estado de más o menos 100 mil hectáreas no cultivadas, deshabitada, con clima estable y donde existían abandonadas instalaciones de una empresa de

prospección petrolera y de un yacimiento de manganeso. Además existía una pista de aterrizaje que alguna vez sirvió para aviones cargueros. El lugar, por maravillosa coincidencia, estaba a una hora de vuelo del fundo situado al norte de Chillán de propiedad de amigos de Roberto —también, al parecer, amigos de Pablo Rodríguez—, y que ¡oh casualidad! disponían de una bien mantenida pista de aterrizaje. En octubre anterior allí, en las casas patronales del mismo fundo —¿o hacienda?—, se había realizado la tertulia conspirativa donde el general, ya retirado, Alfredo Canales rechazó la cariñosa oferta de algunos gremialistas para encabezar un movimiento nacional contra Allende.

Durante su estada en el vecino país también Roberto había dejado establecido una Comité de apoyo asignando como vínculos al industrial y miembro del área de Finanzas del Movimiento, Jorge Lyon Subercaseaux, y su esposa Blanca Echeverría Mac Fadzen, dirigenta del Frente Femenino. Ambos mantenían negocios en Buenos Aires, y por ello viajaban constantemente a Argentina.

La Blanquita Echeverría, según la "copuchenta" versión de mi deslenguado amigo Marcos Chamudes, era hija de la propietaria, o una de las propietarias, de la Viña Cousino Macul, doña Blanca Mac Fadzen, que destacó por dos cosas en su vida social: fue una de las mujeres más buenamozas que ha tenido la alta sociedad nacional, y encubrió, en varias oportunidades, a la dirigencia del Partido Comunista cuando ésta fue objeto de persecuciones políticas muy pretéritas. Un contrasentido que, al parecer, solamente tenía su origen más en cuestiones del corazón que en ideologismo que a la señora a lo mejor no interesaban.

Al terminar 1972, Roberto le entregó el mando a John Schaeffer. Obtuvo así la libertad suficiente para iniciar la primera etapa de su particular proyecto. Imposibilitado

de separarse del Movimiento sin una razón justificada, él y algunos de sus hombres de confianza del Frente de Operaciones, que ya estaba en formación, llegaron a concluir que el único recurso que le permitiría llevar a cabo su anhelada iniciativa sin dar motivo a sospechas en el gobierno ni margen a conjeturas sobre supuestas divisiones al interior de Patria y Libertad, era simular un accidente aéreo.

A mediados de enero de 1973 la decisión estaba tomada. Roberto desaparecería de la escena el 25 de febrero. La fecha, según estimó, provocaría un mínimo impacto noticioso porque para ese entonces la atención de todos los actores políticos se concentraría en las elecciones parlamentarias de marzo.

Para dar inicio a su desaparición, que bautizó con el original nombre de "Plan Cóndor", —lindo nombre que le sería copiado algún tiempo después, con aviesos propósitos, por algunos malandrines— Roberto limitó al mínimo su permanencia en Santiago y su participación en las actividades del Movimiento. Esto le daría autonomía para planificar su salida de la escena política y llevar a cabo la instalación del campamento de milicianos en Malargüe, segunda fase del proyecto al que designó con el nombre de "Sierra Alfa". Claro, pensé después, como buen empresario, las siglas sonaban a Sociedad Anónima, lo que satisfacía plenamente a Schaeffer.

Entre enero y febrero Roberto permaneció un período más bien breve en el fundo de sus amigos al norte de Chillán. Allí, en medio de la privacidad, reserva y seguridad que le fue otorgada, ultimó detalles, tales como practicar vuelo con instrumentos —de lo que se infiere que el fundo era muy extenso —; adquirir una preparación básica de comando, que no pasó más allá de un acondicionamiento físico; y, disponer el cambio de apariencia del avión y su reabastecimiento de combustible a fin de proseguir rumbo a Argentina.

Mientras Roberto se dedicaba a afinar pormenores de su desaparición, John Schaeffer quedó a cargo de seleccionar a los militantes más preparados del Frente de Operaciones para viajar a entrenarse como milicianos en Argentina. Además se había ofrecido para hacer contacto con oficiales en retiro de la Armada, en lo posible ex comandos. Serían los instructores.

Manteniendo a firme la decisión de "accidentarse" el 25 de febrero, días antes de que ello ocurriera Roberto mantuvo sus rutinas normales. Viajó a reuniones del Movimiento en Valparaíso, con el discurso-libreto que indicaba que en las elecciones de marzo Patria y Libertad apoyaría a la Confederación Democrática (CODE), la alianza opositora, pero no a candidatos; ordenó asuntos familiares con su esposa, Orieta Magnasco, de la que estaba separado y de cuyo matrimonio había tres hijos, Cristián, Eduardo y Daniela, de 6, 5 y 4 años, respectivamente; se reunió con su madre, a quien hizo viajar de Caracas donde residía con Margot, su media hermana y hermana melliza de Ernesto Muller; grabó el que sería su último comentario en Radio Agricultura ; e incluso dio una entrevista a la agencia informativa DPA, de la República Federal Alemana, el 22, la misma que, tras su desaparición, fue publicada por el diario "Las Últimas Noticias" y el vespertino "La Segunda".

Reuniones en Chillan y Temuco, programadas dos semanas antes constituirían el pretexto para viajar al sur el día 23 de febrero. El simulado accidente debía ocurrir el domingo 25. Sin embargo cuando ese viernes 23 Roberto y John llegaron al aeródromo de Tobalaba, donde esperaba Manuel Balbontín, simpatizante de Patria y Libertad y piloto de ese club aéreo que, por tal condición, podía hacer uso de las aeronaves, fueron informados que el arriendo del avión que usarían estaba confirmado sólo para ese día, quedando en calidad de condicionales los

dos restantes, situación que debía confirmarse en el transcurso del día.

A eso de las dos de la tarde Roberto, que estaba en Chillán, mientras Balbontín trasladaba a John hasta Temuco, llamó a Tobalaba para consultar si dispondría de la aeronave por los otros dos días. La respuesta fue negativa. Un director del Club la ocuparía el sábado y domingo para viajar a Villarrica y su condición jerárquica le daba preferencia. Este fue el factor que hizo adelantar los planes para el 23.

Sobre la marcha se alertó a los amigos del fundo donde se pintaría y reabastecería de nafta al avión, que el plan se había adelantado. Balbontín regresó a Chillan y trasladó a Roberto a Concepción. Vino luego el "accidente".

A partir del momento en que se interrumpió el nexo con la nave siniestrada y la torre de control puso en marcha el dispositivo de emergencia apropiado para este tipo de casos, Roberto comenzó a escuchar la comunicación mantenida desde tierra con el helicóptero de la FACH que había salido a rastrearlo. Luego, cambió la frecuencia de su radiotransmisor y radioayudas y sintonizó con el punto donde según el plan debía dirigirse. Allí ¡qué maravilla de organización! se disponía de equipos apropiados para guiarlo y escucharlo.

Por tanto, mientras era buscado en la zona de la desembocadura del río Itata, nuestro dirigente volaba hacia el sur oriente pero enfrentando un fuerte temporal — no considerado en la planificación— que, por momentos, le hizo pensar que el fingido accidente podía transformarse en realidad. El descenso tampoco fue fácil. Las malas condiciones meteorológicas lo obligaron a sobrevolar un río que cruza el fundo hasta alcanzar la pista de aterrizaje. A los 45 minutos del tenso viaje ya estaba en tierra firme y saludando a tres anfitriones que lo esperaban.

Al anochecer, bajo un hangar, el avión fue pintado con nuevos colores. También se le reemplazó la matrícula chilena por una argentina. Reabastecida de combustible, la máquina quedo lista la madrugada del 24 para continuar viaje a Argentina.

Cuando en Santiago, nosotros lamentábamos lo ocurrido y disponíamos los homenajes, Roberto ya se encontraba al otro lado de los Andes haciendo contactos e inspeccionando el lugar escogido para el campamento Sierra Alfa. Se dejó barba y se tiño negro el pelo. Sus desplazamientos entre Mendoza y la capital argentina los hacía con tranquilidad porque en 1971 obtuvo la residencia legal en ese país, lo que le permitía exhibir un documento de identidad de esa nacionalidad donde se consignaba su primer nombre: Walter

Decidido a levantar a toda costa el campamento en la zona de Malargüe , Roberto se dio a la tarea de conseguir los fondos para mantener su proyecto. Los chilenos residentes en Buenos Aires se mostraron dispuestos a cooperar, convencidos de que el plan era indispensable para la lucha contra los marxistas.

Instalar la infraestructura del campamento no era cosa fácil. Significaba trasladar por vía aérea o terrestre más de diez toneladas de carga compuesta por material de construcción, combustible, un generador eléctrico, armas, explosivos, alimentos, vestuario y equipamiento para los futuros combatientes o milicianos.

En Santiago continuaban los homenajes.

Para esa fecha, Roberto —que escondió el avión en las instalaciones abandonadas cercanas a Malargüe— viajó por una línea aérea comercial de Mendoza a Buenos Aires y como buen y sacrificado guerrillero instaló su cuartel general ni más ni menos que en el hotel Sheraton de la capital argentina. Días después de su llegada se entrevistó allí con un brigadier general del Ejército trasandino

que pertenecía al área de Inteligencia. Le explicó su plan y éste le manifestó que no se impediría su proyecto. La única condición impuesta por el militar fue que no participaran ciudadanos argentinos. También le indicó cuáles serían los contactos para obtener los equipos y el armamento requerido. Todo de origen local, obviamente. Y a precio de costo.

A fines de marzo Thieme regresó a Mendoza cargado... pero de posibilidades: podría obtener todo el material necesario para la instalación de su soñado campamento; en el campamento se podría entrenar a quinientas personas; los equipos podrían ser transportados en un avión carguero; y todo podría estar listo a mediados de mayo. Pero, el único problema era que había que tener dinero —los viles y esquivos billetes—, no siempre abundantes para este tipo de aventuras, sobre todo cuando el concepto de la generosidad no está lo suficientemente arraigado en quienes disponen de este importante carburante de las conspiraciones.

Así, en lo concreto, en la cruda y triste realidad hasta ese momento lo único tangible que tenía Roberto en la mano era un equipo de radio que instaló en Malargüe para contactarse con los "amigos" del fundo del norte de Chillán.

Por esos mismos días de fines de marzo, Miguel Sessa llegó a Buenos Aires junto a otros dos militantes. Se les había recomendado, luego del asunto de Concepción, que se pusieran a cubierto bajo el principio filosófico-militar básico del "más vale un soldado vivo que en manos de la Policía Política". Roberto, que en un gesto de modestia había dejado el Sheraton y alojaba en un estrecho departamento de la calle Cangallo, los recibió allí. En tanto que a los otros los instaló en un departamento en el barrio Martínez.

Al finalizar la primera semana de abril, Roberto volvió a Mendoza donde se impuso que la colaboración ofrecida por algunos chilenos residentes en esa ciudad había quedado en la pura intención: no habían reunido ni un mísero clavo y ni un solo peso para el campamento. Ante tan golpeadora realidad llamó a John Schaeffer para que le diese una mano con sus amigos de Buenos Aires.

John se las emplumó para la capital argentina y allí le informó al "Comandante" Roberto que había designado, en remplazo de Miguel Sessa, a Vicente Gutiérrez —que actuaba con la "chapa" de Javier Palacios— un ex oficial de la Armada, para la organización de las que, en un supremo acto creativo, habían pasado a denominarse Brigadas Operacionales de Fuerzas Especiales (BOFE). Con una sigla de tan horrible fonía bovina se buscaba nominar a los grupos de futuros milicianos que debían formarse en las ciudades donde funcionara Patria y Libertad.

El único vínculo entre las BOFE y el Movimiento sería John quien, a su vez, mantendría las comunicaciones con Roberto. O sea, para claridad mayor, el reemplazante del desaparecido, al que ya la Policía Política le habían puesto los ojos y las cámaras fotográficas encima, era ni más ni menos que el jefe del área clandestina de Patria y Libertad y único contacto con el ya buscado Thieme. Esos eran los criterios y niveles —casi infantiles— de seguridad que se manejaban por entonces.

Confiados en que se lograrían los recursos económicos para el equipamiento de Sierra Alfa, ambos acordaron que los milicianos viajarían por vía aérea —en una máquina que seguramente los "amigos" del fundo del norte de Chillán prestarían— en grupos de 5, hasta completar 50, a recibir instrucción en Malargüe. El primer traslado, si todo iba bien, debía realizarse el 21 de mayo. Los milicianos permanecerían un mes —suficiente para

aprender a limpiar el arma y con mucho conocer cómo se dispara— y retornarían a su unidad o grupo con un equipo personal que incluía un fusil automático FAL, mochila, cantimplora, brújula, pasta de zapatos negra para el rostro y otros elementos logísticos.

Tras la partida de John, Roberto y Miguel creyeron que la instalación del campamento Sierra Alfa era un hecho. Así ambos se trasladaron en tren hasta General Villegas, ciudad donde se estaba repintando el avión que, por decirlo eufemísticamente, el dirigente de Patria y Libertad le pidió prestado al Club Aéreo de Tobalaba. La matrícula sería, de nuevo, chilena.

El 2 de mayo, cuando la aeronave estuvo lista, Miguel y Roberto se dirigieron a Mendoza. Pero una falla advertida a mitad de la ruta los puso en la disyuntiva de regresar o seguir a destino. Optaron por lo último pero en vez de llegar al aeropuerto de San Martín, que podía ser riesgoso utilizar por estar en la vecindad de una autopista, Roberto prefirió usar, en Lujan de Cuyo, la pista de un amigo. Ya en tierra se les acerco un lugareño al que preguntaron por el propietario, Ambrosio Arizú. Pero no estaba ni éste ni su administrador. Entonces optaron simplemente por dejar la máquina allí mientras iban y regresaban a Mendoza, distante a sólo 40 kilómetros. Pero nadie los quiso transportar. Se devolvieron al predio. Allí, para sorpresa, había cambio de escenario. El avión estaba rodeado por curiosos campesinos. Para no generar desconfianza aceptaron la hospitalidad del mecánico de Arizú que los invitó a su hogar. En el exterior, sin embargo, los campesinos continuaron rodeando el avión e incluso lo flanquearon con un tractor. Sin exteriorizar la creciente inquietud que empezaba a hacer presa de ambos, manifestaron al atento anfitrión que intentarían llegar nuevamente a Mendoza. Cuando llevaban 15 kilómetros caminando, vehículos policiales los rodearon y

detuvieron. Era la Policía Federal. Con rudeza se les trasladó al cuartel mendocino. Los habían confundido con extremistas chilenos de izquierda.

Lo que no sabían Roberto y Miguel era que la provincia de Mendoza al igual que las colindantes estaban declaradas en Estado de Emergencia por el asesinato de un militar a manos de un izquierdista, instruyéndose a la población para que denunciaran cualquier hecho fuera de lo común. En ese contexto, la descripción de un avión aterrizando en pleno campo, no era un hecho acostumbrado.

Fue el inicio del fin del soñado "Proyecto Sierra Alfa".

Al día siguiente de su detención Roberto pidió hablar con el oficial de mayor jerarquía. A éste le explicó los motivos reales de su presencia en Argentina y le pidió que confirmara sus datos con el oficial de Ejército en Buenos Aires, con el que se había contactado en marzo. Una hora más tarde el trato cambió radicalmente, impartiéndose instrucciones para que trajeran a Miguel, que estaba en otra dependencia. Luego, secretamente, fueron trasladados al Batallón de Telecomunicaciones del Ejército en Mendoza, donde se les recibió con cordialidad, asignándoseles cómodos dormitorios.

El 3 de mayo un periodista del diario "Los Andes" de Mendoza obtuvo la información que los dos miembros de Patria y Libertad habían sido detenidos. El 4 la noticia e identidad de ambos ya se conocía en Buenos Aires. Esto obligó al gobierno argentino a confirmar el hecho en la tarde. La situación se complicaba si Chile pedía la extradición. Entonces Roberto y Miguel, advertidos oportunamente, pidieron asilo político, derecho que les fue concedido el 9 de mayo por el gobierno militar, trasladándoseles a la capital argentina.

El mismo día 4 un oficial de Ejército informó a Thieme que Ernesto, su hermanastro, había sido objeto de una emboscada en Santiago y estaba grave.

Las cosas se estaban dando muy mal.

Dos días después los militares argentinos notificaron a Roberto que el gobierno chileno había pedido su extradición. Si bien la solicitud no sería aceptada, debería permanecer en calidad de detenido por una cuestión protocolar. Alertados de esta situación salieron de Argentina. Roberto se dirigió a Asunción , Paraguay, donde dio una entrevista de prensa al diario "ABC" y luego retornó a Buenos Aires con una identidad falsa. En tanto Miguel Sessa se fue en tren al sur argentino desde donde, con la ayuda de Eduardo Díaz Herrera, ingresó clandestinamente a Chile por un paso cordillerano.

El resto de mayo y junio, Roberto lo dedicó a la pintura en el pequeño departamento de la calle Cangallo, en Buenos Aires. Sus óleos de esa época constituyen su "período negro", color preferentemente utilizado en erráticos temas que van desde los perfiles cupulares del Congreso argentino hasta indefinidas figuras errantes por calles desconocidas. Allí se reflejó claramente su depresión por el fracaso de su proyecto; su decepción por los chilenos que prometieron y no cumplieron; y la total soledad que de pronto, en un medio social extranjero, sus propios compatriotas le hicieron sentir cuando, como consecuencia de justificadas razones laborales cotidianas, no pudieron darle el tiempo que, lo más probable, querían entregarle, pero no podían.

Roberto, rezumando amargura, esperó el desarrollo de los acontecimientos en Chile. En su fuero íntimo atesoraba la secreta ambición de regresar al país y seguir luchando por la causa nacionalista, en la que, pienso, sinceramente creyó.

Capítulo XI

Las armas y los Townley

Con la dignidad que corresponde a un movimiento político que se precia de tal, entre el 18 y el 21 de mayo de 1973 más de 150 dirigentes nos dimos cita en Temuco, constituyéndonos en el Primer Consejo Nacional de Patria y Libertad. Fue el primero, único y último.

En el país la situación estaba espesa, convulsa. Localmente éramos objeto de amenazas y rumores. Después de todo, para la izquierda marxista se daba como hecho que en la capital de la frontera se encontraba la flor y nata del fascismo nacional. Un verdadero bocado de cardenales para un atentado, una provocación preparada o una contramanifestación.

Pero no pasó nada. Eduardo Díaz Herrera, nuestro "cacique local", jefe provincial del Movimiento, "huinca" respetado y aceptado, señor y rajadiablos de la zona, organizó la reunión al estilo de las grandes convenciones norteamericanas, con la única y gran diferencia: allá en los Estados Unidos no hay cerro Ñielol.

Al acto inagural asistió tanta gente que desbordó el Estadio Municipal. En la calle, a pesar de la intensa lluvia, quedaron varios cientos de personas que —una gran desgracia para ellos— no nos pudieron ver. Éramos, después de todo, los revolucionarios del lado de acá. Nos creían el MIR de la derecha, la "ultra" que todo los seres

humanos llevan consigo pero que inhiben por necesidad, conveniencia o porque son lesos. Nosotros los representábamos en ese momento, en ese instante excelso, supremo para Temuco y la región.

En los discursos, Pablo y Eduardo le dieron con todo al gobierno. Luego vino una gran marcha nocturna. Ni un incidente empañó la jornada —como diría un comentarista deportivo—, y fueron el augurio del éxito del encuentro. A lo mejor éramos pocos en el país. Pero ahí, en esa ocasión, estábamos todos.

En medio de canelos y copihues, musgos y líquenes, enredaderas y araucarias y un penetrante olor a tierra húmeda, con la brisa fría de esas mañanas de mayo en el sur, junto a una humeante taza de café y compartiendo el pan de la amistad, iniciamos nuestro encuentro en las instalaciones de un restaurante situado en la cumbre del Ñielol. Se respiraba una rara mezcla de entusiasmo y ansiedad. Un fuerte cerco de seguridad selló el paso a toda persona no vinculada al Movimiento.

Los trabajos de análisis se repartieron en dos grandes comisiones: política y organización. Anticipadamente con Pablo Rodríguez se determinó que, junto a John, dirigiera la segunda, en tanto él lo hacía con la primera, mientras Hurtado y Benjamín Matte participarían en ambas.

La uniformidad del Movimiento en el país; la ampliación de los medios de propaganda, información y comunicaciones; la coordinación de los diversos niveles de dirigentes; la acentuación de las medidas tendientes a preparar la fase de actuación clandestina; y, el mejor aprovechamiento de los recursos económicos con que contábamos, fueron aspectos tratados a fondo.

En el debate político se hizo, como nunca, un análisis exhaustivo del proceso nacional y la actuación que al Movimiento le cabía en él. De ese intercambio de ideas surgió la denominada "Declaración de Temuco" en la cual

Patria y Libertad pasó a definirse como un Movimiento revolucionario, entendiendo tal concepto en su acepción de desear, impulsar y trabajar por sustanciales transformaciones en el país tanto del Estado, el sistema político, las relaciones de producción como de la estructura del gobierno.

Pablo, con esa capacidad casi de clarividente, llevaba redactada la declaración que, finalmente, fue aprobada por unanimidad. En ella se calificaba como estúpida e inconsciente la amenaza de guerra civil. Se decía que estaba "sólo destinada a cazar incautos y desesperar a los cobardes para doblegar su resistencia. Para que la guerra civil fuera posible nuestros institutos armados deberían actuar en bandos opuestos, lo cual resulta imposible... y suponer lo contrario implica causar un agravio a la lealtad de los uniformados para con los valores esenciales de la nacionalidad".

Afirmamos, por último, con meridiana claridad, que el porvenir de Chile dependía de la dirección que tomasen las Fuerzas Armadas, dejando en claro que si estas se resolvían a actuar en resguardo de la integridad de la nación no existiría poder armado paramilitar capaz de enfrentárseles. "Para el nacionalismo —se decía—, el Gobierno de la Unidad Popular se encuentra sobrepasado, pero abrigamos la esperanza y aun la convicción que la insoslayable responsabilidad histórica que recae sobre los institutos armados será cumplida, como ha sucedido siempre en nuestro país".

Como se trataba de jugársela a fondo una frase presagió el destino nacional: "El nacionalismo considera inevitable una definición a muy corto plazo para resolver la disyuntiva de Chile". ¿Magia? ¿Precognición? ¿Alto nivel de análisis? ¿Dateo de buena fuente? ¿"Achuntín"?

Y hubo elecciones. Fue también el primer, único y último acto democrático, tradicional y burgués del

Movimiento. Tres dirigentes nacionales debían someterse a veredicto popular según el Reglamento, que era de una plasticidad absoluta: el Jefe Nacional, el Secretario General y el Secretario General Territorial. El resto, que era el flaco Hurtado y yo, entrábamos en la particular y años después cuestionada categoría de "designados", aunque manteniendo las estrellas de "Secretarios Generales" de Finanzas y Propaganda, respectivamente. Sin sufragios disidentes ni en blanco, se confirmó a Pablo, John y Benjamín Matte. Los cinco nos constituimos en la Jefatura Nacional.

Pablo a continuación y luego de agradecer la confianza demostrada en su liderato convocó a una reunión secreta. Además de nosotros sólo se permitió a un dirigente por cada provincia representada. La sesión no se prolongó por más de media hora. Todos prometimos mantener la total reserva de lo que allí se hablase.

De manera escueta Pablo dijo que en cada provincia se debían adoptar, luego de terminado el Consejo, rápidas medidas para afrontar en un plazo que iba de los cuarenta y cinco a los sesenta días, aproximadamente, hechos de notoria trascendencia para el país: en cada zona donde hubiesen unidades militares se debía promover el acercamiento hacia sus miembros para obtener una evaluación de su actitud hacia los acontecimientos nacionales y a través de un sistema de comunicaciones, que me correspondería crear, se debía hacer llegar esa información a la Jefatura Nacional; ante una acción institucional de las Fuerzas Armadas contra el gobierno se debería apoyarlas sólo si éstas así lo demandaban; parte de los dirigentes nacionales iniciarían una gira por el país para tomar contacto, donde fuese posible, con mandos militares; la gira se iniciaría en el norte; simultáneamente se realizaría una evaluación nacional de la organización, incluido el Frente de Operaciones y las BOFE.

Cuando la exposición de Pablo culminó no hubo preguntas. Sólo un fuerte aplauso que sellaba la amistad que, por sobre libretos ideológicos y pomadas varias, siempre caracterizó a quienes en un momento de nuestras vidas nos unió el Movimiento

Una romería a la tumba de Héctor Castillo Fuentealba, nuestro primer mártir, sepultado en la localidad de Gorbea, al sur de Temuco, puso término a las actividades del encuentro nacional. En la tarde de ese 21 de mayo cada uno de nosotros regresó a su hogar.

De vuelta en Santiago comenzamos, en nuestras respectivas áreas, a darle sentido concreto a los acuerdos de Temuco.

La certeza de cuántos éramos realmente en Patria y Libertad había sido motivo de una agria controversia interna con Pablo Rodríguez. "¡Somos más de diez mil en el país! ¡Síiii. Más de diez mil!", había gritado eufórico en más de una ocasión. Tratando de calmar su muchas veces obnubilado personalismo, le señalaba reiteradamente que no se trataba de hacer una competencia de sí él, John, yo o cualquier otro dirigente, podía acertar con mayor exactitud la cifra de nuestros militantes, sino que de saber realmente cuántos éramos.

Pero un día a comienzos de ese año 1973, Rodríguez me sacó de quicio y con la misma impertinencia que algunas veces usaba le señalé que me daría a la tarea de establecer cuántos éramos en todo el país y en dónde estábamos presentes. El propósito no era otro que tener conocimiento de nuestra real fuerza y de qué manera podíamos disponer de ella. No dijo una palabra. Buscó el camino fácil y se "amurró".

Quince días después tenía la respuesta.

—Somos algo más de mil en el país—, le dije a Pablo de la manera más suave posible y en medio de una conversación sobre otro tema.

—¿Quéee? —preguntó con sorpresa.

—Dije que somos algo más de mil en todo el país. La cifra exacta la tendré en un par de semanas más, cuando se haga una evaluación en cada ciudad donde tenemos alguna organización— agregué, manteniéndome imperturbable.

—No puede ser. Eso no puede ser... Sólo en Santiago tenemos más de doscientos o trescientos jóvenes...

—Sesenta y tres, más exactamente—, interrumpí.

—Pero ¿qué me estás diciendo?, dijo en un gesto de contenida ira.

—Lo que escuchas, Pablo: en el país somos algo más de mil y en Santiago no tenemos más de sesenta jóvenes. El Frente de Hombres y el de Mujeres no suman en integrantes mas de doscientoa cincuenta personas. Es la realidad. Esa es nuestra gente.

Pablo se quedó mudo en su sillón de la oficina de Rafael Cañas. Luego me miró fijamente, como escrutando mis pensamientos. Y volvió al tema original de nuestra reunión: la necesidad de incorporar en los programas de radio a Roberto Thieme, John Schaeffer y Juan Eduardo Hurtado. Era obvio que mis estadísticas no le agradaban. Días después me comentaría que reconocía como necesario el realismo que yo le había dado al tema de la militancia, pero que entendiera que muchas veces el entusiasmo a todos nos hacía ver las cosas diferentes.

Los informes definitivos que, por expresa petición mía en la reunión en Temuco, me fueron comunicados telefónicamente casi a fines de mayo encubiertos en cifras referidas a necesidades de material de propaganda y formación ideológica, procedían de Juan Jiménez Alonso, de Arica y jefe provincial de Tarapacá; Elmer Valverde, jefe Departamental de Iquique; Enrique Quilodrán, jefe provincial de Antofagasta; Ricardo Fontecilla, jefe provincial de Valparaíso; Alvín Saldaña , de Rancagua y jefe

provincial de O'Higgins; Roberto Fuentes Morrison, de San Fernando; Hernán García y Gloria Schweitzer, de la jefatura de Chillán y responsables de Ñuble; Sergio Santandreu, a cargo de Concepción; y de Eduardo Díaz Herrera y Jaime Billa, los jefes de Temuco para toda la provincia de Cautín.

En la evaluación de Santiago me habían colaborado Patricio Pinto, a cargo del Frente de Hombres; María Olivia Gazmuri, Jefa del Frente de Mujeres; y, Ernesto Miller, María Eugenia Zañartu y Germán Pino, responsables de los jóvenes.

Del resto de las ciudades del país, sabíamos de personas que habían tomado las banderas del Movimiento pero no teníamos una comunicación regular o, simplemente, carecíamos de toda conexión.

Pero no conforme con establecer cuántos éramos —lo que finalmente redondeé en más o menos 1.200—, también quise conocer nuestro "arsenal", la capacidad de fuego que poseíamos y el tiempo de reacción de los aguerridos muchachos del Frente de Operaciones, que ya estaban practicando tiro al blanco en terrenos del Ejército en Peñalolén.

En más de una oportunidad John Schaeffer, luego que Roberto Thieme se fue del país, había alardeado respecto del Frente de Operaciones. La situación me parecía que alcanzaba algunos niveles de fantasía muy peligrosos si, conformado un escenario nacional crítico, debíamos no entrar en una confrontación armada —que con la falta de gente y recursos me parecía una situación trágico-cómica— sino en alguna forma de autodefensa de barrios en apoyo a las Fuerzas Armadas.

Una tarde de ese mismo mes de mayo, en ausencia de John y Pablo que andaban fuera de Santiago, pedí al Frente de Operaciones que realizáramos un simulacro. Hipotéticamente debíamos pensar que se había producido

una crisis y requeríamos de "la fuerza propia". Como punto de reunión de los "comandos", que lo único que portaban era su propia mochila y lo que se les ocurriese llevar en ella excluidas armas de fuego, sería la casa de Michael Hasbún, un comerciante que vivía en una gran casa situada en el costado sur de Avenida Bilbao casi al llegar a Los Leones. Él y su esposa, Georgina, pertenecían al Movimiento. Particularmente ella era mi asistente en la revista y mi "movilización". La voluntad de colaborar en la lucha contra el gobierno, al igual como ocurría con muchas distinguidas damas del "barrio alto" de Santiago, la llevaba a poner a mi disposición no solamente su automóvil sino que la conducción del mismo para trasladarme a diversos puntos de la ciudad.

La residencia de los Hasbún reunía varias condiciones que la habían categorizado para convertirse en "casa de seguridad". Era amplia y de dos pisos y desde la calle no era posible observar con facilidad hacia su interior. Tenía entrada y salida de autos. En el centro de la "u", formada por el jardín se situaba la puerta principal con un recibo bajo techo para vehículos. Esto facilitaba la descarga y carga del armamento. Pero el detalle más peculiar estaba en el amplio living principal. Por alguna razón, que sólo el arquitecto que hizo la construcción habría podido explicar, al centro de él se encontraba la cámara de desagües. Se accedía a ella abriendo la correspondiente tapa de cemento. Aparecía, entonces, una gran pieza subterránea donde convergían hacia un común destino los "pichíes" y "demases" de los cinco baños y los residuos de la cocina. La tremenda cámara, de unos dos metros de altura por tres metros de ancho y tres o tres y medio de largo, a la cual se bajaba por una escalerilla metálica, permitía casi hacer una reunión de la Jefatura Nacional en su interior.

El "arsenal" de Patria y Libertad, que tanto mito generó en algún momento, estaba integrado no por armas

propias sino por aquellas de propiedad de nuestros seguidores —militantes y simpatizantes— que, por supuesto, las guardaban a buen recaudo en sus hogares.

Según el "plan" que se había dispuesto, en caso de emergencia cada uno agarraba su "fierro" y lo transportaba en su propio automóvil y bajo su propia responsabilidad al punto que ya estaba fijado de antemano, o que se suponía debería estarlo.

Por tanto, condición ineludible para tener el honor de pertenecer al grupo de "operaciones" que ponía las armas en caso de guerra, era poseer auto. Y ojalá modelo del año. Porque un simple "cacharro" podía echarse a perder justo en el momento del "llamado de las armas" y no "a las armas", que es muy diferente.

Teníamos, por tanto, un "arsenal disperso", o sea, la nada misma. Era otro creativo, hermoso y tierno contrasentido difícil de entender.

—¿Cuál podría ser la mejor hora para probar la efectividad de movilización tanto de los integrantes del Frente de Operaciones como de los que traen las armas?—, pregunté en tono de "Comandante" a uno de los "operativos".

—Creo que sería bueno dar la alerta como a las ocho—, me respondió con seguridad mi joven interlocutor.

—¿De la mañana?— señalé.

—No; de la noche—, replicó.

—¿Y por qué tendría que ser a las ocho de la noche?, interrogué

—¡Ah! —exclamó—, porque a esa hora ya todos están en sus casas—, respondió.

Era la mejor contestación que podía esperar. Una verdadera maravilla. Ese era no solamente el estado de preparación que tenían nuestros milicianos, sino que la capacidad de reflexión táctico-estratégica.

Convine en que diésemos el alerta a las ocho de la

noche. Ya no me interesaba la hora. Mi atención se centraba en las armas, su cantidad y estado de conservación, el parque de munición y en los "otros equipos" de que se hablaba.

Tomaba un café con los Hasbún cuando se avisó que estábamos en "emergencia operativa". A los veinte minutos llegaron los primeros "comandos". En la siguiente media hora estaban "todos". Sí; "todos", que eran una veintena de estudiantes universitarios en jeans. Tenían buena pinta y un físico envidiable. Unos llegaron con mochila, otros con sólo una manta bajo el brazo. Nuestro Frente de Operaciones cabía en el living de la casa y todos sentados.

—¿Y las armas?— pregunté a uno de ellos.

—Ya vienen, don Manuel, ya vienen. No se preocupe.

Y comenzó la segunda fase, que bien habría servido de libreto a alguna película cómica de Chaplin.

Una seguidilla de fuertes bocinazo nos alertó y llevó a mirar a uno de los ventanales de la residencia. Un flamante automóvil Mercedes Benz blanco estaba en la recepción de autos haciendo cambios de luces. Salí junto con Michael. En el interior se podía ver la figura de una despampanante rubia platinada que exhibiendo un sugerente escote se inclinaba hacia el lugar de un inexistente acompañante. Había bajado el vidrio.

—¿Esta es la casa de los Hasbún?—, preguntó, asomándose en la ventana, con una voz semironca como de cantante norteamericana de los años 40.

—Sí. ¿por qué? —preguntó Michael.

—Es que traigo el rifle del Carlos. Él no pudo venir porque tenía una reunión de Directorio. Me dijo que lo trajera personalmente porque estábamos en emergencia. Y también me dijo que se lo entregara a la Georgina o al Michael. ¿Usted es el Michael? —dijo de corrido, casi sin respirar, y como con cuarenta movimientos de pestañas

acompasadas con un coqueto desplazamiento de sus blancas y pulcras manos de uñas pintadas rojo intenso.

—Sí, yo soy el Michael, señora —dijo el aludido—. Deje el arma y váyase rápido.

Desde el interior del vehículo, que mantuvo con su motor encendido, abrió el portamaletas. Y allí estaba el arma. Un hermoso rifle marca Winchester. De repetición con palanca. Del tipo usado por los colonos en el Oeste norteamericano. Una joya de colección. Con diez balas que venían en una pequeña caja. Dos ya estaban gatilladas, inservibles.

De la ira pase a una sonrisa y terminé en una sonora carcajada. Michael me miró extrañado y al minuto también lanzó la risa. Cerramos el portamaletas y la rubia se fue sin decir una palabra. De seguro no entendió nada.

A las tres horas teníamos un verdadero museo de armas. Había de todo. Desde un juego de pistolas de duelo con carga de pólvora por el cañón y sus respectivas bolitas de acero —conjunto presentado en un elegante estuche de madera de encina forrado al interior en terciopelo negro—, pasando por carabinas Máuser acompañadas con balas de fusil de la misma marca pero que no correspondían al calibre de las primeras, hasta escopetas de los calibre 12 y 20, todas sin tiros; pistolas y revólveres de los más variados calibres, tamaños, marcas y estados de conservación —incluyendo uno sin gatillo, otro sin la nuez y dos con balas atascadas— además de dos sables de caballería, dos mosquetes, cinco corvos, un cortaplumas múltiples y una lapicera-pistola del 22, muchos años antes anunciada en avisos para "envío a provincias" de la revista "Vea".

Saldo y resumen de la experiencia: 1) Disponíamos de veinte jóvenes voluntarios que sabían disparar porque o algunos habían salido a cazar con papá, o habían recibido entrenamiento en Peñalolén; 2) Nuestra capacidad de

fuego era directamente proporcional a nuestro arsenal: cero. Con ese conjunto de chatarra no representábamos una amenaza ni para los gatos en el mes de agosto; 3) El voluntarismo de los propietarios de las armas era maravilloso, pero limitado a sus horarios de trabajo, compromisos profesionales y/o sociales; 4) Con la reserva demostrada por especímenes humanos como la rubia platinada, si no nos habían metido a todos a la cárcel era sólo porque en el gobierno andaban mirando para las nubes; y 5) La gran pregunta: ¿qué se habían hecho las armas calibre 22 que Roberto Thieme y John Schaeffer con tanto sigilo habían traído de Mendoza el año anterior vía aérea? Algunas —no más de seis— llegaron esa noche del simulacro. Las otras se quedaron con sus propietarios. Al parecer a nosotros nos entregaron solamente los "cachos".

Concluir algo después de esa experiencia era perder tiempo. La evidencia de que carecíamos de aptitudes para revolucionarios quedaba a la vista.

Pero, la mujer de Townley, que había rondado a Pablo y a mí en busca de ayuda para comprarse la casa que arrendaban con el gringo, me sacó de mis análisis, evaluaciones y proyecciones respecto de la realidad de Patria y Libertad, y de manera abrupta me sentó de traste en lo doméstico-cotidiano casi al terminar ese mes de mayo.

—Necesito que me ayuden. Ustedes le prometieron a Michael que me ayudarían. Necesito dinero para comprarme la casa que estoy arrendando. Es por la seguridad de mis hijos—, me dijo como una ametralladora la Mariana en mi oficina.

El tema había sido conversado con Pablo y John, y me lo endosaron a mí porque, según ellos, yo me había "metido" con el gringo y la Callejas con resultados no dignos de una distinción honorífica. Con ese argumento,

tan fraternal, no me quedaba mucho margen para desligarme de la responsabilidad asignada.

—Primero, no tenemos ni un centavo de escudo. Segundo: a Michael ni a ti jamás les prometimos una ayuda que no nos correspondería entregar. Tercero: sin dinero ni responsabilidad, no podemos hacer nada. Esa es la realidad—, le dije a la Mariana en tono lento, cadencioso con el manifiesto deseo de sacármela de encima lo antes posible y, ojalá, para siempre.

—No esperaba esto del Movimiento. Creo que voy a tener que hablar directamente con Pablo. A ustedes se les olvida todo lo que yo y Michael hicimos por el Movimiento. Ya veré cómo soluciono mis problemas—, sentenció la Callejas.

Días después logró hablar con Pablo. Este le dijo lo mismo. No insistió en sus demandas.

Pero un hecho hizo cambiar el curso de los acontecimientos.

Al parecer en una redada efectuada al iniciarse junio personal de Investigaciones detuvo a Miguel Stoll por presunto y reincidente delito de robo. Stoll era amigo de los Townley. En septiembre de 1972 fuimos presentados durante una de las pocas visitas que les hice a su casa. Con posterioridad lo vi una vez más. Cuando le pregunté al gringo a qué se dedicaba el personaje, me respondió: "trabajos a domicilio" sin permiso de los dueños de casa. También "trabaja" en automóviles estacionados. "¿Ladrón?", interrogué. Townley sonrió.

Si en una anterior aprehensión —ocurrida a fines de 1972—, quedó en libertad a los pocos días, en esta última, según los iniciales antecedentes que obtuve, la pista se le puso más pesada. No sé si la cantidad de evidencias que lo podían inculpar era mayor, o simplemente la policía lo "apretó" más. Lo cierto es que el afectado a cambio de su libertad ofreció hablar sobre la Radio Liberación, que

afanosamente Investigaciones había tratado de rastrear después del paro gremial de octubre de 1972. El tema interesó a la Policía Política y el trato se materializó.

Una segunda versión, obtenida años más tarde, habla de que fue la propia Mariana la que intercedió ante la policía para salvar a su amigo aprovechando de negociar, a cambio de ello, la libertad de Stoll, su salida y la de sus hijos del país y pasajes en la entonces estatal LAN-Chile.

La tercera versión, basada en comentarios que el pololo de la hija de la Mariana habría hecho a sus amigos, es que fue el propio Townley el que envió una carta a la Policía Política denunciando a Stoll por acciones que el gringo le conocía y expresando que él no había tenido ninguna responsabilidad en lo ocurrido en Concepción. Con tal acción se liberaba de un "amigo" que, como lo refleja en sus cartas, lo desestabilizaba emocionalmente. Lo que no habría calculado el gringo es que su mujer, negoció su propio "paquete", incluyendo la libertad de Stoll, que después del 2 de junio del 73 desaparece de la escena familiar y pública.

Finalmente hay una cuarta versión más simple que señala que la Callejas después de la respuesta negativa que recibió a su requerimiento de ayuda de parte de Pablo Rodríguez y mía, y guiada por consejeros externos, simplemente fue y habló con un subprefecto de Investigaciones y negoció su salida a cambio de toda la información que conocía de Patria y Libertad.

Cuando a Michael Townley lo tuvimos que echar a la fuerza del país a fines de marzo por el asunto de Concepción, Miguelito Stoll, como buen amigo y compadre del gringo comenzó a apoyar a la Mariana, al parecer, en el más amplio sentido de la palabra. Aunque joven, era más maduro que Michael, nada de mal parecido, loco como cabra montés, agradable y dicharachero.

Paralelamente la Sussy, hija de Mariana y protegida

de Michael Townley, pololeaba con un muchacho de Patria y Libertad: Milo Jaime Boigorri Araya. Este, según las malas lenguas, entre apologías al nacionalismo, marchas callejeras y preparación de bombas Molotov, había transformado la casa de los Townley en su propia pensión Soto. La situación tenía hasta la coronilla a la cuasi suegra, es decir, la Mariana. Porque no contribuía con nada; comía como evadido de campo de concentración; se lo pasaba puro "atracando" como malo de la cabeza a la niña, bien buenamocita, en el living, el comedor, el baño, la cocina y cuanto lugar de la casa les parecía apropiado; carecía del nivel intelectual y cultural adecuado a la familia; y, porque creía que su hija merecía a alguien de mejor categoría social y no un aparecido sin ningún futuro.

En el último aspecto se sobreimponía a los varios traumas psicológicos de la Mariana, la fuerte impronta genética de un padre clasista que, a los 17 años, la echó de la casa, según la dramática y novelesca versión que de su vida ella narraría años después para su libro "Laberinto" al buen aprovechado fiscal norteamericano Eugene Propper, que investigaba el "condoro" que se mandó el gringo en Washington matando al ex embajador de Allende Orlando Letelier.

En alguna medida el gringo servía de amortiguador en el diario choque —que al interior de su hogar, provocaba la presencia del esmirriado Milo—, entre la Mariana y la Sussy, niñita que había heredado parte de las características neurosicopatológicas de mami. Pero, cuando Michael a fines de marzo debió ahuecar ala y se fue para Argentina, la confrontación interna se agudizó. La Mariana, apoyada en el hombro —y seguramente en otras partes, como la mano, el pecho, etc. de su amigo Stoll—, se vio enfrentada a la soledad y a la tarea histórica de, antes de salvar al país, salvar su pellejo y, de paso, aliviar su pena.

Así, se le veía más en el auto Austin Mini del gringo junto a Miguel —¡qué coincidencia de nombre!—, que en su casa.

La ausencia de su madre en el hogar obligaba a la Sussy a cuidar de su hermano menor lo cual le limitaba el tiempo para estar y salir con el Milo. A esto se sumaba el cuchicheo a nivel de sus jóvenes amistades que veían en la relación entre su madre y Stoll, algo más que una simple fraternidad.

En una carta enviada a Michael Townley algunos días después de su apurado viaje a Miami de fines de marzo, la Sussy le contó cuanto estaba pasando en Santiago y en el país, cálidamente le expresó cuánto lo echaban de menos y la falta que hacía en el hogar y, con venenosa sutileza, le dejó entrever, al final, que Stoll no solamente le estaba usando su auto.

En el anterior contexto se explican dos cartas que el 12 de abril de 1973 le envió Michael desde Miami al abogado chileno Jorge Patricio Villalobos Bolt, cofundador del Movimiento Cívico Patria y Libertad, en 1970, y también del Frente Nacionalista, en 1971:

El texto de la primera, escrito a máquina sobre papel blanco, en anverso y reverso, y que tiene los errores propios de quien no domina bien el idioma español, es el siguiente:

"Estimado Jorge Patricio:

"Temo mucho que esta carta va a ser más que nada una cantidad de quejas, y te pido disculpas de antemano. Hasta este momento no he recibido cartas de nadie, ni de mi Sra. aunque ella me ha dicho que me mandó una. ¿Cuáles son las posibilidades de regularizar mi situación allí si vuelvo a entrar por la misma vía que salí? De conseguir una visa nueva hay dos posibilidades, una sería que Uds. me consiguen en el Ministerio del EXTERIOR

una carta de re-ingreso, más que probable esto sería imposible pero valdría la pena averiguarlo. Lo otro sería que yo pida una visa de Residente Temporario en el consulado aquí; esto trae un inconveniente, que es que el Cónsul no lo puede autorizar solo, lo tiene que referir al Ministerio del EXTERIOR, que supongo que a su vez pide informes al Ministerio del Interior. Por lo que yo he podido entender esta ayuda ha sido casi nula, y me da la impresión que a P. (se supone que es una referencia a Pablo Rodríguez. N. del A.), no le importa la felicidad de mi Sra. ni de mis niños ni el mío. Reconozco que él tiene problemas y preocupaciones mucho mayores y que ve en mí un grave peligro para él y para el Frente, pero él tiene que reconocer que hemos hecho, para bien o mal, todo para la causa de él, que yo y mi familia estamos en esta situación debido a ideales a actuaciones a favor del Frente. Tengo la impresión que todas las promesas que me fueron hechos fueron nada más que para que yo me fuera del país. No me entiendas mal, a ti te agradezco mucho lo mucho que sé que has estado ayudando, pero las promesas de los demás no se cumplen! La Inés se interesó en comprar la casa porque no encontraba para arriendo, y el Frente no la ayudó en nada en buscarlo. Tenemos suficiente plata para el primer pago, el saldo no tengo idea de dónde lo voy a sacar pero lo haré de una forma u otra. La plata que la Inés va a pagar es *todo* lo que tenemos, ni siquiera habrá suficiente para pagar las ampliaciones que habrá que hacer. Inés va a tener que vender muchos de sus bienes y cosas nuestras para poderlo pagar. No me deja plata para terminar el velero tampoco, ni tampoco nos deja plata con que ella puede vivir. Sin plata para terminar el velero pierdo todo esperanza de regularizar nuestras finanzas por mientras. Por lo que entiendo, nunca mandaron el telegrama ni tienen intenciones de hacerlo, tampoco tienen intenciones de

mandarme las cosas para que yo pudiera hacer algo efectivo aquí. Informe a Manuel F. —no cabe duda que se refiere a mí. Nota del A.—, que sin esa cosas yo no siento ninguna responsabilidad moral de buscar plata aquí, ni tampoco siento la responsabilidad de devolver la plata que él me dio. Si ellos no me respaldan y no cumplen yo no puedo funcionar ni responder. Yo temo mucho la posibilidad de perder a mi familia. Inés se ha visto necesitado de recurrir en todo al único persona que se ha demostrado dispuesto ayudar en todo y en cualquier momento, Miguel E. (referencia a Miguel Stoll. N. del A.). Yo no estoy allí para cumplir en mis funciones de marido y puedo perderlo todo porque soy responsable de esta situación que la está forzando a actuar sin mí y sin poder pensar en un futuro conmigo. Y como no se ve, y aparentemente no se hace nada, que yo puedo regresar luego, temo mucho que ella me sustituye más y más con otro persona hasta que llegue el día que la pierdo. No quiero pedirte que me ayudas [illegible] ideales ni por amistad, entiendo que no es justo que tú te perjudiques a tus socios y otros clientes atendiendo a mí y mi familia por amistad.

"Si quieres, haz una escritura de que tú me representas en todos mis asuntos legales y mándamelo con una factura para tus honorarios para servicios legales varios para un año, por supuesto cobrando cualquier servicio fuera de lo normal aparte. Por favor no me entiendas mal, sé que nos has pedido nada, y que no había pedido nada, pero necesito que tú representes nuestros intereses ante los de cualquier otro, aunque estos interés podría en algún instante ser parcialmente contrario a los del Frente. No te podría pedir esto si los que son responsables a ti por la parte plata son ellos mismo.

"Ahora te quiero pedir algo muy personal, muy desagradable, y bastante sucio. Quiero saber todo lo que está

haciendo mi Sra., todo lo que hace durante el día entero. Adonde va, con quién, etc. Supongo que tendrás que contratar alguien para hacer esto. Insisto en que mi Sra. *jamás* sepa de esto. Quien sea que tú contrates para hacer esto tiene que ser de total confianza y tiene que entender que mi Sra. está acostumbrada a que la siguen y sabe cómo perder a gente cuando la siguen. Yo no quiero que ella ni sospeche que la están siguiendo. Si tú no quieres meterte en esto por favor comunícamelo altiro, es una situación bastante desagradable y te entendería perfectamente.

"Resumiendo las cosas que te pido, son:

"A) Que se hace todo lo posible para que yo pueda volver, o arreglando mi situación actual, o con carta de re-ingreso, o con visa nuevo. (Por supuesto que no volveré hasta que ha pasado el peligro, pero quiero que las cosas necesarios se hacen ahora y no después).

B) Que me escribas y me dices como van las cosas, en lo personal y en lo político para mí y el país.

C) Que defiendas enérgicamente los intereses de mi Sra. y los míos con P. y la gente del Frente.

D) Que *tú llames constantemente* a la Inés, y la ayudas en todas las cosas prácticas posible, igual que los legales. (No quiero que ella tenga que recurrir a nada más que una persona).

E) Que me informes, constantemente, lo que está haciendo la Inés. En lo público, y hasta donde se puede en lo privado, pero siempre, siempre sin que ella lo sepa!

F) Que formalices tu representación de mis intereses y los intereses de mi familia.

"Perdone que esta carta ha salido en esta forma, pero me estoy volviendo loco aquí, sin saber nada. Estoy con amigos, con familia pero no me significan nada. Estoy solo, y no sé lo que occurre allí y me estoy volviendo lentamente loco. ¡Por favor ayúdame!

"Hay una carta aquí para Miguel. Quisiera que se lo entrega en una forma privado, y que por ningún motivo supiera la Inés que yo la escribí. Del pedido que averigües acerca de la Inés, si aceptas hacerlo, esto no quiero que lo sabe *nadie* menos tú. Si hay alguna cosa que yo te puedo hacer aquí avísame no más y lo haré encantado. Cualquier carta que me mandes, mándamelo correo aéreo no más. Es imposible que controlen las cartas que salgan del país.

"Te saluda tu amigo,

"Miguel Andrés o, Juan Manolo".

Hay una firma ilegible que luego se repite exactamente igual en tres de las cinco cartas.

Townley hace referencia en esta primera carta a un telegrama. Efectivamente al momento de entregarle el dinero a fines de marzo para que se fuese del país y ante la negativa a su petición de otorgarle una carta credencial de Patria y Libertad presentándolo ante los grupos de cubanos en el exilio residentes en Miami para que solicitase dinero, el recurso que en ese momento utilicé para tranquilizarlo fue el compromiso de gestionar, si no había oposición de la Jefatura Nacional, el envío de un mensaje cablegráfico designándolo representante nuestro en la ciudad norteamericana. Nunca lo hicimos.

Y en cuanto a las "cosas" que yo debía enviarle, éstas no eran más que libros de Pablo autografiados, folletos y revistas del Movimiento que, según él, le permitirían mostrar sus vínculos con Patria y Libertad a los cubanos y estadounidenses que quisieren apoyar la lucha contra Allende, y obtener dinero para la "resistencia". Pero a nosotros lo único que nos interesaba era lo contrario: que el gringo se hiciese humo. En buena hora no aceptamos sus demandas ni ofrecimientos. En mala hora otros accederían a ellas en el futuro.

y que nadie me ha escrito, o sea mi propia imaginación. Me estoy volviendo loco, lentamente pero allá voy.

"Quiero volver a casa! Quiero saber si alguien está haciendo algo, por lo menos averiguaciones, para ver cuándo y cómo puedo hacerlo para volver. O si están diciéndome cosas para mantenerme aislado y semi feliz aquí para que no vuelvo para no producir problemas allí. Siento como la manzana envenenada y necesito saber si todavía tengo familia, señora y amigos que me quieran, o si ya no tengo más que gente que dicen ser familia y amigos para que yo no vuelvo y produzco problemas. Cualquier de los dos que sea, necesito saberlo en forma de verdad absoluta. Si ya no tengo nada, quiero pasar mi pena aquí, para no molestar a nadie allí con mis llantos y estúpidas reacciones.

"Acabo de dar cuenta que puse el calco al revés, mala cueva.

"Por favor Miguel, escríbame. Y de nuevo te agradezco por todo lo que estás haciendo, y que has hecho para Inés y los niños, y de nuevo te insisto en decir que esta carta es entre tú y yo y para la Inés lo vea ni que sepa de ello.

"Te saluda y despide, tu amigo.

"¡Chao!

"Mi dirección es:

"Plaza Century — Apt. 508
1012 North Ocean BLVD.
Pompano Beach, Florida
U.S.A. * 33062

"(escríbeme pronto, por favor!)".

Hay una firma ilegible igual a la de la carta anterior.

Los antecedentes aportados supuestamente por Stoll a la policía —o por el mismo gringo, según una de las hipótesis—, condujeron rápidamente a ésta hacia la residencia

de los Townley. La atención estaba puesta en la Mariana. Con cierta delicadeza la enfrentaron y conminaron a hablar sobre la Radio Liberación y las actividades de su marido norteamericano.

Mientras tanto el gringo andaba en su propia nube en Miami, ignorante, hasta ese día, del nuevo protagonismo de su amada esposa y de sus negociaciones con la Policía Política. O bien estaba a la espera de lo que sabía estaba ocurriendo.

Sin embargo, de la lectura de la carta del 29 de mayo, fechada en Florida, y que recibió el abogado Villalobos Bolt, se puede estimar que Townley, tan aparentemente franco, estaba en otro mundo. Textualmente señala en la ocasión:

"Estimado Jorge Patricio:

"De nuevo te estoy escribiendo, aun que no he tenido ninguna carta ni ninguna noticia de ti.

"Te dije en una carta que yo no esperaba que me representara por amistad. Todavía digo lo mismo, y quisiera recibir una respuesta a esta carta a vuelto de correo.

"Yo quiero que tú me buscas la vía para que sea posible que yo vuelvo a Chile. Y te digo de antemano que no va a ser para volverme a la política. Lo único que me interesa ahora es poder vivir en el país donde quiero pasar mi vida.

"Te enviaré un anticipo a través de un amigo o amiga. Te llamarán por teléfono y tendrás que ir a buscarlo. Debería llegar a fines de la próxima semana.

"Si tú crees que mi vuelta, o trabajar a tu máxima capacidad para ella, es contrario a tus intereses o ideales privados, entonces tenga la bondad de decírmelo para que yo puedo buscar a otro abogado. Recurro a ti, porque te estimo como abogado, porque me has ayudado en el pasado, y porque Manuel (se refiere al empresario Katz. N. del A.) te tiene tanta confianza.

"Estoy un poco más que un poco molesto contigo, porque creo que no has hecho todo lo que podría haber hecho para mi Sra. Pero el pasado es el pasado. Eso sí que esperaré que si aceptas, la aceptación será con todo tu esfuerzo y el máximo de tus habilidades y que no dejarás que ninguna otra representación tuyo interfiere con mis intereses.

"En espera de tu rápida respuesta,
"Te saluda,
"Miguel Andrés Torres
a/c AAMCO
455 North East 167th. St.
North Miami, Florida
U.S.A. — 33162

"P.S. Incluyo una carta para Pablo, te ruego que se la entregues a lo brevedad posible, gracias".

Hay una firma ilegible igual a la de las anteriores misivas.

La carta a Pablo escapó a mi conocimiento.

Por los dichos del 29 de mayo, es obvio que Michael continuaba pensando regresar a Chile, actitud que carecería de sentido si hubiese estado en su conocimiento el viaje de su familia a los Estados Unidos.

En cambio, cuatro días después, el 2 de junio, queda de manifiesto en una cuarta carta de Townley al abogado Villalobos Bolt, que sabe de las conversaciones de su mujer con la policía y el tenor de las mismas. Se puede inferir también que no estaba al tanto de la detención de Stoll —si efectivamente el hecho ocurrió— situación que Mariana le habría ocultado.

El texto dirigido al abogado señala:

"Estimado Jorge Patricio:

"Aprovecho mandarte estas cartas por mano a través de un amigo junto con una cuota para tus honorarios. Si prefieres te lo puedo depositar aquí

"Por el momento voy a presumir que aceptarás representarme. Te estoy mandando copia de una carta que he mandado a Sub-Pref. Lasich de la P.P.. Esta carta ha sido enviada por correo en CHILE, o sea con estampillas chilenas echadas a un buzón en Stgo. Como tú leyeras le he dicho que cualquier carta que él me quiere hacer llegar, que lo entregue a ti como mi abogado y que tú me lo harás llegar. No quiero que tú respondes a ninguna pregunta de ellos sin consultarme la respuesta primero.

"La persona que te entregue estas cartas probablemente podrá traerme correspondencia de vuelto, y te pondré en contacto con otras personas que también podrán traer y llevarte correspondencia.

"Por favor entiende una cosa: por todo lo que lo he podido ver y entender, yo he sido usado para colgar muchas cosas, que cosas más, fuera de lo del sur, todavía no sé, quizás sabré una vez que la P.P. empiezan a hacer preguntas. *Esto no me gusta.* Muy probablemente me va a costar mi familia, a si que no espere que yo guarda buenos pensamientos para las personas que me han usado y que me están usando. Yo no creo en la venganza. Nunca he creído que dos males equivalen a un bien. Lo único que busco es poder volver a Chile y vivir en paz, cerca o con mi familia, y trabajar. La oposición ganará sin más esfuerzo de mi parte. Y aunque otros quizas no lo creen, yo sí creo que ya he dado bastante, que mi familia ha pagado y dado más de la cuenta. Entonces voy a hacer todo lo que puedo y que sea necesario para volver. No quiero perjudicar a nadie con mi vuelta, no quiero causar daño a ningún Movimiento de oposición, a si que creo que si puedes, sería un buen idea pedir la ayuda de

cualquier persona que podría ser afectado con mi vuelta, porque yo voy a volver! Hágale entender a nuestro amigo que no digo esto con malos pensamientos sino con el único deseo de volver a casa.

"Te pido que me mandes una carta, a nombre de la compañía donde yo trabajo, sin ningún nombre mío, así será más seguro, pero por favor escríbame altiro, no esperes mandarlo con alguien o con el amigo gordo. Me puedes mandar más con los amigos, pero quiero saber inmediatamente que piensas tú, y qué crees que podrás hacer. Al no recibir respuesta inmediata yo vuelvo inmediatamente, no quiero esto más.

"Saludos".

Hay una firma ilegible igual a la de las otras cartas. Al reverso se lee:

"J.P. — La carta a Lasich está en Stgo. listo para enviar. Si tú tienes otra sugerencia que estimes mejor hágamelo saber altiro. Si necesitas comunicar conmigo en forma ultra urgente por tel. alguna vez hágalo persona a persona al 305-781-7729, y por supuesto agregue el costo a mi cuenta.

"Si no recibo contestación tuya en diez días después del 6/6 (o sea antes del 16) haré llegar la carta a Lasich, o sea tomaré por entendido que tú estimas que esto es un buen camino para empezar.

"Chao".

La carta a Investigaciones, mencionada y cuya copia adjuntó Townley al abogado Villalobos decía:

"Sr. Lasich,

"Sé que hace tiempo Ud. quiere hablar conmigo, mi Sra. me lo ha informado. Hace meses atrás Ud. detuvo a

un "amigo" mío y desde ese entonces le han hecho la vida muy difícil, fuera de lo que le sucedió mientras que estuvo detenido, las flagelaciones, etc.

"Él me informó que la mayoría de las preguntas que le hicieron eran acerca de mí y que eran sobre cosas que él no sabía y que yo tampoco tenía idea. Él me imploró que yo me escondiera porque estaba convencido de que Ud. quería armar un drama non—existente conmigo. En vista de las cosas que él me dijo, más el hecho de mi nacionalidad que daría más sabor a un escándalo o un 'show' político, y el hecho de que mi visa no estaba en orden, más los consejos de varios amigos que por mi nacionalidad Uds. tratarían de colgarme todas las cosas que han pasado en Chile desde que hundió "La Esmeralda", decidí que sería mejor desaparecerme de Santiago por un tiempo. Veo ahora que esto fue una mala decisión. Porque por el hecho de haber esfumado temporalmente solamente ha ennegrecido las cosas para mí.

"Tengo entendido que Ud. ha tenido muchos deseos de saber si yo estaba en cierta oportunidad en el sur. Le digo ahora, y lo estoy dispuesto a jurar, o tomar un examen poligráfico, o inclusive ser flagelado para informarle, que yo *no* estaba ahí durante los tres días que a Ud. le interesa, viernes 16 por la noche, ni el 17, ni el 18, ni el 19, ni el 20, 21, 22, etc. Como le digo, le juro esto y lo puedo probar.

"Estoy dispuesto a contestarle lo que puedo, no pienso dañar a ningún amigo con respuestas: contestaré lo que a mí concierne. A cambio quiero que me ayuden a regularizar mis papeles y visa para que yo puedo seguir viviendo y trabajando en forma tranquilo. Por supuesto no pido ser liberado de ninguna responsabilidad mía, si hay, lo que quiero primero es poder quedarme en forma legal, de estar aquí en forma legalizado para afrontar mis responsabilidades con Uds. y cualquier otro.

"Le advierto que no tomen la vía fácil de tratar de hacer que todo calza a mi.

"Si quiere comunicar conmigo, hágalo por escrito a través de mi abogado Sr. Jorge Patricio Villalobos, teléfono 64502 o 87238, Ahumada 312, of. 924, él tiene copia de esta carta.

"Les puedo decir en muy pocas palabras porque yo he escondido, es porque no me gustan sus métodos.

"Atte.

"Michael V. Townley W.".

No hay firma.

De esta carta se colige que Mariana fue la que abrió las conversaciones con el Subinspector Leonardo Lamich y que, como consecuencia de ello, Michael envió la carta al abogado Villalobos y al policía.

Debo suponer que la Callejas se manejó con habilidad. La policía sabía de ellos más de lo que imaginaba ¿quizás por Stoll? Fue cuando, con la desfachatez consubstancial a su personalidad, planteó las reglas de juego. Si se le permitía salir del país y pasajes a Miami para a ella y sus hijos, contaría todo lo que sabía de lo ocurrido en Concepción con el Canal 5 y la sustracción de los equipos que interferían su señal, además de otros antecedentes que conocía o que agregó de su fértil y aguda imaginación de cuentista profesional.

El mismo día que hizo contacto con la policía me informé del hecho por Blanca Mason, esposa del empresario Manuel Katz. Ambos eran integrantes de Patria y Libertad y mis amigos. Se relacionaron con los Townley por sus hijos, que estudiaban en el mismo colegio. Además Manuel también se vinculaba a Villalobos, que le asesoraba en asuntos legales.

Blanca, que conocía bien el perfil doble de la Callejas, me advirtió que ésta —ya con dos visitas al Cuartel

Central de Investigaciones— en cualquier momento lo contaría todo con tal de salvar su pellejo. Le pedí, entonces, que me mantuviese informado de sus movimientos, en la medida de que ello fuese posible.

Junio ya había comenzado. Pablo y el resto de la Jefatura Nacional se aprestaban a viajar al norte el jueves 14, siguiendo el plan de giras del que se habló en la reunión de Temuco. Nada parecía alterar las rutinas. Pero en las últimas horas del domingo 11, Blanca Mason y su marido llegaron a mi casa.

—La Mariana se va de Chile —me informó Blanca. En las tonalidades de su voz se advertía nerviosismo.

—¿Cómo lo sabes?—, le pregunté.

—Se fue a despedir de nosotros. Nos dijo que Michael le envió los pasajes y que la policía no le obstaculizaría la salida del país. Tampoco a sus hijos. Yo creo que "cantó" todo; delató al Movimiento. Contó lo que se le vino a la cabeza con tal de negociar su salida—, acotó Blanca poniendo énfasis en sus palabras, habitualmente procaces.

—¿Cuándo crees que se va?— le pregunté.

—¡Se va mañana! ¡Tiene pasajes para mañana!—, respondió Blanca, agregando: —¡Estoy segura que esta "huevona" nos vendió!

—Te pido el siguiente favor: confírmame si viaja mañana. Y me lo informas. Y si es así, acompáñala al aeropuerto y desde allá me comunicas a qué hora se fue—, dije a Blanca.

Si la Callejas había entregado información a la policía política sobre Patria y Libertad —protagonizando el guión de la delatora del cuento que le publicara un año antes en la revista del Movimiento—, la situación se nos complicaría. Los temas únicos, en todo caso, donde metió su intrusa nariz, eran la radio clandestina y la operación en Concepción.

Pablo Rodríguez estaba al tanto de los contactos de la

Callejas con la policía, y coincidía conmigo en que sólo nos cabía esperar el desarrollo de los hechos. Cuando le anuncié que tenía confirmación de su viaje a Miami, con hijos incluidos, reaccionó positivamente señalando que sería un problema menos. "¿Y si abrió la boca?", pregunté. "En tal caso veremos qué hacemos. Por ahora seguimos el plan de giras", respondió Pablo.

A las 10 de la noche del lunes 11 de junio en un avión LAN-Chile, la Callejas e hijos se marcharon del país. Dos horas y media después la policía comenzó a buscar a militantes nuestros del Frente de Operaciones, presuntamente implicados en el caso de Concepción.

El 12 de junio, cuando la Mariana y sus hijos ya estaban en Miami, Michael envió, sobre la marcha, una nueva carta a Villalobos, la última. El texto, con correcciones y agregados hechos a mano, seguramente de su mujer, habla por sí solo:

"Estimado Jorge Patricio.

"Hace cuánto tiempo atrás fue que te pedí que empezaras a hacer cosas para poder regresar. Piensa, si las hubieses hecho, cuanto de las cosas que han sucedido ahora podrían haberse evitado. Si hubieras empezado habrías sabido mucho de lo que estaba sucediendo y consecuentemente podrías haber hecho mucho para aminorar los sucesos de ahora.

"Lo que ahora quiero saber es, qué estás haciendo para defender a mí y a la Inés. Quiero saber, y por favor a vuelta de correspondencia, qué se puede hacer para empezar nuestra defensa y cómo se puede llevarla a cabo para que nosotros podamos volver algún día, luego.

"La Inés quiere volver en este mismo instante para aclarar las cosas, para sacar la suficiente verdad para aliviar de nosotros el cargo de asesinato, yo también estoy con los mismos deseos, los de afrontar las cosas, como aparentemente ya no hay nada para ocultar.

"Lo único que puede aplazar nuestro regreso es saber exactamente qué se está haciendo y la efectividad de lo que se está haciendo.

"Todo lo que te dije en mis cartas anteriores vale, yo voy a regresar, si sea en un momento que tú y los demás consideran conveniente va a depender completamente de Uds., principalmente de ti. Vamos a regresar los dos, si sea en este mismo instante para afrontar las cosas y aclararlos nosotros mismos, por la razón que tú no lo quieres hacer, o que sea después de que se aclaren las cosas es decisión tuya.

"El detective con quién hay que hablar se llama Lamich o Lamach, es subprefecto o también puede ser con el prefecto Clausen. Las cosas que hay que contestar tú puedes mandar a nosotros, las respuestas te los mandaremos y tu entregarás las respuestas en la forma más conveniente. Supongo que haciendo las declaraciones ante un notario público aquí también podría quizás ser válido para un juez ahí no sé, tú vas a tener que ingeniar la forma más realista y práctica.

"Si vas a necesitar más plata házmelo saber. La Inés te dijo en repetidas ocasiones que había que hacer algo, y no la escucharon. Si Miguel ha hablado, cosa que dudamos porque todo empezó la misma noche que ella se fue y hasta ese momento él no había hablado con Investigaciones, también es culpa netamente tuya. Miguel te pago para hacer su defensa y sacar un recurso de amparo preventivo, cosa que tampoco hiciste, también Inés te dijo que si no se hacía algo para ayudarlo y protegerlo iba a hablar de todo, a sí que si habló también es culpa tuya (y de los Srs. Manuel Fuentes y Pablo Rodríguez). (Este último texto en que me menciona a mí y a Pablo está escrito a mano y al final hay una "I" mayúscula que, debe asumirse, es la señal que dejó la "Inés" Callejas. N. del A.)

"Bueno, viejo, qué va a ser, nos vamos altiro a aclarar cosas, o vas a hacer algo, efectivo y (vas a defendernos) de inmediato.

"Si la respuesta es sí, llama persona a persona a Pablo González al 305-781-7729; por supuesto se dirá que no está, pero así sabremos que estás trabajando. Favor de escribir inmediatamente de todos modos".

Hay una firma ilegible en el borde de la carta similar a la de las otras.

Los hechos inmediatamente posteriores permiten afirmar que el abogado Villalobos no llamó a Townley y que, tal como este último se lo advirtió, la carta llegó a la Policía Política en el transcurso del día 16. Y no por correo sino que entregada personalmente. Dicha carta, no me cabe duda alguna, permitió encubrir todo lo que la Mariana "cantó" a la Policía Política, percutando de inmediato la reacción del gobierno, ya en antecedentes de todo. Sólo eso explica que el domingo 17 durante un discurso en una concentración pública el propio Salvador Allende anunciara que a Patria y Libertad se le dejaría al margen de la ley.

La furibunda amenaza de Allende fue el adelanto de una querella, que en los días siguientes, interpuso contra el Movimiento el Ministerio del Interior por supuesta "asociación ilícita".

Pero los acontecimientos, sin embargo, adquirirían una dinámica fuera de nuestro control.

CAPÍTULO XII

El "tanquetazo"

La tarde del 29 de junio de 1973 al subirme al auto Fiat 125 junto a Pablo Rodríguez, John Schaeffer, Juan Eduardo Hurtado, Benjamín Matte y otros dos militantes, uno de los cuales oficiaba de conductor, sentía en mi boca el sabor amargo de la derrota, una extraña sensación de vacío, desorientación y deseos incontenibles de bajarme y caminar. Caminar sin apuros, como cualquier persona y oler, bajo los árboles que veía pasar, la humedad de ese invierno que ya se había iniciado.

En las horas que habían antecedido a aquel breve viaje en auto, los siete que nos apretujábamos en su interior experimentamos la más variada gama de estados anímicos: desde la angustia, pasando por la alegría y la frustración hasta el pesimismo. Ahora, y mientras el vehículo avanzaba, todos nos mostrábamos cabizbajos, tensos. Silenciosos. Pensativos. Cada uno parecía mantener un diálogo interior consigo mismo que le impedía pronunciar una sola sílaba.

A velocidad moderada el auto llegó a la Avenida Américo Vespucio. Luego continuó por ésta en dirección al sur.

—¡Mierda¡—, exclamó con energía y golpeando el volante, Luis Fernando Moro, el conductor, un joven y conocido diseñador e industrial de muebles, integrante

del Frente Invisible, amigo de Roberto Thieme y Roberto Allende. Nos miramos alarmados pensando que habíamos sido sorprendidos por la policía. —¡Putas, que somos quemados!— añadió.

—¡Qué ocurre! ¡Qué ocurre!— exclamó, José Manuel Ruiz, que era el cuarto pasajero que venía atrás a medio sentarse.

—Vamos con una rueda trasera desinflada. Por eso el auto se me va para el lado—, dijo con voz apesadumbrada.

—¿Y alcanzamos a llegar?—, preguntó Pablo.

—Yo creo que sí. Y si no ¡qué mierda! le echamos con la llanta hasta donde reviente. Total ya estamos en esta...—, dijo Luis Fernando.

—Anda más despacio—, acotó Pablo.

—Claro. Y si no nos bajamos y caminamos—, señaló Benjamín Matte que, sin decir palabra hasta ese instante, afirmaba su ánimo en la pipa que aspiraba y aspiraba sin cesar, invadiendo la cabina del vehículo con el sabor dulzón del tabaco Amphora.

—¿Porque no "apagai" esa "huevá" y te dejas de hablar leseras?—, dijo John Schaeffer en tono impulsivo dirigiéndose a Benjamín. Este se mantuvo en silencio. Todos nos mantuvimos en silencio. Juan Eduardo Hurtado esbozó una mueca de sonrisa. Seguimos en silencio. El tiempo sicológicamente eran largo. Transcurría de manera cadenciosa.

A nuestro paso todo se mostraba tranquilo. Muy escasos vehículos y casi ningún transeúnte daban la impresión de una pasiva y seminublada mañana dominical. Pero la realidad era diferente. Muy diferente. El reloj marcaba exactamente las tres y cuarenta y cinco minutos de la tarde. Una cadena nacional obligatoria de radios impuesta por el gobierno informaba con cierta periodicidad de la situación en que se encontraba el país y narraba algunos detalles de los acontecimientos que se estaban desarrollando.

—El "compañero" presidente Salvador Allende se encuentra en La Moneda. Se ha programado para esta tarde una concentración de apoyo frente al Palacio de Gobierno. Los partidos de la Unidad Popular y la Central Unitaria de Trabajadores han llamado a sumarse a la defensa de la democracia—, decía un locutor de la Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República a través de todas las emisoras, mientras música del conjunto Quilapayún se escuchaba de fondo.

En la mañana de aquel día, y cuando muchos chilenos ya se encontraban en sus trabajos y actividades cotidianas o se dirigían hacia ellos, una unidad blindada del Ejército se había sublevado en Santiago en contra del gobierno de Allende. El frustrado intento conmocionó al país y a nosotros nos dejó en una poco envidiable situación: por cielo, mar y tierra nos buscaba toda la policía. Con orden de matarnos, según se lo confesó siete días después a Benjamín Matte el propio Director de Investigaciones, Alfredo Joaignant Muñoz.

Y efectivamente los cinco que integrábamos la Jefatura Nacional de Patria y Libertad, y que éramos transportados a esa hora por Moro y Ruiz, aunque hasta último momento tratamos de detener el alzamiento por considerarlo un desvarío, igualmente aparecíamos implicados hasta el cuello, situación difícil de contradecir si nos mataban "por resistirnos al arresto", como era el propósito, para luego exhibirnos como chivos expiatorios en el altar de la democracia socialista que se estaba construyendo en el país.

Ingresar al estacionamiento de autos de la Embajada de Ecuador, ubicada para fortuna nuestra y desgracia de nuestros captores, a pocas cuadras de la "casa de seguridad" en que habíamos permanecido por 18 horas, bajarnos del ya alicaído vehículo, pulsar el timbre eléctrico

anunciando nuestra llegada e ingresar al interior de la lujosa residencia diplomática, fue un acto en el que no mediaron más de dos minutos.

Nadie se había percatado de nuestro subrepticio ingreso a la representación extranjera. Y el mayordomo —una verdadero clon del cardenal Raúl Silva Henríquez—, al abrirnos la puerta nos franqueó el paso y sólo cuando la cerró se percató que nuestra presencia no obedecía, precisamente, a invitación alguna.

Diez minutos para las cuatro de aquella tarde del 29 de junio de 1973 se cerró un capítulo en la vida personal de cada uno de los que estábamos a punto de asilarnos, se sumó otro episodio a la historia de Patria y Libertad y se marcó una etapa diferente en la marcha de los acontecimientos del país. Ese es una hecho irrefutable, gústele o disguste a algunos.

Pero, lo único claro que teníamos a esa hora era que estábamos a salvo. En lo personal, y mientras asumía el nuevo rol de futuro asilado, se agolpaban en mi mente, en rápida sucesión, el recuerdo de mi familia, de mi hogar, la situación en que podían estar mis hijos y esposa, mis amigos, todo lo cual se sumaba a fugaces, confusas y plurales reflexiones sobre nuestro futuro, el porvenir del Movimiento y la situación de los demás dirigentes de Santiago y provincias. Estos, si bien es cierto podían asociar la situación en que estábamos envueltos con los anticipos dados por Pablo Rodríguez en la reunión secreta que sostuvimos en Temuco al término de nuestro encuentro nacional, lo más probable es que hayan estado sin organización alguna para enfrentar emergencias como la que en ese instante vivíamos. Imágenes de la persecución a nuestros militantes, de allanamientos a nuestras sedes y oficinas y la forma en que los hechos del día podría afectar una acción institucional de las Fuerzas Armadas, completaban mi cuadro.

Con esa particular conmoción que sobreviene al pensar "¡Me salvé!", esperamos en un gran salón finamente amoblado la llegada del dueño de casa, el embajador Alfredo Correa. Él, a esa hora, estaba en sus oficinas de la Avenida Pedro de Valdivia informándose, con otros diplomáticos, de los sucesos de esa mañana, del desarrollo de los mismos en el resto del día y sus probables proyecciones y consecuencias, para transmitir tales antecedentes al gobierno militar de su país, encabezado por el general de Ejército Guillermo Rodríguez Lara que en febrero del año anterior había derrocado al presidente José María Velasco Ibarra, proclamando un gobierno nacionalista y revolucionario. Correa, obviamente, estaba ajeno a los sucesos que en ese mismo instante tenían como escenario su propia residencia y hogar.

La espera del embajador se prolongó por casi quince minutos. Todos mostrábamos signos de agotamiento y cansancio. Pablo Rodríguez, con sus manos atrás, se paseaba inquieto por la amplia biblioteca de la lujosa residencia que otrora perteneciese a un rico industrial textil. Juan Eduardo Hurtado, por su parte, muy nervioso miraba desde uno de los grandes ventanales hacia la avenida. Pero todo en el exterior parecía normal. Matte, aspiraba su inseparable pipa y John, que siempre se caracterizó por una amplia sonrisa, mostraba signos de honda preocupación. Yo me había sentado. Observaba desde esa posición a mis compañeros. Me embargaba una tremenda preocupación. Pero no sentía miedo. Estábamos con vida y eso era lo importante.

El sonido suave del motor de un vehículo que ingresó lentamente al amplio estacionamiento de la residencia diplomática nos sacó de nuestras cavilaciones, advirtiéndonos de la presencia de alguien que, inequívocamente, era el Embajador. Con su llegada debería iniciarse el primer paso para la petición de asilo político al Gobierno de Ecuador.

Cinco de los siete que estábamos esperando la llegada del diplomático nos acercamos hacia el hall central de entrada. Pablo se situó al centro. Al momento de ingresar el Embajador Correa acompañado del Ministro Consejero Gustavo Cordobés, —como en una escena de teatro previamente estudiada—, avanzó algunos pasos, les saludó extendiéndoles la mano, y se situó delante de ellos. Había silencio. Estábamos sólo nueve personas.

—Invocando las normas humanitarias, que distinguen a todos los países sudamericanos, y los tratados y acuerdos interamericanos, es que los cinco dirigentes del Frente Nacionalista Patria y Libertad, aquí presentes solicitamos a través de usted a su Gobierno se nos otorgue el asilo político, en razón de estar implicados directamente en los hechos ocurridos en el día de hoy. Debo manifestarle, señor Embajador, que ninguno de nosotros ha cometido delito alguno ni se encuentra procesado por la justicia ordinaria. Somos perseguidos por razones eminentemente políticas. Nuestras casas han sido allanadas y la policía nos busca. Nuestras vidas están en grave peligro—, dijo Pablo Rodríguez de corrido, en limpio y con una seguridad, firmeza de voz y respeto, impresionantes.

Hubo breves instantes de silencio. Y habló el Embajador:

—Mi gobierno y mi país tradicionalmente han sido observantes de los tratados que rigen el asilo político por considerar que es una institución humanitaria. Sin embargo, debo hacerles presente que no puedo responder de inmediato, afirmativa o negativamente, a la petición que ustedes me hacen. Esa es atribución de mi Gobierno, al que consultaré con la celeridad que exigen las circunstancias. El asilo político, como ustedes comprenderán, está sometido a toda una mecánica que debo cumplir rigurosamente por la responsabilidad que implica. Mientras hago

las consultas del caso, ustedes pueden permanecer en el interior de esta casa que goza de inmunidad, en calidad de mis invitados—, respondió con cortesía Alfredo Correa, aunque era visible su nerviosismo. Su esposa, minutos antes le había señalado telefónicamente: "Alfredo; ven de inmediato. Llegaron y entraron a la casa unos señores pidiendo asilo".

Acto seguido el diplomático avanzó por el pasillo central y nos invitó a volver a la biblioteca donde nos había instalado inicialmente el mayordomo.

—Les ruego permanezcan aquí. Pónganse cómodos. Yo regresaré a las oficinas para informar a mi gobierno—, dijo Correa, en tanto ordenaba izar la bandera de su país en el mástil de la entrada de la residencia y mantener las puertas de las rejas con llave. Como nada dijo respecto del teléfono y su uso, segundos después de que se fue por turnos hablamos con nuestros familiares y les informamos de cuál era nuestro destino.

A esa hora, las cuatro y media de la tarde, ya circulaban versiones señalándonos por muertos en un enfrentamiento o detenidos cuando tratábamos de huir hacia el sur del país.

Nuestros dos acompañantes, Luis Fernando Moro y José Manuel Ruiz, a quienes invitamos a asilarse, rechazaron hidalgamente la propuesta.

—Nosotros no somos dirigentes, ni estamos directamente vinculados con el Movimiento, o al menos no tan abiertamente relacionados con él, y menos con este "pastel". Así es que no nos buscan. Y, además, somos más útiles aquí en Santiago—, dijo Luis Fernando luego de acompañarnos con José Manuel una hora y recibir de parte de nosotros las primeras y básicas instrucciones para el Movimiento.

Luego de cambiar el neumático desinflado, ambos salieron una hora y media después sin problemas de la

embajada y se perdieron por Américo Vespucio hacia el norte. Eran portadores de las instrucciones al Movimiento; de una declaración nuestra en que reconocíamos la participación que, de alguna manera, tuvimos en los hechos; y con la nómina de los dirigentes que debían asumir la conducción de Patria y Libertad.

A comienzos de ese mes de junio no se podía anticipar que fuese un mes con menos tensiones que los anteriores. Crecía el descontento popular. La falta de productos, las amenazas que los grupos de la extrema izquierda marxista hacían con su "poder popular", los graves llamados de atención de la Corte Suprema a Allende por no respetar los marcos de la legalidad, eran factores que aumentaban la desesperanza en un salida política a la crisis generalizada a que se había llevado al país.

El anuncio de Allende de dejarnos fuera de la legalidad pasó de la amenaza a concretarse en una querella por Ley de Seguridad Interior del Estado que, en opinión de Pablo Rodríguez, no nos afectaría porque estábamos actuando bajo el alero de la Constitución Política del Estado.

Al mediodía del domingo 17 de ese mes de junio, tres integrantes del Frente de Operaciones llegaron hasta mi casa para informarme que dos oficiales del Ejército les habían manifestado urgencia de hablar con algún dirigente de Patria y Libertad.

En ausencia del resto de la Jefatura Nacional, que andaba en gira por el norte, concurrí yo al encuentro esa misma tarde. Allí conocí al capitán de Ejército Sergio Rocha Aros y al teniente Guillermo Gasset, ambos integrantes del Regimiento Blindados N° 2 de Santiago, y el último, hermano de un militante de Patria y Libertad.

Los dos uniformados fueron directos al plantear sus objetivos en la reunión.

—Estamos dispuestos a promover un alzamiento militar a corto plazo contra el gobierno de Allende. Creemos que la situación ya es insostenible y los militares tenemos que hacer algo. Y si no lo hacen los superiores lo haremos los más jóvenes—, dijo Rocha, un más bien regordete oficial cuya figura contrastaba con la de su compañero de aventura, el teniente Gasset, de baja estatura, delgado y con un bigotillo pequeño que colgaba con dificultad de su aguzada nariz.

—¿Y qué podemos hacer nosotros?—, pregunté algo sorprendido ante la acción que pretendían impulsar los dos militares.

—Necesitamos civiles para cumplir algunas tareas, particularmente al inicio de las acciones—, respondió Rocha sin entrar en detalles mayores.

Me limité a escuchar y dejé de inmediato en claro que no tenía atribuciones para adoptar ninguna actitud frente a una materia tan delicada y que informaría sobre el particular al resto de los dirigentes que estaban en el norte del país.

Pablo Rodríguez y el resto de los dirigentes que le acompañaban regresaron a mediados de semana y una vez impuesto de las conversaciones con los dos militares pidió reunirse de inmediato con ellos. Previamente y en un corto análisis de los cinco que integrábamos la Jefatura Nacional, asumimos la postura de simplemente escuchar y luego tratar, por todos los medios, de inhibir lo que nos parecía un hecho demencial, sin dejar de considerar que ya podíamos estar implicados por el solo hecho de que Rocha y Gasset hubiesen conversado conmigo, lo cual para todos los efectos políticos, pasaba a constituir un vínculo con Patria y Libertad

Con franqueza y vehemencia Pablo dejó de manifiesto en este segundo contacto con los militares, que la posición de Patria y Libertad era la de oponerse a cualquier intento

de alzamiento que no involucrara al conjunto de las Fuerzas Armadas, como era la tesis que sustentábamos.

Rocha y Gasset, que en los encuentros que sostuvimos vestían uniforme de campaña con los colores de camuflaje y un aparatoso armamento personal, insistieron en que no estaban solos y que otras unidades del Ejército en Santiago se plegarían a la acción que estaban proyectando realizar.

—¿Como cuáles? —preguntó Pablo.

—Ya hay como tres o cuatro unidades, —dijo Rocha, mostrando cierta reticencia a mencionarlas.

—Mire, —dijo Pablo con algo de impaciencia— si ustedes nos piden ayuda, al menos tenemos el derecho a saber en qué nos estamos metiendo. Por eso, insisto en saber qué apoyo tienen.

—La verdad es que estamos en conversaciones con oficiales de la Escuela de Infantería de San Bernardo, del Regimiento Buin y con gente del regimiento Yungay de San Felipe—, respondió Rocha

—¿Sólo en conversaciones?—, insistió Pablo.

—Sí —contestó Rocha—, porque lo que ocurre es que no disponemos de un vehículo para movilizarnos y contactar a otras unidades. Si ustedes nos pudieran ayudar...

Una vez más estábamos frente a un cuadro de los Tres Chiflados. Era como nuestro desgraciado sino. Dos oficiales de Ejército, de baja graduación, pretendían, a partir de simples conversaciones, seguramente en torno a algunas botellas de pisco, derrocar al gobierno popular del compañero Salvador Allende. Dos, "el guatón y el flaco", representándose a sí mismos, habían decidido tomar el toro por las astas. Realmente era para ponerse a reír. O a llorar.

—Pero ¿sobre la base de qué hipótesis ustedes creen que van a ser capaces de llevar a cabo un golpe militar que resulte exitoso?— preguntó Pablo.

—Bueno, creemos —dijo Rocha , adoptando una postura de general en batalla— que para desencadenar un movimiento militar que derroque a Allende, la condición única es que, primero, debe alzarse una unidad del Ejército. A esta acción deberían plegarse las unidades que ya están comprometidas. Las restantes, estamos seguros, lo harán sin problema cuando adviertan que se está echando a los marxistas. La Fuerza Aérea y la Armada actuarán apoyando al Ejército.

Se detuvo unos instantes, sacó un pañuelo, se secó la frente y continuó.

—Por otra parte— dijo—, uno de los problemas que de seguro surgirá es la resistencia de los extremistas de izquierda que están en las industrias, o cordones industriales, por ejemplo de Cerrillos, y que integran el aparato militar de los miristas, socialistas y comunistas. Para esto necesitamos la ayuda de civiles que puedan contener su avance mientras las fuerzas regulares se apoderan del poder. También necesitamos silenciar las radios.

Rocha se tomó otro respiro y mirando a Gasset siguió su disertación.

—Finalmente, hemos considerado que otras unidades del Ejército no interferirán en nuestras acciones y si bien puede que no se sumen de inmediato a las acciones, en las horas siguientes nos apoyarán decididamente.

Entonces pidió hablar Gasset, el otro estratego del alzamiento.

—Necesitamos que ustedes autoricen a la Fuerza Operativa que se ha estado entrenando con nosotros en prácticas de tiro, para que nos ayude en la contención de los extremistas en aquellos puntos que les indicaremos. Para eso los proveeremos nosotros de las armas. También necesitamos gasolina y unos intercomunicadores personales.

—¿Alguna otra "cosita"?— preguntó medio en broma medio en serio John Schaeffer, advirtiendo que la

"pedida" era harto mayor que lo que pudimos pensar en algún momento.

—¿Para qué la gasolina y los intercomunicadores? ¿Y qué cantidades?—, pregunté tratando de entender algo.

—Necesitaríamos tres camiones de gasolina: uno debe instalarse en la vecindad de la Escuela Militar. Otro en el camino al aeropuerto de Pudahuel y el tercero en la autopista a Rancagua —respondió Gasset.

—No entiendo para qué tanta bencina—, inquirí nuevamente.

—Resulta que los tanques que hay en nuestro regimiento son los pequeños, los de 18 toneladas. Los grandes de 40 toneladas están estacionados en el norte. Y un tanque consume la misma gasolina sea que avance o esté detenido. De ahí que requerimos reabastecimiento porque su autonomía no supera las dos horas con un estanque que alcanza sólo a 400 litros—, explicó Gasset haciendo gala de sus conocimientos en materia de blindados.

—¿Y los intercomunicadores personales?, pregunté nuevamente.

—Son para los mismos tanques... Porque los originales no funcionan...—, dijo con cierto rubor el teniente.

Era un chiste. Pero la gracia podía resultarnos, humana y políticamente, de un costo muy alto.

—¡Estos "gallos" están locos!— exclamó Pablo después de la reunión.

El plan apuntaba a secuestrar a Allende en su residencia de Tomas Moro y apoderarse del Palacio de la Moneda. Estos Laurel y Hardy modernos, chilenos y uniformados estaban convencidos que en dichos símbolos se concentraba el poder político de la nación. Y sólo bastaba con tomarlos para derrocar al gobierno. De paso, y a falta de una infantería regular que apoyara a los blindados, nuestra gente, los "veitiúnicos" que éramos en la realidad debíamos hacer de infantería irregular.

Analizada la situación, todos coincidimos en que se trataba de una acción sin destino, cuyo resultado no sería otro que el fracaso. Sólo eran dos buenos muchachos cargados de animosidad hacia el régimen gobernante y convencidos del heroico sentido de lo que preparaban. Pero no había nada más. Sus contactos con otras unidades recién se confirmarían esa semana gracias a un vehículo que les facilitó un hermano de Gasset. Y no era descartable que, con tanto ir y venir, dejando tanta huella, ya estuviesen bajo la mirada de su propia institución.

Tratamos de no asignarle una mayor importancia al episodio, que para nosotros había quedado solamente en la etapa de las conversaciones, pensando, erróneamente, que las cosas se restablecerían en su nivel normal durante los siguientes días.

Ante nuestra sorpresa —o al menos la mía—, de que miembros del Movimiento estuviesen disparando en una unidad del Ejército, el hecho fue justificado por el Frente de Hombres, en las horas siguientes, con la información de que efectivamente los sábados algunos militantes disparaban en ese polígono militar al igual como lo hacían otras personas.

Pero los hechos se precipitaron el domingo 24. Esta vez fue el teniente Gasset el que nos informó que oficiales de otras unidades estaban adhiriendo a la idea de derrocar al gobierno. Con algunas reticencias, optamos por aceptar que ambos militares habían continuado realizando sus gestiones conspirativas y nada parecía detenerlos. Ante ello solamente adquirimos el compromiso de seguir hablando sobre el tema, más por conocer hasta qué límites podían llegar y para reintentar, en el marco de nuestras posibilidades, persuadirlos de no consumar sus planes. Porque en materia de ayuda no solamente no estábamos dispuesto a darla, sino que, además, ¿de dónde sacábamos milicianos para contener a las huestes

extremistas que se abalanzarían en defensa del gobierno popular? ¿Cómo obteníamos los tres camiones de gasolina para los tanques del Ejército en un país donde el racionamiento de combustible obligaba a los taxistas a usar parafina con acetona?

El lunes 25, ambos oficiales solicitaron una nueva reunión. Se realizó fuera de nuestras oficinas. Los dos llegaron vestidos de campaña y armados hasta los dientes. Les faltaba la pura pintura negra en el rostro, porque la boina la tenían . Una inteligente maniobra, seguramente pensada en profundidad para despistar a quienes pudiesen seguirlos.

—Estamos listos —dijo el capitán Rocha, orgulloso de haber logrado su meta. —El alzamiento se realizará mañana. Hay que apurar las cosas porque tenemos la sospecha que algunos detalles de los preparativos pudieron filtrarse. Así es que esperamos el apoyo de ustedes—, agregó.

—El apoyo político, querrán decir ustedes—, dije yo.

—También operacional—, señaló el teniente Gasset.

No nos comprometimos. En un gesto absolutamente ambiguo —porque intuíamos que algo no estaba saliendo bien—, les dijimos que haríamos lo que estuviese a nuestro alcance por apoyarlos. Y nos retiramos. Incrédulos, desconfiados.

John Schaeffer puso en alerta al Frente de Operaciones. Es decir a los veintitantos estudiantes universitarios que lo componían. También al Frente de Hombres. Todos con el ánimo de combatir por la Patria, pecho henchido, mirada al frente, pulso firme y mucha hambre se reunieron —o se acuartelaron— en dos casas diferentes esperando la hora "D"...

Al anochecer de ese día regresé a mi hogar, preparé una pequeña maleta con ropa interior para tres días, cigarrillos, un medicamento para la acidez estomacal y el

resto de adminículos como para un viaje. Otro tanto hizo mi esposa para ella y mis dos hijos. Un vehículo del "sistema de movilización" de Patria y Libertad —que eran militantes del Movimiento o voluntarias que cooperaban poniendo a nuestra disposición sus autos y la conducción— pasó por mi familia y la llevó a una "casa de seguridad" y otro lo hizo conmigo, trasladándome hasta donde la Jefatura Nacional esperaría el alzamiento.

Intentando hacer algo por apoyar la sublevación de las siguientes horas e informados de la necesidad de combustible, un "comando" integrado por dos muchachos operativos salió tras la búsqueda de un camión. Con la suerte de la juventud, encontraron justo uno que descargaba tan codiciado elemento carburante en la bencinera ubicada al costado de un conocido restaurante donde expenden pollos asados, en la avenida Apoquindo. Estacionaron cerca el auto en que se movilizaban y sigilosamente llegaron hasta el conductor y el encargado de la estación.

—¡Este es un asalto, arriba las manos!—, dijo uno de los muchachos, al mejor estilo cinematográfico, mientras de puros nervios no sabía qué hacer con el arma que empuñaba en la mano izquierda.

—"Guarde" con esa "güevá", compadre —dijo el conductor que, también nervioso, con la misma tablilla portante de las guías de entrega, le mostró la manguera por donde emanaban gases del combustible. —Si se le dispara, explotamos aquí mismo todos—, añadió, casi ignorando que lo encañonaban con un arma de fuego.

Consecuencia de la breve conversación, los asaltados no pusieron las manos arriba y los asaltantes, extremando sus buenos modales, explicaron que lo único que necesitaban era el combustible. Los sentaron en el suelo de la garita amarrados con las espaldas juntas y se llevaron el camión. Además, como atención de la casa, dejaron la

luz encendida para que los viera algún cliente y los desatara.

Era cerca de la medianoche. Uno de los muchachos tomó la conducción del camión y comenzó a guiarlo en dirección a la Escuela Militar. Allí lo dejarían estacionado en un punto de la avenida Los Militares. No bien comenzaban a girar el transporte cuando el segundo, que había tomado la tablilla de las guías de entrega, lanzó una exclamación.

—¡Para, "güeón", para! —dijo.

—¿Qué te pasó? le respondió el que hacía de conductor.

—¡Esta "güeá" es parafina!— exclamó

—¡Puuutas que la "cagamos"! Bajémonos aquí mismo y nos largamos —señaló el conductor.

Fue el único acto "operacional" de Patria y Libertad en el frustrado plan de alzamiento militar.

A esa misma hora, en el límite del inicio del día 26 de junio, un enlace del Frente de Operaciones nos informó que el alzamiento no se produciría por inconvenientes de último minuto. ¡Y qué mayúsculo inconveniente! Al capitán Rocha lo habían llamado a declarar ante la Fiscalía Militar. Pero, extrañamente —¿o inteligentemente?—, le permitieron regresar a sus actividades, como si nada hubiese sucedido.

El alzamiento, no podía caber dudas, ya estaba detectado.

Independiente de dejar huellas y rastros por todas partes, incluyendo las visitas y reuniones con nosotros, los dos hábiles complotadores, en el intento de materializar su plan el martes 26, la noche del lunes 25 no encontraron mejor idea —seguramente para despistar a la Inteligencia militar que la tenían en los talones—, que mandar a buscar a una población militar, en camiones de su regimiento, a varios suboficiales conductores y

mecánicos de tanques en uniforme de combate. El hecho llamó la atención porque, particularmente ese día —y esa noche—, no se contemplaba actividad alguna de terreno con material blindado.

El martes 26 lo enfrentamos como si nada hubiese ocurrido. Yo regresé con mi maletita a casa. Igual hizo mi esposa e hijos. Luego me integré a las actividades cotidianas. De hecho nada de lo anunciado sucedió. Pensamos que era lo mejor. Pero lo real es que había acontecido lo peor. Ya se nos estaba implicando en el complot. Aunque sin sobresaltarnos nos empezamos a preparar para cualquier cosa. Había olor a tormenta en el ambiente.

En la mañana del miércoles 27 el Comandante en Jefe del Ejército y Ministro del Interior Carlos Prats González, según la versión que a futuro daría él mismo, fue informado por el Comandante de la Guarnición de Santiago, general Mario Sepúlveda Squella, que la Dirección de Inteligencia tenía confirmadas actividades sospechosas en el Regimiento Blindados Nº 2. Por esto había ordenado la incomunicación de un capitán y algunos suboficiales. La noticia la recibió Prats durante la continuación de un Consejo de Generales iniciado el lunes. En la misma oportunidad, Sepúlveda informó que, a petición de Prats, el teniente coronel Roberto Souper Onfray, sería relevado del mando de la referida unidad militar, el viernes 29.

Prats, después de terminada las sesiones del Consejo de Generales la mañana de ese miércoles, se fue a almorzar con su familia a la residencia institucional, en la avenida Presidente Errázuriz. Pasadas las tres de la tarde y cuando se trasladaba en vehículo con chofer hacia su oficina del Ministerio del Interior, en La Moneda, fue provocado en avenida Costanera desde otro vehículo —una "renoleta"— por Virginia Cox Palma. Esta le sacó, en reiteradas oportunidades, la lengua en señal de reproche y con una mano, dedos abiertos y ahuecada hacia arriba,

le hizo el conocido signo de la abundancia. Prats, "nerviosillo", abrió la ventana y con una pistola le disparó al tapabarros delantero del vehículo. A la señora se le cayeron hasta los "churrines" de miedo. Ambos automóviles se detuvieron. El general ofendido bajó. La ofensora también. Al darse cuenta el primero que la segunda era mujer, le ofreció disculpas. En tanto, el militar comenzó a ser rodeado por personas que también habían detenido sus vehículos. Se armó la grande. Prats debió dejar la escena en un taxi porque a su auto le desinflaron los neumáticos.

Inmediatamente después del incidente, la máxima autoridad del Ejército llegó hasta La Moneda y puso a disposición de Allende su renuncia como Ministro del Interior. Pero éste le reiteró su confianza y lo confirmó en el cargo. De paso, el Mandatario decretó el Estado de Emergencia en todo el país, señalando que lo ocurrido en la Avenida Costanera no era un hecho casual.

Nosotros, absolutamente ajenos a lo que se tejía en las altas esferas del poder, seguimos enfrentando el día. Nerviosos. Con temores.

La misma noche de ese ajetreado miércoles el capitán Sergio Rocha Aros fue detenido e incomunicado en el subterráneo del Ministerio de Defensa Nacional.

El jueves 28 el Comandante de la Guarnición de Santiago, general Mario Sepúlveda Squella, reveló que se había detectado un fallido cuartelazo en su institución. Era, dijo, de personal de baja graduación. Los implicados ya estaban a disposición de la Fiscalía Militar.

Ante la gravedad de los hechos el Senado pidió una sesión secreta. El Ministro de Defensa, José Tohá, concurrió a informar. No le creyeron.

Ese mismo día el teniente Guillermo Gasset nos pidió una reunión urgente. Informó que el plan seguía adelante y que el alzamiento debía realizarse al día siguiente.

Esta vez la voz oficial de Patria y Libertad la llevó John Schaeffer. Este trató, por todos los medios, de disuadir a Gasset. Pero no lo logró. El militar se mantuvo inflexible señalando que con o sin nosotros el alzamiento se realizaría. Ante ello, John optó por sacarse "el pillo" y señalarle que en la noche se hiciera un último contacto.

Volvimos a reunirnos. Pablo hizo una lata exposición de hechos y circunstancias, demostrando, una vez más, que era un grave error insistir en una acción militar que no tenía sentido alguno. Nos advirtió, en todo caso, que ya estábamos comprometidos por las conversaciones que habíamos mantenido. La esperanza, en todo caso, estaba cifrada en lograr abortar el intento de rebelión que Gasset y otros de sus compañeros obstinadamente pretendían llevar a cabo.

—¿Quién va ahora y le dice al teniente "chocolatín" que no haga más "güevadas"?—, preguntó Pablo, refiriéndose a Gasset con el apelativo que le pusimos por que realmente parecía una caricatura de militar. En chocolote.

Todos nos miramos. Nadie abrió la boca. El que asistía corría el riesgo de ser cazado por la Inteligencia Militar o la Policía Política. Todos ya rastreaban los pasos de los complotadores. Y seguramente a Gasset lo seguía una verdadera hilera de fisgones.

—Yo voy—, dije en un tono entre resignado y heroico. —Total, bien pronto me van a empezar a buscar de nuevo por el asunto de Concepción. Así es que a lo más sumaré otros años de cárcel—, agregué con humor negro y, la verdad, algo de miedo.

A las 23.30 horas del jueves 28 de junio de 1973 llevé la posición de Patria y Libertad a la última reunión con el teniente Gasset. Mi misión era tratar de evitar el alzamiento. Bajo la protección del ex oficial de la Armada, Vicente Gutiérrez, a quien John había designado Jefe del

Frente de Operaciones, y Víctor Fuenzalida —"pájaro" que meses después tuvo la misión de avisarme que la primera versión de este libro había sido censurada por la Junta de Gobierno antes que terminara de escribirlo—, expuse los mejores argumentos para frenar la acción que planificaban los del Blindados N° 2 para el día siguiente. A medianoche el teniente "chocolatín" pareció entrar en vereda y se comprometió a que todo se detendría. El argumento principal de convencimiento fue hacerle ver que las Fuerzas Armadas debían actuar como un todo contra el gobierno de Allende y que actos aislados como el de ellos sólo retrasarían, entorpecerían y hasta podrían poner en riesgo una acción institucional de los uniformados contra el régimen marxista.

La Jefatura Nacional, con Pablo a la cabeza, esperaba impaciente mi gestión. Regresé minutos después de las doce de la noche del encuentro efectuado en la casa de Manuel Manzano, en la comuna de Ñuñoa, cerca del Estadio Nacional. Informé en detalles sobre la conversación con Gasset y, más calmados, decidimos —por un mínimo de prevención— quedarnos en la "casa de seguridad", a la cual por segunda vez habíamos recurrido en esa semana. Inmediatamente se impartieron instrucciones a Vicente Gutiérrez para que "desmovilizara" al Frente de Operaciones.

Esa noche no llevé mi pequeña maleta de emergencia. Tan confiados estábamos en que los instigadores del alzamiento militar se darían cuenta que su plan era una estulticia, que ni siquiera trasladamos a nuestras familias como lo hicimos el pasado lunes en la noche.

A las cuatro y media de la madrugada del viernes 29 un llamado telefónico despertó a un integrante del Frente de Operaciones. Le informaron que el Regimiento Blindados N° 2 estaba acuartelado y que el alzamiento se produciría en las horas siguientes con el apoyo de Patria

y Libertad o sin él. Sobre la marcha nos llamaron a nosotros. Atendió Pablo y éste sin siquiera titubear dijo que nos plegábamos. Sin objeciones respaldamos tal decisión. El punto había sido analizado y discutido antes del abortado intento del lunes pasado. Negarnos a participar no nos marginaba de la tan indirecta participación, en la que siempre tratamos de evitar un acto de esa naturaleza

Miembros del Frente de Operaciones se abocaron de inmediato a la tarea de movilizar a nuestras familias a "casas de seguridad" ya establecidas, en tanto otros comenzaron a alertar a los demás dirigentes, particularmente aquellos más públicamente conocidos.

A las 8.45 nos informamos a través de Radio Portales que los tanques se encontraban llegando al Palacio de la Moneda y apostándose en las cercanías de la Plaza Bulnes. Desde ese momento los minutos fueron de tensión y angustia.

—Creo que necesitamos lanzar una proclama por radio. ¡Hay que apoderarse de una radio! —exclamó Pablo en medio del living de la casa—, en la cual vivía una simpatizante del Movimiento y su familia—, y donde nos ocultábamos esa mañana.

Nadie otorgó atención a la iniciativa de Rodríguez. Unos escuchaban las radios mientras otros bebíamos algo de café y panecillos.

—Tú debes ir Manuel. A ti te corresponde ir. Debes apoderarte de la Radio Minería. Está en Providencia. Vas con gente del Frente de Operaciones y te la "tomas". Eso debe ocurrir antes que impongan la red nacional de emisoras—, me señaló Pablo mientras los otros me miraban.

—¿Pero acaso te volviste loco? —le respondí —¿No te das cuenta que esto es un fracaso? ¿Que van a aplastar a estos pobres niños que salieron con sus tanques a la calle? ¿No te das cuenta que carecen de todo apoyo? ¡No voy ni amarrado a tomarme una radio! Allí me "zurcen"

a balazos. No, no, no. Jamás nunca. Lo que yo creo que debemos empezar a pensar es dónde nos asilamos

—¡Yo no me asilo!— exclamó John Schaeffer. —Prefiero pasar a la clandestinidad—, agregó.

—¡A qué clandestinidad John!— dije. —No tenemos infraestructura ni organización para el "cuento" de la clandestinidad. ¡Para que te "pasai" películas. Sé realista—, agregué.

A las 10.30 era un hecho que todo había fracasado. Cada cierto tiempo llegaban enlaces a la casa en que nos encontrábamos y las noticias no eran buenas. Nuestros "operativos" no actuaron. En el Regimiento alzado, cerca de las siete de la mañana, según la narración que llegó esa mañana a nuestros oídos, el teniente Gasset, con la ayuda de otros conscriptos, le entregó armas a su hermano civil, miembro de Patria y Libertad, y a quien acompañaban otras dos personas.

Pero había surgido un contratiempo logístico. ¡Otro más! Gasset civil llegó con una citroneta furgón a buscar las armas. Abrió la puerta trasera, cargaron una ametralladora de 30 mm. y algunas balas y el "blindado" francés se sentó de culo. Hubo desconcierto. Pero la solución llegó rápido. El teniente Gasset desenfundó su pistola, que como comando, llevaba siempre adosada y amarrada a la pierna, se cruzó en medio de la calle Santa Rosa y detuvo una camioneta. La ingresó a la unidad militar y... tampoco sirvió. No supimos las razones. Pero no pudo utilizarse. Una segunda camioneta, de una panadería, resultó útil y en esa fue posible trasladar 6 ametralladoras y dos mil balas, que meses después se entregarían a la Escuela Militar, sin mácula.

Una de esas ametralladoras, cuyo tamaño equivale al de dos bicicletas aro 26, cruzadas, fue instalada a escasos metros de nuestra "casa de seguridad" para protegernos de algún desgraciado que quisiese matarnos. Se le cubrió

delicadamente con un chaquetón de cuero. Pero se le veía la punta al cañón y asomaban por debajo las patas. Todos los estudiantes, papás, abuelitos madrugadores, nanas, basureros y cuanta persona pasó por allí a esa hora vio el artefacto bélico instalado sobre su respectivo trípode, más un cinturón doble de balas que le colgaba, apostado en una esquina. Nos reímos cuando nos contaron que los niñitos y niñitas, que regresaban de sus colegios a sus casas por haberse suspendido las clases dado que el ambiente político-militar estaba algo denso, mientras tironeaban con la mano a sus acompañantes, gritaban a voz en cuello: "¡Ah! ¡Mira! Allí hay una ametralladora. ¡Qué linda¡ ¡Mamá, mamá, quiero verla, quiero verla¡". Con disimulo, en tanto, el operador de la poderosa arma miraba para otro lado y silbaba.

Al mediodía el fracaso estaba consumado. El general Carlos Prats, asistido por el Jefe del Estado Mayor, general Augusto Pinochet Ugarte, en una valerosa jornada logró vencer "a dedo" a los sublevados.

La atenta dueña de casa nos sirvió un bufete frío. Había carne mechada, papas con mayonesa, jamón crudo, dos tipos de queso, café y agua mineral. Nos ofreció vino. Lo rechazamos. "Copeteados" quizás habríamos salido a defender la democracia solos. No era el caso.

Cuando iba en el segundo plato de carne, jamón y papas, John Schaeffer me criticó.

—¿Cómo puedes comer en estas circunstancias, Manuel? —dijo en tono desagradable.

—Por tres razones: porque tengo hambre; porque habitualmente a esta hora suelo almorzar; y porque pienso que en el "forrito" que estamos metido nunca se sabe cuándo se comerá nuevamente—, contesté mientras bebía agua mineral.

Nadie más almorzó. ¡Y la carne estaba realmente muy buena!

Cerca de las 14 horas llegó María Olivia Gazmuri, jefa del Frente de Mujeres. Se le veía demacrada. Bueno; se le veía siempre demacrada. Esta vez sólo era más notorio. Como socióloga nos rompió el juego tradicional de "les traigo una noticia buena y otra mala". Nos trajo dos noticias malas: la esposa del flaco Juan Eduardo Hurtado, Eliana, había sido detenida y nuestras casas estaban siendo allanadas por Investigaciones.

Estas nuevas nos fueron comunicadas cuando considerábamos qué caminos teníamos por delante y la actitud que asumiríamos. Pablo desde un primer instante fue partidario del asilo político. John insistió en su tesis de entrar a la clandestinidad, por último solo, si nosotros queríamos asilarnos. Hurtado y yo nos sumamos a lo planteado por Pablo. Benjamín Matte estaba entre las dos posiciones y se molestó mucho cuando le dije: "En la clandestinidad a ti te capturarían siguiéndote el olor". Mi alusión era al perfume de su tabaco. Lo tomó en otro sentido.

Sin embargo, empezó a presionarnos la situación de Eliana, particularmente porque con ella había cinco hijos pequeños. Hurtado en un acto de romántico heroicismo exclamó, medio tartamudeando, porque así hablaba por nervios habitualmente aunque ahora se le pegaron más los platinos por la situación que vivíamos en conjunto y que él vivía en particular: "¡Me, me, mee entrego yo a la policía! ¡Prefiero que me, me, me torturen a mí antes que, que, quee piensen siquiera tocar a Eliana¡ ¡Y me voy a entregar de inmediato...!

—Calma. Calma, flaco. Tranquilízate. Esperemos a ver qué pasa. A lo mejor sólo fue una rutina breve—, le dijo Pablo tomándolo de un brazo y en tono paternal. Hurtado se calmó algo.

Además, nos afectaba lo de Eliana porque no habíamos borrado de nuestras retinas las torturas de que fue objeto en Investigaciones nuestro dirigente juvenil Patricio

Jarpa el año anterior. Y no nos cabía duda que con nosotros no usarían, precisamente, guantes de seda.

Pero el panorama cambió, y el semblante de Hurtado también, cuando se nos informó que Eliana estaba libre y que nada le habían hecho durante el largo e intenso interrogatorio a que fue sometida.

A las tres y media aún no teníamos idea de qué hacer. Pablo, entonces, sintetizó lo que habíamos discutido y explicó su posición:

—Estamos comprometidos en este alzamiento y eso lo sabemos todos. Este es un delito grave para el cual se consideran las más altas penas. Tenemos tres caminos a seguir. El primero, entregarnos voluntariamente, podría significar que nos maten a pretexto que opusimos resistencia. Nadie conocería la verdad de lo ocurrido y la izquierda marxista obtendría jugosos dividendos político-publicitarios. De no suceder así se nos aplicarían toda clase de presiones físicas a fin de obtener de nosotros antecedentes reservados que obran en poder del Movimiento y que pueden comprometer a terceros. Y yo, creo que, al igual que ustedes, no soy un héroe como para resistir 220 volts de electricidad ni menos una inyección de Pentotal. El segundo camino es el que plantea Schaeffer: pasar a la clandestinidad. En las actuales circunstancias, con el cerco policial que hay en Santiago, es sólo un acto de heroísmo que nos va a durar algunas horas, al término de las cuales indefectiblemente caeremos en el primer camino que he señalado. Finalmente tenemos la posibilidad, por la cual me inclino, de solicitar asilo político en una embajada latinoamericana. Y sugiero la de Ecuador por razones que explicaré si se toma una decisión favorable a esta última posibilidad.

La experiencia docente y en los tribunales, sumadas al natural don de la palabra, claridad y orden en sus pensamientos, hacían que Pablo hablara en limpio.

No había por dónde perderse. Imperiosa y urgentemente teníamos que asilarnos. Con reticencias, Schaeffer y Matte aceptaron sumarse a la alternativa que preferíamos tres.

Elegimos a Ecuador. No precisamente por una apreciación geográfico-turística, sino porque la residencia de su embajador estaba a unas ocho cuadras del lugar donde nos habíamos ocultado. Además tenía un gobierno militar que se declaraba nacionalista.

Faltaban 20 minutos para las cuatro de la tarde de ese 29 de junio de 1973 cuando nos subimos apretujados en el Fiat 125 rojo que nos trasladó a la primera etapa de nuestro exilio.

CAPÍTULO XIII

Exilio y clandestinidad

Poco después de las nueve de la mañana del 29 de junio de 1973 Roberto Thieme y su hermanastro Ernesto Miller cruzaban en un taxi el corazón de Buenos Aires. El segundo, algo recuperado de las graves heridas causadas cuando en mayo fue baleado en Santiago, había viajado a Caracas con su madre y la última semana de junio se trasladó a la capital argentina para planificar su regreso a Chile.

Desde mayo, luego de ser detenido en Mendoza, Roberto se había mantenido en un estado de angustiosa espera en Buenos Aires. La llegada de Ernesto lo alentó.

—¡Está quedando la "podrida" en Santiago! —exclamó el porteño conductor del taxi que los transportaba desde el terminal ferroviario Retiro, en el centro de Buenos Aires, hasta el pequeño departamento de la calle Cangallo. Seguramente el acento de voz diferente, y no la apariencia germana de ambos, reveló la nacionalidad chilena de los pasajeros.

—¿Qué ocurre? —preguntó inquieto Roberto.

—¡Le dieron un golpe de Estado a Allende! ¡Viste! ¡Las revoluciones duran poco cuando falta de comer!— comentó el informado taxista, mientras conducía por calle Corrientes.

La radioemisora sintonizada en el vehículo continuaba dando detalles del alzamiento militar en el que aparecía involucrado "el movimiento ultraderechista Patria y Libertad". Roberto y Ernesto se miraron sorprendidos.

Pero ya al mediodía era noticia mundial el fracaso del alzamiento. En la noche se conoció la petición de asilo de la Jefatura Nacional del Movimiento a Ecuador cuando la embajada de ese país en Santiago notificó del hecho oficialmente al gobierno de Salvador Allende.

Decididos a regresar, Roberto y Ernesto esperaron.

En tanto, en Santiago se iniciaba una experiencia no solamente nueva para nosotros. También para la diplomacia chilena. Porque si bien en el uso de la institución del asilo había precedentes importantes a nivel continental y Chile, en más de una oportunidad, ejercitó tales mecanismos en beneficio especialmente de peruanos, bolivianos y brasileños perseguidos por cuestiones políticas, no se recordaba de chilenos asilándose en alguna embajada de la capital.

Ocho días exactos estuvimos en la Embajada de Ecuador, situada en el costado oriente de la Avenida Américo Vespucio casi al llegar a Vitacura. Se nos asignó el área de invitados y planta baja para permanecer durante nuestra estancia. En el exterior, a las Fuerzas Especiales de Carabineros y personal de Investigaciones, que rodeaban la residencia desde el anochecer del 29 de junio cuando se comunicó al Ministerio de Relaciones Exteriores de nuestro asilo, se sumaron varios millares de personas que a diario nos testimoniaron su apoyo, particularmente los dos sábados y domingos que servimos de buen motivo en *weekend* para que el "barrio alto" pudiese protestar contra la Unidad Popular.

La humanitaria actitud del embajador Alfredo Correa y María, su esposa; la comprensión de Gustavo Cordobés Pareja, el Ministro Consejero y también de su esposa

Valeska; y el respeto mostrado por Diego Pérez, el Consejero Comercial, más la actitud de los cuatro empleados de la embajada, nos hicieron algo más soportable ese tenso episodio.

Del único que guardo un recuerdo ingrato es del Agregado Militar, comandante León Pacheco. Tan "juicioso" oficial era un nacionalista... pero de izquierda. Quería imponernos un régimen disciplinario de cuartel, con levantada a las seis de la mañana y ejecución de ejercicios varios. Cuando el embajador nos narró el asunto nos largamos a reír pensando en el espectáculo de los cinco asilados, que ya conocíamos nuestras contexturas en el íntimo nivel del grado de calzoncillos por las mismas circunstancias que estábamos viviendo. Ninguno era un adonis: Pablo Rodríguez, un lampiño de piel blanca, delgado de canillas y musculatura fofa, contrastaba con lo mofletudo de Benjamín Matte, un barbón y peludo, medio negruzco y gruesote. En tanto, Juan Eduardo Hurtado, más bien "flacuchón" aunque de pelos normales, también se caracterizaba por piernas y brazos largos y delgados. El único que salvaba a la Jefatura Nacional, desde el punto de vista estético, era John Schaeffer. Este, con la práctica del golf y su genética europea, mostraba un perfil absolutamente apto para usar *quilt*, el gracioso faldón escocés. Finalmente, este humilde servidor, con varios asados, tintos, blancos y cervezas, mollejas y chunchules al hombro, mantenía —a pesar de cortos veintiocho añitos—, una prominente barriga, propia de militante del Partido Radical, la misma que se hacía más evidente con una musculatura poco desarrollada consecuencia directamente proporcional a la preferencia por el ejercicio. Pero del intelecto.

Una mañana, el Embajador, visiblemente alterado, llamó a Pablo y le contó que se había descubierto a los perros guardianes —bravos animales que cuidaban el

inmenso jardín—, jugando con un gran trozo de carne que, en un principio, se temió podía estar envenenada.

Nosotros no descartábamos que en un acto de extremo heroísmo revolucionario partidarios del Gobierno popular buscaren la inmortalidad dándonos el bajo. La estigmatización como símbolos del fascismo y extremismo de derecha que se había hecho de nosotros se transformaba en un verdadero estímulo para la imaginación desquiciada de algunos miembros de la extrema izquierda.

Como era de suponerse —lucubrábamos mientras nos distraíamos con el juego del pimpón, las damas o siete y medio—, ante una acción de tal naturaleza el gobierno se lavaría las manos y, como en el repudiable asesinato, en 1971, de Edmundo Pérez Zujovic, ministro del Interior y Vicepresidente de la República durante la Administración de Eduardo Frei Montalva, daría orden de captura a los victimarios para hacerlos pasar a mejor vida. Fue el destino de los hermanos Rivera Calderón, de la Vanguardia Organizada del Pueblo.

Pero la verdad la conoceríamos al regreso de nuestro exilio.

El disminuido Frente de Operaciones —porque en la situación que dejamos al Movimiento había que ser corajudo para andar actuando bajo la bandera de Patria y Libertad—, planificó la posibilidad de rescatarnos de la embajada si Ecuador no nos otorgaba el asilo político, u otorgado que fuese, el gobierno chileno no proporcionara los salvoconductos, facultad que podía ejercer so pretexto de que estábamos siendo buscados por delitos comunes. Particularmente el más complicado era yo, por vinculárseme al caso de la muerte del pintor Henríquez en Concepción. A pesar de que fui dejado en libertad por falta de méritos, cualquier persona que mencionara mi dulce nombre en declaraciones podía obligar al juez investigador a llamarme de nuevo a su presencia. Ahí el

panorama se tornaba poco auspicioso para mi salud y bienestar personal.

Afuera, el Movimiento se reorganizaba. Obviamente no eran muchos los que, asumiendo la calidad de militantes, circulaban por las calles. La persecución fue a nivel nacional. Los principales dirigentes allí donde Patria y Libertad tenía alguna existencia y actividad fueron a dar con sus huesos a manos de la policía, mientras sus hogares y las sedes eran allanados y semidestruidos. Patricio Jarpa Díaz de Valdés, que oficiaba de Secretario Ejecutivo en la Secretaría General que ocupaba John Schaeffer, se había asilado con Mario Poblete Moas, del Frente de Hombres, en la embajada de Costa Rica; Patricio Souper, hermano del comandante del regimiento sublevado, junto al teniente Guillermo Gasset y a su hermano Alberto lo hicieron en la de Paraguay; el doctor Eduardo Keymer en la de Brasil; y, Osvaldo Allende en la de Argentina.

La autorización de nuestros salvoconductos fue anunciada el 6 de julio y el embajador Correa nos señaló que viajaríamos al día siguiente, un invernal sábado. Por gestiones del diplomático se autorizó que antes de dejar Chile nuestras esposas, hijos y parientes más cercanos en número no superior a tres, tuviesen acceso a la embajada para la despedida.

La hora de partida al aeropuerto de Pudahuel se fijó para las cinco de la tarde. Una hora antes llegó hasta la embajada el Director General de Investigaciones, Alfredo Joignant Muñoz. Su presencia obedecía a la necesidad de constatar la normalidad en los procedimientos de seguridad solicitados por el gobierno de Ecuador.

Según nos confidenció el viernes antes de viajar el propio embajador Correa, su gobierno había solicitado que se garantizaran nuestras vidas durante el trayecto de la embajada al aeropuerto. Y fue Allende quien personalmente se preocupó de pedir que se estudiara y aplicara

un plan de seguridad con tal propósito. En Ecuador se temía un atentado en Santiago contra nosotros de la ya incontrolable extrema izquierda. Incluso Allende ofreció helicópteros, que rechazamos por considerar que se estaba dándole mucho "color" al asunto. Asimismo, pensé yo, era mucho más cinematográfico cruzar Santiago, en calidad de víctimas, en día domingo. Tuvimos lleno completo en todo el trayecto. Incluso las pergoleras de Mapocho nos querían lanzar pétalos, pero alguien les dijo que eso era para los muertos y que nosotros estábamos, todavía, muy vivos. Otros, en cambio, no descartaron homenajearnos a pedradas. Pero, no pasó más allá de solidarios saludos de la gente

Joignant se conocía con Benjamín Matte. A este último al comienzo de la Unidad Popular y siendo ya presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura, le bajaron unos nunca claramente explicados devaneos con Fidel Castro, Cuba y la revolución. Anduvo dándose vueltas por la isla y luego sostuvo una ronda de reuniones con Allende en Tomás Moro. Sin embargo, las cosas no pasaron más allá. Aunque se mantuvo entre ambos el espíritu de una frustrada relación. Pero tal actitud parece que se la pegó Matte como peste a Orlando Sáenz Rojas, Presidente de la Sociedad de Fomento Fabril, que acusó algunos síntomas "desviacionistas", aunque leves.

Por eso en la embajada ese sábado 7 de julio Joignant se acercó a Benjamín y le dijo "¡Hola, "Mincho"! y luego le señaló susurrando: "El Presidente me dijo que te preguntara por qué te habías metido en este lío". Según narraría Matte tiempo después, simplemente agradeció al jefe policial su preocupación.

A las cinco de la tarde, en medio de un despliegue policial de proporciones, cruzamos Santiago en dirección al aeropuerto de Pudahuel en autos de la embajada de Ecuador y Brasil. Nos dejaron en la escala del avión Braniff de itinerario que nos llevaría al exilio.

En la espera de dos horas a bordo de la aeronave subió el abogado de la línea aérea, Miguel Alex Schweitzer Walters, y nos informó que tres policías estaban incluidos en el pasaje del avión. Su misión, lo reconoció directamente uno de ellos a John Schaeffer, era proteger hasta Guayaquil.

A Salinas, aeropuerto militar de Guayaquil, llegamos a la una de la madrugada del domingo 8. En Policía Internacional nadie sabía de nosotros. Luego de explicar como veinte minutos al moreno que nos atendió que no éramos "becados" del gobierno sino que "asilados", nos timbró el "Salvoconducto Especial" que a cada uno se nos entregó en Santiago en una simple y "rasqueli" hoja de papel oficio, escrito a máquina, incluida una foto con cara de delincuente que a cada uno nos captaron en la embajada y que luego como negocio fue vendida a todos los diarios de la izquierda. El sello del funcionario decía "Clase de Visa: Asilado Político".

Llegamos al territorio ecuatoriano con una suma colectiva que no superaba los 600 dólares, en Chile una buena cantidad de dinero convertido a los entonces desvalorizados escudos. Pero en el país asilante sin gran significado adquisitivo. Sólo el alojamiento en un hotel de Guayaquil por cinco horas costaba 100 dólares por cráneo. Humildemente decidimos dormir en los incómodos sillones del aeropuerto militar, que sustituía al civil en reparaciones por esos días, a la espera del avión que nos trasladaría a Quito.

Mi personal dinero lo constituían míseros siete escudos, que guardé como recuerdo. Era menos de un dolar. La canalla marxista diría semanas después, por vía de un pasquín santiaguino, que nos habíamos llevado 30 mil dólares.

Finalmente y para desconsuelo, y fuerte agravio a nuestro ego, en el aeropuerto de Quito no nos esperaban

ni las moscas. Pensamos en un recibimiento de héroes de la resistencia al gobierno izquierdista, particularmente porque cerca de mil chilenos se habían ido a ese país en busca de mejores horizontes. Pero era domingo. Y a la gente que yo llamo "de nuestro lado", solamente un terremoto o la llegada de la abuelita, la mamá, la suegra o algún otro familiar, la saca de la cama a las seis de la mañana en domingo.

Nos miramos desconcertados. No estaban ni Gustavo Valenzuela, un abogado amigo del flaco Hurtado; ni Raúl Duhalde, un amigo de Pablo. Ambos residentes en Quito habían sido contactados desde Santiago para que nos ayudaran. Media hora después, y cuando Juan Eduardo les llamó por teléfono, se hicieron presente, nos dieron la bienvenida y nos ofrecieron sus hogares.

Así comenzó nuestro exilio. Conforme lo establecido por la Convención de Río de Janeiro, debíamos permanecer 30 días sin movernos del territorio del país asilante.

Hurtado, que conocía hacía años a Valenzuela, se quedó en casa de éste; John Schaeffer se arrimó al hogar de Juan Eduardo Sotomayor; Matte lo hizo donde Osvaldo del Río; Pablo, en el departamento de Raúl Duhalde; y a mí me acogió el arquitecto Jorge Fuenzalida Cibié. Por más de cuarenta días fueron estos nuestros hogares adoptivos.

Mientras tanto en Buenos Aires, Roberto Thieme, inmediatamente después de informarse que habíamos llegado sanos y salvo, envió a Ernesto Miller de regreso a Santiago en misión exploratoria y para que le preparara su reingreso al escenario nacional.

Paralelamente, Roberto Zúñiga, propietario de los "Juegos Diana" en Santiago, y quien residía en Buenos Aires, viajó como correo a Quito para reunirse con nosotros, informarnos de los planes de Thieme y ayudar económicamente a Pablo. También lo hizo conmigo.

La evaluación de los dirigentes en Santiago fue favorable al regreso de Thieme. El 12 de julio éste viajó por una línea aérea comercial de Buenos Aires a Mendoza y el 13 cruzó la cordillera desde Malargüe a Cauquenes en un avión Cessna bimotor que lo fue a buscar especialmente. A su llegada lo recibió Miguel Sessa y cuatro integrantes de la así llamada Brigada Operacional Gama. Ya oscurecía cuando los cinco entraron a Santiago.

Esa misma noche y luego de un análisis de la situación Roberto planteó la idea de pasar al Movimiento a la clandestinidad. Y fue el camino que se decidió en las horas siguientes. El 16 en una sorpresiva conferencia de prensa —rodeada de medidas de seguridad— éste, junto a Ernesto Miller, anunció que reasumían como Secretario General y Secretario General Territorial de Patria y Libertad, respectivamente. Una escueta declaración señaló: "Nuestros cuadros han sido reestructurados. Cumplida la etapa de acción dentro de la legalidad, iniciamos ahora la clandestina. Las directivas oficiales hasta el 29 de junio quedan liberadas de toda responsabilidad. Esto rige para todos los cargos a lo largo del país. Deben cerrarse temporalmente las puertas de todas las sedes oficiales. Desde hoy el Movimiento empieza a funcionar orgánicamente con el Frente de Operaciones".

La noticia de la reaparición de Roberto golpeó en el Gobierno, impartiéndose expresas órdenes para su captura. El pato lo pagó María Olivia Gazmuri, jefa del Frente de Mujeres. Fue detenida por personal de Investigaciones. Thieme se la jugó a fondo, a pesar de tener muy clara la película de que las "fuerzas" con que contaba en su clandestinidad, amparada en la Sierra Maestra de Las Condes, eran de una limitación más que extrema. Y lanzó la amenaza: "Notificamos al Director de Investigaciones y a la Policía Política que damos como plazo las 18 horas de hoy para que todos los detenidos sean puestos a

disposición de un tribunal o sean dejados en libertad. Si ese Servicio no cumple, deberá lamentar bajas en sus filas de conocidos funcionarios de su sección Policía Política".

Aunque harto mal redactado, de seguro producto del nerviosismo, el directo mensaje provocó efecto. Antes de las seis de la tarde de ese día los detenidos fueron liberados, previa declaración ante los tribunales.

Sólo seis días habían transcurrido desde que Patria y Libertad ya estaba en la clandestinidad cuando Miguel Sessa le informó a Roberto que la Armada le pedía una reunión urgente. El mensaje llegó a través de Vicente Gutiérrez, el ex infante de Marina al que John Schaeffer le había encargado la formación de las Brigadas Operacionales de Fuerzas Especiales (BOFE) cuando en febrero Thieme "desapareció" y en marzo Sessa, que era el Jefe del Frente de Operaciones, debió salir de circulación por el asunto de Concepción. A esa altura la relación Thieme-Gutiérrez era áspera. Ambos se masticaban pero no se tragaban. Thieme había reestablecido a Sessa en la jefatura operativa y desplazado a Gutiérrez.

Thieme y Sessa se encontraron en un departamento de Vitacura con un oficial naval de alta graduación, al que acompañaba un capitán y cuyos nombres no me fueron revelados. Este les informó que el 25 de ese mes de julio se iniciaría un nuevo paro nacional de los transportistas al mismo que, gradualmente, se sumarían otros gremios. Se buscaba paralizar completamente el país, generándose las condiciones para un pronunciamiento militar institucional.

—Por tanto —dijo el marino—, necesitamos saber cuál es la situación de sus brigadas operacionales.

Roberto enfrentaba el dilema de decir que las tales "brigadas" eran casi un anhelo frustrado más que una realidad tangible o, simplemente encubrir de alguna forma la pobreza franciscana que Patria y Libertad tenía en

materia "operativa". Optó por un "si bien es cierto, no es menos cierto".

—Las tenemos organizadas en todas las provincias. Pero sus integrantes no han sido entrenados—, dijo con aplomo.

Los representantes navales no hicieron mayores comentarios —porque seguramente ya lo sabían por "cuenteo" de Gutiérrez—, y a continuación plantearon el tema de fondo: pidieron que Patria y Libertad, en la medida que le fuese posible a su gente, contribuyera a mantener cortadas las vías ferroviarias, carreteras y oleoductos en los puntos que la Armada —que entregaría los explosivos— indicaría oportunamente, para no provocar daños mayores a la infraestructura del país, una fineza esta última, en todo caso, muy "british". El propósito era impedir que el gobierno quebrara la huelga de los camioneros utilizando organizaciones paralelas creadas luego del paro de octubre de 1972.

También la Armada indicaría en qué días deberían producirse cortes de energía eléctrica para sabotear las comunicaciones radiales y mensajes de televisión del gobierno y la Unidad Popular.

Como se trataba de ayudar, Thieme aceptó las misiones encomendadas, quedando establecido un mecanismo de comunicación para recibir las instrucciones.

Y tal y como el "programa" lo tenía previsto, el 25 los camioneros fueron al paro.

Pero en medio de la tensión que comenzó a aumentar en el país, en la madrugada del 27 de julio fue muerto a balazos en el balcón de su casa el Edecán Naval de Allende, el capitán de navío Arturo Araya. El senador socialista Carlos Altamirano, contra quien el juez de la Primera Zona Naval, vicealmirante José Toribio Merino Castro, estaba pidiendo el desafuero por instigar a la sublevación, apuntó de inmediato su demagógica artillería contra Patria y Libertad.

"Consultados los jefes de las distintas Brigadas Operacionales —dice Roberto Thieme en el testimonio que me entregó cuando escribía este libro—, todos estaban conformes en actuar de acuerdo a los instructivos de apoyo al paro nacional, pero bajo ningún pretexto cometeríamos ataques o atentados contra personas. En los días posteriores pudimos establecer que efectivamente el comandante Araya había sido ultimado por un comando de extrema izquierda, y que el propio Director de Investigaciones, Alfredo Joignant, había dado los salvoconductos y facilidades para que los extremistas abandonaran el país, la misma noche del crimen, en un vuelo de Cubana de Aviación".

La seguridad de que ninguna de nuestras estructuras estaba comprometida en la muerte del edecán Araya, que pasaría a ser investigada por la Justicia Naval, llevó a Roberto a emitir desde la clandestinidad, una declaración pública en la que se señalaba tajantemente en uno de sus acápites: "Para avalar nuestra inocencia, me pongo a disposición de la Armada Nacional. Si la institución lo estima necesario me entregaré para ser enjuiciado. Bastará solamente una declaración pública de la Comandancia en Jefe de la Armada en tal sentido, donde me señale la dependencia en que debo comparecer".

No se oyó padre.

¿Puede hacerse un recuento real, verídico y honesto de cuál fue el "aporte" terrorista de Patria y Libertad en los cruciales días que antecedieron al golpe militar del 11 de septiembre de 1973? Sinceramente pienso que no es evaluable. Porque a esa altura de los acontecimientos en los niveles "operativos" de la resistencia al gobierno marxista de Allende ya se confundían los militantes de Patria y Libertad con los grupos de choque Rolando Matus del Partido Nacional, dirigidos por Juan Luis Ossa y Andrés Allamand, y donde actuaban como "operativos"

entre otros muchachos —según la versión de Eduardo Díaz Herrera—, Bernardo Matte Larraín, Federico Ringeling, Sergio Correa de la Cerda y Carlos Correa Sanfuentes, a los que se agregaba "mano de obra" vinculada a la Armada y alguna relacionada al Ejército y a la Fuerza Aérea, particularmente en las provincias del sur; y otra protagonizada por los agricultores y los camioneros y/o contratada expresamente por estos últimos, que fueron, a fin de cuentas, los que, junto a los comerciantes, paralizaron al país.

Que se atribuya "todo el terrorismo" de esos días a Patria y Libertad es simplemente "cargarnos el muerto" en una maniobra artera que busca, históricamente, ocultar lo que "otros muchos hicieron también" y que nació como actitud natural de hastío y repulsa generalizada en todos los sectores de la ciudadanía, político-partidistas o no, que querían, a como diera lugar, el término del gobierno izquierdista.

Asimismo, asumir nosotros ese terrorismo con el equívoco y estúpido propósito de ocupar aunque sea una línea en la historia en calidad de sacrificados héroes de la resistencia, no solamente sería deshonesto sino que una fanfarronería sin explicación.

Al terminar julio, en Quito comenzamos a conversar qué haríamos una vez que se cumplieran los 30 días de arraigo en Ecuador, plazo a partir del cual podíamos disponer de absoluta libertad para quedarnos en ese país o abandonarlo.

Pero como andábamos "fallucos" al billete y no se veía que pudiese llegar de ningún lado, en un acto de arrojo que no resultó muy fácil para Pablo, visitamos al empresario Amador Yarur Banna. Este llegó a Quito, con su esposa y pequeños hijos, luego de que sus trabajadores le tomaron la empresa textil.

Amador tenía la absoluta seguridad —como me lo confesó en sus oficinas de Santiago en diciembre de 1970

—de que "Salvador Allende era su amigo" y como había "contribuido" a su campaña electoral, le daba seguridades de que no le pasaría nada. Le argüí que se le olvidaba que "los Yarur" estaban en el Programa de Gobierno de la Unidad Popular entre los primeros que serían expropiados. Se rió.

Benjamín, que también conocía a Amador, fue directo al punto cuando nos recibió en Quito. "Necesitamos ayuda económica", fueron las tres palabras claves.

El empresario recién inauguraba su "nueva" casa, una considerable mansión alhajada con la modestia característica de sus ancestros. "Con una pura alfombra de éstas podemos financiar el derrocamiento de Allende y nos queda dinero para ir de vacaciones a Europa", pensé mientras las regordetas y negroazuladas manos de Amador, un hombre moreno, bajo de estatura y de modales ordinarios, palpaban el hermoso tallado del respaldo de un sitial estilo quiteño, y su esposa, una maciza y alta mujer, nos ofrecía un "picoteo" de queso, mortadela, aceitunas y maní.

—No tengo un peso—, dijo quejumbroso Amador. —Me dejaron en la calle con la intervención de la fábrica—, agregó.

Lo miramos con infinitos grados de incomprensión. "Este es chancho que no da manteca", me dijo en susurro Pablo, aprovechando que todos los presentes, entre los que había algunos chilenos que conformaban una verdadera cohorte de "chupamedias", hablaban de cualquier cosa.

Salimos como entramos: con las manos vacías.

Pero el hombre se recuperó como esos buenos boxeadores que de pronto sólo resbalan en el cuadrilátero. Antes que nosotros dejáramos Quito para seguir en la contra a Allende y su gobierno, la prensa local informó que el industrial había adquirido el paquete más importante

de un banco nacional, con un compromiso de 50 millones de dólares. Ese mismo esfuerzo le permitió, años más tarde —¡oh paradojas de la vida de los negocios!—, asociarse nada menos que con la flota pesquera soviética en el Pacífico Sur, a partir de una sociedad, o embarcaciones, en las que tenía, o tuvo, participación, o era propietario en Panamá, el conocido hombre de radio, Raúl Tarud Siway. La información me la proporcionó en 1983, durante una entrevista en el Palacio Pizarro, el presidente Fernando Belaúnde Terry, cuando yo era corresponsal en Lima del diario "New York Tribune", de Nueva York, y de la cadena Folhas, de Sao Paulo.

En una prolongada reunión, Pablo, John, Benjamín, Juan Eduardo y yo acordamos que cada uno decidiría en conciencia si regresaba o no a Chile. Pablo al respecto era claro y tajante: volvería; Schaeffer haría lo mismo; Hurtado dijo que si su presencia era útil lo haría sin inconveniente alguno; Matte —que se había casado en Quito con la Macarena no sé cuánto, sirviendo nosotros de testigos del magno acontecimiento—, sencillamente manifestó que se quedaba. De hecho había comenzado a pensar cómo instalar una planta faenadora de pollos y productora de huevos. Y, finalmente, yo que sustentaba la hipótesis de esperar un tiempo prudente, en definitiva me uní a los dos primeros.

¿Y con qué dinero podíamos alzar el vuelo de nuestro exilio? Era la interrogante. Al comenzar agosto, Pablo y Benjamín me habían echado una mano en materia económica y Jorge Fuenzalida Cibié, que me hospedaba en el área de invitados de su hermosa residencia, en un gesto de solidaridad no esperado por mí —ya con recibirme y atenderme como lo hizo él y su esposa Silvia May, hija de Marta Colvin, la laureada escultora y Premio Nacional de Arte, era suficiente— , más encima me dio dinero para mis gastos y para enviarle a mi esposa que contribuía

entusiastamente con la resistencia haciendo de "caracterizadora" de algunos de los que habían pasado a la clandestinidad, entre ellos mi amigo Roberto Fuentes Morrison y su grupo.

Sin embargo, las reservas monetarias se agotaban.

A mediados de agosto llegó a Quito Eduardo Díaz Herrera. Sin un centavo al hombro aunque con una sonriente cara de scout camino a un Jamboree. Nos levantó el ánimo y nos impuso de noticias más o menos frescas. Eduardo compartía su acción clandestina entre Temuco, su centro operativo principal, y Santiago. Mantenía una estrecha relación con Thieme, Miller, Sessa y Gutiérrez.

Los cinco dirigentes clandestinos de Patria y Libertad habían logrado, por fin, obtener una fluida información sobre el estado interno de las Fuerzas Armadas. Roberto sabía lo que estaba ocurriendo al interior del Ejército gracias a la relación entre el empresario y dirigente del Movimiento, Saturnino López; y el general Augusto Lutz Urzúa, jefe del Servicio de Inteligencia Militar. Díaz, cuyo padre era médico y oficial de sanidad del Ejército, obtenía de éste algunos antecedentes y otros los captaba de sus vínculos con oficiales de la Fuerza Aérea en Temuco y del Regimiento "La Concepción", de Lautaro. Finalmente estaba todo el caudal de "orientaciones" que entregaba la Armada, vía Vicente Gutiérrez, que aunque se caían mutuamente mal, con Thieme mantenía una tan obligada como fingida cordialidad de combatientes en la misma trinchera

Eduardo, conocedor de la zona sur por su permanencia y "chuchoqueo" político en la provincia de Cautín, se conocía los pasos y cruces cordilleranos hacia Argentina, en lo que podría considerarse una versión moderna de émulo de Manuel Rodríguez. Por uno de ellos llegó hasta Buenos Aires y se alojó en el departamento de Roberto Zúñiga, que tras su aparente bonhomía y tranquilidad

escondía una pujante vitalidad y positiva energía, convirtiéndo su departamento, en plena calle Corrientes, cerca del paseo Florida, en el eje de nuestros afanes conspirativos contra el gobierno de Allende.

En dos días de conversaciones, Eduardo nos dio un amplio panorama de la situación en Chile. Afirmó de manera categórica que el golpe de Estado contra Allende era inminente y que nosotros teníamos que regresarnos, enfatizando, en todo caso, en la presencia de Pablo. Establecimos un itinerario y los tres comenzamos a prepararnos para volver. El dinero, en calidad de préstamo, lo facilitaría el ingeniero Raúl Duhalde, quien acogía en su hogar a Pablo.

De Quito, Díaz viajó a Estados Unidos. Es lo que dijo entonces.

Reservadamente informamos a los amigos que nos habían hospedado de nuestro retorno a Chile. Fue cuando Jorge Fuenzalida Cibié, en cuya casa me alojaba, me reconoció no haber ayudado en Chile a los que se quedaron luchando contra Allende. Y en un acto que siempre le he agradecido y que los demás olvidaron, nos donó cinco mil dólares. El dinero llegó como caído del cielo.

Al gobierno ecuatoriano le comunicamos con anticipación que nos íbamos del país el 25 de agosto. Pablo Rodríguez, que infructuosamente había tratado durante más de un mes de obtener visa para viajar a Ciudad de México, anunció que se iría a Bogotá. John Schaeffer, cuyo padre, dijo, vivía en Río de Janeiro, comunicó ese destino y yo, Asunción.

De acuerdo a las estipulaciones de la Convención de Río de Janeiro que regula el asilo político, el gobierno asilante debía otorgarnos pasaporte si nosotros dejábamos el país. No nos dieron ni la hora. Sólo se dieron por sabidos de nuestra decisión y le informaron a la Embajada de Chile, a cuya cabeza se encontraba el abogado,

periodista y diplomático de carrera, Rigoberto Díaz Gronow. La representación diplomática, a su vez, dio cuenta del hecho al Ministerio de Relaciones Exteriores y en menos que canta un gallo todo el mundo sabía que estábamos en algo no muy santo. Y de regreso

Entre los informados se contaba un funcionario de la embajada chilena en Quito, cuyo nombre no nos fue revelado. Pensando que el gobierno popular terminaría en un desastre, o en una tiranía, y que en cualquiera de ambos casos el destino de todos los empleados del Estado suele ser incierto, el hombre, previsor a más no poder, se "afanó" en Brasil, o se reservó para sí, cinco pasaportes chilenos sin llenar y un sello del Consulado de Sao Paulo. La cantidad de documentos, de alto valor estratégico en caso de un "aprecué" internacional, equivalía a su núcleo familiar.

Sin embargo, renunciando a su prerrogativa de usarlos en alguna emergencia, nos los hizo llegar anónimamente a nosotros, sello incluido y las indicaciones para llenarlos. Con Fuenzalida confeccioné mi nueva identidad internacional y asumí mi "chapa" de Miguel Luis Fuenzalida Soto. Los otros fueron entregados a cada uno de los potenciales usuarios.

En Santiago, Roberto Thieme, que andaba medio "desenchufado" con los planes de Eduardo Díaz, comenzó preparativos para recibir solamente a Pablo por vía área. Bajo esa hipótesis le pidió a Miguel Sessa que hiciera una evaluación de la pista de Algarrobo. Allí podía aterrizar un avión bimotor del tipo Bandeirante que usaba la Fuerza Aérea brasileña. Infortunadamente cuando Miguel regresaba a Santiago por Casablanca, acompañado de tres militantes, su vehículo se estrelló de frente con una camioneta. Resultó con lesiones que, por no habérsele practicado un electroencefalograma que habría evidenciado un TEC cerrado, le causaron la muerte la

noche del 20 de agosto. La infausta noticia se la entregó al clandestino Secretario General de Patria y Libertad, el suegro de John Schaeffer, Eugenio Fabres Domínguez.

Roberto a esa altura tenía al interior del Movimiento una crisis que se había agudizado con el accidente de Sessa y que con su muerte amenazaba con convertirse en una lucha intestina de poderes. ¡Otra maravilla! ¡Éramos pocos y más encima andábamos como el perro y el gato!

Dice Thieme en el extenso testimonio que me proporcionó para este libro:

"El accidente de Miguel significó para mí un golpe crucial. Hasta ese día, toda la organización operativa del Movimiento pasaba por sus manos. En la cadena de mando, después de Miguel venía un ex oficial y comando de la Armada, excelente como profesional pero, desde el punto de vista ideológico, sin doctrina ni idealismo. Era de los que nosotros denominábamos 'antimarxistas histéricos'. Cuando decidimos pasar a la clandestinidad, un mes antes, yo había tenido cambios fuertes de opiniones con él, que se consideraba más apto que Miguel Sessa para dirigir el Frente de Operaciones. Muy a su disgusto impuse a Miguel en el mando y me mantuve siempre compartimentado. Al quedar Miguel fuera de acción, tuve que reunirme nuevamente con 'Javier Palacios' (se refiere a Vicente Gutiérrez. N del A.), ese era su nombre de chapa, (ninguna relación con el general de Ejército del mismo nombre). Analizando la realidad del paro gremial (se refiere a los transportistas. N. del A.), la situación política, el confuso cuadro del gobierno con los ministros militares, y el estado de nuestras fuerzas operativas, fuimos conformando una radiografía bastante grave de la posición en que nos encontrábamos. Desde el punto de vista gremial, los huelguistas habían sobrepasado con creces las metas programadas y en el tema operativo

también habíamos cumplido con todas las tareas asignadas. Tanto los transportistas como nosotros estábamos empezando a sufrir un fuerte desgaste y agotamiento. Estimábamos que para entonces las condiciones objetivas para el derrocamiento del Gobierno marxista estaban dadas. Ahora correspondía a las Fuerzas Armadas ponerle fin a la caótica situación interna y externa en que se encontraba Chile. Cerca de las 2:00 de la madrugada del 16 de agosto de 1973, después de acaloradas discusiones, el Consejo aprobó mi idea de suspender todas las operaciones del Frente. En presencia del mismo Consejo le di las instrucciones pertinentes a 'Javier Palacios', para que las cursara inmediatamente a todas las Brigadas de Santiago y Provincias".

Resulta interesante reproducir otra parte de lo señalado por Thieme:

"Después de que tomáramos la decisión de suspender las operaciones solicité una reunión con el oficial naval, que representaba al Contraalmirante José Toribio Merino con el fin de informarle de nuestra situación. Me indicó que internamente las Fuerzas Armadas estaban absolutamente cohesionadas y decididas a actuar. Sólo era cuestión de tiempo, los Comandantes en Jefe no representaban el sentir de sus instituciones, pero los Altos Mandos estaban por el derrocamiento de Allende. Por otro lado, Nino López (se refiere al empresario Saturnino López. N. del A.), en sus contactos con el Jefe del Servicio de Inteligencia del Ejército, obtenía la misma información. Aun cuando el Ejército se mantenía en una posición mucho más hermética, se sabía que las tres antigüedades después del general Carlos Prats, el general Augusto Pinochet, el general Ramón Torres de la Cruz y el general Oscar Bonilla, eran militares brillantes, antimarxistas y patriotas. Otros dirigentes de Patria y Libertad que mantenían contactos en provincias con los generales de

Ejército Forestier (Carlos) (con asiento en Iquique. N. del A.), Canessa (Julio) (por entonces sólo era Coronel N. del A.) y Washington Carrasco (con asiento en Concepción. N. del A.), nos confirmaban el cuadro de un Ejército monolítico, libertario y decidido a actuar".

El conjunto de circunstancias —incluido el "agotamiento" y estrés de un mes y días de tan intensa lucha —¡menos mal que no fueron tres meses o un año!— lleva a Roberto a una "depre", la segunda del año —la otra le sobrevino luego del fracaso del Proyecto Sierra Alfa—, la "caballa" de grande. Se advierte cuando me escribe en su testimonio:

"El mundo empezó a desplomarse bajo mis pies. Miguel fue sepultado casi anónimamente, sin ninguno de nosotros presente. La situación en que me encontraba era desesperada. Sumergido en la clandestinidad, aislado de las bases operativas, sobrepasado por un Jefe de Operaciones, que no cumplía con las órdenes que el Consejo político le daba a través mío y que en cambio empezaba a responder a la conducción de otros centros de poder civiles, que también estaban por el derrocamiento de Allende, pero que, dentro de sus propósitos, no estaba contemplada la imagen ni el destino de los militantes y dirigentes del Movimiento Patria y Libertad. La situación se agravaba hora a hora, pues por los distintos canales de información íbamos recogiendo toda clase de datos, entre ellos, que a nuestro Jefe de Operaciones "Javier Palacios" se le había solicitado, por parte de un poderoso grupo civil que estaba también detrás del paro gremial, que empezara a atentar contra algunos dirigentes de la Unidad Popular, entregándosele una lista encabezada por el presidente del Partido Socialista, senador Carlos Altamirano. Sobrepasando la autoridad del Consejo Político del Movimiento y la mía propia, 'Palacios' había respondido afirmativamente y empezaba a seleccionar a los

militantes que conformarían una nueva Brigada Especial".

En palabras simples y resumidas, Roberto estaba sin control de la muchachada del Frente de Operaciones, con un "Consejo Político" que daba instrucciones que no se cumplían y a merced de lo que hiciera Vicente Gutiérrez. ¡Lindo panorama! Menos mal que el destino de Chile no dependía de nosotros.

Mientras tales maravillas ocurrían en Chile, en Quito el primero en salir fue Pablo Rodríguez el 23 de agosto de ese 1973. Lo hizo a Bogotá y terminó en Ciudad de México. Le seguimos el 25 John Schaeffer y yo en vuelo directo a Buenos Aires.

A las nueve de la noche de ese mismo sábado 25, Roberto, que ahora lucía una pelada estilo milico del Buin, bajó algo nervioso del "departamento de seguridad" donde se escondía —a esa altura no teníamos "casas"—, situado en Apoquindo con Américo Vespucio. Vestía traje gris, camisa celeste y corbata al tono: negra. ¡Una "pinta" de miedo! Le acompañaba Eugenio "Pelete" Fabres Jr., cuñado de John Schaeffer. En El Faro de Apoquindo le esperaba el "Nino" López y Marisol Navarro. López, como corresponde a un caballero semiclandestino, pero empresario a fin de cuentas, había hecho reserva para ocho en el restorán Innsbruck, de avenida Las Condes. ¡No fuese a ocurrir que llegaran de improviso y encontraran todo ocupado! Era sábado y, por tanto, tenía que asegurar mesa. Porque, a pesar de la escasez, la crisis política, económica y social, el paro de los camioneros y el desparramo general del país, a la hora de salir a cenar, los sectores que podían hacerlo no se privaban de las delicias de la mesa alemana, así fuese puro chucrut lo que ofreciera el menú. Pero la idea no era detener el proceso de clandestinidad por un par de horas, y luego volver a esa condición. No.

Cuando con paso marcial y vista al frente, Roberto ingresó al concurrido restaurante con sus acompañantes, un ¡Ooooooh!, bajito, fue perceptible en la sala. Era el perseguido, el buscado Thieme. El fascista por cuya cabeza... aún no había precio. Pero indudablemente que luego se le pondría. ¿Qué hacía allí desafiante?

Simple. La situación en el Movimiento se le tornó definitiva e irremediablemente incontrolable. El Frente de Operaciones —única estructura vigente de Patria y Libertad por decisión del propio Thieme y su Consejo Político— se había quiebrado, dividiéndose entre los que seguían a Vicente Gutiérrez —el 'Comandante Javier Palacios'— y los que se mantenían bajo la dirección de Ernesto Miller, porque Roberto había acentuado su clandestinidad a tal punto que se desapareció en el departamento de Vespucio y Apoquindo. Más de algún mal pensado preguntó después ¿con quién?

Entonces vino la decisión: por unanimidad del Consejo —que además del Nino y la Marisol, lo integraban Ernesto y los Fabres—, se decidió que Roberto se entregara lo antes posible. La consideración principal para dar tan trascendente paso fue que Patria y Libertad "no podía continuar absorbiendo y capitalizando cuanta bomba y crimen se cometiera en el país", señala en su testimonio Roberto.

Se le informó de lo que ocurriría a los contactos militares. Y estos dijeron: "¡Bueno, ya!".

Sólo después de cenar —¡qué delicadeza!—, dos agentes de Investigaciones se acercaron discretamente a la mesa y le pidieron a Roberto que los acompañara. Salieron del local y afuera ¡diez! patrullas con su personal en posición de tiro esperaban. Seguramente se frustraron porque no hubo resistencia ni oposición. No podía haberla. Era una entrega programada. El mismo "Nino" había llamado a la policía... a la hora del café. Se trataba

de entregarse, pero sin estropear la cena, que no había costado una bicoca, precisamente. Y que de seguro al mismo "Nino" le correspondió pagar.

—¡Positivo! ¡Positivo! ¡Es Romeo Tango! ¡Es Romeo Tango! ¡Ya lo tenemos!— se escuchaba en el interior del Chevy negro que, escoltado por otros vehículos policiales, veloz bajaba por Avenida Kennedy en dirección al Cuartel Central de General Mackenna. En su interior trasladaba al "fascista" más buscado del país.

Con la delicadeza, calidad humana y nivel que Chile veinticinco años después olvidó gracias a la particular amnesia que todos los políticos, sin excepción fomentan cuando algo no conviene a sus intereses, el diario "Puro Chile", una cloaca izquierdista sirviente del gobierno y equivalente en el periodismo nacional al Zanjón de la Aguada, escribió con grandes títulos en su primera página: "R. Thieme cayó como un cobarde". Y agregaba a continuación: "Con el pelo teñido, jefe de P. y L. se hizo pichí en los pantalones y se entregó siguiendo el ejemplo de Pablo Rodríguez, Matte, Fuentes, Hurtado y Schaeffer. Cantó hasta la Cumparsita".

Pero, si bien Roberto estaba al tanto de que Pablo regresaría al país cruzando desde Argentina por el sur para aparecer en Temuco, en el testimonio de libre disposición que me ofreció Eduardo Díaz Herrera cuando escribía este libro, se muestra un guión con fondo diferente y que yo desconocía.

Eduardo, según me señala, manejaba un plan paralelo al de Thieme, cuyo propósito apuntaba también al derrocamiento de Allende y en el cual estaban involucrados el Ejército y la Armada de Brasil. Por eso John Schaeffer viaja a Río de Janeiro luego de nuestra llegada a Buenos Aires. Allí se reúne con Eduardo y esperan a Pablo, que viene de México, en Brasilia. Los frutos de la gestión con los brasileños pueden inferirse de los siguientes pasos:

los tres retornan a Buenos Aires con la cara larga y con dinero de Roberto Zúñiga sólo Rodríguez y Díaz se trasladan al sur argentino para cruzar a Chile.

Resulta de interés conocer el relato de Eduardo que, en los términos más exactos, reproduzco a partir de notas de una conversación con él:

—¿Y Pablo vuelve de México?—, pregunto a Díaz Herrera.

—Pablo vuelve de México a Brasilia. De Brasilia se va a Río y luego, por Paso de Los Libres, entramos a Argentina—, responde Díaz.

—Y ahí nos juntamos todos y luego tú te vas con Pablo al sur—. digo.

—Correcto. A Neuquén —señala Díaz.

—Y nosotros con John Schaeffer nos quedamos esperando en Buenos Aires el ingreso de ustedes a Chile—, agrego

—Claro—, afirma Díaz

—Tú me mencionaste alguna vez la participación de la Inteligencia brasileña en todos esos afanes. Porque, en el fondo, a Pablo hay que traerlo "laceado" desde México.— expreso a Eduardo

—No es la Inteligencia brasileña. Lo que muchos de ustedes ignoraban es que nosotros nos molestamos por el 29 de junio porque estábamos en un plan del Ejército bastante más vasto. De hecho yo desde el 29 de junio en adelante dormí en los cuarteles. Nosotros íbamos a dividir el país en dos. Ibamos a la guerra civil. Los brasileños entrarían por el sur, porque teníamos contemplado que los cubanos lo harían por el norte. Y yo tenía obligación compartimentada de no hablar de esto más que con Pablo Rodríguez. No lo supo ni John Schaeffer—, me expresa categóricamente Díaz.

—Bueno, pero tú bien sabes que las razones por las cuales Pablo se va a México están muy cerca de la pasión

...pero no precisamente por el nacionalismo que proclamaba...—, afirmo.

—...¡Ah! ¡Claro!— dice Eduardo.

—Y después hubo que empujarlo para que se fuera al sur.— agrego.

—De hecho Pablo era muy reacio a todo lo que fuera internacionalismo nacionalista— sigue Díaz.

—Existe el antecedente de que parte de la Inteligencia, o del Ejército brasileño, daba apoyo a algunas cosas...— le planteo a Eduardo.

—¿De qué tipo?— me pregunta.

—Porque posteriormente al 11 de septiembre a nivel de Marina se manifiestan, en alguna medida, esos apoyos— continúo argumentando.

—Nosotros nos reunimos con gente del Ejército y de la Armada en Brasilia. Nosotros, Manuel, estábamos, derechamente, por partir el país en dos. Vinculados con los generales que estaban en la actitud rebelde y subversiva. Con varios generales entre los que no estaba Augusto Pinochet— confirma Eduardo.

—¿Quién los cruza o ayuda a cruzar en helicóptero en el sur?— pregunto.

—El comandante de la Fuerza Aérea Benjamín Fernández Hernández. Y tú tienes un error en tu primer libro (que fue prohibido por el gobierno militar. N. del A.) cuando hablas de la Cuesta Las Raíces y es la Cuesta Santa Julia. La primera está por Lonquimay y nosotros pasamos por Puelco. Y tu hablabas también que habíamos entrado (a Chile) con unos carné que llevó la Gloria, tu esposa, en circunstancias que entramos con otra implementación de afuera— aclara Díaz.

—Pero había pasaportes chilenos...— digo yo.

—Claro. Pero nosotros en Brasil teníamos pasaportes como ecuatorianos residentes en Brasil.— me informa Díaz.

—Nosotros disponíamos al salir de Ecuador de pasaportes chilenos extendidos en Sao Paulo— señalo.

—Es que lo que tú ignoras es que el Ejército prohibió el ingreso tuyo y de John Schaeffer. Y se traía solamente a Pablo Rodríguez... Y tú querías poner una radio en la frontera, por allá por Mahuil Malal. Y Schaeffer estaba muy molesto porque no lo llevábamos. Y la misión era única y exclusivamente llevar a Pablo en ese momento. Incluso Pablo titubeó en Buenos Aires...— dice Díaz

—¿En qué sentido?— pregunto.

—En el sentido de que cambiamos la fecha.— aclara.

—¿La fecha de entrada a Chile?— pregunto.

—Si.— afirma Díaz—. Y añade: — Yo recuerdo a Matte muy reacio a volver a Chile. Y en Buenos Aires tú estabas muy reacio, y también Schaeffer, al regreso de Pablo y mío porque creían que nos iban a matar. Y el que ayudó bastante fue don Roberto Zúñiga—.

—Sí; eso es cierto,— confirmo yo.

—Y Pablo reculó. Y don Roberto lo pescó y le dijo: "Mire, aquí está comprometido el Ejército y su deber es estar en Chile". Y de hecho nosotros llegamos a una unidad militar—, dice Díaz.

—Claro; si llegaron directo a la base aérea de Temuco— agrego.

—Claro—, termina afirmando Eduardo Díaz.

Vía telefónica se le informó a Ernesto Miller en Santiago que Pablo regresaría. El 28, Ernesto anunció que al entregarse Thieme, Patria y Libertad ponía término a todo tipo de actividad clandestina. De paso anunció el inminente retorno de Rodríguez.

Ya en territorio nacional, Pablo fue entrevistado en exclusividad la noche del 9 de septiembre por el Director de Radio Ñielol de Temuco, Armando Garrido, y el periodista de Radio Cooperativa, de esa misma ciudad, Hernán Espina. Fue una arenga a tono con el momento

histórico. Y en la quemada del golpe militar. También constituyó el penúltimo acto de Patria y Libertad. El 13 de septiembre el Movimiento fue disuelto por decisión de Pablo.

ANEXOS

ANEXO I

Lo que no vieron todos los chilenos

Es en el contexto de la acción que Estados Unidos realiza hacia América Latina desde los días de Kennedy, donde se inserta la sorpresa y estupefacción que provocó en los niveles más importantes de los Estados Unidos, incluido, por supuesto, el Gobierno, la victoria de Allende el 4 de septiembre de 1970. Explica, también, la histérica reacción del presidente Richard Nixon recogida por el entonces Director de la CIA, Richard Helms, y transcrita en un documento secreto cuyo contenido si bien se conocía, su original fue desclasificado veinticinco años después:

"Puede que haya una oportunidad entre diez; pero ¡Salvar a Chile! los gastos valen la pena; los riesgos no tienen importancia; no se debe involucrar a la Embajada; se pueden asignar diez millones de dólares (40 millones a 1996) o más si es necesario; designar a los mejores hombres y ordenar que trabajen a tiempo completo; hacer que la economía reviente; 48 horas para el plan de acción".

Todas las alarmas estaban en rojo en la Casa Blanca. El "experimento Frei" había resultado un fracaso. El marxista, Salvador Allende, estaba a las puertas del poder y nada menos que por la vía electoral.

Solo en virtud de la revelación de documentación secreta de la empresa International and Telefhone and

Telegraph, ITT; la desclasificación de documentos motivada en la investigación del Senado de los Estados Unidos sobre las actividades encubiertas realizadas por las diversas agencias de inteligencia de esa nación; la desclasificación en Moscú de algunos documentos del Partido Comunista de la ex Unión Soviética; las declaraciones de ex embajadores norteamericanos en Chile, como Edward Korry; y algunas investigaciones periodísticas de medios de comunicación como "The New York Times", ha sido posible reconstruir, medianamente, la cara oculta de la historia chilena en el período previo al proceso electoral de 1970, el mismo que se constituye en el eje central de hechos ya relatados en capítulos anteriores, y en parte de los cuales actué como uno de sus muchos protagonistas.

Aunque desconociéndose todavía la mayor parte de la información que, por razones de seguridad nacional, mantiene a buen recaudo en sus archivos el gobierno de los Estados Unidos, mucho ayudaron a aclarar la historia de la intervención norteamericana en Chile la Comisión Church del Senado, y luego, en 1996, el ex embajador Edward Korry, que entregó en Santiago al Centro de Estudios Públicos un magnífico y tan amplio como honesto testimonio de su gestión como representante de la Casa Blanca en nuestra capital entre 1967 y 1971

A lo anterior se suma la desclasificación de documentos sobre Chile ordenada por la Administración del presidente Bill Clinton en 1998 y 1999.

Con esas fuentes de información me permití armar una sustanciosa sopa correspondiente a tres períodos: el de antes de la elección presidencial de 1970; el que va del 4 de septiembre del mismo año hasta de octubre; y, el de noviembre de 1970 a septiembre de 1973.

Señalaron en su oportunidad los investigadores de la ya olvidada Comisión Church —en opinión del ex embajador Korry convertida en "una especie de tarro basurero

en el que se pudiera arrojar parte de nuestro pasado y algunos de nuestros malos hábitos"— que el caso chileno planteaba la mayor parte de los temas vinculados con la acción encubierta como instrumento de la política exterior norteamericana. "Consistió —afirman— en una gran intromisión prolongada y a menudo muy fuerte en la política chilena; incluyó toda la gama de métodos de acción encubierta, exceptuando solamente operaciones militares encubiertas; y, reveló una variedad de distintos procedimientos para autorizarlas, con diferentes competencias en cuanto a vigilancia y control".

Una relación cronológica de algunos hechos, complementada con antecedentes, ayuda a entender el "pastel" político en que estaba metido a Chile por entonces.

1969

Abril 15

Se reúne el denominado "Comité 303" (antecesor del "Comité de los 40"). Se trata de una estructura del Gobierno de los Estados Unidos a nivel de Subsecretaría. Su función es revisar las principales acciones encubiertas emprendidas por la Inteligencia nacional. Legalmente debe integrarse por el Ayudante del Presidente para Asuntos de Seguridad Nacional —por entonces Henry Kissinger—, que encabeza el panel; el Subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, el Secretario Comisionado de Defensa, el Presidente de la Junta de Generales y el Director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). Entre los temas del encuentro está la elección presidencial de 1970 en Chile. No se le asigna importancia.

Julio

La Estación de la CIA en Santiago pide y recibe autorización de su Cuartel General para un programa encubierto destinado a establecer elementos activos de inteligencia en los institutos armados chilenos con el propósito de rastrear la potencialidad de un golpe de Estado. El programa se extendió por cuatro años. Comprometió a elementos activos de las tres ramas de las Fuerzas Armadas chilenas e incluyó oficiales a nivel de comandantes: mayor, teniente coronel o coronel, el de capitán, oficiales retirados del Estado Mayor y tropa. Desde 1969 a agosto de 1970, el proyecto se ciñó estrictamente al objetivo establecido de rastrear e informar en el seno de los militares chilenos sobre las actividades dirigidas a dar un golpe.

Diciembre

La Estación de la CIA en Chile, bajo la responsabilidad de Henry Hecksher, propone a la Oficina Central un plan para enfrentar las elecciones presidenciales de 1970. No le dan ni "bola".

1970

Marzo 25

El "Comité de los 40" aprueba 135 mil dólares (540 mil de 1996) para iniciar una "campaña de deterioro" de la imagen de Allende. Se considera ineficiente la campaña de Jorge Alessandri. Es cuando Juraj Domic me llama para contribuir con la causa. Proponemos un plan que es aprobado.

Marzo a Julio

La Estación de la CIA en Santiago se esfuerza por "cambiar de bando" a Oleg Kunakov. Y lo logra. El resultado: los "Archivos", que bajo la firma de Juraj Domic, publica "El Mercurio" a fines de agosto.

Junio 18

El embajador de los Estados Unidos en Chile, Edward Korry, propone al Departamento de Estado y a la CIA un plan de dos etapas. La primera plantea entregar recursos para la campaña anti-Allende, en tanto que la segunda es un plan de contingencia para persuadir a una mayoría de diputados y senadores para que voten contra Allende el 24 de octubre en el Congreso Pleno. Pide 500 mil dólares (2 millones de 1996).

Junio 27

El "Comité de los 40" incrementa los fondos para la "campaña de deterioro" de la imagen de Allende y la Unidad Popular, aprobando un gasto de 390 mil dólares (un millón 560 mil de 1996). Parte de este dinero se deriva en las acciones "especiales" que realizamos con Domic.

Julio

Un representante de la CIA en Santiago se reúne con representantes de la ITT y, en una discusión sobre la elección próxima indica que a Alessandri le convendría una ayuda financiera. La CIA sugiere el nombre de una persona que podría ser utilizada como canal seguro para hacer llegar esos fondos. El miembro del Directorio de la ITT y ex Director de la CIA, John McCone, semanas

después telefoneó a Richard Helms, Director de la CIA para concertar una nueva reunión entre subalternos de ambos. El tema de discusión es la entrega de un millón de dólares (4 millones de 1996).

Julio

El Ministro de Relaciones Exteriores, Gabriel Valdés Subercaseaux, trata de conseguir apoyo del gobierno norteamericano para reemplazar à Radomiro Tomic, como candidato presidencial de su partido. Le fue pésimo. Según Korry, después que Allende asumió el poder, éste gestionó con Fidel Castro la designación de Valdés en la jefatura del Area Latinoamericana del Programa de Desarrollo de la ONU, PNUD.

Agosto

El embajador Korry envía a Washington su "Informe de Contingencia". Lo titula "Fidelismo sin Fidel". En dicho documento afirma: "Baste advertir al respecto que en las actuales evaluaciones de la Embajada el triunfo de Allende es posible, pero no probable". El viejo truco en los informes de "si bien es cierto que, no es menos cierto que...".

Agosto

Korry, apoyado por la CIA, discute con el Departamento de Estado. Los genios de esta última dependencia en sus evaluaciones no consideran peligroso a Allende.

Agosto 5

El Subsecretario Adjunto de los Estados Unidos, N. Crimmins, por conductos no oficiales, le envía un memorándum

al embajador Korry pidiéndole su opinión sobre lo que se denomina la "cuarta opción". Se advierte al diplomático que es un tema de "divulgación muy restringida". Y se añade: "Esta opción sería la del derrocamiento (de Allende. N. del A.) o impedir que tome posesión del mando". Se desconoce la respuesta de Korry a este mensaje.

Agosto 7

El "Comité de los 40" aprueba un gasto para la CIA en Chile de un millón de dólares (4 millones de 1996). Propósito: acciones contra Allende.

Consigna en su Informe la Comisión Church que durante 1970, el Gobierno de los Estados Unidos y varias corporaciones multinacionales se vincularon para oponerse a la candidatura y después a la Presidencia de Salvador Allende.

Eran varias las empresas transnacionales que sentían aprensión ante la posibilidad de que Allende fuera elegido Presidente de Chile. Las declaraciones públicas de éste indicaban su intención, en caso de ser elegido, de nacionalizar las industrias básicas y poner bajo el dominio estatal industrias de servicios tales como la Compañía de Teléfonos de Chile, que en la época era subsidiaria de la ITT. Esta la había adquirido en 1930. En 1970 tenía el 70% de acciones de Chilteco y un seguro en los Estados Unidos por 96.5 millones de dólares.

John MacCone, ex Director de la CIA y miembro del Comité Ejecutivo de la ITT, en 1970, conocía los detalles de la masiva intervención de los Estados Unidos en la política interna chilena y, particularmente, de la sustanciosa ayuda del gobierno y las corporaciones multinacionales a la candidatura de Eduardo Frei Montalva en 1964 con el fin de evitar que triunfara Allende. De esto

informó ampliamente a Harold Geneen, presidente mundial de la poderosa ITT.

Un millón de dólares (4 millones de ahora) ofreció la preocupada ITT a la CIA como aporte a la campaña de Jorge Alessandri. Pero la Agencia rechazó, aunque le recomendó a través de quién hacerlo. No se reveló ni ese "quién" ni otro nombre, aunque se dijo en el Informe Church: "La CIA confirmó que la persona en cuestión era un canal confiable que podría ser utilizado para entregar los fondos a Alessandri".

Un segundo canal para el traspaso de dineros de la ITT a un partido político opuesto a Allende, el Partido Nacional —la mayoría de cuyos miembros, entre ellos Sergio Onofre Jarpa Reyes, pasaron a integrar posteriormente Renovación Nacional cuando fue insalvable la crisis con los muchachos de Jaime Guzmán—, se estableció, siguiendo el consejo de la CIA de asegurar un mecanismo de entrega. Se utilizaron para tal efecto dos 'elementos activos' de la Estación de la CIA en Chile. Estas personas o elementos estaban recibiendo también fondos de la Agencia en relación con la "operación deterioro".

A la CIA se le mantenía constantemente informada del alcance, mecánica y monto de los financiamientos que entregaron no solamente la ITT sino que otras corporaciones a la campaña de Alessandri, en cantidades iguales o superiores a los 350 mil dólares (un millón 400 mil a 1996) por empresa.

Aunque dinero, como puede apreciarse, hubo de sobra, la derecha históricamente desgastada y con una propuesta política impropia a los tiempos de agitación que se vivían, debió enfrentar, además, la soberbia izquierdizante de la Democracia Cristiana; el discurso del "desorientado" Radomiro Tomic, como a mediados de julio de 1970 lo definió el presidente Frei al embajador Korry; la unidad monolítica de la izquierda marxista

hegemonizada brillantemente por el Partido Comunista; y, la figura de un carismático candidato, Salvador Allende, transmisor de un discurso "vendedor", revolucionario y creador de expectativas.

Y el 4 de septiembre salió elegido presidente de Chile el temido Allende.

Esa noche en Santiago Pablo Rodríguez Grez hizo su número en la televisión. Solo. Porque Jorge Ovalle Quiroz advirtió que el buque se hundía, y no concurrió al programa de Canal 13.

En tanto, al presidente Nixon le bajó "churretura" absoluta en Washington. En Santiago a los gringos de la embajada también. La nueva "revolución" estaba encima. Sobre ellos. El nuevo Fidel Castro había llegado.

El 8 de septiembre, el "Comité de los 40" pide al embajador Korry un informe sobre la situación en Chile. Entre el 9 y el 10 aprueba el plan de propiciar la elección de Alessandri en el Congreso. A esa fecha los "planes de contingencia" de la Estación de la CIA en Chile ya están en marcha. El direccionamiento viene directo de Nixon. Por sobre el Departamento de Estado y el embajador Korry.

El 10 de septiembre Pablo Rodríguez Grez anuncia el nacimiento del Movimiento Cívico Patria y Libertad, para promover la elección de Alessandri en el Congreso.

El 14 el "Comité de los 40" pone en práctica la que se denominó "Operación Rube Goldberg", que consiste en apoyar la reelección de Frei. Se destinan 250 mil dólares (un millón de 1996) para sobornos. Parte de ese dinero se usará al mes siguiente en el diario "Pueblo Libre", que me corresponde cofundar en octubre con Juraj Domic. No fui "sobornado". Me gané el "salario del miedo" voluntaria y honestamente. En su informe al NSC —¡que tierno! Helms dice sobre el particular: "Financiamiento

de un nuevo, aunque pequeño, diario". Lástima que no dijo lo poco que alcanzó a sobrevivir. Y que yo lo había fundado, orientado y sepultado.

Según un cable del 14 de septiembre de 1970 de Jack D. Neal, un funcionario de la ITT al vicepresidente de la misma empresa a cargo de la oficina en Washington, el plan de la Casa Blanca era propiciar la elección de Alessandri en el Congreso en su condición de segunda mayoría relativa. Luego Alessandri renunciaría. Se llamaría a una nueva elección y Frei, podría postular. ¡Una estupendo e inteligente iniciativa¡ ¿A qué tan conocedor de la política chilena se le ocurriría?

El 16 de septiembre William V. Broe, jefe de la División Hemisferio Occidental de la CIA, deja consignado, en un memorándum para los registros de esa agencia —y para la historia—, el denominado "Proyecto Fubelt". En resumen, se señala que el Director, Richard Helms, llamó a una reunión para tratar el tema de la situación chilena; que el presidente Nixon ha decidido junto a Helms que el régimen de Allende no será aceptado por los Estados Unidos; que fueron autorizados hasta 10 millones de dólares (40 millones de 1996) para evitar que asuma Allende; que es necesario coordinarse con el Departamento de Estado o el de Defensa, y que el que dirigirá todas las acciones es Thomas Karamessines, Jefe de Operaciones Clandestinas.

Comienzan a desarrollarse definitivamente, y en paralelo, las denominadas como operaciones "Track I" y "Track II". La primera tiene carácter político. La segunda, el incentivo a un golpe de Estado. La primera queda bajo la responsabilidad del embajador Edward Korry. La segunda, a cargo del Jefe de la Estación de la CIA en Santiago, Henry Hecksher. Le ayuda, en una acción fuera de lo común, el Agregado Militar.

Para Korry la clave de todo era Frei. Tenía el convencimiento que de él y de nadie más dependía el futuro de

Chile. Incluso el entonces diplomático diría en 1996 que, en esos días, Frei en una reunión en el Palacio Cerro Castillo de Viña del Mar, con John Richarson, Secretario de Estado Adjunto para asuntos educacionales, que había concurrido a una reunión internacional en Valparaíso, le envió un alarmante mensaje a Nixon: "Las probabilidades son de cincuenta a uno de que la Presidencia de Allende significará en Chile un gobierno como el que hay en Cuba".

El 17 de septiembre Hal Hendrix, director de Relaciones Públicas de la ITT para América Latina, y Robert Berrellez, Jefe en la misma área, ambos con sede en Buenos Aires, envían un cable a Edward J. Gerrity, Vicepresidente senior de esa empresa en Nueva York y presidente para Latinoamérica, donde le informan ampliamente de la situación chilena.

Bien informados los dos ejecutivos de la ITT que, por los antecedentes que manejan estaban en Santiago, le informan a su jefe que "la noche del martes 15 el embajador Edward Korry recibió finalmente un mensaje del Departamento de Estado dándole luz verde para actuar en nombre del Presidente Nixon. El mensaje le dio autoridad máxima para hacer todo lo posible —menos una acción tipo República Dominicana— para impedir que Allende tome el poder".

Y agregan: "En esta etapa la clave de si tenemos una solución o un desastre es Frei, y cuanta presión los EE.UU y el movimiento anticomunista chileno pueden aplicarle en las próximas dos semanas".

Otros aspectos abordados por Hendrix y Berrellez son los siguientes:

—"El Presidente (Frei) ha dicho en privado a sus más próximos colaboradores, a Alessandri y a un visitante del Departamento de Estado durante el último fin de semana en Viña del Mar, que no se puede permitir que el país se

vuelva comunista y que es preciso impedir que Allende llegue al Gobierno. Sin embargo, en público se mantiene fuera de la pelea hasta ahora, mientras recibe una presión firmemente en aumento desde los Estados Unidos y desde sus propios partidarios. Nunca se le ha visto demostrar coraje en la quemada; enfrenta el dilema de no querer que se le acuse ni de entregar Chile al dominio comunista, ni de contribuir a una posible guerra civil. Unas palabras a su muy hinchado ego y la posibilidad de ocupar la Presidencia seis años más pueden darle la firmeza necesaria a su decisión".

—"En una reunión con Arturo Matte (Larraín. Cuñado de Jorge Alessandri y dirigente de su campaña presidencial. N. del A.) en su casa el domingo 13 hizo los siguientes comentarios: ...G) El Jefe de las Fuerzas Armadas, René Schneider, se da cuenta perfectamente del peligro de la entrada de Allende. Pero no se moverá una pulgada sin el visto bueno de Frei. Un general retirado, Viaux (Roberto. N. del A.), está lanzado por moverse de inmediato, con o sin razón, pero Matte dice que Schneider ha amenazado con hacer fusilar a Viaux, si se mueve unilateralmente...".

—"El líder que creíamos que faltaba está ahí mismo a caballo (Frei), pero no se moverá salvo que se le suministre una amenaza a la Constitución. Hay que proporcionarle la amenaza de una u otra manera a través de la provocación. Al mismo tiempo, hay que aplicar a Frei una presión sutil pero suficientemente firme para que responda. Matte no mencionó dinero ni ninguna otra necesidad. Al final, cuando se mencionó que estábamos, como siempre, listos para contribuir con lo que fuera necesario, dijo que se nos avisaría".

El 21 la CIA envía un cable a Chile con instrucciones para promover el golpe de Estado. Dirige los hilos desde Langley, donde está el Cuartel General de esa agencia,

Thomas Karamessines, Jefe de Operaciones Clandestinas de la CIA, quien reporta directamente al presidente Nixon y a Henry Kissinger.

De pura casualidad, la noche del 23 de septiembre el entonces ministro de Hacienda, Andrés Zaldívar Larraín, se dirige al país y deja a todos los chilenos con el ánimo más bajo que cuando pierde su opción a un mundial la Selección Nacional de Futbol. El propósito del "chico" — porque no creció más— es, sin querer queriendo, contribuir a generar el ambiente más adecuado al escenario que se buscaba armar.

El 29 hay un nuevo cable al interior de la ITT. Es dictado por teléfono desde Buenos Aires a Nueva York. Está dirigido a Hal Hendrix y sólo muestra en su origen las letras mayúsculas LA. Se afirma en el texto: "El Presidente Eduardo Frei quiere detener a Allende y lo ha dicho a sus íntimos. Pero quiere hacerlo constitucionalmente. O sea, a través ya de un vuelco del voto en el Congreso o de una crisis interna que requiera intervención militar... A pesar del pesimismo, continúan los esfuerzos para mover a Frei y/o a los militares a actuar para detener a Allende. También continúan los esfuerzos para provocar a la extrema izquierda a una reacción violenta que produciría el clima requerido para una intervención militar".

Los investigadores del Comisión Church señalan en su Informe que a continuación de las elecciones del 4 de septiembre, el Gobierno de los Estados Unidos adoptó una política de presión económica dirigida contra Chile y en ese sentido buscó conseguir la influencia de Harold S. Geneen, presidente mundial de la ITT, sobre otros hombres de negocios norteamericanos. Específicamente el Departamento de Estado fue instruido por el "Comité de los 40" para contactar hombres de negocios estadounidenses que tuvieran intereses en Chile, para ver si

podían ser inducidos a tomar medidas en concordancia con la política de presión económica de EE.UU. sobre Chile.

En el anterior contexto, el 29 de septiembre el jefe de la División para el Hemisferio Occidental de la CIA, William V. Broe, se reunió con un representante de la ITT, para pedirle que su empresa interviniera de manera más activa en Chile.

Fue Henry Hecksher, jefe la Estación de la CIA en Santiago, quien le entregó a fines de septiembre a Marcos Chamudes, director de la revista PEC, todos los antecedentes sobre el pacto secreto entre Tomic y Allende. El semanario publicó la importante información el 2 de octubre. El propósito era influir en la Democracia Cristiana a favor del voto a Alessandri.

Paralelamente continuó en desarrollo el proyecto de un golpe militar. Según el Comisión Church, hubo veintiún contactos con oficiales de las Fuerzas Armadas, incluido el general Camilo Valenzuela, Jefe de la Guarnición Militar de Santiago, y el Vicealmirante Hugo Tirado, segundo de la Armada Nacional. A estos se le entregaron 50 mil dólares a cada uno (200 mil de 1996). Sin embargo, se señala que ambos devolvieron el dinero.

El 15 de octubre en un "memorándum de conversación" que registra lo tratado entre Kissinger, Karamessines y el general Alexander Haig, sobre el golpe de Estado en Chile, se establece que el general retirado Roberto Viaux Marambio sólo tiene una posibilidad entre veinte de lograrlo, por tanto se acuerda sugerirle que no se precipite. El mismo día se envía un mensaje a Santiago. En la misma fecha está reportándose en la Casa Blanca el embajador Korry.

Sin embargo, pocos saben en la embajada norteamericana que está abierta la variable de secuestrar al comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider, para

lograr una reacción en las Fuerzas Armadas. El 18 de octubre la CIA avisa a Santiago que enviará al día siguiente en un correo especial, desde los Estados Unidos, tres subametralladoras calibre 45 con sus respectivas balas y entre ocho y diez granadas de gas lacrimógeno. Las armas llegan. No se usan y se lanzan al fondo de la rada de Valparaíso. Les faltó guardar el recibo de compra.

El 22 de octubre a las ocho de la mañana, en un intento de secuestro, es gravemente herido el general Schneider. Muere el 25 en el Hospital Militar.

Directamente inculpado del secuestro con resultado de muerte fue el general en retiro Roberto Viaux Marambio, a quien se le conocía en el país por un acuartelamiento, un año antes, en el Regimiento Tacna, de Santiago, que le costo la salida de su institución. La causa de ese acto estuvo en los bajos sueldos que afectaban a las Fuerzas Armadas.

En 1972 la periodista Florencia Varas, cuando Viaux aún estaba en prisión, escribió el libro "Conversaciones con Viaux", basado en una serie de entrevistas que le hizo al retirado oficial de Ejército y a otros implicados en el denominado "Caso Schneider". De su texto se desprende lo siguiente:

1. En la Democracia Cristiana había un sector que se resistía a entregar el poder a la izquierda.

2. El presidente Eduardo Frei después del 4 de septiembre entró en un estado depresivo porque no quería ser el "Kerensky chileno".

3. Los ministro de Defensa Nacional, Sergio Ossa Pretot; de Economía, Carlos Figueroa; y de Hacienda, Andrés Zaldívar, ejercían presiones en Eduardo Frei Montalva para que tomara una decisión que evitara lo que "parecía inevitable".

4. El contacto de Viaux con el sector antiallendista de la Democracia Cristiana era el abogado Guillermo Carey

Tagle que, con Andrés Zaldívar, era director de una planta de celulosa en Arauco.

5. Otro de los contactos de Viaux con el sector antiallendista de la Democracia Cristiana era Hernán Pacheco W.

6. También sostenía conversaciones y enlaces permanentes con otros generales que no nombra.

7. Alrededor de la tercera semana de septiembre de 1970, Viaux tuvo conocimiento, a través de los contactos con un sector de la Democracia Cristiana, que el Presidente Frei estaba dispuesto a actuar y que el Ministro Andrés Zaldívar entregaría un informe al país sobre la economía y las consecuencias que en ésta tuvo la victoria electoral de Allende.

8. También se informó que, a continuación del mensaje de Zaldívar, renunciarían cuatro ministros. Luego renunciaría todo el gabinete y Frei designaría un gabinete de administración que incluiría a Schneider para neutralizarlo ya que no sabía cuál era su posición real.

9. En la primera semana de octubre el abogado Carey contacto del sector antiallendista de la Democracia Cristiana con Viaux, le informó a este último que el Presidente Frei deseaba que se diera un golpe de Estado para que entrara a gobernar una Junta Militar. Frei aceptaba que se le exiliara con la condición de que no se conociera que había estado involucrado en la maniobra.

10. Viaux fue informado por Nicolás Díaz Pacheco que, por intermedio del sacerdote Alfredo Ruiz-Tagle, Frei le daba "luz verde para actuar", siempre que lo hiciera en buena forma ya que en caso contrario se vería obligado a ordenar medidas en su contra. El mensaje fue ratificado por Guillermo Carey.

11. El plan para provocar el golpe de Estado consideró el secuestro por 48 horas del general Schneider. Se asumía que esto sería motivo suficiente para hacer reaccionar al

conjunto de las Fuerzas Armadas. La idea fue aprobada por el vicealmirante Hugo Tirado, la segunda antigüedad de la Armada; el general Camilo Valenzuela, jefe de la Guarnición de Santiago; el general Joaquín García, segunda antigüedad de la Fuerza Aérea; y, el general Director de Carabineros, Vicente Huerta Celis.

12. El 19 de octubre hubo un intento fallido de secuestro.

13. Viaux reconoce que no sabe cómo ni por qué se produjo la balacera que hirió a Schneider y luego le provocó la muerte.

14. Consultado Viaux si pudo haberse infiltrado el MIR en la operación de secuestro responde que no tiene conocimiento de ello, excepto el hecho de que Miguel Henríquez en un discurso pronunciado en el sepelio de Luciano Cruz (agosto de 1971), reconoció que ese grupo de ultraizquierda había detectado los planes de secuestro de Schneider y que habían actuado para abortarlo. Viaux estima que la única forma que el secuestro terminara en un fracaso era matando a Schneider.

En julio de 1999, mientras escribía este libro, sostuve una extensa y grata entrevista con el retirado general Roberto Viaux. Me atendió con gentileza. No lo veía desde el 21 de octubre de 1969, cuando por el seguimiento periodístico que hacía de sus actividades, me convertí en el primer reportero que llegó hasta el Regimiento Tacna donde se acuarteló, permaneciendo en su interior las veinte horas que se prolongó esa peculiar acción de "protesta".

Viaux no solamente avaló y ratificó los 14 puntos en que había sintetizado su pensamiento e ideas expresadas en el libro de Florencia Varas, sino que me ratificó tres cosas: que la CIA lo había contactado directamente; que le ofrecieron dinero que nunca aceptó; y que la CIA lo había contactado a través del abogado Carey.

Efectivamente la muerte de Schneider inhibió toda acción golpista. La pregunta es ¿cómo pudo haber infiltrados?

El embajador Edward Korry dio en 1996 un antecedente valioso cuando se refirió a que la CIA le ocultaba "cosas" que él debía saber: "Entonces le informé al gobierno de Frei que Arturo Marshall (un ex mayor de Ejército) y otros del Movimiento Patria y Libertad estaban complotando contra la vida de Allende. Lo supe también por chilenos que estaban vinculados con empresas norteamericanas y cuyos hijos estaban en Patria y Libertad".

Agregó a continuación: "Yo estaba muy preocupado de que se fuera a atentar contra la vida de Allende. Me preocupaba proteger a Estados Unidos de las repercusiones que podía acarrear. ¿A quién se culparía?".

Vale preguntarse, entonces ¿Korry solamente informó al gobierno de los planes de la CIA de atentar contra Allende o también los referidos a secuestrar a Schneider? ¿No advertiría también al comando de Allende de ambos planes y de ahí se filtró a la extrema izquierda?

Porque el "cuenteo" de que Patria y Libertad y el retirado mayor Arturo Marshall planeaban atentar contra Allende podría estar encubriendo, para salvar responsabilidades históricas, la denuncia de lo que la CIA —con la que Korry andaba a los gritos en le embajada— a sus espaldas pretendía hacer con el Comandante en Jefe del Ejército.

Allende es ratificado en el Congreso Nacional el 24 de octubre y asume la Presidencia el 4 de noviembre, iniciándose una nueva fase de la historia de la intervención norteamericana en Chile.

Dice el Informe Church: "La acción encubierta del Track II destinada a organizar un golpe militar para negarle la Presidencia a Allende encontró a la Oficina de

Santiago sin preparación. Sus dos "elementos activos" dentro de los militares no estaban en posición de provocar la chispa que encendiera un golpe. Para llevar a cabo la misión ordenada por Washington, la Oficina tuvo que utilizar a un agregado militar norteamericano y a otros contactos hechos apresuradamente con los dos grupos más importantes que complotaban para un golpe, dentro de los militares chilenos. Estos contactos no sólo informaron sobre los planes de los grupos sino que también retransmitieron el consejo de la Oficina sobre la mecánica y la elección del momento oportuno y traspasaron indicaciones del apoyo del gobierno norteamericano que seguiría a un golpe exitoso. Con la muerte de Schneider, el esfuerzo de los complotadores se derrumbó, dejando a la Oficina con sólo sus "elementos activos" iniciales dentro de los militares. La Oficina demoró otros diez meses en reconstruir una red de agentes entre los cautos militares chilenos".

El empeño norteamericano para ayudar a los grupos de oposición luego de que asumió Allende fue estimado por la Comisión Church en 8 millones de dólares (unos 32 millones de dólares de 1996) entre noviembre de 1970 y septiembre de 1973. Parte de ese dinero se entregó de la siguiente forma a los dos partidos políticos de oposición, con una preferencia marcada hacia la Democracia Cristiana (la cifra entre paréntesis es la equivalencia a 1996).

1970	25.000 (100.000) para candidatos a regidores de la Democracia Cristiana.
1971	
Enero 28	1.240.000 (4.960.000) para campaña en radios y periódicos
Marzo 22	185.000 (740.000) para la Democracia Cristiana

Mayo 10	77.000 (80.000) para la prensa de un diario de la Democracia Cristiana. El dinero se gasta, sin embargo, en pago de sueldos.
Mayo 20	100.000 (400.000) para emergencia de la Democracia Cristiana. ¿Falta de caja? Según Korry, el dinero fue para pagar deudas de Radomiro Tomic que había girado cheques a fecha en su candidatura. El gobierno de Allende estaba presionando políticamente a la DC por la vía del cobro de los documentos.
Mayo 26	150.000 (600.000) para la Democracia Cristiana.
Julio 6	150.000 (600.000) para una elección parlamentaria extraordinaria.
Nov. 5	815.000 (3.260.000) para el Partido Nacional y la Democracia Cristiana.
Dic. 15	160.000 (640.000) para el Partido Nacional y la Democracia Cristiana.

1972

Abril 24	50. 000 (200.000) para dividir a la Unidad Popular.
Junio 16	46.500 (186.000) apoyo a candidato de la oposición en elección extraordinaria.
Octubre 26	1.427.000 (5.700.000) para la acción de partidos opositores y sectores privados en las elecciones parlamentarias de 1973

1973

Febrero 12	200.000 (800.000) para partidos de oposición en elecciones parlamentarias

¿Cuánto de ese dinero llegó a Patria y Libertad?

Las declaraciones del embajador Korry, que realmente le tenía ojeriza al Movimiento, resultan elocuentes: "Tanto antes como después de las elecciones de 1971 yo no solo había impedido que se entregaran fondos a grupos tan extremistas como Patria y Libertad, sino que además había prohibido todo contacto de funcionarios norteamericanos con ese Movimiento". Y agrega más adelante: "El Presidente Nixon dejó sin efecto mis prohibiciones mediante órdenes secretas enviadas a la CIA y, también, quizás a los agregados militares; así, tras mi partida (ese mismo año. N. del A.) esos elementos disuasivos ya no operaron".

En otras palabras, continuó llegando dinero para el Movimiento Cívico y luego para el naciente Frente Nacionalista.

En el informe secreto que Richard Helms, en su condición de Director de la CIA, le envía el 6 de noviembre de 1970 al Consejo Nacional de Seguridad, el organismo de mayor jerarquía decisional en los Estados Unidos, se señala que entre las actividades efectuada hasta esa fecha en Chile se considera el "subsidio a un grupo político anti-Allende, sus programas radiales, su propaganda y giras políticas".

Por su parte, en el Informe del Comisión Church se formula la siguiente pregunta y su consiguiente respuesta: "¿Entregó Estados Unidos ayuda encubierta a organizaciones terroristas entre 1970 y 1973? La CIA ayudo en 1970 a un grupo cuyas tácticas con el tiempo se pusieron más violentas. A lo largo de 1971 este grupo recibió pequeñas sumas de dinero norteamericano a través de terceros para propósitos específicos. Y es posible que se haya traspasado dinero de los partidos de oposición sostenidos por la CIA a estos grupos de la extrema derecha".

No se requiere mayor explicación. Porque las referencia no son, obviamente, a la Asociación de Amigos de las Palomas sino que a Patria y Libertad, el movimiento cívico —inserto de cabeza en la contra a Allende y en el pro a Alessandri—, y el Movimiento Nacionalista, lanzado a la guerra total contra el gobierno marxista a partir de marzo de 1971

Se estima que entre septiembre y octubre de 1970 Patria y Libertad recibió un subsidio de 38 mil dólares (unos 200 mil dólares de 1996) por parte de Estados Unidos. A ello se sumaron "otras filtraciones".

Sin embargo, la fuente de financiamiento permanente fue a través de Juan Costabal Echeñique. La suma que éste entregaba a la tesorería de Patria y Libertad era de 5 mil dólares mensuales (20 mil de 1996).

Y vienen las preguntas del ...Bueno; las preguntas.

¿Es Patria y Libertad un instrumento político creado para la provocación política?

Como Movimiento Cívico, no. Pero en tanto Frente Nacionalista, evidentemente que sí, y se inserta en el cuadro global, o "libreto" como yo lo he llamado, en que todos los actores políticos contrarios al gobierno de Allende ¡todos! estuvimos involucrados: la derecha, el Partido Nacional, y la Democracia Cristiana.

¿Fue Patria y Libertad un instrumento de provocación política creado por la CIA?

Todos los antecedentes que dispongo indican que así fue. Sin embargo, tengo el convencimiento de que si bien Pablo Rodríguez Grez, principal artista de la obra, tenía la sensación de que así era, no estaba convencido, no lo quería saber, o no le dio importancia alguna.

Un elemento a considerar es que en la génesis de los dos Patria y Libertad y en su desarrollo, siempre estuvo muy presente el grupo de los alesandristas. Este, a su vez, estaba vinculado, a través de Arturo Matte Larraín, con la ITT que, por su parte, actuó en absoluta sincronización con la CIA en la lucha contra Allende.

De manera tal que si bien no era el Jefe de la Estación de la CIA el que entregaba directamente el dinero, lo hacían los llamados "elementos activos" que, como se verá, estaban por todos lados.

En el contexto del plan global de los Estados Unidos contra Allende, Patria y Libertad, como ya lo he dicho en otro capítulo y queda en evidencia por nuestros actos y discurso, tiene por expresa misión crear conciencia en la ciudadanía para que ésta acepte, en algún momento, la intervención de las Fuerzas Armadas y el derrocamiento de Allende.

Así, en tanto éramos una "organización instrumental", ni el Partido Nacional ni la Democracia Cristiana —ambas colectividades por sus contactos con la CIA en esos días sabían que formábamos parte de la trama y cuál era nuestro papel— nos dieron legitimidad política, estigmatizándonos como terroristas y fascistas. Patria y Libertad, ciertamente no pertenecía a la "clase política". Era sólo una estructura desechable cuyo tiempo debía terminar junto con la caída de Allende.

¿Se da cuenta Pablo Rodríguez de esa realidad? Creo que la respuesta está en la disolución del Movimiento el 13 de septiembre de 1973.

¿Fuimos un grupo terrorista? No; nunca fue el propósito. Ningún militante o simpatizante de Patria y Libertad recibió algún tipo de condena por hechos de violencia. Menos por delitos de sangre. El caso de Concepción fue

sobreseído y siempre quedó la duda de las reales causas que motivaron la muerte del infortunado pintor Henríquez

La simulada muerte de Roberto Thieme, por otra parte, constituyó, a no dudarlo, una "salida de libreto", un episodio que debe haber molestado a las esferas del poder norteamericano que, por esos días, veía cerca una profunda crisis favorable al golpe militar.

Empero, el "tanquetazo", que públicamente y sin correspondernos, hicimos nuestro en una declaración poéticamente desatinada escrita por Pablo Rodríguez y que todos firmamos "sin chistar", a mi juicio constituyó un ensayo general —como un test cutáneo a la sociedad chilena— inducido por la CIA entre los oficiales del Regimiento Blindados N° 2. Nuestra salida de libreto inicial —al tratar de inhibir el alzamiento— fue rápidamente sofocada cuando se ordenó seguir con el plan. No debe olvidarse, como se ha señalado en este capítulo, que la CIA mantenía contactos desde el nivel de tropa hasta oficiales del más alto nivel en las Fuerzas Armadas.

Como consecuencia del "tanquetazo", que siempre quisimos detener, desde nuestra perspectiva las conclusiones fueron negativas porque no se dio ninguna de las hipótesis del capitán Rocha ni del teniente Gasset, los dos "estrategos" que nos enviaron y que yo atendí al iniciarse las conversaciones y en su término: 1) No se plegó ninguna otra unidad; 2) Los militares dispararon contra los militares; y, 3) El "pueblo" se quedó de lo más tranquilo y no se "movilizó" sino cuando ya todo estaba en orden.

Desde otro ángulo, quedó en evidencia para los reales "observadores", que la extrema izquierda no estaba preparada para un golpe de Estado; que los trabajadores no estaban "ni ahí" con el gobierno popular; y, que las Fuerzas Armadas respetaban el mando con ejemplar disciplina. De paso, se pudo apreciar que en torno a La Moneda había francotiradores en cantidad mayor de lo imaginado.

Conclusión: el país estaba maduro para un golpe de Estado.

El general Carlos Prats González informó al Ejército de las acciones del 29 de junio de 1973 en un documento fechado el 9 de julio. Uno de los ejemplares originales —facilitado gentilmente por el Comandante de un Regimiento cuyo nombre no revelaré— es conservado en mi archivo. Allí se dice que "el contacto 'Manuel' llama al capitán Rocha a las 18.00 horas del 26 y le dice que no van". Y efectivamente es así, pero no en la fecha ni en la hora. Y el tal contacto soy yo.

Pero lo que no es efectivo es cuando se señala: "Patria y Libertad les aseguraba la probable participación del Buin, Tacna, Escuela de Suboficiales, Escuela Militar, Escuela de Infantería, Grupos 7 y 10 de la FACH, toda la Armada, I y VI. D.E., Regto. Chillán y Rgto. de Lautaro. Además 10.000 hombres de Patria y Libertad". Le faltó sólo a Superman, Batman y Robin, la Mujer Maravilla, Flash Gordon, el Llanero Solitario, el Zorro —incluido el mudo—, el Super Ratón, Charlie Brown, Snoopy y Woodstock, el Pato Donald, la Mafalda —como contenciosa—, Tobi (como "la Araña"), el Topo Gigio, Mi Bella Genio y Tarzán, entre otros.

Si hubiésemos tenido tal nivel de contacto y 10 mil hombres, no les quepa duda que otro gallo habría cantado. Pero no nos alcanzaba ni para gorrión de casa de campo.

En el informe de la Comisión Church se establece que el apoyo a las actividades conspirativas estaba siendo entregado desde Bolivia y Brasil. En la nación altiplánica, en esos años, se encontraba la jefatura de la CIA para el Cono Sur, en tanto en Brasil la misma agencia mantenía contactos de primer nivel con el gobierno militar. Pero ¿qué se fraguaba en Brasilia, la capital, de ese hermoso país? Más de algo, y aunque no me lo reveló Eduardo

Díaz Herrera, debe haber sido un plan alternativo que, en todo caso, hoy me parece fantasioso, por decir lo menos. Sólo imaginar el ingreso por el sur de tropas o comandos cariocas para confrontarse con cubanos hipotéticamente entrando por el norte, suena a película barata de video club.

Cuando alguna vez en la Jefatura de Patria y Libertad hablamos de una potencial guerra civil, el sentido común nos dijo que sería una dramática situación, habida cuenta que la eventual división del país en dos daba la oportunidad a nuestros hermanos peruanos y bolivianos de golpearnos bélicamente en el norte y llegar hasta Antofagasta, o hasta la Plaza de Armas de Santiago, aprovechando a nuestras Fuerzas Armadas fracturadas. Era mala onda.

Por otra parte, la intervención norteamericana en el área militar antes del golpe, queda de manifiesto en el Informe Church con las siguientes palabras: "Durante 1970-1973 la Oficina (de la CIA; N. del A.) recogió inteligencia operacional necesaria para el caso de un golpe... La red de Inteligencia continuó informándose sobre las actividades de complot para el golpe durante 1972 y 1973. Durante 1972 la Oficina siguió vigilando al grupo que podría montar un "putsch" exitoso y gastó en penetrar este grupo una cantidad significativamente más alta, tanto de tiempo como esfuerzos, del que había ocupado en grupos previos. Esta fracción había llamado la atención de la Oficina en octubre de 1971. A enero del 72, la Oficina lo había infiltrado exitosamente y estaba en contacto con su jefe, a través de un intermediario... Los informes de Inteligencia sobre el complot golpista alcanzaron dos momentos culminantes: uno en la última semana de junio de 1973 y el otro a fines de agosto y en las dos semanas primeras de septiembre. Está claro que la CIA recibió informes de Inteligencia sobre el planeamiento del golpe

por el mismo grupo que llevó a cabo el efectivo golpe del 11 de septiembre, durante los meses de julio, agosto y septiembre de 1973".

Pero ¿desde dónde la CIA y la embajada norteamericana inducen el golpe militar al interior de las Fuerzas Armadas? Todos los antecedentes llevan a concluir que ello ocurre desde la Armada. No desde el Ejército. Es, a mi juicio, el vicealmirante José Toribio Merino Castro el artífice del "Pronunciamiento". Junto con el general del Aire, Gustavo Leigh Guzmán. A Pinochet, según, todas las versiones, costó un mundo convencerlo.

Los hechos posteriores al 11 muestran que la Armada ocupó los cargos claves del gobierno, en tanto la parte "policial" se le entregó al Ejército: El almirante Merino, era el poder tras el general Pinochet.

Patria y Libertad, Pablo y todos nosotros, estuvimos absolutamente al margen del golpe militar del 11 de septiembre. Eduardo Díaz Herrera, independiente de su propia y particular "película", respetable en todo caso, sólo sabía que había que estar antes del día "D", como sucedió.

¿Y quién censura mi libro, escrito inmediatamente después del golpe? La orden la da el coronel Pedro Ewing Holdar. Pero en su entorno giran ¡oh, bingo!, nada menos que Federico Willoughby Moya, Gisela Silva, Gastón Acuña y Álvaro Puga. Todo un conjunto de "nacionalistas" de viejo cuño que se encaramaron en la Torre del edificio Gabriela Mistral, donde se centró el poder militar, y hubo que sacarlos después casi con la fuerza pública. ¿Fue sugerencia de alguno de ellos prohibir mi escrito? ¿O fue iniciativa de la CIA, tan presente por esos lados, para matar de una vez por todas, incluida su historia, un "instrumento" como Patria y Libertad que ya había cumplido su ciclo? ¿O el "aletazo" provino de otro lado?

Un hecho curioso ocurrió cuando escribía este nuevo texto. El historiador Gonzalo Vial reconoció paternidad en "El Libro Blanco del Cambio de Gobierno en Chile", el primer documento lanzado al mundo hasta en idioma marciano para que se comprendiera —objetivo muy frustrado— por qué hubo que darle una patada en el trasero a la izquierda marxista.

Meses después el abogado Hermógenes Pérez de Arce, abordó el tema del "Libro Blanco", en su columna del miércoles 4 de agosto de 1999 en "El Mercurio" bajo el título "Vuelve a sonar el clarín". Narra cómo "esforzadamente" —habría que cotejar, en todo caso, si se ocupó "algún esfuerzo" del "Comité de los 40"— se fundó la revista "Qué Pasa" a partir de aportes que recibió del "Grupo Portada". Luego señala que por unanimidad se acordó designar a Gonzalo Vial, director de la publicación, para ayudar a los militares en la confección del "Libro Blanco" ya referido, y afirma: "...el 'grupo Portada' entero puede considerarse coautor".

Interesantes los dichos de Pérez de Arce si se considera lo que, a su vez, informó la Comisión Church del Senado de los Estados Unidos:

"El presupuesto de acción encubierta para Chile fue recortado drásticamente después del golpe y se puso término a todos los proyectos antiallendistas, excepto uno: un proyecto de propaganda mayor".

Y agrega:

"La meta de la acción encubierta, inmediatamente después del golpe, fue la de ayudar a la Junta a ganar imagen más positiva, y tanto en el país como en el extranjero, y la de tener acceso a los niveles de mando del gobierno chileno. Otro objetivo, conseguido en parte a través del trabajo hecho en el **organismo investigador de oposición** (negritas del autor de este libro) antes del golpe, fue el de ayudar al nuevo gobierno a organizar e

implementar nuevas políticas. Los archivos de los proyectos registran el hecho de que colaboradores de la CIA trabajaron en un plan económico global inicial que ha servido a la Junta de base para sus decisiones económicas más importantes".

Se añade luego:

"...dos colaboradores de la CIA ayudaron a la Junta a preparar "El Libro Blanco del Cambio de Gobierno en Chile". "El Libro Blanco", publicado por la Junta poco después del golpe, fue escrito para justificar el derrocamiento de Allende. Fue distribuido ampliamente tanto en Washington como en otras capitales extranjeras".

Es posible apreciar, consecuentemente con los datos aportados por la Comisión Church, que las oficinas donde inocentemente llegué a presentar mi libro estaban "contaminadas" con la presencia de "colaboradores" de la CIA, cuyas identidades desconozco pero que a partir de un ejercicio de descarte no sería difícil ubicar. ¿Fue imposición de la CIA a los "nacionalistas" situados al lado del poder militar que prohibieran la historia de Patria y Libertad? Es lo más probable.

Finalmente, y casi como paradoja, lo único que realmente quedó de Patria y Libertad fue su símbolo, que representa la Imagen Compleja de *Treng-treng y Kai-kai*, quizás el más importante ícono de la mitología mapuche. Grafica el gran choque entre dos fuerzas irreconciliables: el agua y la tierra. Es fin y principio. Principio y fin. Bien y mal. En medio está el hombre, parte de uno y otro.

"Kuifí piam mulufüi füchá tripalafquenün, fei meú afurkefuí kom ché"

("Dicen que, mucho ha, vino un gran Diluvio universal que consumió todos los habitantes de la Tierra").

Así comienzan las madres mapuches la narración de los antiguos cuentos a sus pequeños hijos, donde el buen Treng-treng lucha contra el mal Kai-kai. Triunfa finalmente el primero. La normalidad en la naturaleza se reestablece.

Por eso, creo, una razón ancestral, mágica, un fenómeno inexplicable, incorporado a lo más profundo de nuestro origen étnico y ajeno a circunstancias históricos, impedirá que muera el símbolo de Patria y Libertad. El Treng-treng y el Kai-kai, son la interacción en nosotros mismos y está en la base genética del ser humano. Somos eso: bien y mal. Ahí está la fuerza del símbolo de la "araña" que, mitológicamente, representa a dos serpientes. Nuestras dos serpientes interiores.

ANEXO II

La bestia y la bella

Por si alguna duda hubiera de si Patria y Libertad fue o no un fenómeno criollo que rompió los moldes históricos de la política chilena, baste con que se considere que el fantasma de este ícono del extremismo y terrorismo de derecha, del fascismo redivivo con "olor a empanadas y vivo tinto", un cuarto de siglo después de su muerte, ocurrida a manos de su "parricida", Pablo Rodríguez Grez, continúa desplazándose y con apariciones por todo el país.

Patria y Libertad es ya leyenda. Nuestra propia y local leyenda. Tiene similitud con la de Nessie, la serpiente, supuestamente descubierta en 1938 en el Lago Ness, de Escocia, que cada cierto tiempo, y alimentada por la fértil imaginación de lugareños, turistas y hasta investigadores, emerge desde el fondo de las turbias aguas donde se supone habita y muestra, a distancia, su cola o fauces, pero sin provocar otro sobresalto que el de los mayores ingresos económicos en los comercios de la ciudad, incrementados de inmediato por la llegada de curiosos.

Pero nuestra simbólica y monstruosa "araña", a diferencia de Nessie, espantó y sigue espantando a los políticos y gobiernos. Ni los militares —de los que hipotéticamente deberíamos habernos sentido aliados— estuvieron exentos de los temores a esta "secta", como un

día mi buen amigo el general de Ejército, Humberto Gordon Rubio, desde el pináculo de su ignorancia política, calificó en tono despectivo a Patria y Libertad.

Naturalmente que nuestro Movimiento es un ícono de uso fácil. Tanto machacó la izquierda, el centro y la derecha, en el subconsciente colectivo del país nuestra condición extremista, que la asociación con la malignidad —la satanización de Patria y Libertad—, se ha mantenido en el tiempo, resultando recurrente que se diga en tono despreciativo: "...y además perteneció a Patria y Libertad".

Entre comienzos de 1990, en que la democracia regresó de un largo viaje a nuestro país, y finales de 1994, en que terminó el período del Presidente Patricio Aylwin Azócar, asesoré a la Dirección de Inteligencia de Carabineros como analista en el tema subversivo. Mi condición de "ex Patria y Libertad", yo supongo, no molestaba a quienes habían tenido la gentileza de solicitar mi trabajo, medianamente remunerado por supuesto, pero que lo entendí como una contribución a la tarea de pacificar el país, en particular cuando, a pesar de los decires del guatón Enrique Krauss Rusque, a la sazón Ministro del Interior, en el país ya no existían grupos izquierdistas insurgentes.

Porfiado como buen descendiente de alemanes, sólo después que el Frente Patriótico Manuel Rodríguez asesinó a balazos al senador de la Unión Demócrata Independiente, Jaime Guzmán Errázuriz, Krauss, el "único profeta gordo", como lo llamó una vez el periodista Marcos Chamudes, advirtió que no solamente no había hecho caso de las oportunas advertencias de Carabineros sobre el particular —en las que me cupo especial participación— sino que andaba más perdido que el Teniente Bello. Entendió también que los chistes de Don Otto y el tango, no siempre contribuyen a la responsable tarea de gobernar un país.

Recuerdo que en la redacción de los informes de coyuntura que confeccionaba para el Alto Mando de Carabineros sobre la por esos años activa extrema izquierda, siempre se me sugería que hablara también algunas líneas de los grupos de extrema derecha, y en especial de "alguna actividad" de Patria y Libertad. "Póngale no más, para equilibrar el informe. Porque si no van a creer que somos tendenciosos", me decía el entonces Coronel, y más tarde General, Juan Fernando Salinas López, oficial de enlace con el que me relacionaba con la verde institución.

Al momento de terminar este libro no resistí la tentación de agregar, como evidente demostración de que ese fantasma de Patria y Libertad, alimentado por el mismo interés de "contrapesar" la balanza política, continúa apareciendo en los informes policiales. Lo más probable, "por órdenes superiores". Y no atendiendo a antecedente alguno sino a la obligadamente fértil imaginación del "analista" policial. De esa forma se complace a quienes en su insanía en las altas esferas gubernamentales no solamente se autoconvencen de que realmente el "siniestro" Movimiento del pasado pervive, sino que —lo más grave— tratan de colectivizar en el país un proceso de psicosis. Cometen aquellos que lo ordenan, y quienes se prestan para ejecutarlo, un acto censurable, porque la autoridad de esa manera legitima y da vigencia a un ente que no existe, en un peligroso juego donde su credibilidad ante la ciudadanía queda en duda.

En la edición del diario "La Tercera" del 5 de septiembre de 1999 y bajo el título de "Nuevo informe confirma septiembre violento", la crónica, basada en un documento confeccionado por el jefe de Operaciones de la Jefatura de la Zona Metropolitana de Carabineros, coronel Jaime Barrientos, afirmaba que los días 4, 6 y 11 del citado mes "podrían originarse acciones de carácter subversivo,

manifestaciones públicas no autorizadas, desórdenes, ataques a vehículos y/o cuarteles policiales con motivo de la Conmemoración del 29° Aniversario de la elección del Ex Presidente de la República Salvador Allende, Día de la Reconciliación Nacional y Conmemoración del Pronunciamiento Militar".

Y antes de considerar a los grupos de la extrema izquierda, no sólo vigentes sino con niveles de desquiciamiento tan agudos que a sus integrantes no les importó quemar en esos días a un hombre de las filas de Carabineros con una bomba del tipo Molotov, el "informe" consignó el "cogollo pa'l equilibrio", señalando: "Asimismo se debe considerar, que el movimiento de extrema derecha 'Patria y Libertad', intente alguna acción de demostración de fuerza, haciendo notar su vigencia". ¡Qué tal! ¡Así; a sola firma y sin arrugarse!

Este libro es, "Señoooores carabineros", como diría el "paciente inglés", la única "acción de demostración de fuerza". Pero intelectual. Y mía. No de un Movimiento Patria y Libertad que, en los términos concebidos en la década de los años '70, ya sólo es historia. Leyenda. O un fantasma que pena en la conciencia siempre sucia de la izquierda marxista y de otros que bien bailan al compás arrabalero de menguados intereses políticos y económicos.

Pero, en ¿qué contexto histórico alguien pergeña la idea de una estructura política como Patria y Libertad?

Aquí el tema es más pesado. Menos episódico. Y se hace indispensable ampliar la óptica de cuatro períodos históricos, de los cuales sólo el primero se abordará en este capítulo para no hacerlo tan "latero".

Tales períodos son:

1.- El correspondiente a los años 1961 a 1969, previo a la elección presidencial;

2.- La antesala de las elecciones, entre enero de 1970

y el 4 de septiembre de ese año, que culmina con la elección de Salvador Allende.

3.- El breve espacio que transcurre entre el 4 de septiembre de 1970, en que se realiza la elección presidencial, y el 24 de octubre, cuando Allende es ratificado por el Congreso Nacional; y,

4.- El comprendido entre noviembre del año 1970 y septiembre de 1973, cuando los militares derrocan a Allende.

En la concatenación de los hechos ocurridos en esos períodos se encuentra la respuesta no solamente a por qué se idea un instrumento político como Patria y Libertad sino también la explicación de conductas secretas, privadas y públicas de la totalidad de los actores del país, e incluso la razón de la presencia de una variedad exquisita de actores extranjeros que ingresan no como extras al escenario nacional sino como protagonistas.

El escenario fue chileno, pero el libreto de la obra, en el mayor porcentaje de su texto, fue un aporte substancioso de los Estados Unidos, con el apoyo directo o indirecto, y en algunos casos muy circunstancial, para su mejor interpretación, de muchos chilenos que, como yo, teníamos conciencia, aunque carecíamos de constancia o evidencias, de estar involucrados en un proceso de instrumentalización política, que en mi caso acepté.

La parte restante de la obra fue contribución graciosa de la Unión Soviética, también apoyada por la izquierda marxista y el respetable público-cliente que le ha seguido siempre.

Para hablar del primero de los períodos antes señalados hay que partir diciendo que la posibilidad de que otras potencias se le metieran en su patio trasero, como alguna vez se denominó a América Latina, siempre puso nerviosas a las altas esferas del poder económico-financiero estadounidense y, consecuentemente, a los gobiernos

de esa nación. En particular dicha alteración político-neurológica se agudizó en Washington cuando triunfó la revolución bolchevique en 1917 y el movimiento comunista, adquiriendo una independencia no bien calculada por sus originales financistas —entre los que hubo empresarios de los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania—, se proyectó al mundo a partir de 1919.

Pero —y esto va en beneficio del pueblo estadounidense—, tal temor ni antes ni ahora se ha hecho presente, entre los millones de ciudadanos norteamericanos comunes que de siempre no sólo han estado al margen de las "grandes decisiones políticas", sino que, como consecuencia, quizás, de esa misma marginalidad, les ha importado un bledo el destino de América Latina. Así, en sus muy particulares y legítimas magnitudes domésticas, les da lo mismo que en las naciones de América Latina nos gobierne Juan que Pedro, los comunistas o los marcianos.

En los Estados Unidos las clases medias solo trabajan. No tienen tiempo para pensar lo que acontece en otras latitudes ni prestar atención a otros problemas que no sean los propios y que están, por lo general, vinculados a como pagar lo que deben, que nace del acto compulsivo consumista de tener más de lo que pueden, lo cual a su vez permite que la tan cacareada libertad y democracia —como ha ido sucediendo en Chile— se sustente en las tarjetas de crédito. Porque se trabaja para pagarlas. Y el que no lo hace está liquidado ya no por el sistema político sino por el sistema computacional de informes bancarios.

Inversamente proporcional a la inmensa masa ciudadana norteamericana, las grandes compañías estadounidenses presentes en América Latina han sido y son sensibles a cualquier acto o circunstancia que pueda afectar sus muy legítimos intereses en esta área del mundo. En tal contexto, las alteraciones políticas o sociales que

potencialmente puedan incidir de manera negativa en los así denominados "intereses norteamericanos" ponen en guardia de inmediato al gobierno de los Estados Unidos y toda su red de agencias con operaciones a nivel planetario. La Agencia Central de Inteligencia, conocida por sus siglas en inglés de CIA, es una de ellas y carga con el peso histórico de una negra leyenda en la cual se mezcla una dosis importante de hechos sucios con intervenciones limpias y grados importantes de una mitología que es digna de admirarse.

La preocupación por "este patio trasero" llamado Latinoamérica la hizo ostensible el 20 de enero de 1961 el electo presidente John F. Kennedy al asumir el mando de los Estados Unidos en agresivas como anticipadas palabras: "A nuestras hermanas repúblicas allende nuestra frontera meridional —dijo el carismático Mandatario— les brindamos una promesa especial: convertir nuestras buenas palabras en buenos hechos mediante una nueva alianza en aras del progreso: ayudar a los hombres libres y los gobiernos libres a despojarse de las cadenas de la pobreza. Pero esta pacífica revolución de esperanza no puede convertirse en presa de las potencias hostiles. Sepan todos nuestros vecinos que nos sumaremos a ellos para oponernos a la agresión o la subversión en cualquier parte de las Américas. Y sepa cualquier otra potencia que este Hemisferio se propone seguir siendo el amo de su propia casa".

La guinda del pastel político ofrecido por Kennedy al mundo estuvo en el siguientes párrafo: "Por último, a las naciones que podrían haberse erigido en adversarios nuestros, les hacemos no una promesa, sino una petición: que ambas partes empecemos de nuevo la búsqueda de la paz..."

En ese primer discurso como Presidente de los Estados Unidos, Kennedy indirectamente anunció la Alianza

para el Progreso, que como proyecto de ayuda a Latinoamérica por diez años se oficializaría el 13 de marzo siguiente, e hizo una directa advertencia a la Unión Soviética para que no se metiera en su exclusiva área de influencia, es decir, en ese patio trasero que somos nosotros los países latinoamericanos.

Lo que no sabía el mundo era que en tanto Kennedy con la diestra nos alisaba el lomo y anunciaba magníficas ayudas, con la siniestra preparaba una maniobra contra Cuba.

Entre el 15 y el 17 de abril, unos mil 400 exiliados cubanos radicados en Miami, con ayuda logística de la CIA, desembarcaron en Playa Girón, bahía de Cochinos, y terminaron rindiéndose a las fuerzas revolucionarias comandadas por Fidel Castro. Este había derrocado al presidente Fulgencio Batista, que abandonó la isla el 1° de enero de 1959. El 8 Castro tomó el poder. Un mes después dictó la denominada Ley Fundamental en virtud de la cual se comenzó a aplicar la pena de muerte con carácter retroactivo. Nacía así la más ejemplar de las "democracias" del continente —vigente al momento de editarse este libro y respetada por todo el mundo—, que incluyó en su menú inicial al "paredón de fusilamiento". Un rústico pero muy efectivo método para convencer al pueblo de guardar sepulcral silencio e inhibir a todo aquel que tuviese la mínima intención de levantar un dedo contra el régimen so pena de terminar despanzurrado como los miles de condenados a muerte en juicios sumarios llevados a cabo por Tribunales Revolucionarios, víctimas que, por esa amnesia que caracteriza a las izquierdas de todo el mundo, incluidas por cierto las nuestras, han sido olvidadas. De seguro no tenían derechos humanos.

Kennedy desde que fue elegido Presidente en noviembre de 1960 comenzó a ser informado de los preparativos

de invasión a la isla caribeña, los mismos que tenían el visto bueno del saliente mandatario Dwight D. Eisenhower. Este, días antes de entregar su cargo, el 3 de enero, rompió relaciones diplomáticas con Cuba, en un acto que se consideró siempre como el preámbulo de la frustrada acción en contra del régimen comunista caribeño.

En el tráfago de esos días, y en pleno desarrollo de la Guerra Fría, Estados Unidos selecciona y seduce a la bella de ésta tan tierna historia política: la Democracia Cristiana chilena. La elige, obviamente, para sus fríos propósitos políticos en América Latina. Y la agraciada colectividad se entrega a los irresistibles brazos del poder norteamericano como núbil mozuela. Por eso no fue una mera casualidad que en tanto Kennedy habló de una "pacífica revolución de esperanza", al lanzar en 1961 el plan en favor de nuestras naciones, los creativos de la campaña presidencial de Eduardo Frei hubiesen adoptado como consigna, un año después, el concepto de "revolución en libertad" .

En un extenso trabajo, Arthur Schlesinger, Jr., quien fuera asesor del presidente Kennedy, años después del asesinato de este último y ya en su condición de profesor de la Universidad de Nueva York, señaló en un extenso trabajo reproduciendo palabras del que a partir de 1964 pasó a convertirse en Mandatario chileno: "Los dirigentes democráticos progresistas de América Latina acogieron a la Alianza dentro de este espíritu, o sea, como una empresa, en las palabras del Presidente Frei de Chile, *que tiene por meta una revolución* destinada a *producir un cambio substancial en las estructuras políticas, sociales y económicas de la región*".

El mismo Schlesinger decía que la Administración del Presidente Lyndon B. Johnson, que sucedió a Kennedy, alteró el carácter de la Alianza. Por tanto, lo que en el

terreno político se inició como un compromiso continental tendiente a consolidar la democracia progresista, perdió su empuje ideológico, confiriéndosele a los intereses comerciales norteamericanos en Latinoamérica una función central."Fue así —explicaba— como, en la República Dominicana, Estados Unidos resucitó la política de la intervención armada directa, mientras que, a la vez, establecía lazos con el conservadurismo y la dictadura".

En consonancia con lo anterior fue obvio que la explotación que las compañías norteamericanas ejercieron en nuestros países se vio reflejada en las utilidades, siempre crecientes que estas obtuvieron "En efecto —decía Schlesinger—, las ganancias privadas de Estados Unidos sacadas de América Latina superan a las inversiones norteamericanas, en una proporción siempre creciente, desde 1962. En 1968, esta desproporción llegó a los 812 millones de dólares. Es más. Durante algunos años, los traspasos de utilidades privadas hacia Estados Unidos han sobrepujado a la asistencia otorgada bajo la égida de la Alianza, por ejemplo, en 1967, en la suma de 106 millones de dólares. El "Economist" afirma que, entre 1961 y 1967, la América Latina recibió 6 mil millones de dólares por concepto de empréstitos e inversión y que pagó el doble de dicha suma en amortizaciones, intereses y traspasos de ganancias. ¿Quién ayuda a quién", terminaba preguntándose el académico.

Pero las estimaciones de la publicación inglesa citada por Schlesinger se quedaron cortas. Un informe del Congreso de los Estados Unidos señaló luego que entre los años 1960 y 1970, Estados Unidos entregó 8 mil millones de dólares en "ayuda" a América Latina, misma "ayuda" que en tanto para Kennedy tenía un sentido más profundo, al desvirtuársela en las dos administraciones de Johnson y la de Richard Nixon como un mecanismo que pasó a beneficiar solamente a los inversionistas norte-

americanos, no solamente no cumplió con el propósito de dar solidez a la estabilidad y consolidación democrática, sino que generó las condiciones para favorecer la rebeldía social en nuestras sociedades nacionales lo que, a su vez, benefició el discurso revolucionario marxista que contaba con el respaldo de la Unión Soviética y de Cuba.

La Alianza para el Progreso fue, por tanto, derrotada por la ambición y falta de proyecciones de las propias compañías norteamericanas, avaladas por los gobiernos que sucedieron al de Kennedy.

A Chile, como ya se ha dicho, en este cuento de la Alianza para el Progreso, se le asignó un papel paradigmático, aunque terminó en un desastre político que será difícil de igualar.

En 1823 Estados Unidos había proclamado la Doctrina Monroe. Este pronunciamiento político unilateral de los Estados Unidos, fue dirigido como una advertencia hacia las potencias europeas rivales para que no interfirieran en los asuntos de política interna del hemisferio.

La ascensión al poder de Fidel Castro en 1959 permitió advertir a los Estados Unidos que aun cuando la Doctrina Monroe había sido abandonada, los principios que la impulsaron estaban todavía vigentes. Por ello el advenimiento del régimen revolucionario cubano presionó para que Washington adoptara una nueva actitud hacia el Hemisferio que fue la ya mencionada Alianza para el Progreso.

Los responsables de la toma de decisiones políticas de fines de la Administración Eisenhower y los de comienzos de la Administración Kennedy, no tuvieron prácticamente desacuerdos en cuanto a que algo debía hacerse respecto a la alarmante amenaza que Castro representaba para la estabilidad del Hemisferio.

La reacción de los Estados Unidos frente al nuevo peligro se transformó en una respuesta política doble. La

desnutrición general, el analfabetismo, las paupérrimas condiciones de viviendas y el hambre de la amplia mayoría de latinoamericanos pobres, se veían como aliados del comunismo. En consecuencia, Estados Unidos por una parte, otorgó préstamos a programas de desarrollo nacional, mientras que, por otra, propició y sustentó regímenes reformistas civiles, tales como el de Frei, todo con el propósito de impedir la aparición de otro Fidel Castro en el Hemisferio.

En la investigación que en 1975 realizó el "Comité Especial del Senado norteamericano para el Estudio de las Operaciones Gubernamentales con respecto a las Actividades de Inteligencia", surgen las primeras luces en torno al uso de Chile como campo de experimentación política y a la Democracia Cristiana como "conejilla" de Indias. Cuando se habla" de las "acciones encubiertas" en nuestro país efectuadas en el período 1963-1973, se dice:

"De todos los países del Hemisferio, se eligió a Chile para que se convirtiera en la muestra de la nueva Alianza para el Progreso. Chile tenía la extensa infraestructura burocrática que se necesitaba para planear y administrar el programa de fomento nacional; más aún, su historia de apoyo popular a los partidos Socialista, Comunista y otros de izquierda, era percibida en Washington como un flirteo con el comunismo. Entre los años 1962 y 1969, Chile recibió más de 1.000 millones de dólares en ayuda directa y abierta estadounidense, incluyendo tanto préstamos como donaciones. Chile recibió más ayuda per cápita que cualquier otro país del Hemisferio. Entre 1964 y 1970, había continuamente disponible para Chile de 200 a 300 millones de dólares en línea de crédito a corto plazo de bancos privados norteamericanos".

Pero en sus deliberaciones, los integrantes del Comité Especial del Senado explícitamente puntualizan que

había otro componente en la política estadounidense hacia Latinoamérica. *"Se desarrollaron técnicas de contrainsurgencia para combatir la insurgencia de guerrillas urbanas o rurales, a menudo alentadas o sustentadas por el régimen de Castro"*.

Se daba por entendido que el desarrollo económico, dicen los congresistas investigadores, no podía curar en un día las enfermedades sociales que se veían como caldo de cultivo del comunismo. Los nuevos préstamos para los programas internos de fomento nacional de los países de América Latina demorarían en rendir frutos. Entre tanto, la amenaza comunista continuaría. El círculo vicioso que afligía la lógica de la Alianza para el Progreso se hizo rápidamente visible. Con el fin de eliminar el peligro a corto plazo de una subversión comunista, se vio a menudo como necesario sustentar a las Fuerzas Armadas latinoamericanas y, sin embargo, frecuentemente eran esas mismas Fuerzas Armadas las que ayudaban a mantener el *statu quo* que la Alianza pretendía modificar.

Consecuentemente con lo anterior, la política de los Estados Unidos hacia Chile siguió las pautas de los intereses diplomáticos y económicos de esa potencia en el hemisferio, es decir un doble estándar: por una parte la acción pública y por otra la encubierta. Es en esta última donde se insertan los aportes que, particularmente, desde 1962 reciben los partidos políticos, particularmente la Democracia Cristiana .

Se desprende también de los antecedentes consignados en el Comité Church, como en los posteriores análisis realizados por el Departamento de Estado, que el modelo de acción encubierta en Chile fue "impactante" pero no único y que se produjo en el contexto no sólo de la política exterior norteamericana, sino de la intervención de los Estados Unidos en otros países dentro y fuera de Latinoamérica. *"El grado de implicancia de la CIA en Chile*

fue excepcional, pero de ninguna manera sin precedente", se afirma en el Informe del Comité Especial del Senado estadounidense.

Refiriéndose a las operaciones en Chile se señala en el Informe del citado Comité que no es fácil diseñar un límite nítido que circunde lo que era la "acción encubierta". La extensión de las actividades clandestinas emprendidas por la CIA incluyó acciones encubiertas, recolección clandestina de inteligencia, vinculación con servicios locales de policía y de inteligencia y contrainteligencia. Las distinciones entre los diversos tipos de actividades se reflejan en los arreglos de organización, tanto a nivel de jefaturas como en el campo mismo de las actividades. Sin embargo, no siempre fue fácil distinguir los efectos de las diversas actividades. Si la CIA proveía ayuda financiera a un partido político, se le llamaba "acción encubierta"; pero si la Agencia establecía en ese partido un "elemento activo" pagado con el propósito de conseguir información, el proyecto pasaba a llamarse "recolección de inteligencia clandestina".

Pero miremos la situación, en esos mismos años, desde otra perspectiva.

Mucho antes de ingresar a Patria y Libertad, ya mi vida había sido marcada por la "guerra fría", esa lucha planteada a nivel planetario como entre el bien occidental, obviamente representado por los Estados Unidos, y el mal comunista, obviamente representado por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas; entre la democracia tradicional y la dictadura del proletariado. En esa "guerra" me involucré voluntariamente desde que, siendo estudiante en Curicó, a comienzos de 1957, abracé las banderas del Partido Radical, el mismo que siendo gobierno con Gabriel González Videla (1946-1952) logró las mayorías parlamentarias suficientes para aprobar en el Congreso la Ley de Defensa Permanente de la Democracia.

Esta proscribió a los comunistas en un momento en que trataban de subvertir el orden interno a partir de conflictos en Lota, la zona del carbón.

Pero, por sobre todo, fue el conocimiento de los comunistas en su actuar diario entre los sectores juveniles del Partido Radical y la forma cómo éstos últimos abandonaban sus posiciones del centro y equilibrio político que representaba para el país la colectividad fundada por los Gallo y los Matta en el siglo pasado, lo que me llevó a mirar con rechazo a la izquierda, como concepto global, y al Partido Comunista como especificidad, más tarde. El posterior estudio de la doctrina marxista-leninista, me ratificó por vía de la teoría política lo que la praxis hacía evidente para quienes entendiesen la libertad y la democracia como valores sin apellidos.

Eran los días de la Federación Mundial de Juventudes Democráticas, la FMJD, un grano del racimo de organizaciones de fachada financiadas por la Unión Soviética para hacer pisar el palito a cuanto "gil" se le cruzara por el camino, particularmente si no tenía los valores democráticos lo suficientemente cimentados o andaba en la onda de pasarlo bien.

Se trataba, en algunos casos, de estructuras internacionales que nacieron luego de la segunda guerra bajo el loable propósito de aglutinar por actividades a hombres, mujeres y jóvenes que lucharan a futuro por la de paz y hermandad. Pero, en otros, su real objetivo era usarlos como instrumentos al servicio de la política exterior de la URSS. Sus adherentes, personas o instituciones, no tenían que convertirse al comunismo, si no que, desde sus particulares posiciones, debían otorgarle apoyo a éste en sus acciones nacionales y mundiales.

Fue el caso de la FMJD. Su antecedente histórico había sido el Consejo Mundial de la Juventud, un ente controlado por comunistas. Al crearse la Federación, el segundo

se disolvió como una forma de atraer a jóvenes de otras corrientes que no fueran de la izquierda. Así, la Juventud Radical, bajo la presidencia de Julio Durán, adhirió a ella. Pero ya en 1950 sus cargos estratégicos —como organización y finanzas— estaban en manos comunistas. Más tarde cayó en sus redes el Partido Demócrata Cristiano. Uno de sus mejores discípulos fue el que también ocupara el cargo de presidente de su juventud: Rodrigo Ambrosio. A este, sin embargo, se le anduvo pasando el tejo porque, finalmente, se declaró marxista-leninista, haciéndole salir canas verdes al entonces presidente de la República Eduardo Frei Montalva.

Condiscípulo de Regis Debray, Ambrosio fue cooptado por los comunistas en París mientras permanecía en la Universidad de la Sorbona. En 1962 le ofrecieron una beca para estudiar economía en la Universidad Patricio Lumumba, de Moscú, la misma que el candidato aceptó sin reparos. Más tarde, en 1967, junto a Jacques Chonchol, otro que ya venía virado para la izquierda hacía tiempo, fue el introductor en la Democracia Cristiana de la "Vía no capitalista de desarrollo", un verdadero contrabando ideológico diseñado por los nada lesos estrategos soviéticos como alternativa de presocialismo en las naciones subdesarrolladas. Fue el propio Eduardo Frei Montalva el que alcanzó a parar la máquina izquierdista. Fracasados en sus intentos, los que pretendieron dividir a la DC fundaron el Movimiento de Acción Popular Unitaria, MAPU. De este, finalmente, derivarían las Fuerzas Lautaros, un engendro político desarticulado justo antes que agarrara vuelo. Pero ¡ojo¡ está latente. Como una toxina social.

La Juventud Radical fue un buen estero que tuvieron los comunistas para salir de pesca. Sus integrantes constituíamos el producto ideal para un enrolamiento "a lo amigo": librepensadores por formación en las asambleas, donde se deliberaba ampliamente, pertenecíamos a una

clase media con sus expectativas frustradas, carentes de toda posibilidad de viajar y conocer mundo, intelectualmente inquietos e imbuidos de una conciencia social propia de quienes ven la pobreza y la injusticia con ojos de sinceridad, pero que a cambio no proponen la intolerancia ni la violencia, sino el camino de las transformaciones a partir de la legalidad, la solidaridad y la fraternidad.

Siempre he pensado que los comunistas se adelantaron al moderno marketing que induce en los niños la actitud de demanda por un determinado producto que obliga a los padres a adquirirlo. Para desgracia de Chile, en el caso político no era lo ofrecido yogur con sabor a plátano o vainilla, ni muñecos de moda. Se trataba de instigar en los jóvenes —algunos bien entraditos en años— un izquierdismo contestatario de cuño marxista, para que los dirigentes adultos, en postura condescendiente con los tiempos, terminaran girando con simpatía sus ojos en la misma dirección. Porque en el fondo ¿qué se buscaba? Muy simple: usar a la juventud como caballo de Troya en los partidos del centro político —en Chile el Radical y el naciente Democratacristiano—, acentuando, a partir de ellos, la proclividad hacia la izquierda, particularmente la prosoviética. La idea no era nueva. Hacia 1921 la había estudiado Vladimir I. Lenin. Cinco años después el finlandés Otto Kussinen la planteó en la Internacional Comunista, como se llamaba entonces la instancia que reunía a todos los partidos de esa tendencia en el mundo. Y, finalmente, el encargado de aplicarla y difundirla fue el alemán Willy Münzenberg. Sin embargo, no fue hasta después de la guerra, en 1945, en que José Stalin le dio particular prioridad.

Por tanto, a punta de viajes a todas las naciones "democráticas de verdad", como la Unión Soviética, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania o Yugoslavia y

Alemania Oriental, hoy divididas y territorialmente transformadas, y usando pasajes financiados por los soviéticos, el tour ideológico era fantástico. Los anuales "Festivales de la Juventud" resultaban un encuentro mundial para no olvidarlo nunca. Pocos resistían esos cantos de sirena de la izquierda. Los hermanos Zeger Lynch, Ives y Fernando; Patricio Valdés, Alcides Leal, Arturo Venegas y Anselmo Sule Candia, Orlando Cantuarias y Leonardo Cáceres, algunos fallecidos y otros hoy en un preclaro aburguesamiento de fines de siglo— fueron, entre muchos otros, acariciados por la izquierda marxista-leninista.

En el PR se llegó a tal grado de identificación con la izquierda prosoviética que en su Vigésimo Quinta Convención Nacional, realizada el año 1971, su Comité Ejecutivo Nacional integrado por Carlos Morales Abarzúa, Anselmo Sule Candia, Aníbal Palma y Camilo Salvo, además de ratificar su compromiso con el gobierno de Allende, reconocieron públicamente que aceptaban "el materialismo histórico y la lucha de clases, como interpretación de la realidad", dos de los pilares fundamentales de la ideología marxista-leninista postulada por el comunismo prosoviético. Los Gallo y los Matta deben haberse dado no una si no veinte vueltas en su tumba de pura rabia.

No había que hacer mucho empeño para reconocer cómo se pagaba la factura del turisteo político financiado por los soviéticos

Cuando Kennedy ya había anunciado su Alianza para el Progreso, en Washington, en marzo de 1961; Jorge Alessandri llevaba la mitad de su mandato; y, el radicalismo era la primera fuerza política del país, tuve la oportunidad de acercarme a la FMJD. Se realizó a fines de ese mes en Santiago la reunión del Comité Ejecutivo de su Bureau Internacional. Allí uno de los principales integrantes latinoamericanos, con sueldo como corresponde a un

status de ese tipo, era el joven radical Patricio Valdés Bastidas. Con anticipación se vino de Budapest a Santiago para organizar el evento. Su cuartel general lo instaló en un céntrico hotel hasta donde me presenté cumpliendo con instrucciones del partido. El "Pato" me encomendó la particular tarea de recibir en el aeropuerto de Los Cerrillos a los "compañeros" soviéticos que llegaban a la reunión.

—Trátalos con afecto— me dijo, mientras ordenaba varias carpetas con documentación.— Ellos nos han ayudado mucho. Por eso ocupamos un cargo de nivel mundial—, agregó.

Recibí a los soviéticos como se me pidió. Eran afectuosos, alegres. Algunos hablaban un inglés elemental. Otros utilizaban el francés, idioma oficial de la FMJD. Nos entendíamos bien. Llegaron cargados de hermosas y bien confeccionadas insignias y las intercambiaban como lo hacen los scouts. La diferencia era que en éstas en vez de Baden Powell aparecía Lenin y a cambio de la flor de lis se entregaba la hoz y el martillo. También las había alusivas a la Revolución de Octubre de 1917, a los cosmonautas —porque los astronautas son estadounidenses—, a la "libertad" y a la "democracia", aunque parezca chiste cruel.

La reunión mundial partió en el Teatro Caupolicán. No íbamos en el primer discurso cuando una apestosa bomba de ácido sulfídrico, que algún malandrín lanzó durante la ceremonia de inauguración, pretendió opacar tan impecable ceremonia. Las sesiones continuaron por una semana entre entonados cánticos, incluyendo la "Internacional", himno oficial del comunismo planetario, otros que recordaban a las brigadas izquierdistas en la guerra civil española y los más alusivos a la revolución rusa y cubana. El escenario de los encuentros fue el Sindicato de Suplementeros, en la calle Arturo Prat y la sede

de la Confederación de Profesores de Chile, allá por la calle Catedral.

Como es de suponer, el color rojo amaranto predominaba no tanto en las vestimentas como en los discursos y arengas de carácter internacional que allí se dijeron y lanzaron. El apoyo a la revolución cubana y a Fidel Castro fueron las notas sobresalientes junto con las consignas contra los Estados Unidos. No era para menos. En esos mismos días los cubanos exiliados y la Agencia Central de Inteligencia, CIA, intentaban infructuosamente "invadir" la isla caribeña, generando la primera gran crisis política que debió enfrentar Kennedy.

El fraterno encuentro de jóvenes izquierdistas —donde Anselmo Sule fue designado como uno de los Vicepresidentes mundiales— costó 65 mil dólares de entonces, los mismos que en valor actualizados a 1999 equivaldrían a la módica y nada despreciable suma de 344 mil dólares. Valga acotar como dato que en el mismo año 1961 el Partido Comunista registra un aporte soviético oficial de 100 mil dólares, equivalentes a 536 mil dólares de ahora.

En una carta a Alcides Leal Osorio, el presidente de la Juventud Radical por entonces, fechada el 18 de diciembre de 1960 en Bucarest, interceptada por la Policía Política de Investigaciones y luego publicada por "El Diario Ilustrado", Valdés le daba instrucciones y le contaba de la suma de dinero de que se disponía. De paso le pedía que tomara contacto con Enrique Paris, del Partido Comunista, para "hacer los arreglos".

En 1963 mi juventud, la condición de miembro del radicalismo y "ayudista" ocasional de la FMJD, sumado a mi prematura calidad de periodista —por esos años era reportero, redactor y comentarista de cine del diario "Golpe", que apoyaba la candidatura presidencial del senador radical Julio Durán Neumann—, me convirtieron, supongo, en una posible "inversión". Porque de

otra forma no me habrían tratado de invitar al Festival Internacional de Cine que se realizaría en Moscú. Fue el propio ya citado Valdés quien me lo propuso.

—Profesionalmente te conviene— me dijo Valdés, en un viaje que hizo a Santiago por asuntos de la FMJD y mientras caminábamos en dirección a la sede del radicalismo en Agustinas con Miraflores—. Podrías estar en Moscú un par de semanas después del Festival, para conocer el trabajo cinematográfico soviético. Luego visitas la FMJD en Budapest , regresas por Berlín y algunos compañeros te pueden recibir en París por unas dos semanas. Te damos los pasajes y algún dinero para gastos. De esa forma a futuro puedes integrar al área de comunicaciones de la Federación o bien ayudarnos en algo. Además, tú ya conoces a los rusos y a las rusas. Son buenas personas, —terminó diciendo.

La acotación final —acompañada con una sonrisa que pretendía ser picaresca en un rostro flaco, con marcadas ojeras—, apuntaba directamente a la "confraternización internacional" que, como disciplinado joven radical, había practicado por una semana cuando el encuentro de la FMJD en Santiago, con Liudmila Yermakov, una hermosa "lola" de pelo rubio blanquecino y ojos intensamente celestes, moscovita e integrante del Komsomol, el organismo juvenil del Partido Comunista de la URSS. ¡No era más comunista porque tenía apenas 18 años! Pero, ideologías al margen, en mi medio "franglés" y con ayuda de las manos, nos entendimos a las mil maravillas.

Con su cara de zorro y su caminar desestabilizado por una cojera de nacimiento, el "Pato" Valdés era un artista en reclutar gente y manejar los hechos desde la trastienda.

—¿Y qué debo hacer, porque falta poco más de dos meses para el Festival?— pregunté con cierta ingenuidad.

—Muy simple. Escríbeme una carta pidiendo el apoyo de la FMJD para asistir al Festival en Moscú. Le

agregas una breve autobiografía, narras lo que hiciste en la reunión del Bureau el 61 y te aseguro que antes de dos semanas estarías viajando. Me entregas todo antes que yo me vaya a París. Porque de ahí regreso a Budapest. Lo más probable es que la invitación te la haga Sovexportfilm, que imagino organiza el encuentro—, respondió.

Con la certeza de que el Pato me conseguiría el viaje al Festival pero con miles de interrogantes por las consecuencias que podría tener el quedar "enganchado" con la FMJD y la izquierda, nos despedimos en la puerta de la sede radical. Él ingresó a una reunión con Leal y Sule y yo me marche a las oficinas de mi diario, en el segundo piso del edificio de "La Nación", el matutino gubernamental.

Esa misma noche me encontré con Gilberto Puente Klausen, periodista, subjefe de Crónica de "La Nación" y redactor en Radio Balmaceda, por entonces propiedad del empresario y banquero Jorge Yarur Banna. Me unía a Gilberto una creciente amistad nacida unos años antes al calor de las ideas radicales. Él era miembro del partido y había ocupado el cargo de regidor en Talcahuano. Además conocía a la FMJD porque Raúl Morales Adriazola, siendo presidente de la juventud, lo había invitado al Festival internacional —que se hacía todos los años— cuando se efectuó en Bucarets, Rumania. Para mí, por tanto, resultaba ser una buena referencia antes de tomar una decisión. Sin muchas vueltas, le expuse el tema de Moscú y la oferta de Valdés.

— Sabe, pariente— me dijo con su ronca voz de fumador empedernido y aludiendo a una asociación que, en broma, hacíamos siempre, entre su apellido y el mío—, no haga ni tal de aceptar el viaje. La carta es para comprometerlo. Son capaces de no invitarlo y algún día mostrarán que usted fue el que pidió ir. Nunca dirán que estaban tratando de reclutarlo. Esos "compadres" son

todos comunistas—, añadió mientras limpiaba sus gruesos anteojos para la galopante miopía que le afectaba.

Le hice caso. Valdés no tuvo respuesta mía. Yo no fui a Moscú. Y de la FMJD no supe hasta que comencé a estudiar con mayor atención el trabajo soviético y las estructuras que, como esta, servían de útil pantalla.

El diario "Golpe", fundado en 1962 para respaldar la candidatura presidencial del radical Julio Durán, y donde inicié mi carrera periodística, sucumbió en junio de 1965 a manos de Bernardo Leighton Guzmán, ministro del Interior del presidente Eduardo Frei Montalva, el triunfante candidato de la Democracia Cristiana en septiembre del año anterior, el mismo que recibió el apoyo de la derecha cuando ésta, a instancias de los Estados Unidos, dejó botado a Julio Durán.

En marzo de 1965 Leighton ordenó echar a "Golpe" de "La Nación", en cuyos talleres se imprimía. Fue de un día para otro. Los propietarios, Francisco Fluxá y Edmundo Eluchans, no pudieron hacer nada. En este caso las tradicionales invocaciones a la libertad de prensa, simplemente no sirvieron. Terminamos imprimiendo en las antiguas prensa de "El Imparcial", un matutino que ya había desaparecido, y escribiendo sentados en paquetes de diario y en un sucucho de mala muerte lleno de piojos ubicado en la primera cuadra de calle San Diego. La empresa no sobrevivió dos meses. Quedamos todos cesantes.

En julio ingresé a "El Diario Ilustrado". El más importante periódico del país a inicios del siglo XX. Era de tendencia conservadora y católico. Pero ya a mi llegada tenía tanta cara de funeral como la derecha, que en las elecciones de 1964 había apoyado a Frei en un acto de sobrevivencia política y para atajar a Allende.

Una mañana el periodista Guillermo Yunge, padre del que más tarde fuera diputado y tíoabuelo del cantante

del mismo apellido, me detuvo en los pasillos del diario y me dijo que Marcos Chamudes, director del semanario PEC (Política Economía y Cultura) quería hablar conmigo. Yunge oficiaba por entonces de Secretario de Redacción de ese semanario, respecto del cual y con la gracia que le caracterizaba, en una ocasión el recordado periodista y columnista Tito Mundt dijo que habría sido más sonara si Marcos hubiese bautizado a la publicación con los conceptos de Política Economía y Orientación.

Líder universitario en los años '20, Chamudes había sido comunista hasta que, siendo diputado por esa colectividad, lo expulsaron de sus filas. Se fue a Estados Unidos, estudió fotografía, se enroló en el Ejército norteamericano, lo enviaron a Europa y junto al general George S. Patton entró triunfante a Berlín luego de ser liberada de los nazis por los aliados. Actuó como fotógrafo de la naciente Organización de las Naciones Unidas, expuso con éxito sus imágenes en Nueva York, se avecindó en Buenos Aires como corresponsal de la revista "Visión" hasta que, de pronto, le bajó un súbito ataque de *chilenitis* que, de pura casualidad, coincidió con el agudizamiento de la guerra fría en el mundo.

Convertido en un anticomunista de primera línea, Marcos Chamudes reanudó su presencia en el país con un comentario en Radio Cooperativa. Luego fue designado Director de "La Nación" al comienzo del gobierno de Alessandri. Y fundó más tarde la publicación confidencial —un "direct mail"— de tamaño hoja carta que denominó PEC, que escribía prácticamente solo. Pero en enero de 1965, casi por milagro, se convirtió en un poderoso semanario con una plantilla de colaboradores chilenos de primera línea, entre ellos, Alberto Reyes Mozó, Martín Cerda, Enrique Espinoza, Ítalo García Nutini, Jaime Guzmán Errázuriz, Sergio Labarca Vergara, Santiago Labarca, Hernán Díaz Arrieta (Alone), Esteban Moncada,

Carlos Morand, Joaquín Olalla, Nena Ossa, Francisco Otta, Jorge Rogers Sotomayor, Nadam Safran, Alberto Spikin-Howard, Víctor Carvacho, María Carolina Gil, Marta Vergara, sólo por nombrar algunos. A estos se sumaba la creativa ilustración y dibujos de Jimmy Scott, la diagramación de Mauricio Amster y un aporte substancioso de material extranjero. Incluso hubo recursos para pagar a una gerente, Alina Eyzaguirre. Aquí me sumé yo a la nómina.

Acusado de agente del FBI primero, y de la CIA después, Marcos encarnaba el mismo Lucifer para los comunistas. Como los conocía desde adentro, poco le costaba descodificar sus acciones, advertir sus giros y evidenciar sus estrategias y tácticas. No sabía nada de teoría marxista. Y sólo algo de su agregado leninista. Pero sí de su práctica política común. Y eso le bastaba.

En PEC me puse las pilas anticomunistas. Con Marcos era imposible no hacerlo. Su nivel de exigencia en el análisis político y la proyección de lo que eran y significaban los seguidores de Carlos Marx y Vladimir Lenin en Chile, me llevaron a estudiar esta tendencia ideológica y su dimensión planetaria a partir de la Unión Soviética. Lo hice con tal entusiasmo y dedicación que me convertí en un especialista en la materia. Uno de los pocos en el continente.

Pero ¿de dónde sacaba los recursos Marcos? ¿De dónde obtenía artículos de tan alto nivel, de tan prestigiados autores y cuyos derechos pertenecían a importantes publicaciones del mundo? Cuando en broma con Jimmy Scott, cuyo talento se plasmó en las páginas de ese semanario, le decía a Chamudes que pidiera más dinero a la CIA para que nos arreglara el sueldo, este último esbozaba una sonrisa burlona que en segundos ocultaba bajo el adusto ceño que se imponía al gritar: "¡A trabajar, a trabajar. Menos holgazanería!".

Al conocerse las áreas no clasificadas del informe final del Comité Especial del Senado de los Estados Unidos que, a partir de enero de 1974, estudió las operaciones gubernamentales norteamericanas con respecto a las actividades de inteligencia, no solamente quedó en evidencia que Chile había sido intervenido con operaciones encubiertas por la CIA desde hacía años, y que la mayor cantidad de dinero fue recibida por la Democracia Cristiana para detener a Salvador Allende en las elecciones de 1964 y para contener el avance comunista en los siguientes años, sino también se mostró "en qué más" se había invertido. Sin dar, obviamente, los nombres, la revista PEC estaba en la nómina de los "en qué más".

Algunos detalles contenidos en el "Staff Report" del Comité Especial del Senado estadounidense son dignos de recordarlos.

"De los treinta y tantos proyectos de acción encubierta emprendidos en Chile por la CIA entre 1961 y 1974 —dice el Informe—, aproximadamente media docena tenía como principal actividad la propaganda... Las inserciones de prensa (el texto del Informe se refiere a artículos periodísticos. N. del A.) resultaban atractivas porque podían producir un efecto multiplicador, al ser tomadas y reproducidas por otros medios, diferentes de aquel en que aparecían originalmente".

"Además de comprar propaganda especial, la Estación (de la CIA en Chile. N. del A.) a menudo la adquiriría al por mayor, subsidiando a organizaciones periodísticas chilenas amistosas hacia Estados Unidos. En lugar de insertar artículos individuales, la CIA apoyaba —o hasta fundaba— medios amistosos que podían no haber existido en ausencia de su apoyo".

"Desde 1953 hasta 1970, la Estación subsidió en Chile servicios de cables (se refiere a agencia o agencias informativas N. del A.), revistas escritas para círculos de

intelectuales, y un periódico semanal de derecha. De acuerdo con el testimonio de ex funcionarios el apoyo para el periódico se suspendió porque éste se había puesto tan inflexiblemente derechista que llegó a alienar al responsable de mantenerlo".

¿Se referirá, acaso, el Informe cuando habla de subsidios a "servicios de cables" a la Agencia de Noticias Orbe, fundada en la década de los años '50 por José María Navasal, o a Notichile? A lo mejor es una mera casualidad. Pero, el "periódico semanal de derecha" era PEC. Y el "inflexiblemente derechista", mi amigo Marcos.

El 11 de julio de 1969 PEC naufragó como el Titanic. Pero a diferencia de éste no chocó contra un iceberg sino que con el embajador de los Estados Unidos en Chile, Edward M. Korry. Su tripulación salvó ilesa junto a Marcos, su capitán. También sus suscriptores, a quienes este último, en un gesto poco habitual en el periodismo, les devolvió la diferencia de dinero por la cual no recibirían ejemplares. A mí el hundimiento no me afectó mucho porque si bien continuaba colaborando no pertenecía a la titularidad de su tripulación. Marcos me había echado de ella.

He pensado, muchas veces, que posiblemente mi vinculación con Keith W. Wheelock, a quien conocí por presentación del periodista Germán Gamonal, pudo ser un factor que contribuyó a que el Director de PEC me despidiera tan poco cortésmente como lo hizo.

Keith era un gringo alto, reposado y elegante. Hablaba muy bien español y francés. Vivía, con su esposa, en una amplia casa en la comuna de La Reina. Formaba parte del "equipo político" de la Embajada de los Estados Unidos en Santiago, como Segundo Secretario. Titulado en Ciencias Políticas y Sociales en la Universidad de Pennsylvania, Estados Unidos, centro al que se le atribuían fuertes vínculos con la inteligencia de esa nación,

ingresó al Servicio Diplomático en 1960 y llegó a Chile con el antecedente de ser agente de la CIA y haber estado en Egipto donde fue "amigo" del presidente Gama Abdel Nasser. Bajo su atenta mirada y con "dedicación exclusiva" estaba el Partido Radical. Se manejaba con destreza. Excepcionalmente bien informado de lo que estaba ocurriendo, contaba para que le contaran. Manteníamos una relación de mutuo respeto y conveniencia. Un día domingo, conforme a una invitación suya para intercambiar información, llegué a su casa a eso de las siete de la tarde. Minutos después de recibirme me sorprendió cuando en su español con acento extranjero me dijo:

—No te imaginarás nunca quién estuvo hasta hace algunos minutos ahí donde estás sentado—, señaló mientras encendía un grueso habano y se acomodaba en lo que era su sillón de lectura.

—Realmente no tengo idea—, respondí, como en esas adivinanzas donde uno sabe que tiene que decir que no sabe.

—Nada menos que tu amigo y correligionario Anselmo Sule. Y tuvo la amabilidad de traerme perdices— dijo.

Sonreí. O el gringo era un tipo muy hábil o Anselmo un tipo muy fresco. Lo cierto es que Keith cumplía con su responsabilidad y misión en tanto que el izquierdista líder radical con su visita respondía, supongo yo, a su condición de buen político.

Chamudes no era ajeno a mis contactos, almuerzos o cenas, con el norteamericano. Pero no le agradaba. Tampoco que compartiera informaciones con él. Un día, incluso, llegó a la insolencia de decirme si estaba recibiendo algún dinero. Con la misma altanería que usaba le respondí: "¡No! Me están pagando en comida". Se enojó. Semanas después me avisó que buscara trabajo en otra parte porque en la revista yo solamente llegaba hasta fin de mes. Cinco años después, en Buenos Aires, donde él

residía en un exilio voluntario, y yo regresaba de mi exilio obligado, me pidió perdón y reconoció haberse equivocado.

La cobertura de Marcos era la empresa privada. Particularmente hablaba mucho de la Confederación Interamericana para el Comercio y la Producción, CICYP. Pero él sabía el origen de las platas —la CIA—, y el propósito de los dineros: luchar contra el comunismo prosoviético y advertir del riesgo que eso implicaba. Era el libreto. Yo me sumé a él y lo hice mío. No me arrepiento. Como tampoco me afectó saber en 1976, cuando se hizo público parte del llamado Informe Church del Senado norteamericano, que el dinero provenía de los Estados Unidos. En buena hora. Porque con la tacañería del empresariado nacional habría sido imposible dar, al menos, una voz de alerta sobre lo que, finalmente, advino: un gobierno marxista elegido democráticamente aunque por una minoría.

Pero fue el embajador Korry, a petición del presidente Eduardo Frei Montalva, quien pidió que se le suspendiera la ayuda económica a Chamudes, la que había sido aprobada por su antecesor en la misión diplomática Ralph Duncan y que entregaba el Jefe de la Estación de la CIA en Santiago, Henry Hecksher. Este, nacido en Alemania, durante la segunda guerra se enroló en el Ejército de los Estados Unidos, se hizo ciudadano de ese país y fue asignado al Servicio de Contraespionaje. Luego del conflicto bélico se mantuvo en las filas militares, en el área política, hasta llegar al Departamento de Estado y más tarde a la CIA. Contemporáneo de Marcos, se conocieron durante la guerra.

Korry también terminó con lo que definió como un "plan de pensiones" o asignaciones "vitalicias" de dinero a políticos locales —¡Qué sinvergüenzura!—, entre los que había también democratacristianos. "Recibían un pago mensual de la CIA. Traté de eliminar el plan y lo

hice con todos, salvo con uno o dos", señaló el ya ex-diplomático durante una conferencia, y luego ronda de preguntas realizada, en octubre de 1996 en Santiago accediendo a una invitación del Centro de Estudios Públicos que preside Eliodoro Matte Larraín y en cuyo Directorio se concentra el mayor poder económico del país.

Las "platas" de la CIA habían empezado a fluir con cierta holgura y generosidad a partir del inicio de los años 60'. Así, el cuadro resultaba de lo más equilibrado. Mientras por un lado los jóvenes radicales y democratacristianos eran beneficiados con los subsidios soviéticos —entre estos últimos se contaba al dirigente Rodrigo Ambrosio, el "Pato Valdés" de la JDC—, los adultos de las dos tendencias lo eran con los verdes dólares del Tío Sam. El Informe del Senado estadounidense reconoce que ya en 1962 el Grupo Especial (de Inteligencia) aprobó 50 mil dólares de "refuerzo" para el Partido Demócrata Cristiano. Y agrega: "Posteriormente aprobó un refuerzo adicional de 180 mil dólares para el PDC y su líder Eduardo Frei". ¿Qué tal?

En abril del 63 el mismo Grupo aprobó 20 mil dólares "para un líder del Partido Radical" —¿Quién habrá sido el que tuvo algún apuro de caja?— y un aporte adicional de 50 mil dólares como apoyo a candidatos a regidores, también radicales.

Y como si todo lo anterior fuera poco, el 8 abril de 1964, inmediatamente después del triunfo de un socialista en elecciones complementarias de diputado en Curicó, lo que provocó la crisis del Frente Democrático integrado por radicales, liberales y conservadores, que postulaban a Julio Durán a la Presidencia de la República en los comicios de septiembre de ese año, el Grupo Especial de Inteligencia que asignaba los dineros para las operaciones encubiertas aprobó 3 millones de dólares "para asegurar" la elección del candidato del PDC Eduardo Frei". Este

último, un año antes había sostenido una entrevista secreta con el presidente Kennedy en Washington, afianzándose allí lo que el ex embajador Korry calificaría como una "relación incestuosa" entre el Estado norteamericano y el PDC chileno.

Pero en la izquierda, el glorioso Partido Comunista no lo hacía nada de mal. Según las investigadoras Olga Uliánova, Ph. D. en Historia por la Universidad Lomonosov de Moscú e Investigadora del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago; y Eugenia Fediakova, Ph. D. en Ciencias Políticas por el Instituto de Economía Mundial y Relaciones Internacionales de la Academia de Ciencias de Rusia, en Moscú, y también investigadora de la Universidad de Santiago, el Partido Comunista Soviético ayudó a su congénere chileno con las siguientes contribuciones en los años que se indican, actualizados a dólares de 1997:

AÑO	US$	US$ ACTUALIZADOS
1960	50.000	271.017
1961	100.000	536.185
1962	150.000	795.691
1963	200.000	1.046.031
1964	(?)	
1965	275.000	1.399.022
1966	300.000	1.480.721
1967	(?)	
1968	(?)	
1969	(?)	
1970	400.000	1.655.219

Fuente: Revista "Estudios Públicos" N° 72, Primavera 1998. Pag. 127.

Así se daban las cosas por esos años. De manera tal que el que no recibía dinero de la CIA o de los soviéticos, al parecer, se pasaba de leso. Al menos el que yo recibí no fue tan directo, ni tan jugoso. Unos pocos escudos que tenían harta cara de ser el "salario del miedo", por el riesgo que significaba dar la cara en la lucha contra los comunistas en momentos en que ser de izquierda vestía tanto o más que ahora y ser anticomunista era convertirse en un ser ajeno a la realidad "progresista" de entonces.

Pero ese es un segmento de la historia. El período que antecede a 1970. Los siguientes resultan tanto o más interesantes y permitan reproducir aquella sentencia bíblica que señala que aquel que esté libre de pecado...

Índice onomástico

A.

B.

C.

CH.

D.

E.

F.

H.

I.

J.

K.

L.

M.

P.

Q.

R.

S.

T.

U.

V.

W.

Y.

Z.

Índice





Manuel Fuentes Wendling es periodista y desde 1962 se ha desempeñado en medios de comunicación en Chile y en el extranjero. Ha sido corresponsal en Latinoamérica para el diario "New York Tribune" y la cadena "Folha", de Sao Paulo.

Especializado en el área política, es uno de los estudiosos en América Latina del socialismo, particularmente de la ideología comunista. En esta temática ha escrito diez libros. Algunos de ellos son: **"Esto es el comunismo"** (1974), **"Terrorismo comunista. Su accionar en Chile"** (1981) y **"O novo clero"** (Brasil, 1982).

En el Frente Nacionalista Patria y Libertad ocupó el cargo de Secretario General de Propaganda. El 29 de junio de 1973, junto a Pablo Rodríguez Grez, Benjamín Matte Larraín, John Schaeffer y Juan Eduardo Hurtado, se asiló en la Embajada de Ecuador por sus vinculaciones con el alzamiento del Regimiento Blindados N°2 de Santiago.

Durante el gobierno militar fue asesor y analista en la Fuerza Aérea y también prestó sus servicios en el área de comunicaciones a la Rectoría de la Universidad de Chile.

Además, ocupó el cargo de director adjunto en el país del International Executive Service Corp, entidad creada por David Rockefeller para la transferencia de conocimiento y tecnología a los países en desarrollo.

Actualmente se desempeña como director de la edición chilena del semanario continental "Tiempos del Mundo" y como corresponsal y columnista del diario "Noticias del Mundo" de Nueva York.

Manuel Fuentes Wendling es periodista y desde 1962 se ha desempeñado en medios de comunicación en Chile y en el extranjero. Ha sido corresponsal en Latinoamérica para el diario "New York Tribune" y la cadena "Folha", de Sao Paulo.

Especializado en el área política, es uno de los estudiosos en América Latina del socialismo, particularmente de la ideología comunista. En esta temática ha escrito diez libros. Algunos de ellos son: **"Esto es el comunismo"** (1974), **"Terrorismo comunista. Su accionar en Chile"** (1981) y **"O novo clero"** (Brasil, 1982).

En el Frente Nacionalista Patria y Libertad ocupó el cargo de Secretario General de Propaganda. El 29 de junio de 1973, junto a Pablo Rodríguez Grez, Benjamín Matte Larraín, John Schaeffer y Juan Eduardo Hurtado, se asiló en la Embajada de Ecuador por sus vinculaciones con el alzamiento del Regimiento Blindados N°2 de Santiago.

Durante el gobierno militar fue asesor y analista en la Fuerza Aérea y también prestó sus servicios en el área de comunicaciones a la Rectoría de la Universidad de Chile.

Además, ocupó el cargo de director adjunto en el país del International Executive Service Corp, entidad creada por David Rockefeller para la transferencia de conocimiento y tecnología a los países en desarrollo.

Actualmente se desempeña como director de la edición chilena del semanario continental "Tiempos del Mundo" y como corresponsal y columnista del diario "Noticias del Mundo" de Nueva York.

Un cuarto de siglo después y desde la perspectiva que dan los hechos, hay que aceptar que Patria y Libertad fue creado como un instrumento de provocación y desestabilización política. Ese era su designio.

